

ISABEL KEATS

Los príncipes
solo viven
en los cuentos



Los príncipes solo viven en los cuentos Isabel Keats

© 2017 Isabel Keats. Todos los derechos reservados.

LOS PRÍNCIPES SOLO VIVEN EN LOS CUENTOS

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción total o parcial.

Todos los personajes de este libro son ficticios.

Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

Imagen de portada: Bigstockphoto

Diseño de la cubierta: Isabel Keats.

<http://www.isabelkeats.com/>

[mail to:isabelkeats@gmail.com](mailto:isabelkeats@gmail.com)

De nuevo quiero dar las gracias a mis lectoras cero Paloma y Rosana.
A todas esas otras lectoras que me siguen con entusiasmo en cada nueva
aventura.

A los paseos con mi perra Mika, que me sirven de inspiración.
Gracias a la vida por poder dedicarme a este trabajo que tanto me gusta.
Y, por supuesto, gracias a mi familia por estar ahí.

Índice de contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Epílogo](#)

[¡Gracias!](#)

[Fragmentos de algunas de mis novelas](#)

[Sobre la autora](#)

Capítulo 1

Gonzalo golpeó la puerta con los nudillos un par de veces y entró sin esperar respuesta. Su socio, sin chaqueta y con el abdomen prominente constreñido por el cinturón y los llamativos tirantes de la bandera de España, hablaba por teléfono sentado en el sillón giratorio. Al verlo, le hizo una seña para que se sentara frente a él, se apresuró a despedirse de su interlocutor y colgó.

—Buenos días, Gonzalo. ¿Vienes a darme un besito de despedida?

Gonzalo sonrió.

—Seguro. ¿Cuándo sale tu vuelo?

—Mañana a primera hora. ¿Crees que serás capaz de arreglártelas estos tres meses sin mí? —Su socio deslizó los pulgares por debajo de los tirantes y los estiró en un gesto característico.

—Sin problemas, Pedro. Si no fuera porque Leonor se jubila a finales de mes, te diría que te tomases dos meses sabáticos más.

Leonor, la eficiente secretaria que llevaba con él desde que se asoció con Pedro Batllé para crear el bufete, llamó a la puerta en ese momento para avisarle de que la señorita de Aguilera acababa de llegar.

—La que faltaba. —Gonzalo movió la cabeza con resignación—. Gracias, Leonor. Hágala pasar a mi despacho y dígame que tardaré unos minutos, por favor.

El rostro maternal de la secretaria se ensombreció.

—No le va a gustar oír eso.

Su jefe se encogió de hombros.

—Esperar un poco no le hará ningún daño.

—¿Tatiana? —Su socio se llevó un puro apagado a los labios y aspiró con fruición.

—La misma que viste y calza —respondió su interlocutor con un suspiro de lo más expresivo.

—No entiendo por qué no te casas con ella de una vez. Es una mujer de bandera y, además, harías muy feliz a tu madre.

Gonzalo no se inmutó. Pedro, que era un buen amigo además de su socio, le había sugerido lo mismo en más de una docena de ocasiones con palabras más o menos parecidas, por lo que respondió con su paciencia habitual:

—Sabes de sobra que me volvería loco de remate antes de celebrar nuestro primer aniversario de boda. Tatiana necesita un hombre capaz de soportar tanta intensidad y créeme, yo no soy ese hombre. De hecho, dudo que en estos tiempos exista ese tipo de hombre. Además, a pesar de la presión a la que nos someten nuestras respectivas familias, entre Taty y yo jamás ha habido el más mínimo sentimiento amoroso. Somos buenos amigos, nada más.

—Lástima que ni la edad ni el físico —su socio se palmeó el abultado abdomen con expresión satisfecha— me acompañen, si no, yo mismo haría un intento.

—No creo que a Mara le hiciera mucha gracia escucharte. —A Pedro le encantaba hacer aquel tipo de comentarios, a pesar de que llevaba más de treinta años felizmente casado con la misma mujer—. En fin, no te preocupes por nada y disfruta de estas bien merecidas vacaciones. Ahora será mejor que vaya a ver qué quiere Taty antes de que empiecen a volar los pisapapeles.

Gonzalo se levantó de la silla y su interlocutor lo imitó para despedirse, pero entonces volvió a sonar el repiqueteo de unos nudillos en la puerta y esta se abrió para dejar paso a la secretaria de su socio.

—Señor Batllé, aquí están los contratos que me pidió... —La recién llegada se detuvo en seco al ver a Gonzalo—. Perdone, no sabía que estaban reunidos.

—No pasa nada, Genoveva, déjelos sobre mi mesa, por favor.

A Gonzalo el nombre le sorprendió un poco. No es que hubiera dedicado muchos minutos de su vida a considerar semejante asunto, pero jamás habría imaginado que la diminuta, y algo rellenita, señorita Guzmán se llamara Genoveva.

«Mucho nombre para tan poquita cosa». Incómodo por albergar aquellos pensamientos tan poco amables, se volvió a saludarla con su mejor sonrisa.

—Buenos días, señorita Guzmán.

—Buenos días, señor Sanmartín —respondió ella con rigidez, sin devolverle la sonrisa.

—Se me acaba de ocurrir la solución ideal para tu problema, Gonzalo — anunció Batllé, de pronto, con pinta de estar encantado consigo mismo—. Genoveva es la persona idónea para sustituir a tu secretaria.

Sin embargo, su interlocutor no estaba tan encantado con la idea. A pesar de los severos trajes de chaqueta negros o grises que utilizaba para ir a trabajar; del pelo casi negro, siempre recogido en un impecable moño bajo; y de las anticuadas gafas de concha, que ocultaban gran parte de su rostro, la señorita Genoveva Guzmán tenía un aspecto tan sumamente aniñado que, aunque sabía que era injusto juzgar a nadie por su físico, le hacía dudar de su capacidad para desenvolverse en ese puesto. Al fin y al cabo, trabajar para él como secretaria ejecutiva comportaba mucho más que servir los cafés y llevar papeles de acá para allá.

—No me gustaría ofenderla, señorita Guzmán, pero ¿no es usted un poco joven para desempeñar el cargo de secretaria ejecutiva?

Las pálidas mejillas sin maquillaje se tiñeron de rosa y, de nuevo, se sintió incómodo ante su evidente turbación. La señorita Guzmán tenía pinta de ser una persona demasiado tímida y sensible.

—Yo... yo...

Pobre, encima la había hecho tartamudear.

—Genoveva lleva más de un año a mi lado desempeñando las labores de asistente personal y te aseguro que ya sabe casi tanto como yo de derecho. ¿Recuerdas el caso Rioseco? Si no hubiera sido por ella, lo habiéramos perdido en primera instancia. —Costaba creer semejante afirmación, sobre todo porque en ese momento la aludida se vio obligada a subirse las enormes gafas que habían resbalado por el puente de la nariz algo respingona con un dedo tembloroso y se puso aún más colorada—. Ya verás, todo irá sobre ruedas. Te aseguro que cuando esté de vuelta no querrás devolvérmela.

El señor Batllé le guiñó un ojo a su asistente, pero ella tenía los suyos clavados en el nudo de su corbata y no lo vio.

«Menudo compromiso», Gonzalo estaba molesto.

Hubiera preferido mil veces elegir a su propia ayudante personalmente, pero solo de pensar en la posible reacción de la pobre chica si lo decía en voz alta,

decidió que sería mejor dejarlo estar. Confiaba en que después de unos días trabajando codo con codo, aquella mujer comprendiera que el puesto le venía enorme y ella misma pidiera volver al *pool* general de secretarias del bufete, donde la exigencia era mucho menor.

—Muy bien entonces. Señorita Guzmán, como me imagino que ya sabe, Leonor se jubila a finales de semana, así que le agradecería que mañana se reunieran en algún momento. Ella le explicará en qué consistirán sus tareas.

—Sí, señor Sanmartín —respondió con un hilo de voz.

A Gonzalo se le escapó otro suspiro, se despidió de su amigo con un puñetazo amistoso en el brazo y salió del despacho sin mirarla.

Capítulo 2

—Ya era hora.

Tatiana, sentada en su sillón y con los pies calzados con unos botines de tacón vertiginoso apoyados encima del escritorio, lo recibió con el ceño fruncido.

—¿Cuánto has esperado? ¿Cinco minutos? No creo que sea para tanto y, por favor, baja los pies de mi mesa.

De mala gana, la llamativa rubia bajó al suelo las largas piernas enfundadas en unos ajustados pantalones oscuros, sin dejar de mirarlo con las delicadas cejas fruncidas. Gonzalo dio la vuelta a la mesa para ponerse a su lado, apoyó las caderas sobre ella y cruzó los brazos.

—No hagas eso que te van a salir arrugas —dijo sonriente.

Ella suavizó su expresión de inmediato y se pasó un dedo por la frente, decidida a alisar cualquier posible surco. Ese gesto hizo que la sonrisa masculina se volviera más amplia.

—¿Puede saberse por qué no contestas a mis llamadas? —le preguntó con frialdad.

—Anoche tenía mucho trabajo, y te he dicho mil veces que si es urgente me mandes un Whatsapp. No puedo perder una hora escuchándote poner verde a tu peluquero, a tu asistente o a tu padre. No soy una de tus amigas ociosas.

Tatiana se apartó un mechón dorado del rostro, impaciente. Sin embargo, no parecía que aquel comentario poco amable la hubiera molestado en absoluto.

—Sí, era mi padre del que te quería hablar. Vuelve a la carga.

Gonzalo la miró muy serio.

—¿Un nuevo pretendiente? —Ella asintió—. ¿Por qué no le dejas las cosas claras de una vez para siempre.

—Se lo he dicho mil veces, Gon. Ya sabes cómo es. Solo oye lo que quiere oír. Ayer me llamó mi madre con el rollo de siempre. Que es mayor, que quiere tener nietos correteando a su alrededor, que llora todas las noches y reza a san

Judas Tadeo para que abandone la vida de crápula en femenino que llevo. Bueno, estoy segura de que esto último más bien son palabras de mi padre. Y, según mamá, él ha vuelto a amenazar con cortarme el grifo.

—No entiendo por qué, a estas alturas, aún no te has buscado un trabajo. — la regañó Gonzalo como había hecho un centenar de veces—. ¿Hasta cuándo vas a dejar que tu padre te mangonee con la amenaza de retirarte la asignación?

Tatiana lo miró con impaciencia.

—Vamos, Gonzalo. Ni siquiera tengo estudios superiores, ¿cómo crees que iba a permitirme llevar el estilo de vida que llevo si no fuese por lo que me pasa mi padre?

—¿De verdad te compensa o hay algo más? —La miró con el ceño fruncido. Desde hacía tiempo tenía la sensación de que ella le ocultaba algo.

Tatiana le devolvió la mirada con expresión inocente.

—¿Qué más quieres que haya? Mi piso, mi coche, la ropa que llevo, los restaurantes en los que como... Por supuesto que me compensa. En fin —se puso en pie y caminó hasta la ventana—, como te decía, el rollo de siempre.

Gonzalo contempló con lástima la espectacular figura femenina, vestida como de costumbre a la última con prendas de los mejores diseñadores españoles y extranjeros, que con los brazos alrededor de la cintura miraba sin ver el ajetreo de la calle de Serrano en una mañana laborable. Cualquiera diría que Tatiana de Aguilera era una de esas pocas mujeres afortunadas que lo tenían todo. Sin embargo, aunque desconocía los detalles porque ella nunca se los había contado, intuía que su matrimonio la había dejado profundamente marcada.

Caminó hasta colocarse detrás de ella, la rodeó con los brazos y apoyó la mejilla en los cabellos brillantes.

—¿Qué quieres que haga?

Pero en ese momento, la puerta se abrió y entró la señorita Guzmán con la bandeja del café. Al verlos tan juntos, se detuvo en seco, se puso colorada y empezó a tartamudear.

—Yo... lo siento. Leonor me dijo... me dijo...

—Que suelo tomar café a esta hora del día y que tenía una visita. — Gonzalo acabó la frase por ella con serenidad, se acercó en dos zancadas y le quitó la bandeja de las manos antes de que se le cayera al suelo con todo su contenido de

tazas y platos tintineantes—. No se preocupe, señorita Guzmán, yo me ocuparé de todo. Puede retirarse.

La señorita Guzmán trató de esbozar una sonrisa temblorosa que fue un auténtico fracaso, antes de decir algo ininteligible, dar media vuelta y salir a toda prisa.

—¿Qué ha sido eso?

Al menos la interrupción había servido para que Tatiana se olvidara un momento de sus preocupaciones. Ahora sonreía de oreja a oreja y, como había hecho miles de veces, Gonzalo pensó que era raro que su extraordinaria belleza lo dejara frío.

—Mi nueva secretaria ejecutiva.

—¡Ole y ole! —Su visita se sentó en el sofá que había frente a la pequeña mesa de centro en la que él había dejado la bandeja y empezó a servir el café—. Me imagino que eso quiere decir que por fin te libras de ese bulldog con cara de malas pulgas que me mira con tanta desaprobación.

—No hables así de Leonor. Es una persona fantástica y gracias a ella, entre otros, hemos conseguido que este bufete ocupe el lugar que ocupa.

—Es mona.

—¿Quién? —La miró confundido.

—Quién va a ser —puso los ojos en blanco—, tu nueva secretaria. ¿No me digas que no te has fijado?

—Qué cosas dices. —Gonzalo descartó la idea con un gesto de la mano—. Para empezar no debe de tener más de veinte años y, para seguir, nunca me fijaría en alguien que trabaja para mí.

Tatiana le tendió un platito con una taza llena.

—Eso, señor Sanmartín, además de sonar un poco clasista, es manifiestamente falso. Si quieres te recuerdo lo colado que estabas por Luna Lawrence —dijo antes de llevarse su taza a los labios y dar un sorbo—. Por lo menos hace bien el café.

Molesto por el recordatorio, Gonzalo dio un sorbo a su vez.

—No tiene nada que ver. Luna era abogado también, en unos años habría sido socia del bufete. La señorita Guzmán es un tímido ratoncito y no creo que dure mucho en su nuevo cargo, la verdad sea dicha. Si no hubiera sido por la

insistencia de Pedro ni siquiera habría pensado en ella para el puesto.

Notó que Tatiana apenas lo escuchaba, así que repitió la pregunta que le había hecho antes de la interrupción.

—¿Qué quieres que haga?

—Finjamos que estamos prometidos.

Los grandes ojos azules lo miraron suplicantes.

—Taty, ya pasamos por eso, ¿recuerdas? Después llegó la ruptura y, a estas alturas, todavía tengo que escuchar a mi madre quejándose amargamente de mi inconstancia y de tu coquetería.

Aquello la hizo sonreír de nuevo.

—Gonzalo Sanmartín inconstante. Desde luego, no te conoce en absoluto.

Pero recuperó la seriedad casi en el acto y añadió:

—Esta vez sería diferente. —Sonaba muy convencida.

—Ah, ¿sí? —Gonzalo no pudo evitar un cierto tono sarcástico—. ¿Qué es lo que sería diferente? ¿Que esta vez habría boda al final?

Tatiana le lanzó una impactante sonrisa, como si sus palabras acabaran de darle una idea magnífica:

—¡Exacto! Ahora que lo dices, es la solución perfecta.

Su amigo casi se atragantó con el café.

—¿Estás loca? No tiene gracia.

—No es ninguna locura. —Tatiana trató de convencerlo—. Celebramos una boda con toda la pompa y ceremonia que ellos esperan y luego cada uno hace su vida. Así nos dejarán en paz para siempre.

—Definitivamente, estás loca.

—¿Por qué? —Lo agarró de las solapas de la chaqueta y alzó el rostro suplicante hacia él. Gonzalo estaba seguro de que Taty sabía de sobra que era difícil resistirse al brillo de sus grandes ojos azules—. Yo no pienso enamorarme jamás y tú sigues suspirando por Luna, quien, te lo recuerdo, se ha casado con otro. ¡Es perfecto!

—Lo primero, deja de arrugarme la chaqueta. —Gonzalo liberó las solapas de sus puños apretados, con suavidad pero con firmeza—. Lo segundo, mi

respuesta es: «No». Para mí, el matrimonio es un asunto muy serio.

Tatiana puso los ojos en blanco y dijo con desdén:

—La verdad, Gonzalo, resultas tan anticuado...

—Ya me conoces.

Su interlocutora se terminó el café y dejó el platillo sobre la mesa con un ruido seco.

—Al menos es una idea.

A Gonzalo no le gustaron nada el centelleo de sus ojos ni la forma en que apretó los labios con gesto decidido; pero la conocía lo suficiente para saber que cuando Tatiana de Aguilera se empeñaba en una cosa, era complicado, si no imposible, disuadirla.

Sin embargo, como si hubiera decidido que, por el momento, sería inútil insistir, Tatiana cogió el bolso que había dejado sobre el sofá al entrar y se puso en pie.

—Me voy, Gon, y recuerda que hemos quedado el viernes en The Bristol con toda la pandilla.

«Vaya, se me había olvidado por completo», se dijo fastidiado mientras la besaba en ambas mejillas.

Había sido un principio de semana complicado y aún quedaban por delante varios días no menos complicados. Lo más seguro era que el viernes estuviera rendido y no tuviese ningunas ganas de salir a cenar. A pesar de todo, asintió con la cabeza y la acompañó hasta la puerta.

Capítulo 3

—Tenías que haberme visto.

Bibi, ya en pijama, se dejó caer al lado de su amigo en el sofá, cruzó las piernas desnudas debajo de su cuerpo y se quedó mirando los calcetines de colores chillones que se ponía para estar en casa con expresión de desconsuelo.

—Me quedé ahí como una idiota, tartamudeando y poniéndome más roja a cada segundo que pasaba.

—Desde luego te ha dado fuerte con ese colega. —Rolo se llevó la lata de coca-cola a la boca y dio un largo trago.

Bibi apoyó la nuca en el respaldo y cerró los ojos.

—Es que es tan guapo... —suspiró con una suave sonrisa en los labios.

—Luego dices que yo soy superficial porque solo me fijo en el físico de las tías. A lo mejor es un psicópata.

—¿Un psicópata?—. Los grandes ojos grises se abrieron al momento y le lanzaron una mirada de reproche—. No tienes ni idea. Gonzalo Sanmartín es el hombre más dulce que conozco. En la oficina todo el mundo lo adora. Tan educado, tan amable, tan... —Volvió a suspirar—. No solo no me regañó por interrumpirlo en un momento tan poco oportuno. Por cierto, ¿te he dicho ya que odio a la Tatiana esa?

—Solo unas mil veces.

—Es una estirada que se lo tiene muy creído. Lo trata como si fuera su perrillo faldero. Cuando supe que estaba enamorado de Luna, la abogada de la que te hablé, ¿te acuerdas? —Rolo no se acordaba en absoluto; lo cierto era que cuando Bibi empezaba a hablarle de su jefe solía desconectar. No obstante, se apresuró a asentir con la cabeza—. Sufrí mucho, no te lo voy a negar, pero al menos ella me caía bien. Así que me había resignado a verlos comer perdices el resto de sus vidas...

Exhaló un nuevo suspiro, más hondo si cabe.

—En fin, como te iba diciendo, no solo no me echó la bronca, sino que se apresuró a quitarme la bandeja de las manos y me lanzó una de esas sonrisas que

me dejan paralizada y no, no es una forma de hablar. Me convierto en estatua de sal, literalmente, como la mujer de Lot al mirar atrás.

—¿Quién es esa? ¿La zorra que atiende ahora en el estanco?

Bibi soltó una carcajada. Lo cierto era que su amigo Rolo no era el tipo más cultivado del mundo. Había tenido que abandonar el instituto antes de acabar para ayudar en la cafetería familiar cuando su madre se quedó viuda y nunca le habían interesado demasiado los libros. Sin embargo, aunque nadie lo diría al ver la imagen de matón de barrio que le gustaba cultivar —chupa de cuero negro, vaqueros muy desgastados, tatuaje de vikingo con casco y cuernos en uno de los brazos— su amigo era uno de los hombres más inteligentes que conocía y tenía una intuición casi prodigiosa para los negocios.

—Déjalo, es largo de explicar.

Rolo dio otro trago a la coca-cola y dijo:

—Así que un abogado de éxito que no es un hijo de puta. ¿Seguro que no es una peli de ciencia ficción?

Bibi siguió a lo suyo sin hacer caso de su comentario.

—Es tan bueno el pobre. Se notaba a la legua que no tenía ningunas ganas de que yo me convirtiera en su nueva *assistant*, pero creo que al verme en mi papel estelar de *La tonta del bote*, no dijo nada para no hacerme sufrir. —Suspiró por enésima vez e hizo un puchero—. Es increíble, el sueño de mi vida, trabajar a sus órdenes, se hace realidad milagrosamente y voy a tener que renunciar a él. Cada vez que me dirige la palabra me vuelvo más vegetal que una coliflor. ¡Es tan patético! ¡Soy tan patética!

—Hum —dijo su amigo sin comprometerse mientras daba el último trago a su coca-cola—. Desde luego, no eres la típica persona que yo describiría como tímida. Más bien todo lo contrario.

Bibi movió la cabeza con desesperación.

—Solo me pasa con él. Es el amor, que me vuelve idiota.

Rolo aplastó la lata entre sus grandes manos, una habilidad con la que solía dejar boquiabiertas a sus admiradoras, apuntó con cuidado y la encestó limpiamente en la papelera.

—Y ¿nunca te pasó eso con tus otros novios?

—Jamás —negó tajante.

—¿Ni siquiera con Héctor? —Los ojos pardo-verdosos estaban cargados de malicia.

—¡Te he dicho mil veces que no quiero que me recuerdes esa etapa de mi vida nunca más!

Le lanzó un almohadón que su amigo atrapó al vuelo con una carcajada.

—Está bien. No volveré a mencionarlo.

—Eso dices siempre, Rolo, pero siempre sacas el tema.

Luisa, la hermana pequeña de Bibi, que había estado escuchando su conversación sin el menor disimulo colocó un cuenco lleno de patatas fritas encima de la mesa. Al instante, Rolo se abalanzó sobre él, como hacía siempre que había comida de por medio.

Bibi apartó la mano de su amigo sin demasiada delicadeza y cogió una patata.

—¿Has terminado las mates? —preguntó metida en su papel de hermana mayor.

—Sí. Ya solo me queda la disertación sobre por qué los pollos deberían ser declarados especie protegida.

Rolo miró a la niña con admiración.

—Alucino con los enanos de hoy en día. Haciendo disertaciones con doce años.

Luisa encogió los hombros huesudos que se le marcaban por debajo de la camiseta del pijama con falsa modestia.

—En realidad, la señorita mandó una redacción sobre la visita al zoo del otro día, pero esto me parece más interesante.

Bibi no pudo contener una sonrisa de orgullo. Su hermana pequeña tenía una mente privilegiada y una madurez impropia de un niño de su edad, pero, cosa rara, en vez de recibirla a pedradas cuando llegaba al colegio, era una niña muy popular tanto entre los profesores como entre sus compañeros.

En ese momento se abrió la puerta principal y se oyó un: «¡Ya estoy aquí!», seguido de un fuerte portazo.

Bibi se levantó de un salto del sofá.

—Perfecto, Carlos ha llegado. Vamos a cenar. ¿Te quedas, Rolo?

Su amigo se levantó también y olisqueó el aire.

—¿Qué hay de cena?

—Budín de berenjenas.

Rolo chasqueó los dedos.

—Vaya, qué pena. He quedado con Vane. ¿Me guardas un trozo?

Luisa pellizcó la tela de su camiseta de algodón con las puntas de los dedos, la separó de su cuerpo en una imitación bastante buena de un pecho exuberante, y gritó con voz de pito: —¡Rolo, Rolito, me muero, me mueueero!

—¡Luisa!

Bibi trató de mostrarse indignada, pero Rolo ni lo intentó. Con una carcajada, extendió la mano y despeinó el pelo oscuro de la niña.

—Eso te pasa por colarte en casa sin avisar.

—Pues no dejes las llaves detrás del extintor.

—Lo tendré en mente. —Como sabía que le molestaba, sujetó el rostro de Luisa entre sus manos, le dio un sonoro beso en la frente y volvió a reírse al ver su cara de asco—. ¡Adiós, bicho! ¡Adiós, Carlos!

Se despidió del adolescente vestido de negro de la cabeza a los pies y con el pelo teñido de verde que lo saludó desde la puerta de la cocina, agarró la chupa de cuero que había tirado de cualquier manera sobre el banco del recibidor y gritó: —¡Guardadme un trozo de budín! —Y se largó dando otro portazo al salir.

—Qué manía con los portazos —protestó Bibi sin demasiada pasión, camino de la cocina—. Así están las paredes. Llenas de desconchones.

Carlos ya había puesto la mesa y el budín daba vueltas en el microondas. Bibi se acercó para abrazarlo y le dio un beso en la mejilla, algo que su arisco hermano solo aceptaba cuando no había testigos delante. Luisa entró derrapando en la cocina y se sentaron a la mesa.

—¿Estás muy cansado? ¿Qué tal se porta Berni? —Bibi le sirvió una generosa ración de budín.

—Es un negrero. Hoy me ha tenido deshuesando codornices toda la tarde. He contado más de doscientas.

Su hermana mayor frunció el ceño al ver nuevos cortes en sus dedos, que se sumaban a las marcas de otros cortes y quemaduras más antiguos.

—Hablaré con él. Acordamos que harías unas prácticas, no quiero que te tenga currando como un esclavo con el sueldo miserable que te paga.

—No hace falta —negó Carlos con la boca llena—. En el fondo estoy aprendiendo un montón, y nos viene bien la pasta para la escuela.

Bibi también estaba muy orgullosa de su hermano. Con solo dieciséis años, ya tenía muy claro que quería ser cocinero y se esforzaba al máximo para conseguir su sueño. Después de salir del instituto trabajaba de firme todas las tardes en el restaurante de uno de los mejores amigos de Rolo y, cuando llegaba agotado a su casa, aún tenía que hacer los deberes, porque ella le había hecho prometer que se sacaría la selectividad.

A cambio, Bibi le había prometido a su vez que le pagaría el curso más avanzado de la prestigiosa escuela Le Cordon Bleu cuando cumpliera los dieciocho y, fiel a su palabra, llevaba ahorrando desde entonces. Por eso, además de su trabajo en el bufete, servía copas en una taberna irlandesa los fines de semana. Lo malo era que el curso costaba más de treinta y ocho mil euros, y con el sueldo de Bibi tenían que vivir los tres. Así que Carlos aprovechaba cualquier oportunidad que se le presentaba de ganar un dinero extra.

La cena fue tan animada como de costumbre y cuando terminaron de recoger, cada uno se fue a su cuarto. Carlos a estudiar, Luisa a seguir con su disertación, y Bibi a soñar despierta con la sonrisa perfecta de su jefe.

Capítulo 4

—Creo que ha tenido mucha suerte con mi sustituta, señor Sanmartín.

Gonzalo alzó la mirada de los papeles que estaba estudiando y miró a su secretaria sorprendido.

—¿Usted cree? —Procuró no traicionar su incredulidad.

—Es una chica muy dulce, y lista como ella sola.

—Demasiado tímida, ¿no le parece?

Leonor dejó los papeles que él le había pedido poco antes en una esquina de la mesa, perfectamente ordenados.

—Qué raro que diga usted eso. —Cogió la taza de café vacía y se dirigió hacia la puerta—. No me ha parecido tímida en absoluto.

A Gonzalo le extrañó la desacostumbrada falta de perspicacia de su secretaria. Resultaba obvio para cualquiera que la señorita Guzmán tenía un severo problema de timidez. Sin embargo, apartó a la señorita Guzmán y su problema de su cabeza y se concentró de nuevo en los papeles de la vista que tenía al día siguiente.

—Su café, señor Sanmartín.

—¿Ya?

Echó un vistazo a su reloj, sorprendido de que ya hubieran pasado tres horas, alzó la mirada y sonrió con amabilidad a la mujer que acababa de depositar una taza humeante en un extremo de la mesa.

Notó que las mejillas de la recién llegada empalidecían para inundarse de sangre al segundo siguiente. Las aparatosas gafas resbalaron por la pequeña nariz y, al ir a subírselas de nuevo, se le cayó el montón de documentos que llevaba en la mano.

—Yo... por favor, perdóneme... Lo siento muchísimo. —Se arrodilló en el suelo y empezó a recoger los papeles, frenética.

Gonzalo notó que la sonrisa se le congelaba en los labios, pero reaccionó de inmediato y se levantó para ayudarla. Al rodear la mesa, la insólita visión de la

señorita Guzmán a cuatro patas sobre la mullida alfombra persa que decoraba el despacho hizo que se detuviera en seco. El redondo trasero en pompa al que, debido a la posición, la falda oscura se ceñía como un guante, le causó un inesperado pinchazo de deseo. Desconcertado por su inusitada reacción, se obligó apartar la vista de aquella inconveniente parte de su anatomía y se arrodilló a su lado.

—No... no hace falta... por favor, señor Sanmartín...

Sin hacer caso de sus balbuceos y procurando no mirarla para que recuperase la calma cuanto antes, Gonzalo recogió los últimos papeles y se los tendió. Las manos de ambos chocaron y, una vez más, todos los documentos que la señorita Guzmán sujetaba en la suya se esparcieron a su alrededor.

—Oh, Dios mío.

Su secretaria ocultó el rostro entre las manos.

—Tranquila, señorita Guzmán.

Pero ella seguía arrodillada en el suelo, tapándose la cara con las manos.

—Lo siento... de verdad. Perdóneme, señor...

—No hay nada que perdonar.

Sin saber muy bien qué hacer, Gonzalo alargó las manos y con delicadeza apartó los dedos femeninos. Inesperadamente, se encontró con unos enormes ojos de un singular matiz grisáceo, enmarcados por espesas pestañas negras que se curvaban en las puntas, a pocos centímetros de distancia. Nunca habría imaginado que detrás de esas gafas tan feas hubiera unos ojos tan bonitos, pensó. Estaban tan cerca, que pudo aspirar también el ligero perfume que desprendía su piel. Un aroma delicioso y familiar al que no fue capaz de dar nombre.

Se echó un poco hacia atrás para no agobiarla y preguntó sonriente: —¿Está ya más tranquila?

Ella asintió en silencio.

Entonces Gonzalo terminó de recoger los papeles y se puso en pie. La ayudó a levantarse y percibió el temblor de la pequeña mano en la suya. La cabeza de la señorita Guzmán apenas le llegaba al hombro y, acostumbrado a mujeres como Luna o Tatiana, que pasaban del metro setenta, el diminuto tamaño de su nueva secretaria aumentó aún más su instinto protector.

—No le de más vueltas —dijo sin dejar de sonreír—. Un mal día lo tiene

cualquiera.

Como de costumbre, ella no le devolvió la sonrisa.

—Gra... gracias —tartamudeó una vez más antes de darse media vuelta y salir casi a la carrera del despacho.

Gonzalo se quedó mirando en dirección a la puerta con el ceño fruncido. Pero enseguida se encogió de hombros, volvió a sentarse y ojeó indiferente el montón de documentos que había protagonizado aquella escena tan incómoda. Sin embargo, a medida que iba leyendo, su interés aumentaba de modo exponencial.

Aquellas hojas eran extractos de resoluciones, tanto en primera y segunda instancia, como del Tribunal Supremo, sobre asuntos similares al que debía tratar al día siguiente en la vista. Había, incluso, varios resúmenes de sentencias del Tribunal de Justicia de la Unión Europea. Todo perfectamente ordenado y clasificado. Leyó de nuevo las hojas con mucha atención y procedió a corregir algunas de sus notas. Un par de horas después, se recostó contra el respaldo del sillón muy satisfecho con el resultado.

Vaya, vaya, se dijo. Tal vez Leonor tenía razón. Quizá la señorita Guzmán había sido un gran fichaje después de todo.

Capítulo 5

En cuanto salió del despacho de su jefe, Bibi corrió a los aseos y se encerró en uno de los cubículos. Bajó la tapa del inodoro, se sentó encima, subió los pies y se abrazó las piernas.

—¿Por qué? ¿Por qué a mí, Señor? —lloriqueó.

Había hecho un ridículo de carácter épico.

¿Por qué no había caído un rayo y la había fulminado? ¿Por qué no había saltado por los aires una fábrica de pasta y la había estrangulado a tiempo un espagueti volador? ¿Por qué...? Era inútil. Se le ocurrían miles de finales impactantes que podrían haberla salvado de quedar ante su amado peor que Leticia Sabater en su vídeo de la Salchipapa, pero lo cierto era que había ocurrido.

No le iba a quedar más remedio que presentar su dimisión. Irrevocable. Se enjugó una lágrima solitaria con el dedo. Tendría que despedirse del bufete y buscar trabajo en otro sitio. Olvidarse de la emoción que sentía cada mañana al despertar ante la posibilidad de ver a su amado señor Sanmartín, aunque fuera de refilón, cuando salía rumbo a los juzgados o después de una reunión en el despacho de su socio, el señor Batllé.

Recordó la primera vez que lo vio, hacía más de cinco años. Sus padres habían muerto en un accidente de coche unos meses antes y había tenido que dejar los estudios de derecho y ponerse a trabajar para mantener a sus hermanos. Por aquel entonces, Carlos tenía once años y Luisa solo siete. Aún seguía medio zombi cuando atravesó por primera vez el señorial vestíbulo del edificio que ocupaba Sanmartín, Batllé y Asociados, un prestigioso despacho de abogados en pleno barrio de Salamanca, para hacer una entrevista.

Intimidada por aquel esplendor, se tiró un poco de la chaqueta del traje algo pasado de moda y tres tallas más grande que le había prestado su vecina y frotó por detrás de los tobillos las punteras de sus ajados zapatos de tacón, en un vano intento de devolverles algo de su antiguo brillo, antes de apretar el botón del ascensor de principios del siglo XX con un dedo tembloroso. Se disponía a cerrar la puerta, cuando un hombre y una mujer se colaron en el último segundo.

—¡Gracias!

Impresionada por la elegancia de aquella pareja, fue incapaz de decir nada, así que se limitó a esbozar una sonrisa temblorosa. El hombre, alto y moreno, vestido con un traje gris marengo que proclamaba a gritos que había salido de las manos de uno de los mejores sastres de Madrid, camisa blanca y corbata de seda, se la devolvió y la visión de aquellos dientes blancos y, sobre todo, la amabilidad que asomaba a los inteligentes ojos oscuros que se achinaban al sonreír fueron su perdición.

El tiempo se congeló en ese instante y, de pronto, Bibi empezó a tener todos los síntomas de esa enfermedad de la que hablaban las novelas románticas: la sangre rugió en sus oídos, sus mejillas perdieron el color, se le aceleró el pulso, le costaba respirar, le empezaron a sudar las palmas de las manos, se le aflojaron las rodillas.

Y su único pensamiento fue: «Me he enamorado».

—¿Se encuentra bien?

El hombre la miraba preocupado, pero ella siguió muda. Por lo visto, también había perdido la capacidad de hablar.

—Vamos, Gonzalo, llegamos tarde. Ya deben estar reunidos en tu despacho.
—Lo apremió su atractiva acompañante.

Él la examinó unos segundos más. Lo vio fruncir el ceño, como si no supiera qué hacer, hasta que, por fin, se despidió, se dio la vuelta y siguió a la mujer.

Bibi tardó más de cinco minutos en recuperar el uso de sus miembros. Por fortuna, a nadie le dio por llamar al ascensor en ese momento. Se aclaró la garganta, susurró «hola, hola» unas cuantas veces para comprobar que había recuperado la voz, inspiró hondo y salió de la cabina de madera.

Acababa de tomar una decisión inamovible: trabajaría en aquel despacho de abogados, aunque tuviera que fregar suelos y vaciar papeleras.

•

De vuelta en el pequeño cubículo de los aseos, Bibi hizo un puchero. Sí, había conseguido un puesto de auxiliar administrativa y, poco a poco, había ido subiendo en el escalafón a base de trabajar duro. De estudiar casos y más casos, hasta convertirse en la asistente personal de uno de los socios. Y todo aquel esfuerzo, ¿para qué?

No es que hubiera albergado jamás la más mínima esperanza de que su amado señor Sanmartín se fijara en ella. Sabía de sobra que lo suyo era un amor imposible. Su distinguido jefe estaba a años luz de su universo particular. Ella no era más que una humilde secretaria, bajita y con demasiadas curvas, con dos hermanos a su cargo y que no tenía dónde caerse muerta. Sin embargo, se conformaba con verlo cada día, con cruzarse con él por el pasillo. Con recibir, aunque fuera de rebote, alguna de esas sonrisas que la dejaban lobotomizada perdida.

Había sufrido en silencio al verlo rendido a los pies de la guapísima Luna Lawrence, pero, aunque Rolo la llamase pringada —cosa que hacía cada dos por tres—, el suyo no era un amor egoísta. Lo único que deseaba —y podía jurarlo sin temor a que un rayo la partiera por la mitad— era la felicidad de su amado. Incluso aunque esa felicidad la encontrara con otra.

De hecho, había sufrido aún más dos años atrás, cuando la señorita Lawrence dejó el bufete repentinamente y se corrió la voz de que se iba a casar con un soldado americano. En aquellos días, un Gonzalo pálido y ojeroso se había refugiado debajo de una montaña ingente de trabajo. Le habría gustado apretarlo contra su pecho y susurrar en su oído unas cuantas tonterías para consolarlo, como hacía con su hermana Luisa cuando se raspaba una rodilla, pero era imposible. Y la infelicidad que él manifestaba en todos sus gestos se le clavaba en lo más profundo del alma.

Por fortuna, el paso del tiempo al parecer había aliviado algo ese sufrimiento. Su amado señor Sanmartín seguía trabajando como un poseso, pero había vuelto a sonreír y, por lo poco que había averiguado a base de escuchar con disimulo conversaciones que no estaban destinadas a sus oídos, había retomado su vida social.

Con Tatiana de Aguilera.

Y ahí era cuando se había dicho a sí misma: «¡Hasta aquí hemos llegado!».

Una cosa era jugar a los mártires cuando la chica de la que se enamora tu amado era una persona que valía la pena, y otra muy distinta dejar vía libre a una pija sin sustancia, a la que lo único que le preocupaba era su manicura semanal.

Llevaba meses barajando las posibilidades que tenía una chica del montón de eclipsar a una diosa mimada por la vida como la señorita de Aguilera —en opinión de su amigo Rolo, más bien ninguna— y, de pronto, milagrosamente, el señor Batllé le había ofrecido en bandeja la oportunidad con la que llevaba soñando años y años.

Y ¿qué había hecho ella?

Acabaría antes si dijera lo que no había hecho: desde entonces no había hecho nada, absolutamente nada, a derechas.

Capítulo 6

—Bibi, ¿estás ahí?

La voz de Leonor le recordó que llevaba más de media hora encerrada en aquel cubículo.

—Sí, sí, ya salgo. —Bajó los pies de la tapa del inodoro y abrió la puerta.

—El señor Sanmartín quiere que vayas a su despacho, llevo un buen rato buscándote.

—Perdona, Leonor.

—¿Te pasa algo? —La mujer la miró preocupada.

—Nada, la salsa rosa del bar de la esquina. Ya sabes que es al estómago lo que la sosa caustica a una cañería atascada.

Bibi se miró en el espejo y suspiró. Estaba muy pálida, y el moño tirante y las horribles gafotas de cristales sin graduación que utilizaba para aparentar más edad no ayudaban demasiado. Se pellizcó las mejillas, aceptó el brillo de labios que le tendió su compañera y volvió a suspirar frente a su reflejo.

—En fin, no tiene remedio, será mejor que vaya de una vez. ¿Estaba...? —tragó saliva—. ¿Tenía pinta de estar muy enfadado?

—¿El señor Sanmartín? —La otra alzó las cejas sorprendida por la pregunta, antes de descartar la idea de plano—. Qué va. Tu nuevo jefe es un bendito del cielo. No se enfada jamás.

Claro, seguro que Leonor, la secretaria perfecta, nunca le había dado motivos. En fin, se dijo Bibi desmoralizada, lo mejor sería que se enfrentara de una vez a su destino. Salió del cuarto de baño arrastrando los pies y se dirigió al despacho de su jefe.

—Pase.

Bibi avanzó un par de metros y se detuvo.

—Señor Sanmartín yo... quiero que sepa... que sepa...

Pero su jefe interrumpió sus penosos tartamudeos con un gesto de la mano.

—Le agradezco mucho la documentación que me ha hecho llegar.

Bibi lo miró boquiabierta. ¿No la iba a despedir? ¿No iba a llamar al *segurata* para que la echara a patadas de su despacho? ¿De verdad le estaba dando las gracias?

—Quiero que mañana me acompañe a los juzgados.

—¿Yo? —Abrió mucho los ojos.

«Y ¿quién si no, idiota?», se regañó a sí misma desesperada por su estupidez. «¿El hombre invisible?».

—Sí, usted.

Su jefe sonrió y Bibi adivinó que su aspecto desvalido lo había enternecido. Le ocurría a menudo, por eso nadie la tomaba en serio a pesar de sus gafas pasadas de moda y de sus trajes severos. Entornó los ojos y se concentró en uno de sus pasatiempos favoritos: la lectura de pensamiento.

«Seguro que está pensando que en el fondo es lógico que me sienta un poco perdida. Seguro que, justo en este instante, está recordando cómo se sentía él con veinte años».

Lo vio fruncir el ceño y siguió adivinando:

«Y ahora es cuando se dice a sí mismo: ¡Un momento! —Bibi adoptó en su mente un tono de voz mucho más grave para meterse bien en el papel—. Ahora que lo pienso, la señorita Guzmán lleva varios años trabajando en el bufete; cuatro o cinco por lo menos. Es imposible que la contratásemos a los quince».

La siguiente pregunta de su jefe la hizo maravillarse ante sus increíbles poderes mentales.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintisiete. —Al menos consiguió decir la cifra sin tartamudear.

—¡Veintisiete!

Gonzalo levantó mucho las cejas, probablemente extrañado de que una mujer de su edad, que llevaba años desempeñando un trabajo como el suyo, tuviera semejantes problemas de comunicación.

«Ya está». Bibi se retorció las manos, desolada. «Hace unos segundos solo pensaba que era muy joven, pero ahora está convencido de que padezco un severo retraso».

No podía seguir así, se dijo. Tenía que darle alguna explicación.

—Quizá... quizá... se ha percatado de que... que estoy... un poco nerviosa.

Su jefe negó en el acto con la cabeza, aunque se notaba a la legua que más bien estaba pensando: «Como para no darse cuenta».

—Es la medicación —soltó del tirón y no se le escapó la alarma que se reflejó el rostro masculino.

«Y ahora me acabo de convertir en una psicópata. Bravo, Bibi, te estás cubriendo de gloria».

—¿Está... enferma?

—Reúma. Muy doloroso. Sobre todo con lluvia. Pero se me pasará. Dice el médico. En primavera. —Terminó en modo telegrama aquella explicación sin pies ni cabeza.

—Quizá debería pedir la baja. —Una vez más, la miraba con preocupación.

—No. Nada grave. Puedo hacerlo. Mi trabajo. Todo controlado.

Al menos había encontrado la solución para no tartamudear en su presencia, se dijo Bibi aliviada. Cierto que seguía pareciendo una chiflada, pero, en cualquier caso, lo importante era ser capaz de comunicarse de un modo inteligible.

—Muy bien. —Su jefe echó un vistazo a su elegante reloj de pulsera—. Si quiere puede irse ya. Mañana pasaré a las ocho y media por aquí para recogerla.

—Mañana. Ocho. Y media. Perfecto.

Bibi dio media vuelta y salió huyendo.

Capítulo 7

Gonzalo recogió a la señorita Guzmán en el bufete como habían acordado. Nada más subirse en el coche, a ella se le cayó el bolso y el contenido se esparció en todas las direcciones. Como era su costumbre, al instante empezó a tartamudear una sarta de disculpas incomprensibles, así que se había visto obligado a hacerla callar con un gesto antes de agacharse a ayudarla.

Una vez reunida de nuevo en el interior del bolso la increíble cantidad de cachivaches que llevaba —incluido un pollo de goma con el pecho ensangrentado con pintura roja que ella le había arrebatado de las manos con cierta brusquedad— arrancó en dirección a la plaza de Castilla.

Durante el trayecto procuró mantener una conversación lo más neutra posible. Al «no parece que vaya a parar de llover», le siguió «es uno de los febreros más lluviosos que recuerdo», *etc.* Pero a aquellos comentarios corteses ella había respondido con monosílabos y sin apartar la vista de la ventanilla, así que, finalmente, optó por dejar que un silencio incómodo se apoderara del espacioso interior del BMW x5.

Sin embargo, en cuanto llegaron a los juzgados la señorita Guzmán —con portentosa eficiencia por cierto— se encargó de reunir a los distintos testigos y peritos antes del juicio mientras él saludaba a un par de colegas con los que intercambió varios cotilleos políticos muy interesantes. A pesar de ello, procuró no perder de vista en lo posible a su singular empleada.

Sorprendido, notó que charlaba y reía con todos sin ningún tipo de turbación. De hecho, parecía conocer a todo el mundo en los juzgados. Desde los ordenanzas, bedeles y ujieres... hasta un par de señoras de la limpieza que se acercaron a saludarla. Y, si tenía que dar crédito a sus oídos, que hasta el momento no le habían fallado, había intercambiado con ellas sesudos consejos sobre cómo mantener a raya las varices, y la mejor manera de preparar el sofrito.

De pronto, vio que le hacía un gesto y, al interrogarla con la mirada, no detectó ni rastro de esa sonrisa que no se había despegado de sus labios mientras charlaba con las mujeres. Con cierta inquietud, se despidió de sus colegas y se acercó a ella.

—¿Ocurre algo, señorita Guzmán?

—El perito. No ha. Llegado. El número. Seis.

«Vaya, la escopeta vuelve a disparar», suspiró Gonzalo, al tiempo que repasaba sus notas. Enseguida se dio cuenta de que tenían un serio problema.

—El testimonio del perito número seis es fundamental y no podemos pedir otro aplazamiento.

La señorita Guzmán asintió con tanta vehemencia que, una vez más, su nariz hizo de tobogán de las gafas. Se las subió con ademán impaciente y siguió disparando:

—He llamado. Perito. Coche. Se ha quedado. Tirado. Estación autobuses.

Gonzalo echó un vistazo a su reloj de pulsera y soltó una maldición en voz baja. Quedaban poco más de diez minutos para que empezara la vista. Con el día de perros y el atasco, el tipo no iba a llegar a tiempo aunque cogiera un taxi. Ni siquiera en metro lo conseguiría.

—Tendremos que hacerlo sin él.

—¡No! —Él y cuatro personas más que pasaban por ahí se volvieron a mirar a la señorita Guzmán muy sorprendidos. La vio inspirar profundamente antes de volver a intentarlo con más suavidad—. No se preocupe. Yo. Me encargo. Usted vaya. Entrando.

La vio sacar el móvil y correr en dirección a la salida mientras hacía una llamada. Gonzalo volvió a mirar el reloj; era hora de entrar en la sala. Habló con el juez para cambiar el orden de declaración de los peritos y se preparó para darle a su cliente la mejor defensa posible dadas las circunstancias.

•

Ya habían declarado el acusado, los testigos y acababan de llamar al segundo de los tres peritos. En pocos minutos llamarían al único que faltaba, pero, para entonces, Gonzalo ya había perdido toda esperanza de que su hombre consiguiera llegar a tiempo. El experto que ocupaba el estrado acababa de responder a la última pregunta de la parte querellante. Entonces, el agente judicial llamó al último perito y se produjo un ligero revuelo en la puerta de la sala. Gonzalo se volvió con curiosidad, y la visión de la señorita Guzmán llevando casi a rastras por el pasillo al perito número seis lo dejó anonadado.

Después de eso, el resto de la vista transcurrió como la seda. El testimonio del especialista de la defensa fue definitivo. Cuando el juez preguntó a los presentes si modificaban su calificación del delito, el ministerio fiscal cambió su

petición de condena por la de libre absolución. Aquello era mil veces mejor de lo que Gonzalo había esperado. Con un gesto de triunfo, se volvió hacia su secretaria, que estaba a su lado, y le dio un abrazo.

—¡Justo a tiempo, señorita Guzmán!

El agradable aroma que la envolvía de un modo sutil se le subió a la cabeza y le produjo una nueva punzada de deseo tan inesperada como la que había sentido el día antes en su despacho. Incapaz de reaccionar, siguió estrechándola contra sí hasta que se percató de la rigidez del cuerpo que sostenía entre sus brazos y, avergonzado, dio un paso atrás.

—Perdone. Yo...

No sabía muy bien qué decir, pero seguía sujetándola de los brazos sin atreverse a soltarla. Su asistente tenía el mismo aspecto que presenta una persona que acaba de recibir un garrotazo en la cabeza.

—¡Señorita Guzmán! —La zarandeó un poco—. Señorita Guzmán, ¿qué le ocurre?

Lo miró completamente ida.

¿Le habría dado un ataque? Se preguntó, alarmado. Quizá la tensión de lo del perito...

Finalmente, la señorita Guzmán pareció volver en sí.

—Nada. —Movió la cabeza con firmeza—. Azúcar. Subidón.

—¿También es usted diabética? —Pobre mujer, era el rigor de las desdichas.

—¡No! —Luego en un tono más suave añadió—: No, solo. Adicta.

Debió de notar que los ojos de su jefe estaban a punto de salir disparados de sus órbitas, porque prosiguió a toda prisa:

—A las chuches.

Gonzalo sonrió aliviado.

—Menos mal. Eso sí, recuérdeme que no le de nunca un caramelo.

En ese momento se acercó otro colega, rival en juicios pasados, para felicitarlo por el resultado. Cuando se volvió de nuevo hacia la señorita Guzmán para decirle que se iban, la encontró charlando muy animada con un joven lleno de acné, con gorra y chaqueta roja de Telepizza. Al descubrir su mirada perpleja clavada en ella, su asistente detuvo en seco la carcajada que había estado a punto

de lanzar y recobró su habitual rigidez.

—Señor Guzmán. Tony. Un amigo. Trajo al perito. En su moto.

—¿Por qué hablas raro, Bibi? —preguntó el repartidor de pizzas—. ¿Te han puesto *brackets*? Al Pirri le pusieron *brackets* el otro día y ahora no hay dios que le entienda.

Gonzalo se apiadó del apuro de su secretaria cuyas mejillas, como no, pasaban del blanco al rojo furioso en cuestión de segundos y entró al quite.

—Así que fue usted quien trajo al perito en su moto. No sabe el favor que me ha hecho. Le ruego que acepte esta pequeña prueba de mi agradecimiento.

Le tendió un billete que el otro aceptó boquiabierto.

—¡Cincuenta *leuros*! ¡La leche! —Frotó el billete con las yemas de los dedos como si quisiera asegurarse que era de curso legal—. ¡Gracias amigo! Si necesita que le haga algún otro favor, yo encantado. Bibi sabe dónde encontrarme.

Bibi, Gonzalo repitió el nombre en su cabeza. Desde luego, aquel apodo corto y juvenil le pegaba mucho más a su secretaria. Eso sí, ahí estaba ella otra vez, perdida toda su animación anterior y más tiesa que unas enaguas bien almidonadas. Estaba empezando a pensar si no sería él el que la ponía en ese estado semicataléptico.

—Vamos, señorita Guzmán, volvamos al despacho.

Colocó la mano en la parte baja de su espalda para conducirla hasta la salida, un gesto de cortesía que había hecho mil veces con otras mujeres sin pensar, pero su nueva secretaria dio tal respingo que la retiró en el acto no fuera a ser que le diera por acusarlo de propasarse.

•

Unas horas más tarde, Gonzalo hizo girar la llave en la cerradura, abrió la puerta y entró en su casa. Dejó el maletín y el abrigo sobre la consola del vestíbulo. No tenía ganas de colgarlo, había sido un día intenso y estaba agotado.

Mientras caminaba por el pasillo se aflojó la corbata, entró en el dormitorio y la lanzó sobre la cama con un giro de la muñeca. Luego hizo lo mismo con la chaqueta y se desabrochó los primeros botones de la camisa. Fue a la cocina y puso un poco de jamón ibérico, queso y pan, una botella empezada de Finca Loranque y una copa en una bandeja y la llevó al salón.

De un tiempo a esta parte le agobiaba el silencio que reinaba en su casa, así que encendió el televisor y zapeó sin demasiado interés hasta que encontró un canal de noticias y comió a ritmo de guerras, broncas políticas y violencia doméstica. Cuando terminó, hizo a un lado la bandeja y se recostó sobre el respaldo con la copa en una mano. Puso los pies sobre la mesa de centro y pasó revista a los acontecimientos del día mientras se terminaba el vino.

Bibi. El jovenzuelo granujiento la había llamado así. Una vez más pensó en su extraño comportamiento. Por lo visto, era capaz de charlar y reír con naturalidad con todo el mundo menos con él.

«Será que le caigo mal», se dijo un poco picado.

Por lo general solía caerle bien a la gente, pero lo cierto era que las simpatías y las antipatías eran incontrolables.

Sonó su móvil y, al ver el número de la pantalla, descolgó con rapidez.

—¿Mamá? ¿Ha pasado algo?

—¿Por qué tendría que haber pasado algo? ¿Acaso una madre no puede llamar a su hijo sin que este piense que está a las puertas de la muerte?

Gonzalo sonrió, su madre nunca perdía el humor a pesar de su frágil estado de salud.

—Por supuesto que no, pero te recuerdo que hemos hablado esta mañana.

—Lo sé, precisamente por eso te llamo, porque no voy a poder comer contigo el domingo. Se me había olvidado que es la final del campeonato.

—¿La final? Enhorabuena, eres la reina del bridge.

Su madre lanzó una risita satisfecha.

—Aún no, pero creo que este año Ana y yo barreremos a los vigentes campeones; estamos en racha. Así que nos quedaremos a comer en el club.

—Muy bien, ¿quieres que te recoja cuando termines?

—No hace falta, me lleva el marido de Ana. No quiero que estés pendiente de mí, quiero que tú también salgas y te diviertas.

Gonzalo se pasó la mano por el pelo y suspiró. En los últimos tiempos, lo de «salir y divertirse» no iba necesariamente unido.

—He quedado el viernes con toda la pandilla, así que el resto del fin de semana lo dedicaré a leer y hacer deporte.

—¿Sales el viernes? ¿Con Tatiana? —Gonzalo casi podía ver el brillo de interés en los ojos maternos.

—Mamá, te he dicho mil veces que no te hagas ilusiones, Taty y yo somos más dos hermanos que otra cosa.

—¡Hermanos! —La escuchó resoplar con desdén y se preparó para el discurso que sabía que venía a continuación. Tatiana y él se conocían desde niños, y tanto los padres de ella como su madre habían fantaseado con la posibilidad de que sus hijos, los dos hijos únicos, acabaran casándose algún día —. Yo creo que haríais una pareja perfecta. Es cierto que la niña de los de Aguilera siempre ha sido un poco superficial, pero creo que se le pasó la tontería cuando se quedó viuda. Vosotros siempre os habéis llevado muy bien y conmigo es encantadora. Además, me preocupa que se os acabe pasando el arroz. Tú ya no eres ningún chiquillo y el reloj biológico de Tatiana debe de llevar unos cuantos años haciendo tic tac.

—Si no te importa, mamá, dejemos a Taty y su reloj biológico. Si no tienes ninguna de tus juergas, me pasaré por tu casa el miércoles después del trabajo, ¿te parece?

—Perfecto, Gonzalo. Te espero el miércoles y, por favor, piensa en lo que te he dicho.

Su madre colgó antes de que él pudiera responder. Gonzalo movió la cabeza entre divertido y molesto. Al parecer, nada de lo que dijera la haría perder la esperanza de que Taty y él acabarían juntos.

Dejó la copa y el móvil en la mesa, se recostó contra el respaldo del sofá y cerró los ojos. Había sido un día raro.

Capítulo 8

Tumbada en la cama, con los pies apoyados por encima del cabecero, Bibi repasaba también los acontecimientos del día con los ojos fijos en sus calcetines de rayas verdes y amarillas, unos de sus favoritos.

«Me ha abrazado», se rodeó el torso con los brazos y cerró los ojos. «Mi amado señor Sanmartín me ha dado un abrazo. A mí. A Bibi. La chica a la que todos los chicos quieren como a una hermana».

Bueno, tal vez no estaba siendo justa. Había tenido un par de novietes antes de entrar a trabajar en el bufete y luego... En fin, luego había pasado lo de Héctor. Movi6 la cabeza de lado a lado para apartar aquel desagradable recuerdo. Esta noche no quería pensar en nada que no fuera Él.

Se pasó una mano por la mejilla, aún le parecía sentir el suave roce de la lana de su impecable traje azul marino. Y su olor. Inspiró con fuerza. Le encantaba el aroma de aquel hombre, sutil e inconfundible.

Hubo una temporada en que Rolo la tenía que sacar a rastras de la sección de perfumería de los supermercados y los grandes almacenes, donde se dedicaba a desenroscar como una posesa los tapones de geles, champús y *after shave* y a esnifar las fragancias en una búsqueda infructuosa de las marcas que lo hacían oler así de bien. Aún hoy, le costaba despegarse de aquellas zonas peligrosas cuando iba a la compra, pero gracias a la ayuda de Luisa y Carlos —y de sus odiosos comentarios burlones— casi había conseguido librarse de aquella molesta adicción que hacía que más de un dependiente la mirase con cara de pocos amigos.

Unos chillidos agudos la arrancaron de su deliciosa ensoñación. Chasqueó la lengua y bajó las piernas al suelo con desgana. Sin darse demasiada prisa, avanzó por el pasillo en dirección a la cocina, que era de donde provenían los alaridos.

—¡Calla, Luisa! Me estás dejando sordo.

Pero Luisa seguía soltando esos desagradables chillidos, a pesar de que era evidente que, fuera lo que fuese, el peligro ya había pasado.

—¿Qué ha sido esta vez? —Bibi se dirigió a sus hermanos con aire de mártir.

—Carlos ha estado a punto de provocar un incendio.

—¡Acusica!

El aludido se volvió hacia su hermana pequeña enfadado, pero esta se limitó a lanzar una risita malvada. Aún no le había perdonado a ese traidor que hubiera escondido el pollo de goma —el mismo con el que iba a enfatizar el drama al que se veían abocados esos pobres animales delante de toda la clase— en el bolso de Bibi.

Esta, que ya había notado el olor a plástico quemado al entrar, se fijó en que el escurridor de pasta lucía un boquete de bordes derretidos. Sus ojos se posaron entonces en el soplete que había sobre la encimera.

—¡Carlos, por Dios!

—Perdona, Bibi. —Su hermano se disculpó con expresión contrita—. Quería gratinar el queso y como Rolo se dejó el soplete el otro día que vino a arreglar no sé qué, pensé...

Su hermana mayor alzó los ojos al cielo, exasperada.

—Me parece a mí que mucho no pensaste. —A Luisa se la veía encantada. Bibi casi nunca se enfadaba y, seguramente, eso había sido lo más parecido a una regañina que había escuchado en mucho tiempo—. Así que hasta que no te compres un soplete adecuado para usar en la cocina, nos limitaremos al horno, ¿entendido?

—Podías haber prendido fuego a la casa —intervino su hermana pequeña en tono dramático.

Bibi y Carlos se volvieron hacia ella.

—¡Tú calla! —ordenaron al unísono.

La niña les sacó la lengua y siguió poniendo la mesa. En ese momento llamaron a la puerta.

—Un euro a que es Rolo. Es increíble el tío. Debe de tener un superpoder, porque es capaz de oler la comida a kilómetros de distancia. —Luisa dejó el último plato sobre la mesa y fue a abrir.

En efecto, poco después el mejor amigo de Bibi entraba en la cocina frotándose las manos.

—¿Qué tenemos para cenar hoy?

—Lasaña de boletus.

A Carlos le había dado por experimentar con cualquier receta que llevara las setas como ingrediente principal. Esa semana las habían comido en forma de croquetas, de revuelto, con morcilla, en salsa... Bibi esperaba que a su hermano no le diera por experimentar también con los postres.

—Huele de muerte.

Rolo se sentó en el sitio que había añadido Luisa y esperó, impaciente, con un cubierto en cada mano y cara de hambre.

—¿Qué tal tu cita? —preguntó Bibi después de servirles a todos una buena ración.

—¿Hum? —dijo su amigo con la boca llena y el ceño fruncido.

—Con Vane, ¿cómo va la cosa?

Rolo se apresuró a tragar.

—Carlos, tronco, te has vuelto a superar a ti mismo. Te juro que estoy a punto de llorar.

—No cambies de tema, Rolo. —Luisa le apuntó con el tenedor, amenazadora.

—Querida, Luisa, ¿te he dicho ya que te estás convirtiendo en una niña repelente?

—Sí, varias veces —replicó esta última sin inmutarse y repitió—: Que qué tal con Vane.

Rolo se llevó otro tenedor cargado de lasaña a la boca, pero antes de hacerla desaparecer dentro de ella exhaló un suspiro lastimero.

—Me ha dejado.

—¡Sí! —Luisa golpeó con ambas manos la superficie de la mesa—. Te lo dije, Bibi. Te dije que de esta semana no pasaban. Me debes dos euros.

Su hermana mayor lanzó una mirada de reproche al atractivo chupóptero que tenía por amigo.

—La verdad, Rolo, pensaba que esta vez te esforzarías un poco más.

—¿Qué parte de «me ha dejado» no has entendido? —replicó muy ofendido—. Ha sido ella la que me ha dado la patada.

—Apuesto dos euros más a que se estaba poniendo pesadita —comentó Luisa con evidente mala uva.

Rolo puso cara de sorpresa.

—Pues sí, ¿cómo lo has adivinado?

—Lo difícil sería que no lo adivinara —intervino Carlos, al tiempo que le servía a todo el mundo una nueva ronda—. Siempre que cortas con una tía dices lo mismo.

—Repito: yo no he cortado con ella. Soy completamente inocente. —Se llevó otro tenedor a la boca y cerró los ojos—. Hmm.

—Dos euros más a que la culpa la ha tenido la recepcionista de la autoescuela. —Luisa asintió ante su propia afirmación con cara de entendida.

Ahora fue el turno de Bibi de ser apuntada con el tenedor de su amigo.

—Bibi, en serio, tienes que hacer algo con esta niña. Está demasiado preadolescente. Como siga así, no me va a quedar más remedio que estrangularla.

—Por mí, tienes barra libre. —Carlos se levantó para recoger los platos y traer el postre—. Natillas.

Dejó una fuente en el centro, y Luisa y Rolo se abalanzaron sobre ella.

—Calma, yo serviré. —Bibi volvió a llenar los platos—. Lo malo de tener un hermano cocinero es que voy a acabar todavía más gorda.

—¡Anda ya! Pero si sigues igual que cuando a los catorce te nombraron la gordibueno oficial del instituto.

«Vaya», se dijo Bibi fastidiada. «¿Qué clase de cumplido es ese?».

Rolo, que no era tan obtuso como daba a entender, debió comprender que había metido la pata, así que se apresuró a añadir: —Quiero decir que eres pequeñita, pero llena de curvas deliciosas.

Bibi hizo una mueca.

—Sí, claro, arréglalo ahora.

—¿Qué tal con tu jefe? —Su amigo cambió de tema con habilidad.

—Bueno...

—¿Sigues hablando en morse? —Luisa le dio unas palmaditas consoladoras

en el dorso de la mano.

—Aha.

—¿Y tirándolo todo al suelo cuando lo ves?

—Aha.

—¿Y...?

—Sí a todo.

Su hermana mayor cortó en seco el interrogatorio. No le apetecía que nadie le recordara hasta qué punto llegaba su patetismo, aunque no se le escapó el modo en que Carlos y Rolo movían la cabeza como si, definitivamente, la dieran por perdida. Fastidiada al comprender que esos dos tenían aún menos fe que ella en que algún día su adorado señor Sanmartín se fijara en su insignificante persona, decidió darles una lección: —Pero hoy me ha dado un abrazo.

El chillido de Luisa casi la dejó sorda.

—¡Joder, Luisa! —protestaron su hermano y Rolo a la vez.

—Sí, Luisa —la reprendió Bibi—. Quítate esa mala costumbre, pareces una rata histérica.

—¡Cuenta! —ordenó la niña sin mostrar ningún tipo de arrepentimiento—. ¿Te besó?

—¿Hubo frotamiento?

—¿Crees que le gustas? —Al menos Carlos fue el más delicado.

Bibi se arrepintió al instante de haber dicho nada, pero sabía que tras semejante indiscreción sería imposible negarse a contestar a sus preguntas.

—Fue solo la emoción del momento. Acabábamos de ganar el juicio y... — Se encogió de hombros.

—Y tú ¿le devolviste el abrazo?

—Le darías un pico al menos, ¿no?

—Vamos, que te abrazó porque eras la que estaba más a mano.

Una vez más, fue su hermano el que acertó de pleno con el análisis de la situación.

—Pues sí, imagino que fue eso. —El suspiro de Bibi habría conmovido a un

monstruo de crueldad—. Además, me quedé tan flipada que casi me caigo redonda de la impresión.

—Osea que tu jefe sigue pensando que eres una rarita de narices.

La desilusión de Luisa era palpable.

—Me temo que sí —asintió su hermana desmoralizada.

—¡Tengo una idea! —gritó Rolo—. Raptémoslo y encerrémoslo en una habitación contigo. No lo dejaremos salir hasta que descubra tu verdadera y encantadora personalidad.

—Yo le pasaré mis mejores platos por debajo de la puerta y diré que fuiste tú la que me enseñaste a cocinar. Ningún tío podría resistirse a eso.

—Y yo le contaré que no tienes rival al Monopoly ni a las adivinanzas. Y que mueves las caderas como nadie al ritmo del Baile del pañuelo.

Entre bromas y risas recogieron la cocina y hubieran seguido así horas y horas, pero Bibi se puso firme y, a pesar de las protestas de su hermana pequeña, echó a Rolo sin contemplaciones y mandó al resto a la cama.

Capítulo 9

Los peores temores de Gonzalo se habían cumplido: la noche había sido un fracaso. The Bristol era el típico restaurante de moda. Una decoración a la última, muy ruidoso y lleno hasta la bandera con la gente de siempre. Hasta la carta le había dejado una sensación de *dejá vu*.

No sabía si era porque estaba cansado después de una semana de mucho trabajo, pero sentía que había entrado en bucle. Las conversaciones, los chistes y los cotilleos, repetidos hasta la saciedad, le habían dado ganas de bostezar. Taty y él eran los únicos solteros en esa pandilla compuesta por amigos con los que habían veraneado de pequeños y sus respectivas parejas. Se conocían de toda la vida, pero, de pronto, era como si los viera por primera vez. ¿Qué tenía en común con aquella gente que no paraba de fardar de coches, de vacaciones exóticas, del internado de sus hijos...? Después de darle muchas vueltas durante el primero y el segundo plato, había llegado a la conclusión de que nada en absoluto.

Taty en cambio parecía estar disfrutando. Llevaba toda la cena coqueteando sin el menor disimulo con Arturo —al que Gonzalo siempre había mirado con cierto desdén por ser un esnob insoportable— y estaba seguro de que Dora, su mujer, que no disimulaba su cabreo, iba a sacar las uñas en cualquier momento.

Si no bajaba el ritmo, Taty iba a acabar borracha perdida. Trató de hacerle una seña con disimulo, pero ella no se dio por aludida y siguió bebiendo y riendo. Gonzalo miró el *gintonic* que había pedido después del café. Él también había bebido demasiado y le estaba entrando sueño. Así que, cuando Taty propuso ir a bailar a Joy Eslava, se excusó como pudo sin hacer caso de los comentarios burlones de sus amigos, que lo tacharon de vejete aburrido.

El restaurante estaba en pleno centro, por lo que, después de despedirse del resto, echó a andar por la Cava Baja. Aunque no llovía hacía bastante frío, pero se abotonó el abrigo hasta arriba y descartó parar un taxi. Confiaba en que el aire helado lo ayudaría a despejarse.

Sin embargo, quinientos metros más adelante la música y el sonido amortiguado de conversaciones proveniente de una taberna irlandesa lo hizo detenerse. El local parecía acogedor y se le estaban congelando las orejas, así

que decidió entrar a tomar algo para entrar en calor.

La luz era tenue y, aparte de una panda de veinteañeros que en ese momento se despedían a voz en grito de la camarera, ya solo quedaban unas pocas parejas besándose en los rincones.

Se dirigió a la barra y le costó un poco sentarse en el alto taburete de madera.

«Debo estar más borracho de lo que pensaba», se dijo cerrando un segundo los ojos, mareado.

Los volvió a abrir al escuchar una exclamación de sorpresa. Al otro lado de la barra, una jovencita morena bastante guapa lo miraba boquiabierta.

—Quería... —Su voz le sonó poco firme, así que carraspeó un par de veces y lo intentó de nuevo—. Un... La verdad es que no sé qué pedir. Tengo frío.

La joven pareció salir de su trance.

—¿Qué tal un carajillo? —ofreció solícita.

Aquello sonaba bien, así que asintió agradecido. Distráido, observó a la camarera mientras lo preparaba. La melena casi negra le llegaba en ondas brillantes hasta más abajo de los hombros y tenía unos enormes ojos claros de un color incierto. Llevaba unos vaqueros grises y una camisa de leñador desabrochada por encima de una camiseta blanca. Un atuendo que, sin ser especialmente sexi, ponía de relieve unas curvas voluptuosas de lo más atractivas. El caso era que la chica le resultaba familiar.

—Tu carajillo.

Con una adorable sonrisa, la camarera puso frente a él un vaso de cristal sobre un plato pequeño. Gonzalo dio un sorbo y la mezcla de café y coñac le causó un ataque de tos, al tiempo que desencadenaba una riada de calor en sus venas.

—¿Te conozco de algo? —preguntó cuando consiguió dejar de toser.

Le pareció que ella lo miraba de un modo calculador. Sin embargo, contestó con un tajante:

—Jamás te había visto antes.

Tenía una voz grave y dulce que, por alguna razón, también le resultó conocida.

—Qué raro —musitó.

Pensativo dio otro sorbo a su bebida, pero esta vez estaba preparado y no tosió.

La chica, sin quitarle la vista de encima, empezó a secar con un paño los vasos que iba sacando del lavaplatos. A Gonzalo le dio la sensación de que lo devoraba con la mirada, y la idea le produjo una nueva oleada de calor. Sus ojos también se sentían extrañamente atraídos por ese rostro tan agradable.

Se fijó en que tenía unos labios gruesos y muy rojos a pesar de que no los llevaba pintados y, de pronto, pensó que le gustaría besarlos. Se quedó mirando el vaso con el ceño fruncido. ¿De dónde había salido semejante idea?, se preguntó confuso. ¿Era fruto del alcohol o se estaba convirtiendo en un viejo verde? Aquella chica era poco más que una niña, ni siquiera debía de haber cumplido los veinte aún.

—¿No eres un poco joven para trabajar en un garito como este?

De nuevo se trabó un poco al hablar, pero confió en que ella no lo hubiera notado.

—Acabo de cumplir veintisiete, así que no creo.

¿Veintisiete? Gonzalo parpadeó sorprendido. Era increíble lo jóvenes que parecían las mujeres hoy en día.

—No aparentas ni veinte. Yo tengo treinta y cuatro.

En realidad, no veía qué podía importarle esa información a la camarera. Estaba claro que se estaba convirtiendo en uno de esos borrachos pesadísimos que le largaban la historia de su vida a la primera víctima que se ponía a tiro.

—Lo sé. Tú también pareces más joven.

¿Lo sabía?

Gonzalo, que acababa de dar otro trago a su carajillo, frunció el ceño una vez más.

—¿Lo sabes?

—Me lo he imaginado en cuanto te he visto entrar —explicó ella a toda prisa—. He pensado: alto, moreno, abrigo beige, cara de frío... Treinta y cuatro. Y lo he clavado. Las camareras tenemos un sexto sentido para estas cosas, ¿sabes? Es por eso de estar de cara al público.

Gonzalo la miró con cierta admiración.

—Desde luego, eres una persona de lo más intuitiva.

En ese momento se acercó uno de los hombres que había estado besándose con su pareja en un rincón y pidió una copa, y la amable joven se vio obligada a atenderlo. Molesto por la interrupción, Gonzalo dio el último trago a su bebida y sintió que el taburete se movía bajo su cuerpo.

Será mejor que deje de beber, se dijo. Pero justo entonces, la camarera se acercó de nuevo y, sin preguntar, le sirvió otro.

—Invita la casa.

Se sintió incapaz de rechazar la bebida y sonrió al precioso rostro que ahora flotaba en el aire.

—Gracias.

Ella le devolvió la sonrisa y, al ver los deliciosos hoyuelos que se marcaron en cada una de sus mejillas, Gonzalo volvió a experimentar un impulso casi irresistible de besarla.

—Eres muy guapa. —Las palabras escaparon de sus labios antes de poder evitarlo.

—Tú también.

Aquello le hizo gracia y lanzó una carcajada. Ella también se rio y, al verla, Gonzalo se sintió audaz.

—¿Sabes que desde que me senté en este taburete tengo ganas de besarte?

—¿De verdad?

—De verdad.

—Pues...

La chica se acodó en la barra y él la imitó. Sus rostros quedaron a una distancia de cuarenta centímetros pelados. Entonces, Gonzalo se empinó sobre el taburete y redujo la distancia a menos de cinco centímetros.

—¿Estás segura? —preguntó dudoso—. Tengo que confesar que quizá me he pasado un poco con la bebida. Te prometo que no suelo hacer estas cosas.

—Cien por cien.

Los apetitosos labios se mecían al compás de unas olas invisibles, pero a pesar de ello, Gonzalo logró atraparlos con los suyos al primer intento.

«Hmm», fue todo lo que pudo pensar.

Nunca antes le había dado un beso a una perfecta desconocida, pero, desde luego, se dijo, debería hacerlo más a menudo. La experiencia merecía la pena. La boca de la chica era dulce y exquisita, acogedora y aventurera, sumisa y rebelde a un tiempo. Sabía a tardes frente a la chimenea, a noches entre sábanas revueltas, a calor de hogar, a críos correteando sobre la hierba mojada...

«¡Un momento! ¿Puede saberse en qué demonios estoy pensando?».

Aturdido aún por semejante revoltijo de emociones, Gonzalo echó el taburete hacia atrás con tanto ímpetu que estuvo a punto de caerse de espaldas. En el último momento, se agarró a la barra con torpeza y consiguió recuperar el equilibrio.

—Yo... —empezó, pero se detuvo al instante.

La joven camarera seguía en la misma posición, acodada sobre la barra con las palmas de las manos a ambos lados de su rostro. Tenía los ojos cerrados y las largas pestañas oscuras resaltaban sobre la pálida piel, que ahora lucía un tono encendido en las mejillas. Fascinado, la observó abrir los párpados muy despacio. Había algo en sus ojos, que a la luz tenue del local brillaban misteriosos, que le puso la carne de gallina.

«Son como los rayos de luna que rielan en el agua de un pozo», se dijo embelesado. Por lo visto, la bebida también lo volvía poético.

Se quedaron así, sin nada más que hacer que mirarse, ajenos por completo a lo que ocurría a su alrededor, hasta que una voz masculina hizo saltar el hechizo por los aires.

—Buenas noches, nena. ¿A que ya no me esperabas?

¡Nena! Gonzalo se volvió hacia el recién llegado, aunque, en realidad, eran dos, y los examinó con un profundo desagrado. El que llevaba la voz cantante era moreno, de pelo engominado, bastante más bajo que él y tenía uno de esos rostros, de rasgos bastos y con un algo canalla, que solían tener éxito entre las mujeres. Vestía prendas caras, pero a pesar de ello, había algo en él que resultaba vulgar.

Así que su camarera era la nena de ese tipo. La miró disgustado. Entonces, ¿podía saberse por qué lo había besado con semejante abandono apenas unos minutos antes?

Le pareció que ella le lanzaba una mirada suplicante, como si le hubiera

leído el pensamiento, antes de volverse hacia sus nuevos clientes.

—¿Qué quieres, Héctor? Estaba a punto de cerrar. —A Gonzalo le encantó la frialdad que destilaba su voz.

—¿Tan pronto? Quería hablar contigo. Es importante.

—No tenemos nada de qué hablar. Ya te lo he dicho mil veces.

—¿Ves? —El tipo se giró hacia su amigo con una irritante sonrisa de suficiencia—. Ya te dije que era una fierecilla. Anda, ponme una copa.

El otro lanzó una carcajada, pero a Gonzalo el comentario no le hizo ninguna gracia y decidió intervenir.

—Creo que la señorita acaba de decirle que va a cerrar.

El hombre se volvió hacia él como si hasta el momento no se hubiera percatado de su presencia.

—Nadie le ha dado vela en este entierro, amigo.

Despacio, Gonzalo bajó las piernas del reposapiés y, con cuidado de no tambalearse demasiado, desplegó toda su estatura frente a ese tipo impertinente. No es que fuera una montaña de músculos, pero era consciente de que su presencia imponía.

—La señorita ha dicho que va a cerrar —repitió con una suavidad que resultó más amenazadora que si hubiera dado un grito.

Los dos hombres se consultaron con la mirada antes de optar por una retirada más o menos digna.

—Está bien, me voy. —Pero en vez de encaminarse hacia la salida, apuntó a la chica con el dedo—. Nena, tú y yo tenemos que hablar antes o después.

La camarera lo apuntó a su vez con el índice.

—Te lo repito: no tenemos nada de qué hablar. Si sigues molestándome se lo diré a Rolo.

Gonzalo no sabía quién era ese tal Rolo, pero a juzgar por la rapidez con la que aquellos dos salieron del local, había sido una amenaza bastante efectiva.

—Siento la escena. Salí con él un par de semanas y es de esos tíos a los que les cuesta entender el significado de la palabra «no».

A Gonzalo le costó procesar aquella explicación. Desde el momento en que

se había puesto en pie, el local había empezado a balancearse con el ímpetu de una goleta en altamar.

—En fin. Creo que será mejor que me vaya yo también.

¿Era desolación lo que estaba viendo en ese precioso rostro? Gonzalo movió la cabeza, irritado consigo mismo. Estaba todavía más borracho de lo que pensaba. Ni aquella chica estaba desolada por su partida, ni lo que había sentido al besarla había sido real. Lo único real de todo el asunto iba a ser la terrorífica resaca que, con toda seguridad, tendría al día siguiente.

—Hasta otra —dijo sin convicción y con una extraña sensación de vacío en el estómago antes de dar media vuelta.

De camino a la puerta, se chocó con la esquina de una mesa y lanzó una dolorida maldición.

—¡Espera! —La camarera pasó por el hueco que había debajo de la barra y se apresuró a llegar a su lado. Alzó el rostro hacia él y lo miró con preocupación—. ¿Estás bien? ¿Quieres que te pida un taxi? Creo que no debería haberte invitado al último carajillo.

—Estoy bien —respondió Gonzalo con toda la dignidad que fue capaz de reunir mientras luchaba contra unas náuseas repentinas—. Solo necesito que me dé un poco el aire.

La camarera lo agarró del brazo y lo ayudó a sortear todos los obstáculos que mediaban entre él y la salida. Luego le abrochó el abrigo hasta la barbilla y le subió las solapas para que le protegieran el cuello del frío nocturno.

—Gracias... —Hizo una pausa, pero ella no relleno los puntos suspensivos con su nombre, como había sido su intención.

—Gracias a ti. Nos vemos.

Aunque sabía que era poco probable, Gonzalo se sintió mejor al oírlo.

—Nos vemos —repitió y echó a andar calle abajo.

Capítulo 10

Bibi se lo quedó mirando hasta que la alta figura, con su andar inseguro, dobló la esquina y desapareció. Los últimos parroquianos, una pareja que había estado besándose casi sin respirar desde que llegaron, se despidieron y ella les dijo adiós distraída. Echó el cierre metálico hasta media altura para que no se le colara uno de esos noctámbulos empedernidos que tanto abundan y, despacio, volvió sobre sus pasos.

Se subió con agilidad al taburete que había ocupado él y con la cabeza apoyada sobre la mano y expresión soñadora empezó a recordar, uno a uno, los acontecimientos de aquella noche cargada de magia.

Cuando lo vio entrar en la taberna había estado a punto de dejar caer el vaso que estaba secando en ese momento. De todos los bares, mesones, discotecas, restaurantes... que había en Madrid, Gonzalo Sanmartín había decidido entrar, precisamente, en la taberna irlandesa en la que ella ponía copas los viernes y los sábados.

Como había hecho al menos un centenar de veces desde que lo había visto subirse al taburete, murmuró una jaculatoria de sus tiempos del colegio. Ese había sido el milagro más milagroso de todos los tiempos; las bodas de Caná a su lado eran un mero ensayo pobretón.

Recordó el latido de su corazón atronando en sus oídos, hasta tal punto que, al principio, le había costado entender lo que decía. Por un espantoso momento, había temido que le diera uno de esos ataques de imbecilidad extrema a los que de un tiempo a esa parte era tan propensa. Sin embargo, al comprender que él no la había reconocido —seguramente, sin las gafas y con el pelo suelto su imagen era muy distinta de la habitual—y que, además, iba bastante cocido se había tranquilizado en el acto y, por primera vez, había sido capaz de hablar con él como lo hacía con el resto de los mortales.

Eso sí, había estado a punto de desmayarse varias veces. La primera, cuando le preguntó que si la conocía de algo y la segunda, cuando le dijo que era muy guapa. Quizá otra mujer se habría desmayado también cuando lo de «¿No eres un poco joven para trabajar en un garito como este?», pero lo cierto era que a Bibi le repataba que le recordaran su aspecto juvenil. El que con veintisiete

años siguiera teniendo pinta de adolescente no contribuía a que la gente la tomara en serio.

Y cuando la besó... Bibi cerró los ojos para revivir sin distracciones aquel momento estelar, si no de la humanidad, al menos sí de su existencia.

Había sido tal y como siempre lo había imaginado y, al mismo tiempo, había sido mejor, mucho mejor. Y aunque lo más probable —en su opinión como profesional de la noche y, por consiguiente, testigo habitual de los diversos estados de cogorza del personal— sería que él no recordara nada al día siguiente, ella no lo olvidaría jamás.

Sus bocas habían encajado a la perfección desde el primer roce. Gonzalo sabía a café y a alcohol, a paseos bajo la lluvia cogidos de la mano, a volteretas en la playa, a globos gigantes en forma de corazón, a fueron felices y comieron perdices, a...

—¿Qué haces ahí dormida? ¿Por qué no estás haciendo caja?

La voz de Rolo la devolvió a la cruda realidad.

—Acaba de irse el último cliente —se excusó, poniéndose en pie de un salto.

Ni siquiera a su mejor amigo pensaba contarle de quién era el trasero que esa noche había calentado ese taburete. No. Sería su secreto. Para siempre.

—No te imaginas quién ha venido esta noche. —Las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas.

«Conque mi secreto, ¿eh? Para siempre, ¿eh?, ¿eh?».

Menuda *bocachancla* estaba hecha.

—¿Quién? —preguntó Rolo con la boca llena de cacahuets que había cogido de una de las mesas.

—¡No comas eso! —Bibi puso cara de asco—. ¿Sabías que un bol de cacahuets puede llegar a contener hasta catorce tipos de orina?

—No fastidies —dijo su amigo sin dejar de masticar—. Y eso, ¿por qué? ¿Ecurrís la fregona del baño sobre ellos?

—No, hijo. Los tíos, que sois unos guarros.

—Ah, entiendo. —Se metió otro puñado en la boca y repitió sin dejar de masticar—. ¿Quién?

Bibi puso cara de no saber de qué le estaba hablando, pero, sabía bien que,

cuando algo despertaba su curiosidad, a Rolo le gustaba llegar hasta el final del asunto.

—Que quién ha venido esta noche —repitió paciente.

—Héctor —respondió ella después de pensar a toda prisa.

Rolo se puso serio en el acto.

—Y ¿qué quería ese imbécil?

—Decía que quería hablar conmigo, pero le dije que no teníamos nada de qué hablar y que, si seguía molestándome, sería yo la que hablaría contigo.

Su amigo frunció el ceño.

—Espero que con eso sea suficiente. De verdad que no entiendo cómo pudiste liarte con ese capullo.

—Me equivoqué. Sí, me equivoqué. A veces meto la pata, lo reconozco. —Bibi se dio unos cuantos golpes de pecho—. La culpa fue de la luz tenue de este local y de un par de chupitos de tequila. De pronto, me pareció que tenía un aire al señor Sanmartín. —Vio que su amigo ponía los ojos en blanco—. Lo sé, lo sé. Pero a veces la noche nos confunde. Y solo salí con él un par de semanas, y ni siquiera fuimos más allá de unos cuantos besos. No entiendo por qué está tan pesadito.

Capítulo 11

Bibi era una chica modesta. Al ser bajita y arrastrar desde la adolescencia un cierto complejo por lo que ella consideraba un exceso de curvas, siempre se había considerado poca cosa. Y quizá no fuera una de esas mujeres que hacían girar las cabezas a su paso, pero había en ella una dulzura que era difícil de resistir. La belleza le nacía de dentro y los que le rodeaban no eran ajenos a ello. Hacía amigos con prodigiosa facilidad y ella devolvía el cumplido volcándose con todo el mundo.

Héctor en cambio era una rata. Un chulo putas con una inflada opinión de sí mismo y un máster en dirección de negocios turbios. Había sido compañero de pupitre de Rolo hasta que sus padres emigraron a Suiza y con solo diez años ya apuntaba maneras. Bibi solía pecar de confiada, y ese asunto había ocurrido justo cuando su amigo —que solía ejercer de ángel de la guarda a tiempo completo— viajó a Londres para analizar una franquicia de gimnasios que estaba interesado en comprar. Por fortuna, ella no había tardado mucho en calarlo y en mandarlo a tomar viento, pero en la escala de tíos que no llevaban bien el rechazo, Héctor estaba en lo más alto.

—Tendré que hablar con él —suspiró Rolo con resignación.

Bibi, que había terminado de contar la recaudación del día y había guardado la mayor parte del dinero en la pequeña caja fuerte que estaba disimulada detrás de un cartel de coca-cola, se volvió hacia él.

—No hagas nada todavía, creo que la advertencia ha sido suficiente. Venga, ya estoy lista.

Se puso el abrigo y salieron afuera. Su amigo tiró del cierre metálico hasta abajo y ella cerró con llave. La calle estaba desierta y sus pisadas resonaban sobre la acera.

—¿Has oído? —Bibi se volvió hacia él con un dedo en los labios.

Rolo aguzó el oído y, unos segundos después, asintió. De detrás de un contenedor salían unos gemidos ahogados.

—Tú quédate aquí —ordenó Rolo al instante—, aunque lo más seguro es que sea un gato.

Su amigo rodeó el contenedor de plástico con mucho sigilo pero, al oír la exclamación horrorizada que salió de su boca, se encaró con ella.

—Te he dicho que te quedaras ahí.

Sin hacerle el menor caso, Bibi se arrodilló al lado del hombre que gemía en el suelo encogido sobre sí mismo y empezó a llorar.

—Oh, Dios mío, Rolo. Es el señor Sanmartín. Alguien le ha dado una paliza.

—¿El señor Sanmartín? ¿Tu jefe? ¿Aquí tirado?

Como cualquier hijo de vecino, Rolo creía en las casualidades, pero, a juzgar por la cara que puso, eso ya le parecía demasiado.

—¡Ahora no hay tiempo para explicaciones, ayúdame!

Bibi colocó la cabeza de Gonzalo sobre su regazo con delicadeza y le acarició el pelo sin dejar de llorar con desconsuelo.

—No lo muevas que igual es peor. Déjame echarle un vistazo.

Rolo se acuclilló a su lado. Bibi sabía que su amigo había hecho varios cursillos de primeros auxilios y que se había zampado más de un tratado de medicina, pero dudaba de que eso fuera suficiente para un asunto de semejante gravedad.

—¡Tenemos que llevarlo a un hospital! Igual tiene una hemorragia interna. O una conmoción cerebral o... ¿Ves? No se mueve ¿Y si... y si está muerto? —Los sollozos arreciaron.

—Tranqui, no te pongas histérica. ¿No ves que está roncando?

—¡Demasiado tarde! ¡Ya estoy histérica!

Con una calma que a Bibi le dio ganas de gritar, Rolo separó con dos dedos los párpados del ojo derecho del señor Sanmartín, dispuesto a examinar el estado de sus pupilas a la luz de la linterna del móvil, pero, justo en ese momento, el presunto cadáver dio un manotazo que lanzó el teléfono por los aires.

—Déjame dormir —ordenó con voz estropajosa.

Rolo se apresuró a examinar la pantalla de su móvil, maldiciendo entre dientes.

—Me lo llega a romper y el que le parto la cara soy yo. Tu señorito —recalcó el apelativo con retintín— lo único que tiene es un corte en el pómulos, seguramente como resultado de la caída, y una cogorza monumental.

—¿Tú crees? —En el rostro lloroso de Bibi asomó la esperanza.

—Venga que es tardísimo. —Rolo se levantó y le tendió la mano.

—¿Cómo que venga? —Lo miró indignada—. ¿Crees que voy a dejarlo tirado en la calle?

Su amigo se encogió de hombros.

—Y ¿qué quieres hacer con él? Yo a urgencias no lo llevo.

—Ayúdame a llevarlo a casa.

—¿A tu casa?

—Es lo que está más cerca. El pobre señor Sanmartín no está para cogerse un taxi.

A regañadientes, Rolo la ayudó a ponerlo en pie a pesar de las protestas de la víctima, que seguía empeñada en que quería quedarse ahí a dormir. Bibi se pasó uno de los brazos de su jefe por encima de los hombros y su amigo hizo lo propio y así, como un par de muletas humanas, caminaron los tres por la calle de la Colegiata hasta llegar a la plaza de Tirso de Molina.

—Lo que pesa este cabrón.

Rolo se secó la frente con el dorso de la mano, pero, aunque Bibi también estaba sudando la gota gorda, se apresuró a defender a su amado.

—Es porque es alto. No tiene un gramo de grasa. Deberías ver cómo le quedan las camisas entalladas que lleva a la oficina.

—Sí, sí, me la pela. Te recuerdo que aún tenemos que subir cuatro pisos a pata.

La casa de Bibi, como la mayoría de los edificios de la zona, era antigua y no tenía ascensor, y cuando al fin se detuvieron en el descansillo del cuarto ambos jadeaban sin aliento.

Sin soltar al señor Sanmartín quien, por increíble que pudiera parecer, había empezado a roncar con suavidad, Bibi abrió la puerta.

—Vamos a dejarlo en mi dormitorio —susurró para no despertar a sus hermanos.

—¿En tu dormitorio? ¡Ni hablar! Tíralo en el sofá del salón. —Aunque había hablado en voz baja, la voz profunda de Rolo resonó en el pasillo.

—¡Shh! ¿Quieres no discutir todo lo que digo?

Sin dejar de maldecir por lo bajini, Rolo hizo lo que ella le decía y cuando por fin lo dejaron caer —con poca delicadeza, todo hay que decirlo— sobre la cama, ambos soltaron un suspiro de alivio.

—¿Y qué vas a hacer con él?

Bibi, que se había inclinado sobre el durmiente, examinaba la herida del pómulo a la luz de la lamparilla de noche.

—Igual tendrían que darle unos puntos —comentó preocupada, sin responder a su pregunta.

Rolo descartó aquella idea, impaciente:

—Bibi, te puedo asegurar que he visto cortes mucho peores que ese en el gimnasio. Te aseguro que no necesita puntos. ¿Qué vas a hacer con él? —repitió.

—Voy a curarlo y luego lo dejaré dormir. Échame una mano. —Bibi empezó a tironear de una de las mangas del abrigo.

—¿En tu cama? ¿En tu cama? —repitió Rolo, escandalizado, mientras tiraba de la otra manga.

Bibi resopló exasperada.

—Pareces una abuela victoriana. Sí. En mi cama. Yo dormiré en el sofá. Muchas gracias por ayudarme a traerlo.

Capítulo 12

Bibi apenas podía esperar a quedarse a solas con el herido, así que empujó a Rolo en dirección a la puerta.

—No me gusta, Bibi —susurró él—. Mañana me pasaré temprano por aquí para comprobar que todo está en orden.

—Está bien, haz lo que quieras.

Aunque a veces le fastidiaba la actitud sobreprotectora de su amigo no pensaba protestar. Al fin y al cabo, desde que se quedaron huérfanos Rolo se había erigido en una especie de guardián suyo y de sus hermanos, y su ayuda había sido a menudo impagable.

Cuando por fin consiguió librarse de él y cerrar la puerta de entrada, corrió pasillo arriba con impaciencia. Su jefe, como era de esperar, no se había movido. Bibi se sentó en el borde del colchón, deshizo las lazadas de los zapatos de ante y se los quitó, lo mismo que los calcetines.

—Es que hasta los pies los tiene bonitos —dijo en alto, contemplándolos embobada.

Con gran esfuerzo se obligó a apartar la mirada y corrió al cuarto de baño. Quitó el cepillo y la pasta de dientes del vaso, lo llenó con agua jabonosa, cogió unas gasas y volvió al dormitorio. Se quitó las deportivas sin molestarse en desatar los nudos, se sentó sobre el colchón con las piernas cruzadas y empezó a curarle la herida del pómulo con mucho cuidado.

Al sentir el escozor, Gonzalo abrió los ojos.

—¿Quién eres? —preguntó con voz ronca.

Bibi, que se había quedado con la gasa en el aire, respondió vacilante:

—Una... ¿una buena samaritana?

Debió de parecerle una explicación aceptable, porque siguió sin más:

—Un tipo me ha pegado un puñetazo.

—Ah, ¿sí?

«Al menos construye frases lógicas y no ha perdido la memoria», se dijo Bibi aliviada.

—Tengo que decirle a Taty que, la próxima vez, elija un restaurante más cerca de casa.

Escuchar el diminutivo cariñoso de la mujer a la que aborrecía con toda su alma hizo que Bibi, que había retomado sus tareas de enfermería, apretara la gasa sobre la herida con más fuerza de la debida.

—¡Ay!

—Qué bruta soy, perdona. —Acercó la boca a la herida y sopló—. ¿Mejor?

—¿Sabes? —Los ojos castaños de su jefe no se apartaban de ella—. Eres la segunda chica guapa que conozco hoy.

—¿Sí? —La boca de Bibi se distendió con una enorme sonrisa.

Pero los párpados de Gonzalo se cerraron tan abruptamente como se habían abierto y volvió a quedarse dormido.

Bibi contempló los atractivos rasgos de su jefe y suspiró. Incapaz de resistirse, le apartó un mechón de pelo negro de la frente y se deleitó con su tacto sedoso. Se sentía un poco como una acosadora, pero tenerlo así, a su merced, era demasiada tentación, así que agachó la cabeza y depositó un casto beso sobre su frente.

Luego sacó su pijama de debajo de la almohada y fue al cuarto de baño a cambiarse. Cuando estuvo lista para irse a dormir, decidió hacer una última ronda. Entró en su dormitorio y se quedó un rato junto a la cama, contemplando a su jefe con el ceño fruncido.

«El pobre va a estar incómodo si le dejo dormir vestido», se dijo. «Creo que lo mejor será que le quite la camisa y los pantalones».

«Cucha, tú lo que eres es una lista», su inoportuna voz de la conciencia que, no sabía por qué, hablaba con acento cordobés —que ella supiera sus antepasados lo más lejos que habían llegado hacia el sur de la península era al río Tajo— hizo acto de presencia en ese preciso momento.

«No. No soy una lista», aunque sabía que era perder el tiempo, Bibi entabló una de sus interminables discusiones con su Yo profundo. «Va a estar mucho más cómodo si lo libero de algunas prendas».

«Sí, claro, qué inocente todo. Con la perra que has cogido con este. Si estás

salivando». Cuando su Yo empleaba el sarcasmo, su acento se volvía aún más cerrado.

Bibi, que acababa de desabrochar los botones de la elegante camisa del señor Sanmartín y que, en efecto, se había visto obligada a tragar saliva un par de veces al deslizar la mirada por el pecho moreno y bien tonificado, en el que una fina línea de vello oscuro se perdía por debajo de la cinturilla del pantalón, negó con la cabeza.

«¡He dicho que no, malpensada! Lo hago por su bien», asintió muy convencida mientras terminaba de sacarle los brazos de las mangas. Cuando lo consiguió, se mordió el labio inferior con los ojos clavados en la hebilla del cinturón de cuero.

«Y ¿ahora qué?» Chorros y más chorros de sarcasmo.

Bibi inspiró y, con decisión, empezó a desabrochar la hebilla. Luego el botón del pantalón, la cremallera y...

«Déjame *bichear*, *esaboría*. ¿Qué lleva, *slip* o bóxer?»

«¿A ti qué te importa, so cotilla?».

Sofocó la voz de su cabeza sin demasiados miramientos y haciendo un gran esfuerzo —en vano— para no fijarse en los muslos atléticos y las pantorrillas bien formadas y cubiertas también por aquel sedoso vello oscuro, Bibi terminó de sacarle los pantalones. De inmediato, lo cubrió con el edredón para evitar la tentación de seguir devorándolo con los ojos.

Su jefe seguía durmiendo como un bendito y Bibi sonrió con ternura. De pronto se le ocurrió una idea.

«Y ¿si me quedo aquí tumbada a su lado? Será solo un ratito. Es que no creo que vuelva a tener una oportunidad como esta y...».

«Serás...»

Pero, antes de que pudiera terminar la frase, Bibi hizo callar a su pesadísimo Yo profundo enterrándolo en lo más hondo de su conciencia y se metió debajo del edredón. Con cuidado para no despertarlo, se tumbó de costado, con la mejilla apoyada en la almohada. El rostro de su jefe quedaba a menos de veinte centímetros del suyo.

«Creo que jamás me cansaría de mirarlo», se dijo contemplándolo embobada.

Con cuidado, agarró la mano masculina y entrelazó los dedos con los suyos, largos y cálidos. Estaba tan a gusto que sus ojos empezaron a cerrarse.

«Solo un ratito más», se prometió segundos antes de quedarse profundamente dormida.

Capítulo 13

«Qué dolor de cabeza», pensó Gonzalo justo antes de abrir los ojos y encontrarse en un dormitorio desconocido, tumbado en una cama desconocida y con los dedos entrelazados con los de una mujer desconocida.

«Es un sueño, claro está».

Lo más curioso era que pocas veces había tenido un sueño que pareciese tan real. El rostro dormido de la desconocida, a escasos centímetros del suyo, le resultó familiar. Sin embargo, por más que lo intentó no fue capaz de recordar de qué le sonaba tanto.

«Eso suele pasar cuando sueñas. Sitios en los que no has estado jamás, personas a las que no habías visto antes que, de repente, te parece que los conoces de toda la vida».

No estaba inquieto. Le dolía mucho la cabeza y estaba demasiado cansado para preocuparse, por lo que siguió contemplando los rasgos juveniles apreciativamente. Le gustaba el pelo oscuro y brillante que se desparramaba por la almohada. También las pestañas que, de tan largas, proyectaban una ligera sombra sobre la piel cremosa y sin imperfecciones. Los únicos toques de color provenían de las mejillas sonrosadas y los labios gordezuelos.

«Gordezuelos y apetecibles», sentenció, aunque no sabía de dónde procedían aquellos pensamientos tan nítidos cuando sentía el cerebro embotado por completo.

Entonces la joven murmuró algo ininteligible, se agitó un poco y colocó uno de sus muslos desnudos entre los suyos.

Al parecer su cuerpo, lo mismo que sus pensamientos, iba por libre. Si no, no podía explicarse cómo era posible que estuviera excitándose cuando sabía, positivamente, que no podría mover ni un dedo aunque se lo propusiera.

Gonzalo siguió inmóvil, disfrutando del roce cálido de la piel femenina hasta que los párpados, con los que llevaba luchando desde hacía un buen rato y que pesaban como el plomo, se le cerraron una vez más y ya no volvió a despertarse hasta bien entrada la mañana.

—¿No vas a despertarte nunca?

La voz aguda, tan cerca de su oído, hizo que se incorporara sobresaltado.

—¡Dios! ¡Mi cabeza!

Gonzalo se la apretó entre las manos y volvió a recostarse sobre la almohada, pero fue inútil. Con ese movimiento brusco, más de un millar de agujas acababan de hacer diana dentro de ella.

—Vaya pedo, ¿eh?

Al parecer la dueña de esa voz no pensaba darle cuartel, así que, de mala gana, Gonzalo abrió un ojo.

Sentada sobre el colchón, con las piernas cruzadas bajo su cuerpo delgado, enfundado en un pijama de algodón estampado con... ¿unicornios?, una niña morena con unos preciosos ojos grises lo examinaba con interés.

Del susto, se sentó de golpe, y otro millar de despiadadas agujas le taladraron el cerebro.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó con el corazón latiéndole a mil por hora.

—En unos meses cumpliré trece.

«¿Trece? ¡Oh, Dios, mío dime que no es cierto! ¡Dime que todo esto es una pesadilla de la que me despertaré en...!».

—¿Qué haces en la cama de mi hermana?

La niña entornó los párpados, acusadora.

—¿Tu hermana? —Gonzalo sintió renacer la esperanza—. ¿Cuántos años tiene tu hermana?

—¿Por qué tienes esa fijación con las edades de la gente? —preguntó ella a su vez.

Gonzalo la agarró de la muñeca.

—¡Dime cuántos años tiene! —casi gritó, fuera de sí.

—Bueno, no te pongas así. Tiene veintisiete, pero se lo podías haber preguntado tú antes de acostarte con ella, ¿no?

«¡Veintisiete!».

El alivio le robó cualquier vestigio de energía y, una vez más, Gonzalo se dejó caer exhausto sobre la almohada. Se quedó inmóvil un buen rato, hasta que la segunda parte del comentario de la niña penetró en su cerebro.

—¿Nos hemos acostado? ¿Tu hermana y yo?

La niña movió la cabeza con expresión de reproche.

—¿De verdad no te acuerdas? Pues no le va a hacer ninguna gracia cuando se entere. Nunca antes había traído un hombre a dormir a casa.

—¿No?

Muy a su pesar, la curiosidad empezaba a abrirse paso en medio de la angustia que había sentido hasta entonces. ¿Quién sería aquella misteriosa mujer con la que en teoría se había acostado, para la que, al parecer, lo de irse a la cama con un completo desconocido no era lo habitual?

—Qué va.

La niña se apartó un mechón oscuro de la cara. Daba la impresión de que se encontraba muy a gusto charlando en la cama con un hombre al que no había visto en su vida. Si fuera su hija, le diría un par de cosas, pensó Gonzalo.

—Creo que tuvo dos novios cuando estaba en la facultad, uno después del otro, se entiende; pero desde entonces, un páramo. Un páramo —aclaró acto seguido— es un terreno yermo y sin vegetación.

—Sé lo que es un páramo.

Gonzalo cortó en seco a la pequeña sabelotodo, pero ella prosiguió sin inmutarse:

—Bueno, eso si no contamos las dos semanas que salió con el idiota de Héctor, pero yo que tú no le recordaría ese episodio.

En ese momento, sonó un teléfono.

—¡Mi móvil! —Gonzalo se giró a ver de dónde procedía el ruido y descubrió su abrigo, colgado con mimo del respaldo de una silla.

—Yo lo cojo.

La niña se levantó de un salto y contestó a la llamada.

—¿Gonzalo? —Al aludido le llegó la voz de Tatiana con bastante nitidez.

—No, no soy Gonzalo, soy Luisa.

Gonzalo le hizo un gesto impaciente para que le pasara el teléfono, pero la niña le dio la espalda y ya ni siquiera pudo escuchar lo que decía Taty.

—...

—Cumpliré trece en unos meses. ¿Por qué, de pronto, todo el mundo parece tan interesado en mi edad?

—...

—Me lo he encontrado en la cama de mi hermana.

—...

—Veintisiete.

—...

—Para mí que está un poco resacoso.

—...

Luisa le lanzó una mirada calculadora antes de darle de nuevo la espalda.

—No, no tiene muy buena cara y tiene un corte en el pómulos.

—...

—No, no creo que mi hermana haya pegado a nadie en su vida.

—...

Una vez más se volvió hacia él.

—Dice que te pregunte cómo te llamas.

—¿Quieres pasarme el teléfono de una vez?

La desobediente chiquilla negó con la cabeza.

—¡Que cómo te llamas! —repitió, impaciente, aquella aspirante a interrogadora de la Gestapo.

Tuvo que rendirse.

—Gonzalo Sanmartín.

—¡Gonzalo Sanmartín! —chilló y los grandes ojos grises se abrieron como platos.

—...

La niña volvió de nuevo su atención a la conversación telefónica.

—No, no parece que haya perdido la memoria.

—...

—Plaza de Tirso de Molina... —dijo un numero—. Cuarto piso.

—...

—Vale, te esperamos. —Se volvió a mirarlo una vez más—. Viene para acá.

Gonzalo se tapó los ojos con el brazo, abrumado.

En ese momento entró Bibi con una bandeja y, al ver su gesto, miró a su hermana con el ceño fruncido.

—¿Qué está pasando aquí?

—Nada, una amiga del señor Sanmartín. —Luisa enfatizó el apellido con bastante mala idea—. Que viene ahora.

—¿Que viene una amiga suya? ¿Aquí?

Bibi lo miró con una expresión indefinible que él interpretó al punto como desilusión. Al fin y al cabo era comprensible, se dijo, sintiéndose culpable. Se habían acostado juntos y no solo no recordaba ni el más mínimo detalle del extraordinario lance, sino que ahora venía una amiga suya a... ¿A qué venía Tatiana, exactamente?

La recién llegada se acercó a la cama y depositó la bandeja sobre sus muslos con los ojos bajos. Gonzalo, en cambio, no podía apartar los suyos de su rostro. Sí, empezaba a acordarse, se dijo mucho más contento. Recordaba el calor de aquella mano pequeña de dedos finos dentro de la suya, recordaba aquellos labios gruesos y del color de las cerezas y... apretó las piernas incómodo; también recordaba que había sentido una punzada de deseo muy parecida al mirarla.

—Tortitas con sirope de arce y café.

Gonzalo admiró las esponjosas tortitas y se dio cuenta de que tenía un hambre canina.

—¿Las has hecho tú?

Los ojos masculinos lanzaron el típico destello soñador de un hombre que cree haber dado con una chica atractiva que, además, es una excelente cocinera.

—Sí.

—No.

Miró a una y a otra confuso.

—Las ha hecho mi hermano. De mayor quiere ser cocinero —aclaró Bibi sin hacer caso de la mirada de impaciencia que le lanzó su hermana.

De pronto, se oyó un estruendo proveniente de la cocina seguido de una sonora maldición.

—¿Qué hace Rolo aquí un sábado tan temprano? —preguntó la niña.

—Está arreglando el fregadero. Está atascado. Anda, ¿por qué no vas a ver qué ha pasado?

Bibi le lanzó una mirada cuyo significado: «¡Largo de aquí!» Luisa no tuvo el menor problema en interpretar.

—Está bien, voy a vigilarlo —dijo de mala gana—. Adiós Gonzalo, luego volveré a charlar un rato contigo.

Gonzalo tragó el trozo de tortita que tenía en la boca.

—Adiós, Luisa —se despidió, antes de volver de nuevo su atención al succulento desayuno.

Después de rebañar bien el plato con el último trozo y de beberse el café, levantó los ojos y descubrió que la hermana de Luisa, que se había sentado en la silla de la que colgaba su abrigo, lo miraba comer con una satisfacción casi maternal que lo hizo sentirse ligeramente avergonzado.

—Perdona, pero es que tenía un hambre terrible.

—Claro, es comprensible. No tienes por qué disculparte.

Lo cierto era que la joven resultaba encantadora y, paradójicamente, aquello le hizo sentirse bastante peor. Carraspeó un par de veces. Aunque no le apetecía lo más mínimo, era consciente de que había llegado la hora de las explicaciones incómodas.

—Sobre lo nuestro...

—¿Hmm? —Ella se limitó a sonreír soñadora.

Gonzalo se aclaró la garganta una vez más y soltó del tirón:

—Quiero que sepas que no acostumbro a irme a la cama con mujeres de las

que ni siquiera sé su nombre.

La vio ponerse como un tomate y se sintió como un bruto.

—Lo siento. Perdona. Yo...

Pero ella cerró los ojos y negó con la cabeza, al tiempo que alzaba una mano para pedir silencio. Cuando los abrió de nuevo, parecía haber recuperado una cierta serenidad, aunque sus mejillas seguían muy coloradas.

—No nos hemos ido a la cama —afirmó tajante.

—No es necesario que lo niegues, son cosas que pasan.

Gonzalo comprendía que, a toro pasado, pudiera sentir un poco de vergüenza, pero una de las pocas cosas que recordaba con claridad de aquella extraña noche era el aspecto de ella dormida a su lado.

—Te digo que no nos hemos acostado.

—¿No?

Gonzalo frunció el ceño, desde luego parecía muy segura.

—Ayer entraste en el bar donde trabajo los fines de semana. Estuvimos charlando. Bebiste un poco. Un par de carajillos.

Su jefe hizo un esfuerzo por recordar, y unas imágenes bastante vagas empezaron a tomar forma en su cabeza.

—Sí, creo que empiezo a acordarme. —Arrugó la frente, muy concentrado—. Hacía frío. Entré en una taberna irlandesa.

—Exacto. O'Higgins.

—Tú estabas detrás de la barra. Charlamos y luego... luego...

—Luego te fuiste a tu casa y en el camino alguien te atacó.

—¡Sí! —Ahora lo recordaba—. Un hombre salió de detrás de un contenedor y me sujetó por los brazos. Luego un tipo bajito y repeinado me lanzó un puñetazo en el estómago.

—¿Bajito y repeinado? —repitió ella en un tono cargado de indignación.

—Exacto, ¿lo conoces?

—No, ni idea. No me suena de nada.

Su interlocutora movió la cabeza en una firme negativa, así que Gonzalo

prosiguió:

—Me caí al suelo.

Menudo papelón había hecho, pensó humillado. Fuera de juego al primer puñetazo, como cuando trató de salvar a Luna Lawrence de una panda de delincuentes que los había atacado en Cádiz.

—El alcohol —sentenció en un intento desesperado de lavar su imagen—. Si no, estoy seguro de que habría aguantado un par de asaltos como mínimo.

—Pues claro que sí. Tienes pinta de saber pelear.

Desde luego, aquella chica era encantadora, pensó Gonzalo dirigiéndole una sonrisa agradecida. Casi lamentaba que no fueran amantes. Claro que aquello tenía solución.

Sus ojos se encontraron y alguno de esos pensamientos debió reflejarse en los suyos porque ella se sonrojó una vez más.

—Bibi. —La inoportuna entrada de Carlos, seguido de cerca por Luisa a la que le encantaba ser portadora de malas noticias, rompió el encantamiento—. Dice Rolo que va a haber que cambiar el desagüe enterito.

La sonrisa desapareció en el acto de los labios de Gonzalo Sanmartín.

—¿Bibi?

Capítulo 14

Un chorro de la grasa que atascaba el desagüe le cayó en los ojos, y Rolo soltó una nueva maldición. A ciegas, volvió a colocar la tapa del sifón y salió de debajo del fregadero. Se limpió la cara con el extremo de la camiseta y se alegró de no haberse duchado cuando salió del gimnasio. Después de trabajar un par de horas en su despacho y otra de ejercicio, había corrido a casa de Bibi para enterarse de cómo había acabado la historia.

Abrió el grifo y dejó correr un rato el agua. Un poco más tragaba pero, como le había dicho a Carlos, no había más remedio que cambiar el desagüe.

El timbre de la puerta llevaba un rato sonando con insistencia, pero, al parecer, nadie tenía intención de ir a abrir. La familia al completo debía de estar reunida en el dormitorio de Bibi, contemplando extasiada al famoso señor Sanmartín. Hasta Luisa, que era de lo más selectiva, había dicho que era un *pibonazo*.

—Un *pibonazo* —repitió con desdén mientras se apresuraba por el pasillo antes de gritar—: ¡Ya va! ¡Ya va!

Quien quiera que fuese, debía haberse quedado pegado al timbre, pensó fastidiado.

Abrió la puerta con brusquedad, dispuesto a echarle la bronca al inoportuno visitante, pero la inesperada visión de una rubia imponente lo dejó petrificado.

—¿Va a tenerme aquí esperando toda la mañana o me va a dejar pasar? —preguntó la recién llegada con impaciencia; hasta su voz, algo ronca, era la más sensual que Rolo había oído jamás.

La recién llegada arrugó su preciosa nariz al recorrerlo con la mirada y Rolo, que no estaba acostumbrado a que las mujeres lo miraran con semejante desdén —más bien todo lo contrario, se dijo molesto. Las mujeres caían en sus brazos sin necesidad de hacer demasiados esfuerzos. Puede que sudado y con la camiseta llena de manchas de grasa no estuviera en su mejor momento, pero... —, reaccionó al fin y, bloqueando la entrada con su cuerpo musculoso, preguntó bastante picado:

—¿Qué quieres? Si eres Testigo de Jehová no estamos interesados. En esta

casa son fanáticos del tipo ese del taparrabos y las gafitas que se paseaba dicharachero por la India. ¿O era por la China?

—¿Tengo pinta de Testigo de Jehová?

Ella hizo un expresivo gesto con las manos, indicando el elegante conjunto que llevaba puesto.

—Es difícil estar seguro. —Rolo se rascó la cabeza como si razonar fuera un esfuerzo trabajoso—. Y si los dejas pasar, luego no hay dios que los eche.

La desconocida puso los ojos en blanco. Saltaba a la vista que, en su opinión, el tipo de la camiseta repugnante no tenía muchas luces.

—Mire, buen hombre —habló muy despacio, como si pensara que así le resultaría más fácil hacerse entender por un zoquete como él—, he venido porque creo que mi novio está retenido en esta casa.

Rolo frunció el ceño. Esa palabra no le había gustado.

—¿Tu novio?

Al parecer, no estaba dispuesta a darle más explicaciones, porque se agachó y se coló por debajo de su brazo.

—¡Eh! ¿Adónde te crees que vas?

Rolo corrió detrás de ella por el pasillo, la agarró del brazo y la obligó a volverse.

—¿Eres Tatiana? —Luisa, que al oír el alboroto había salido a ver qué pasaba, dirigió una mirada cargada de admiración a la recién llegada—. ¡Guau, eres superguapa!

—Gracias. Sí, soy Tatiana —Al oír el nombre de la intrusa el corazón de Rolo, que se había acelerado de un modo increíble en cuanto cerró los dedos sobre su brazo, aumentó aún más su velocidad de latidos por minuto—. Imagino que tú eres Luisa.

La niña asintió, y la recién llegada la examinó a su vez con interés:

—Tú tampoco estás nada mal. Bueno, el pijama es un horror. Me imagino que lo compraste en el saldillo de algún hipermercado; pero, a pesar de ello, se nota que tienes estilo. —Luisa se hinchó visiblemente al oír aquello—. Tal vez en el futuro podamos hacer algo al respecto, pero, ahora, ¿te importaría decirle a tu chapuzas que me suelte? Esta gentucilla cada día se toma más confianzas.

Luisa se percató entonces de la cara de cabreo de Rolo, quien, despeinado y sudoroso, con unos viejos pantalones de chándal de color gris y la camiseta blanca de tirantes llena de lamparones, tenía un aspecto lamentable, y soltó una carcajada.

—No es el fontanero. Es Rolo.

—¿Rolo? —La deliciosa nariz de la rubia se arrugó de nuevo—. ¿Qué clase de nombre es ese?

—Es el nombre de un gran guerrero vikingo. —Se apresuró a contestar él, muy ofendido.

—En realidad se llama Miguel y en español el nombre vikingo se pronunciaría Rollo, pero, claro, no es plan —aclaró Luisa, tan poco oportuna como de costumbre.

Harto de que hablaran como si él no estuviera presente, el aludido la miró amenazador.

—¿Quieres dejar de contarle mis intimidades a esta desconocida?

—No es una desconocida, es amiga de Gonzalo. Ven —agarró a Tatiana de la mano y tiró de ella sin dejar de parlotear—, vamos a verlo. Él es muy guapo también. Si os casáis y tenéis hijos podrían ser actores, o modelos.

El resoplido de Rolo retumbó en el pasillo, pero nadie le hizo el menor caso.

Capítulo 15

—¿Bibi?

Ella lo miró con expresión acorralada.

—¿Eres Bibi?

Gonzalo la recorrió de abajo arriba con incredulidad. Los pies diminutos enfundados en unos llamativos calcetines de colores, las piernas desnudas que el pantalón corto de pijama, que se ceñía a ese trasero de escándalo en el que ya se había fijado con anterioridad, dejaba al descubierto, la piel tersa y pálida de los brazos, el rostro agraciado desde el que los grandes ojos grises lo miraban con cierta incomodidad.

—¿Eres mi...?

Pero no le dio tiempo a terminar la frase porque, en ese mismo instante, Tatiana de Aguilera entró en el dormitorio como una exhalación y al reconocer a la mujer que estaba junto a la cama, se detuvo en seco mientras su mirada iba del uno al otro, acusadora.

—Así que era eso, ¿eh? Te has liado con la secretaria. ¡Por Dios!, es el colmo del cliché. —Movi6 la cabeza con desaprobaci6n—. De verdad, Gonzalo, no esperaba eso de ti.

—Entonces, ¿vas a cortar con tu novio? —Rolo, apoyado en la jamba con los brazos cruzados sobre el pecho, seguía la escena con mucho interés—. Deberías. Si sigues con él los cuernos no te van a dejar pasar por debajo de las puertas.

—¡No soy su novio!

—¡No me he liado con él!

Ni Tatiana ni Rolo hicieron mucho caso de las explicaciones culpables de aquellos dos. Ella demasiado ocupada tratando de encontrar una explicaci6n, aparte de la obvia, de por qué Gonzalo había acabado en la cama de su secretaria, y él demasiado concentrado en calcular cuantos centímetros medirían esas piernas interminables, enfundadas en unos favorecedores pantalones pitillo color beis.

—¿Qué tal las tortitas? ¿Has notado la nuez moscada?

La voz de Carlos, que también había estado contemplando boquiabierto a la guapísima rubia que había aparecido en su casa como por arte de magia, logró romper la tensión del momento.

Gonzalo sonrió al jovencito del pelo verde que acababa de retirarle la bandeja de las rodillas y que lo miraba con cierta ansiedad.

—¿Era nuez moscada? No sé si lo habría adivinado, pero puedo decir sin mentir que son las mejores tortitas que he comido en mi vida.

Al oír aquello, el chico sonrió a su vez y en sus mejillas se dibujaron un par de atractivos hoyuelos que al parecer eran la marca de la casa.

Gonzalo se volvió hacia Tatiana.

—Ayer me atacaron cuando volvía a casa.

Le hubiera gustado ponerse en pie. Se sentía en desventaja por tener que dar explicaciones apoyado en el cabecero de la cama mientras sujetaba el edredón con una mano para mantener un cierto nivel de recato. Además, no le gustaban nada los aires de propietario del tipo que en esos momentos acababa de pasar un brazo lleno de músculos por encima de los hombros de su secretaria.

—La señorita Guzmán me encontró tirado en la calle y, muy amablemente, me trajo aquí.

Taty, que era muy aficionada al «te lo dije», replicó en el acto:

—¿Ves? Si hubieras venido a Joy con nosotros, nada de esto habría pasado.

Por su tono de voz, Gonzalo comprendió que su noche tampoco debía haber acabado demasiado bien. No le extrañaría que el idiota de Arturo se hubiera tomado en serio su tonto y que a su mujer no le hubiera hecho ni pizca de gracia. Lo más probable era que se hubiese producido una escena desagradable que, si él hubiera estado presente, seguramente podría haberse evitado.

—Venga, vístete que te llevo a casa —ordenó Tatiana, impaciente.

—Quizá sería mejor no moverlo mucho —intervino Bibi—. El golpe contra la acera debió de ser bastante fuerte. Puede que tenga una pequeña conmoción.

A juzgar por el dolor de cabeza que tenía, a Gonzalo no le pareció una idea descabellada. Además, no le apetecía nada volver a su casa que, de un tiempo a esta parte, resultaba tan alegre como un cementerio abandonado. Al menos allí estaba rodeado de gente y, bueno, lo cierto era que quería estudiar de cerca a la señorita Guzmán. Tenía la impresión de que con ella nada era lo que parecía.

—Por cierto, señorita Guzmán, veo que ya está mucho mejor del reuma.

Al menos tuvo la satisfacción de verla enrojecer de ese modo tan escandaloso que había descubierto que le gustaba.

—Oh, el reuma. Esto... sí, señor Sanmartín, gracias por su interés. Ya he dejado la medicación.

Capítulo 16

El ruido de una trifulca en el pasillo y la apresurada salida de Luisa de la habitación le habían dado un respiro, pero no había durado demasiado. Hasta ese momento, Bibi se había convencido a sí misma de que si a aquellas alturas su jefe no la había reconocido ya no lo haría, pero estaba claro que estaba muy equivocada. Y aunque al principio se había alegrado de aquella pequeña distracción, al ver entrar a su odiada rival en su dormitorio —bueno, llamarla rival quizá fuera algo excesivo, se dijo con franqueza— había sufrido un ligero *shock* y, harta ya de que llevara la voz cantante en ese patético melodrama mientras su amigo y su hermano la miraban como dos idiotas babeantes, Bibi se había decidido a intervenir. Sin embargo, al sentir los ojos de todos los presentes fijos en ella, se encogió de hombros y cambió de tema: —En serio, señor Sanmartín —insistió—, creo que lo mejor sería que hoy se lo tomara con mucha calma. Puede quedarse en casa el tiempo que quiera.

—La verdad es que no entiendo por qué sigues llamándolo señor Sanmartín. —Luisa puso su mejor cara de niña repelente—. Al fin y al cabo, ha dormido en tu cama y lo has visto desnudo.

—¡No lo he visto desnudo! —Se defendió Bibi indignada y con unas ganas terribles de retorcerle el cuello a su hermana.

—La niña tiene razón —intervino Tatiana inesperadamente—. Resulta ridícula tanta formalidad cuando ninguno de los presentes estamos convencidos al cien por cien de que no os hayáis acostado juntos.

Bibi estaba a punto de gritar, pero, por fortuna, su jefe se apresuró a terciar en aquella absurda discusión.

—Aunque no tengo por qué darle explicaciones a nadie, diré, para información de los aquí presentes, que la señorita Guzmán y yo no nos hemos acostado. Sin embargo, creo que por una vez Taty tiene razón. —Se volvió hacia Bibi con una de sus atractivas sonrisas—. Después de lo que hiciste anoche por mí, espero que no te importe que te llame Bibi y me gustaría que tú también me llamases Gonzalo.

Ella se mordió el labio inferior sin saber muy bien qué decir y después de pensarlo un buen rato accedió, aunque trató de imponer una condición: —Pero,

al menos en el trabajo seguiremos siendo el señor Sanmartín y la señorita Guzmán. ¿No?

Luisa soltó un bufido de impaciencia, al tiempo que Gonzalo negaba con la cabeza.

—No, no será necesario, Bibi. —La miró con una tierna sonrisa que ella se vio obligada a devolver.

Y al sentir, una vez más, los ojos de todos los presentes clavados en ella, llenos de curiosidad, Bibi volvió a ponerse como un tomate.

Capítulo 17

A Rolo no se le escapó la mirada —que hablaba volúmenes, por otra parte— que intercambiaron Luisa y Tatiana, antes de que esta última echara un vistazo a su exclusivo reloj de pulsera y anunciara: —En fin, tengo que irme.

—Pero si acabas de llegar —protestó él.

—¿Necesitas que te traiga algo de ropa, Gonzalo? —preguntó sin dar señales de haberlo oído.

—Te lo agradecería, Taty. Las llaves de casa están en el bolsillo del abrigo.

Rolo no estaba acostumbrado a que lo ignoraran de semejante manera, así que insistió: —¿No quieres quedarte a comer? Carlos ya tiene marinando la corvina para el cebiche.

Tatiana se dirigió a Luisa como si él no estuviera presente.

—Lo que no entiendo es qué pinta el *musculines* en todo esto.

El aludido se encaró con ella con los brazos en jarras.

—Oye, señoritinga, un respeto.

Pero las otras no le hicieron ni caso.

—Rolo es un amigo de la infancia. ¿Quieres que te cuente cómo se conocieron él y mi hermana?

—No. No hace falta. En realidad, no me interesa lo más mínimo y tengo prisa. Hasta luego.

Tatiana se dirigió a la puerta, seguida de cerca por Rolo y sus pensamientos, nada amables.

«Bruja, eso es lo que tú eres. Una auténtica bruja. Eso sí, estás buenísima».

—Te acompaño y así te ahorras tener que volver.

Los grandes ojos azules lo recorrieron de arriba abajo con una mirada calculadora y se detuvieron unos segundos en la cabeza de vikingo que llevaba tatuada en el bíceps. Al sentir el peso de esa mirada, Rolo notó un extraño revoloteo en el estómago. Hambre, pensó.

—No estoy segura de querer que te enteres de dónde vive Gonzalo. Tienes pinta de maleante. No me gustaría que cuando mi amigo regrese a su casa se la encuentre patas arriba, y su colección de monedas antiguas volatilizada.

Definitivamente, esa rubia era una auténtica *maripedos*, se dijo Rolo, muy satisfecho con su descubrimiento.

Al abrir la puerta y darse de bruces con semejante belleza, había sentido una rara emoción. Tan rara, que, durante unos segundos, había pensado que se había enamorado por primera vez en su vida. Uno de esos insólitos casos de flechazo fulminante.

Ahora le entraban ganas de reír al recordarlo, pero lo cierto era que, durante aquellos angustiosos segundos, había estado a punto de irse por la patilla. Vamos que se había acojonado vivo. Algo que su amiga Bibi a menudo había vaticinado que le ocurriría cuando se encontrara frente a frente con la mujer de su vida. Lo cierto era que había estado a punto de creer que ese momento había llegado. Que la inapelable llamada del destino había sonado por fin. Sin embargo, después de escuchar algunos de los comentarios de la rubia se había dado cuenta —con una extraordinaria dosis de alivio, todo había que decirlo— de que era imposible que se hubiera enamorado de una tía tan cargante. No era más que lo de siempre: lujuria. Simple y monda lujuria que, junto con las ganas de comer a todas horas, eran los dos apetitos primarios que definían su personalidad.

—No te preocupes. —Rolo cogió la sudadera que, como de costumbre, había tirado en el banco del recibidor al entrar, se la puso por la cabeza y se perdió la expresión que cruzó por los ojos femeninos al ver la ondulación de los poderosos músculos de brazos y espalda debajo de la piel morena—. Mi amigo el perista pasa de las colecciones de monedas. Prefiere el oro; es más fácil de colocar en el mercado negro.

Tatiana se apartó del rostro un mechón de brillantes cabellos rubios y se lo colocó detrás de la oreja, y él siguió el movimiento de aquellos dedos delicados, que lucían varios anillos con pinta de carísimos, con una fascinación sin precedentes. Hasta ese momento, las únicas partes del cuerpo femenino que habían despertado su fascinación eran las obvias.

—Y ¿lo dices tan campante?

Lo vio encogerse de hombros.

—Cada cual se gana la vida como puede.

Pero una vez más, ella parecía haberse olvidado de él mientras miraba la

empinada escalera con desagrado.

—Vaya, se me había olvidado que en estas casas viejas no hay ascensor.

—Si quieres te llevo en brazos.

Una de las tácticas de caza favoritas de Rolo era coger a las mujeres en brazos como si no pesaran nada. A ellas las hacía sentirse ligeras y, de paso, lo miraban a él como si fuera un adorable Sansón.

Sin molestarse en contestar, Tatiana empezó a bajar los escalones con rapidez, a pesar de los altos tacones de sus botines.

Él la siguió sin dudarle, recreándose con avidez en la visión de ese trasero increíble que los ceñidos pantalones realzaban. Lo único que tenía claro era que no estaba dispuesto a dejarla escapar. A pesar de su indiferencia o, quizá por eso mismo, Rolo se prometió que antes de tres semanas tendría a aquella estirada retorciéndose de deseo debajo de su cuerpo.

La vio detenerse al lado de un Mini cabrio blanco al que no le faltaba la más mínima pijada y, en cuanto abrió con el mando, él se coló en el asiento del pasajero.

La rubia se volvió hacia él con cara de fastidio.

—Te he dicho que no quiero que vengas conmigo. Además estás hecho un asco y me vas a manchar la tapicería.

Rolo pasó el brazo por detrás del reposacabezas de cuero del asiento del conductor.

—Vaya coche chulo. Seguro que corre que se las pela.

Tatiana alzó los ojos al cielo.

—Mira, amigo, ya me he dado cuenta de que no eres Einstein, precisamente, pero no creo que seas sordo.

—¿Sordo? —Rolo se rascó la cabeza con ademán de perplejidad—. No, qué va. ¿Por qué lo dices? Oigo muy bien.

—¿Seguro?

La rubia le lanzó una sonrisa llena de dulzura que le derritió algo por dentro.

—Segurísimo.

—Pues, entonces... ¡largo! —gritó, cualquier rastro de sonrisa desaparecido,

señalando la puerta y golpeándose, de paso, con uno de los sofisticados *gadgets* del salpicadero—. ¡Mierda, mi manicura!

Se llevó el dedo pulgar a la boca y se chupó la uña y, de nuevo, ese simple gesto lo dejó jadeando.

—En serio, es mejor que te acompañe. Has dicho que tienes prisa, ¿no? Perderías mucho tiempo yendo y viniendo.

Ella lo pensó un poco.

—Está bien, he quedado a comer con unas amigas y la verdad es que me da pereza tener que volver. —Arrancó el coche y añadió—: Pero procura no tocar nada y, si es posible, tampoco me hables. Ayer me acosté muy tarde y no estoy para oír tonterías.

Salió de la plaza sin mirar y se ganó un bocinazo del coche que en ese momento subía por la calle. Rolo se apresuró a ponerse el cinturón de seguridad y, durante los siguientes minutos, se dijo que esa rubia convertía en ciertos todos y cada uno de los tópicos sobre las mujeres al volante.

Tatiana conducía de manera, cuando menos, errática. Unas veces iba a tal velocidad que casi ponía en peligro la seguridad de los peatones. Aunque, eso sí, dos frenazos y un volantazo en el último momento daban fe de que la rubia tenía buenos reflejos. En otras ocasiones, absorta por completo en una de sus frecuentes conversaciones por el manoslibres, conducía a paso de tortuga, sin hacer caso del resto de los conductores que le tocaban el claxon impacientes. En todos los semáforos en rojo, sin excepción, bajaba el espejito y se retocaba el pelo o los labios. En resumen, cuando un agente de movilidad le hizo una señal para que parase a un lado, Rolo casi lo agradeció.

—Buenos días, señorita —saludó el agente libreta en ristre.

—Buenos, días agente.

Tatiana se subió las gafas de sol y le lanzó una sonrisa tan luminosa e inocente que el representante de la autoridad perdió todo rastro de la susodicha. El hombre parpadeó varias veces como si hubiera sufrido un repentino deslumbramiento y luchara por recuperar la visión.

—¿Es consciente de que acaba de saltarse un semáforo en ámbar y ha estado a punto de arrollar a un motorista? —consiguió decir con cierta severidad después de aclararse la garganta un par de veces.

Tatiana entrelazó las manos frente a su pecho con ademán suplicante.

—Oh, agente, tiene usted toda la razón. Tenía que haber frenado, aunque el coche de atrás venía pegado y seguramente habría chocado contra mí, pero él — señaló a su acompañante con el pulgar— ha empezado a gritarme como un loco: «¡Sáltatelo! ¡Sáltatelo!» y me he quedado bloqueada, y no he sabido reaccionar, y...

Para pasmo del inocente acusado, los enormes ojos azules se llenaron de lágrimas y, al verlo, la expresión severa del agente se suavizó de inmediato.

—No llore, señorita. —El funcionario se volvió hacia Rolo y su mirada perdió cualquier rastro de amabilidad al recorrer la sucia camiseta que cubría el pecho musculado.

«Tiene pinta de estar envidioso», se dijo Rolo, que no era el hombre más modesto del mundo, precisamente, muy complacido. «Seguro que, a pesar de su aspecto enclenque, el pobre pringado se machaca en el gimnasio».

—Y usted, ¿quién se cree que es para atosigar así a la señorita?

—Yo... Esto... Yo...

Rolo no sabía muy bien cómo iba a librarse de aquel marrón, pero, en ese momento, la traidora volvió a intervenir y empezó a contarle al agente una milonga increíble con total frialdad.

—Verá, señor, agente. Él es mi obra de caridad de la semana.

Rolo ahogó una exclamación de protesta, pero ella continuó con su historia, sin desviar su atención ni un milímetro del hombre uniformado: —Una amiga mía trabaja de voluntaria en Soto del Real, la cárcel, no el pueblo, y como justo este desecho humano había conseguido su primer permiso de salida en años y ella no podía ocuparse de él, me ha pedido por favor que lo paseara un poco por Madrid, para ver si así se olvida de sus malos hábitos al menos durante unos días. Y, claro, yo no he podido negarme. —Sin despegar los ojos del agente, que escuchaba aquella increíble explicación fascinado por completo, se ahuecó la rubia melena y ese simple gesto, cargado de sensualidad, fue la puntilla para el pobre infeliz—. Por eso, al ver que se ponía algo violento, confieso que me ha entrado un poco de miedo. Pero luego me he dicho a mi misma: «Taty, todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad y el haber pasado cinco años a la sombra por haberle pegado una paliza a un ancianito indefenso no quiere decir que este hombre vaya a ser una mala persona el resto de su vida». Así que cumpliré la promesa que le he hecho a mi amiga y lo llevaré a visitar el museo del Prado, a ver si la contemplación de tanta belleza apacigua a la fiera que

habita en él.

Muy a su pesar, Rolo no pudo evitar admirar aquella insólita capacidad de enhebrar una mentira detrás de otra sin trabucarse ni una sola vez.

—Un propósito admirable, señorita. —El funcionario escribió algo en su libreta, arrancó la hoja, la dobló un par de veces y se la tendió. Luego hizo un gesto con la mano—. Adelante, puede continuar.

—Es usted muy amable.

Un nuevo destello de esos pequeños dientes, blancos y perfectos, justo antes de arrancar e incorporarse al tráfico con mucha más suavidad, hizo que el agente se quedara allí plantado, observándola alejarse con una sonrisa embelesada en los labios.

—Podías haberte ahorrado todas esas mentiras que han estado a punto de enviarme al calabozo más cercano —la reconvino su acompañante, furioso—. Al final te ha calzado la multa. Solo espero que sea de tres cifras por lo menos.

Tatiana se cambió de carril de forma temeraria, obligando al conductor que circulaba por él a pegar un frenazo.

—Diez euros a que no —apostó sin inmutarse.

Rolo cogió con dos dedos el papel que le había dado el agente de movilidad, y que ella había arrojado sin el menor interés en el cenicero del Mini, y lo agitó en el aire.

—Y esto, ¿qué es?

Sin esperar respuesta, desdobló la hoja y leyó con incredulidad.

«Llámame. Antonio 634575421».

—¡Joder! —Movió la cabeza indignado—. Es increíble, voy a denunciar a ese tío por abuso de autoridad.

—Me debes diez euros. —Tatiana extendió la mano sin mirarlo.

Su acompañante sacó la cartera del bolsillo trasero del chándal y le tendió un billete a regañadientes.

—Bueno, ya hemos llegado. —Con habilidad, la rubia metió el Mini en el hueco que acababa de dejar libre otro vehículo, sin hacer caso de los gritos de la mujer que estaba esperando para aparcar—. ¡Hay que ser más rápida, señora!

Rolo se bajó del coche y la siguió hasta uno de esos elegantes edificios de

principios del siglo XX del barrio de Salamanca.

—Te estaría bien empleado que cuando volvieras te encontraras la pintura del coche rayada.

Tatiana saludó al portero de la finca antes de contestarle.

—Este es un barrio decente y no está lleno de quinquis como el tuyo.

«Realmente encantadora». Rolo la siguió sin hacer caso de la mirada de desaprobación que le lanzó el conserje al ver las pintas que llevaba.

En ese momento, se abrió la puerta del ascensor y una niña de unos ocho años corrió a abrazarse a las piernas de Tatiana.

—¡Taty, tengo que enseñarte la falda que me compró mamá el otro día!

La rubia le devolvió el abrazo, sonriente.

—Hola, Lucía, hola Gladys —saludó también a la cuidadora de la pequeña—. Qué pena, ahora no tengo tiempo, pero te prometo que esta semana te haré una visita y, de paso, te llevaré eso de lo que hablamos.

«Vaya», se dijo Rolo sorprendido al verlas chocar los cinco con aire cómplice. «Jamás habría pensado que a la señoritinga le gustaran los críos».

Se despidieron y subieron al ascensor.

— Bonita choza —dijo Rolo al entrar en el piso, mirando a su alrededor.

Tatiana se giró un segundo y lo apuntó con el índice.

—Ni se te ocurra coger nada. Te advierto que te voy a registrar de arriba abajo antes de que te vayas.

La aguda excitación que se apoderó de Rolo al escuchar su comentario, lo dejó atónito. Trató de disimular poniendo cara de ofendido; pero dio igual pues, como de costumbre, ella ya no le prestaba la menor atención.

Tatiana se dirigió hacia el dormitorio principal sin ningún tipo de vacilación. Saltaba a la vista que conocía muy bien la vivienda, y a Rolo volvió a sorprenderle el inusitado ramalazo de celos que lo asaltó. La vio abrir armarios y cajones, y meter varias prendas de ropa en una pequeña maleta. Luego entró en el cuarto de baño y salió con una bolsa de aseo en la mano.

—Bien. Creo que está todo.

En dos zancadas se acercó a Rolo, que examinaba con mucho interés una

fotografía con marco de plata que había cogido de la mesilla en la que salían Gonzalo y ella junto con unos amigos en una estación de esquí, y se la arrebató sin la menor delicadeza.

—¡Te he dicho que no toques nada!

—Calma rubia, no te pongas así.

Rolo hizo el saludo vulcaniano de Star Trek, una de sus series favoritas de todos los tiempos.

—Lleva tú la maleta —ordenó la déspota aquella.

Rolo contó hasta diez antes de obedecer y seguirla, pero Tatiana ya taconeaba con rapidez en dirección a la puerta.

—Adiós —dijo con la puerta abierta.

—Has dicho que ibas a registrarme.

Rolo puso las manos detrás de la nuca y abrió un poco las piernas. Sabía que tenía buen cuerpo, y no le importaba aprovecharse de ello cuando hacía falta.

—Se ve que tienes práctica. —La rubia frunció los labios sensuales en una mueca desdeñosa que multiplicó por cien su deseo de besarla—. Pero preferiría cortarme el pelo al cero antes de ponerte una mano encima.

—Resultas poco amable, la verdad.

—Te advierto que pienso llamar a Gonzalo para ver si lo ha recibido todo.

—Y desconfiada.

—¿Te importa largarte de una vez? —preguntó impaciente.

—Está bien. ¿Te apetece que quedemos un día para tomar algo?

Alzó la barbilla altanera; el gesto de una princesa que no da crédito al atrevimiento de un lacayo.

—Antes quemaría mis sandalias favoritas de Jimmy Choo.

—Podemos dar un paseo por El Retiro si prefieres.

Tatiana puso los ojos en blanco.

—A ver, trataré de hablar muy despacio a ver si lo entiendes. Ja-más —empezó a deletrear a la velocidad de un caracol— sal-drí-a con un des-tri-pa te-ro-nes co-mo tú.

Rolo se rascó la cabeza con el mismo aire con que lo haría uno de esos destripaterrones con los que ella lo había comparado.

—Jamás es mucho tiempo. ¿La semana próxima te viene mejor?

—No. Nunca. Aunque fueras el único hombre sobre la Tierra y la humanidad se acabara con nosotros —declaró tajante.

—Está bien. Me voy. Ya nos veremos, rubia.

Cogió la maleta, salió al descansillo y, de inmediato, la puerta se cerró a su espalda con un golpe seco.

«Menudo genio», se dijo sonriente. Hacía mucho que no se enfrentaba a un desafío tan estimulante.

Capítulo 18

Después de que Rolo regresara con su ropa, Gonzalo se envolvió pudoroso con una sábana y Bibi lo acompañó al único cuarto de baño de la vivienda para que se diera una ducha.

—¿Quieres apoyarte en mí?

Le ofreció su hombro y a él le hizo gracia su amabilidad. Su secretaria era tan pequeñita que dudaba mucho de que fuera capaz de cargar con su peso.

—No es necesario, gracias. Solo me duele la cabeza, pero espero que se me pase en cuanto empiece a hacer efecto el paracetamol.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó solícita.

—Sí, no te preocupes.

Entró en el baño y cerró.

—¡Si te mareas, avisa! —gritó ella a través de la puerta.

El agua caliente fue la mejor medicina. Se dio una larga ducha y se vistió. Le habría gustado afeitarse, pero Tatiana había olvidado meter la maquinilla y el gel.

Cuando salió, Bibi, que había cambiado el pijama por unos vaqueros, una camiseta y otro par de aquellos calcetines de colores a los que al parecer era tan aficionada, lo esperaba sentada en el suelo frente a la puerta con aspecto de adolescente. Lo enterneció pensar que se había quedado esperándolo, preocupada por si le pasaba algo.

—Me siento mucho mejor —anunció con una sonrisa, al tiempo que le tendía la mano para ayudarla a levantarse.

Ella titubeó unos segundos antes de aceptarla y, una vez más, Gonzalo disfrutó del roce caliente y seco de sus dedos.

—En fin, Bibi, te agradezco de corazón que anoche te apiadaras de mí y me trajeras aquí.

—¿Te vas ya?

Le pareció detectar una cierta desilusión en los grandes ojos grises.

—Creo que ya he abusado bastante de tu hospitalidad. Por cierto, ¿dónde están tus gafas?

La sangre coloreó las pálidas mejillas, y Gonzalo pensó que merecería la pena especializarse en preguntas incómodas solo por el placer de verla ruborizarse.

—En realidad no las necesito —confesó—. Las uso para que la gente me tome en serio.

—¿Te vas ya? ¿No te quedas ni a comer?

La voz de Luisa estaba cargada de decepción.

—Quédate. —La cabeza de cabellos verdes de Carlos asomó por la puerta de la cocina—. Estoy haciendo cebiche.

Gonzalo vaciló, le encantaba el cebiche, pero no quería resultar una molestia.

—Es el plato estrella de mi hermano —dijo la niña.

—¿Su plato estrella? —preguntó Gonzalo con los ojos clavados en Bibi, pero ella se limitó a asentir con la cabeza.

—¡Contad conmigo! —Se escuchó la voz de Rolo desde el salón.

Eso lo hizo decidirse. A Gonzalo no le gustaba nada ese tipo con aires de portero de discoteca chunga que se tomaba tantas confianzas con Bibi. Quería saber qué pintaba ese hombre en su vida. La señorita Guzmán tenía toda la pinta de ser excesivamente confiada.

—En ese caso, acepto encantado —dijo sonriente y le pareció que Bibi ahogaba un suspiro.

—¡Genial! —chilló Luisa—. Mola tener sangre fresca en nuestra partida del sábado. ¿Sabes jugar al Scrabble, no?

—¿Bromeas? —Gonzalo enarcó una de sus oscuras cejas con suficiencia—. Soy todo un campeón.

—¡Rolo! ¡Ve preparando el tablero!

—Qué manía con los gritos —protestó su hermana mayor—. Ve con ellos al salón, Luisa, yo traeré algo de beber.

•

Poco después, Bibi regresó con una bandeja llena de coca-colas y unas aceitunas de Campo Real, y empezó la partida. Pronto se vio quién llevaba la voz cantante. Desde luego no era Bibi, que parecía distraída por completo, y a la que su hermana tenía que despertar de su ensoñación con un codazo en las costillas cada vez que le tocaba el turno. Luisa era una contrincante nada desdeñable, pero Rolo y Gonzalo se llevaban la palma. Muy pronto el juego se convirtió en una especie de duelo al sol entre ambos, sin reglas de ningún tipo. Al «pagafantas» del amigo de Bibi, su jefe respondió con un «perroflauta», al «lameculos», siguió un «chupacables», y al «abrazafarolas» un «mierdaseca».

Bibi, que no se enteraba de nada, se sentía flotar en una nube y se pellizcaba de vez en cuando para asegurarse de que no soñaba. De que su querido señor Sanmartín estaba sentado en su salón, enfrascado por completo en una trepidante partida de Scrabble.

Luisa, en cambio, se lo estaba pasando bomba. En su opinión, aquella pasaría a los anales de las partidas sabatinas como la madre de todas las partidas. Carlos entró en el salón para decir que la comida estaba lista, y tras inclinarse a estudiar el tablero se le escapó un silbido acompañado por un «¡Joder, cómo está el patio!».

La entrada de su hermano espabiló a Bibi, que dio el juego por concluido.

Después de contar los puntos por encima, Luisa declaró que había habido empate.

—¿Empate?! —exclamaron incrédulos los dos rivales.

—Empate —repitió la niña, tajante.

Y antes de que a ninguno le diera tiempo de contar, desordenó las fichas y recogió el tablero.

•

Entre todos pusieron la mesa y Carlos trajo el cebiche. Fue una de las comidas más animadas en las que Gonzalo había estado en mucho tiempo. El ambiente en casa de los Guzmán estaba lleno de conversaciones estimulantes sobre los temas más peregrinos. Desde los derechos de los pollos a llevar una vida digna, sobre el que parecía que la hermana pequeña había hecho una tesis doctoral; hasta las últimas técnicas culinarias para la gelificación de los alimentos que Carlos había aprendido trabajando entre bambalinas en el Madrid Fusión; pasando por los cotilleos de los que la dueña de la pescadería —que por lo visto era la chismosa oficial del barrio— había puesto al día a Bibi esa misma

mañana.

—Me temo que has perdido tu oportunidad con la recepcionista de la autoescuela, Rolo —dijo Bibi con uno de aquellos atractivos hoyuelos asomando en su mejilla—. Por lo visto, sale con el frutero.

—¿Con Nico? —Luisa fingió dar una arcada.

—Es un buen partido. Acaba de ampliar la flotilla de furgonetas de reparto y tiene previsto hacer lo mismo con el local. —Sin inmutarse, Rolo repitió por tercera vez de cebiche—. Así que me alegro por ella. Yo, mientras tanto, voy a pescar en nuevos caladeros.

Bibi pareció sorprendida por el comentario. Gonzalo también lo miró con disgusto. Por fortuna, el tipo se había duchado en algún momento, pensó. Ya no llevaba aquella churretosa camiseta ni los horrorosos pantalones de chándal. Ahora vestía unos vaqueros y una camiseta negra que mostraba los músculos de sus brazos. Cada vez que hacía el más mínimo movimiento, se le hinchaba la cabeza al feroz vikingo que llevaba tatuado en la piel.

«Un chulo exhibicionista. Eso es lo que es este tío», se dijo con desagrado.

Esperaba que con eso de pescar en nuevos caladeros no se estuviera refiriendo a su secretaria. Sorprendido, se preguntó qué podía importarle a él; sin embargo, enseguida encontró una explicación razonable. La señorita Guzmán, bueno, Bibi, era libre de hacer con su vida lo que le diera la gana, pero lo cierto es que le estaba muy agradecido por lo de la noche anterior y no le gustaría que un patán como aquel, que saltaba a la vista qué era lo único que buscaba en una mujer, la lastimase.

—Yo sé dónde está ese nuevo pez. —Las miradas de todos se concentraron en Luisa, expectantes—. ¡Tatiana!

Rolo sonrió con aire misterioso, sin afirmar ni desmentir nada.

«¡Pues claro!», se dijo Gonzalo con cierto alivio. «Siempre me olvido de que Taty es una mujer espectacular».

Taty y ese tipo..., era de chiste. Como que su amiga, por la que todos los hombres que conocía suspiraban antes o después, iba a fijarse en él. Las comisuras de su boca vibraron en una inapreciable sonrisa que, sin embargo, el otro cazó al vuelo.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—¿Acaso me estoy riendo?

Capítulo 19

Los ojos de Bibi pasaron de uno a otro con desconcierto. Por lo visto, era la única que hasta ese momento no se había percatado de la hostilidad latente entre ambos y la achacó a los celos. Estaba claro que la insufrible Tatiana era una fuente continua de discordia.

En realidad, a Bibi le había sorprendido la idea de que Rolo se hubiera propuesto ligarse a Tatiana. Lo había pillado un par de veces tonteando con la recepcionista de la autoescuela —a pesar de que, en teoría, llevaba un par de semanas saliendo con Vane— y su amigo era de los que no dejaban escapar una presa. Eso sí, una vez cobrado el trofeo, lo habitual era que su interés se volviera, casi de inmediato, en otra dirección.

Bibi no aprobaba el trato que Rolo daba a sus hermanas de sexo. Según ella misma decía, lo suyo era el típico y tópico complejo de donjuán y, aunque reconocía que algunas mujeres lo perseguían de un modo tan escandaloso que Rolo habría tenido que ser un santo para resistirse, como le repetía a menudo: uno de estos días iba a ser él el que se llevaría una buena lección. Pero, vamos, pasar de la chica esa a la pijísima Tatiana de Aguilera era como pretender volar a la luna sin subirse a un cohete. Su amigo no tenía nada que hacer.

Carlos —que en opinión de su hermana mayor había equivocado su vocación pues, a pesar de ser un cocinero maravilloso, habría sido un diplomático aún mejor— intervino justo a tiempo con un comentario sobre el partido del domingo y la tensión se disipó en el acto.

De todas formas, Bibi siguió dándole vueltas a esa repentina hostilidad. No sabía a ciencia cierta si su jefe salía o no con la señorita de Aguilera, pero era imposible que no estuviera enamorado. Puede que para ella no fuera más que una pija consentida y egoísta, pero era bien sabido que los hombres solo se fijaban en el envoltorio, y había que reconocer que el de Tatiana de Aguilera resultaba espectacular. Solo de pensarlo se le quitó el apetito y, después de tomar un par de cucharadas de la deliciosa mus de chocolate, la hizo a un lado.

—¿Me la das?

Estando Rolo cerca, no había peligro de que ni una sola miga acabara en la basura.

El resto de la comida transcurrió sin sobresaltos y, como de costumbre en esa casa, las risas y la conversación animaron el ambiente hasta bien pasada la sobremesa. A eso de las ocho, Gonzalo anunció que se marchaba, aunque se notaba que lo hacía de mala gana.

La familia Guzmán al completo —Rolo se había ido un poco antes— lo acompañó hasta la entrada como un afectuoso comité de despedida. En cuanto cerró la puerta, Bibi se apoyó en ella, cerró los ojos y soltó un hondo suspiro.

—La verdad es que tienes un jefe buenorro.

La voz de su hermana hizo que abriera los párpados.

—¿Verdad que es una monada? —dijo soñadora.

—Aunque, y te lo digo desde el cariño, no tienes nada que hacer. Tatiana es guapísima y viste mil veces mejor que tú.

Bibi soltó un resoplido y replicó, sarcástica:

—Pues menos mal que me lo dices desde el cariño, por que si no... De todas formas, no hacía falta que te molestaras. Sé de sobra que el señor Sanmartín jamás se fijará en mí.

—Eres injusta, Luisa —terció Carlos—. Es cierto que Tatiana es la tía más buena que he visto en mi vida fuera de una pantalla de cine, pero nuestra Bibi tampoco está tan mal.

Esta última hizo una mueca. Si la intención de su hermano había sido subirle la moral con semejante comentario, desde luego el tiro le había salido por la culata. En fin, no pensaba dejar que ninguno de esos dos bocazas, por bien intencionados que fueran, le amargaran el que había sido uno de los días más maravillosos de su existencia.

—¿Vais a hacer algo, chicos?

—He quedado con Diego para dar una vuelta, pero no llegaré tarde. Tengo turno de mañana en el restaurante.

—Yo estoy trabajando en un nuevo proyecto —dijo Luisa muy misteriosa y corrió a encerrarse en su cuarto.

Bibi se despidió de su hermano y se fue al suyo. Se tendió sobre las sábanas arrugadas —no pensaba cambiarlas en mucho tiempo— y, abrazada a la almohada, aspiró con deleite el aroma de su querido señor Sanmartín, que había impregnado la tela de la funda, mientras revivía en su mente los extraordinarios

acontecimientos del día.

Capítulo 20

Rolo se bajó de la moto y aseguró el casco con el candado antes de salir del aparcamiento. Entró en el elegante vestíbulo del gimnasio, uno de los más exclusivos de Madrid, y saludó a la chica de la recepción. Ella le devolvió el saludo con entusiasmo y una sugerente caída de ojos. Era guapa, pero Rolo había trazado una línea roja hacía mucho tiempo y jamás se liaba con sus empleadas.

—Hola, Sandra, ¿qué tal va todo?

—Buenos días, Rolo, como de costumbre estamos a tope.

Sonrió satisfecho al escuchar aquello. Ese era el buque insignia de su cadena de gimnasios. Se había rodeado de los mejores arquitectos y diseñadores, y él mismo había supervisado hasta el último detalle. Se asomó a la inmensa cristalera que ocupaba toda una pared y observó a los clientes hacer sus ejercicios en las docenas de máquinas de diseño futurista esparcidas por toda la sala. La rubia que corría a buen ritmo en una de las cintas llamó su atención.

«No puede ser», se dijo. «Demasiada casualidad».

En ese momento, ella giró un poco la cabeza para saludar a un hombre que acababa de entrar y estuvo seguro de que era ella: la bella Tatiana, su próximo objetivo. Estaba claro: era el destino.

Sin poder creer aún en su buena suerte, se giró de nuevo para decirle a la recepcionista: —Hazme un favor, Sandra. Dile a todo el mundo que, a partir de hoy, soy Rolo, el nuevo entrenador personal, y adviérteles que al que meta la pata le voy a retar a una sesión intensiva de dominadas. ¿Entendido?

—Entendido, jefe. —Al ver su mirada ceñuda se corrigió de inmediato—. Entendido, Rolo, el nuevo entrenador personal.

Él alzó el pulgar, sonriente, y la recepcionista lo siguió con la mirada, mientras se alejaba en dirección a los vestuarios, con expresión melancólica. Seguramente pensaba que por una vez que tenía un jefe que, además de forrado estaba como un queso, no había manera de que se fijara en ella.

•

Siempre que visitaba uno de sus locales, Rolo hacía al menos una hora de

ejercicio para examinar su funcionamiento desde la perspectiva de los clientes. Así que se cambió de ropa a toda velocidad y salió corriendo en dirección a la sala. La cinta estaba vacía y, por un instante, se temió que ella se hubiera marchado. Después de escudriñar la habitación, la descubrió levantando pesas en uno de los bancos.

Se acercó por detrás sin hacer ruido, y la observó unos segundos. Tenía los ojos cerrados. Un mechón de pelo rubio que había escapado de su coleta se había adherido a la frente sudorosa, y la piel dorada de brazos y hombros, que el top rosa dejaba al descubierto, tenía también el brillo de la transpiración. Estaba claro que esa mujer no iba al gimnasio a hacer el paripé, y Rolo tuvo que echar mano de todo su autocontrol para que la excitación que sentía no se manifestara de manera evidente.

Cuando volvió a alzar la barra en el aire, Rolo la sujetó. Al notar la ausencia de peso, Tatiana abrió los párpados en el acto.

—¿Qué haces?

—Hola, Taty —saludó, al tiempo que bajaba la barra sin esfuerzo y la dejaba apoyada sobre los soportes.

Ella se incorporó y se giró para mirarlo.

—¿Tú? ¿Te han dejado entrar aquí? —preguntó incrédula—. Me parece que en este sitio tienen una manga muy ancha con el derecho de admisión.

—Soy el nuevo entrenador personal.

—Vaya, qué casualidad.

En ese momento un tipo con pinta de tenérselo muy creído —o al menos, esa fue la conclusión a la que llegó Rolo nada más verlo— se acercó a saludarla.

—Hola, Jaime.

El tal Jaime parecía dispuesto a quedarse a charlar un rato, pero debió de notar la impaciencia de aquel desconocido que lo examinaba con el ceño fruncido y los brazos poderosos cruzados por delante de un pecho que parecía de cemento armado, porque enseguida se despidió de mala gana.

Saltaba a la vista que todos los clientes del gimnasio, al menos los del sexo masculino, la conocían, se dijo Rolo extrañamente molesto.

—Veo que le das caña.

Rolo señaló las pesas de varios kilos en cada extremo de la barra.

Ella se encogió de hombros y empezó a secarse el rostro y el cuello con su toalla.

—Me sirve para liberar energía.

—¿Con ir de compras no es suficiente?

Tatiana le lanzó una mirada que él no supo cómo interpretar, pero que le produjo una ligera inquietud.

—Parece que no.

Se colgó la toalla del cuello y se puso en pie. Las mallas negras a media pierna marcaban todas y cada una de sus apetecibles curvas, y Rolo notó que se le secaba la garganta. La tal Tatiana era un sueño húmedo andante.

—Espera. —La agarró de la muñeca y, a cambio, recibió una mirada gélida de los preciosos ojos azules, por lo que la soltó en el acto—. Creo que necesitas un entrenador personal.

—¿Para qué? Llevo años viniendo al gimnasio.

—Para la media maratón.

Desconcertada, frunció las delicadas cejas rubias.

—¿Qué media maratón?

—La que siempre has querido correr, pero nunca te has atrevido.

Era un disparo a ciegas, pero hoy debía ser su día de suerte. Rolo se dio cuenta de que, cosa rara, había conseguido captar su atención, así que prosiguió a toda prisa: —Por lo que veo estás en buena forma. ¿Sueles correr?

—Tres días en semana, pero no hago más de seis kilómetros.

—Hum. —Se quedó pensativo—. La media maratón de Madrid es a principios de abril. Tenemos algo menos de mes y medio para prepararla. No es mucho, pero podemos intentarlo.

Al oírlo, ella alzó la barbilla con altivez.

—Yo jamás intento nada. Si decido hacerlo es porque lo voy a conseguir.

Rolo no se esperaba aquella respuesta. Desde el principio, la había catalogado como la típica mujer caprichosa, de esas que mostraban interés solo hasta que la siguiente novedad desbancaba a la anterior.

—Entonces, ¿qué decides? No te cobraré nada, mi asesoramiento viene

incluido en la tarifa del gimnasio. —Ella lo miró con cierta desconfianza, así que hizo un esfuerzo para no parecer demasiado ansioso—. Es parte de una nueva promoción que tenemos. Te lo he dicho a ti antes que a nadie porque te conocía, pero si no te interesa...

—Sí que me interesa —dijo después de pensarlo un momento—. ¿Cómo lo haremos?

—¿Vives por aquí? —Ella asintió—. Entonces quedamos mañana en El Retiro, en la puerta que da a Alfonso XII. A las ocho en punto.

—De la tarde, supongo.

—No, hombre, de la mañana.

Tatiana puso mala cara, aunque era tan guapa que no le salió.

—No me gusta madrugar.

Rolo volvió a cruzarse de brazos, y los bíceps que asomaban por su camiseta de manga corta se marcaron todavía más.

—Si antes no ibas de farol, vas a tener que tomártelo en serio —dijo con severidad.

Ella lo pensó unos segundos y, por fin, asintió.

—Está bien. Hasta mañana —agitó la mano y empezó a caminar hacia la salida.

—¿Quieres que nos tomemos algo? ¿Un café? ¿Un pincho de tortilla?

—No gracias —dijo sin volverse siquiera—. Será mejor que te limites a tu papel de entrenador. *Ciao*.

Rolo se dirigió a la cinta y empezó a correr con más potencia de la que solía emplear al principio.

«Que me limite a mi papel de entrenador. Ja». Aumentó la velocidad con furia. «Le recordaré estas palabras cuando esté entre mis brazos, gimiendo después de tener el orgasmo de su vida».

Capítulo 21

Después de un domingo sin novedades y, por qué no decirlo, bastante aburrido, Gonzalo se dirigió caminando a buen ritmo a la oficina con un curioso sentimiento de expectación. Una sensación que no había experimentado en mucho tiempo.

La señorita Guzmán ya estaba en el antedespacho, tecleando en el ordenador, y lo recibió con una de esas sonrisas llenas de hoyuelos que levantaban el ánimo a un muerto.

—Buenos días, Bibi.

—Buenos días, señor... Gonzalo.

Entró en su despacho y cerró la puerta sonriente mientras pensaba que le gustaba el modo en que la señorita, esto... Bibi pronunciaba su nombre. Colgó la chaqueta en el perchero, se sentó en el confortable sillón giratorio que estaba frente a su mesa y, aunque tenía un montón de trabajo pendiente, dejó que su mirada vagara por la fachada del edificio de enfrente.

Al abrir los ojos aquella mañana había sentido una leve desilusión al comprender que estaba en su cama, en su piso y que sus dedos no estaban íntimamente entrelazados con los de una desconocida que, al fin y al cabo, no lo era tanto. Y ese sutil sentimiento de decepción había conseguido que diera nombre, por fin, a algo que llevaba rondándolo desde hacía meses: se sentía muy solo.

Se había visto obligado a renunciar hacía unos años a la mujer con la que había pensado que se casaría y, aunque su recuerdo ya solo lo asaltaba muy de cuando en cuando con un pinchazo de melancolía, no había vuelto a enamorarse desde entonces. Ciertamente tenía a su madre, algunos buenos amigos y un trabajo que le encantaba. Sin embargo, a pesar de todo, ese sentimiento sordo de insatisfacción no lo abandonaba.

El sábado había sido un día extraño. Las horas habían volado en aquel pisito algo destartado del centro, tan distinto del suyo. Un piso que, pese a no haber sido decorado por un reconocido diseñador de interiores de la capital, saltaba a la vista que era un verdadero hogar. Sus habitantes lo habían recibido con los

brazos abiertos y él se había sentido fascinado por aquellos tres hermanos tan parecidos físicamente, aunque de personalidades bien distintas. Se notaba que estaban muy unidos y su hospitalidad, su naturalidad y su simpatía le habían hecho sentirse enseguida uno más de la familia.

Gonzalo no tenía mucha experiencia con adolescentes, pero Carlos le había parecido un muchacho encantador, Luisa una brujilla de lo más divertida y Bibi...

No sabía qué pensar de Bibi.

Su secretaria se había mostrado tan distinta de la persona con la que había tratado hasta entonces en el bufete que casi no la reconocía. Y hoy, a pesar de que volvía a ir peinada con su habitual moño tirante y llevaba las odiosas gafas de concha, le había parecido encantadora. Encantadora. Frunció el ceño al pensarlo. Siempre se había considerado un hombre perspicaz y no entendía cómo no se había dado cuenta antes de lo que había debajo de ese burdo disfraz. Lo cierto era que quería saber más de ella. La señorita Guzmán era lo más parecido a un misterio con lo que se había topado en mucho tiempo.

«¿Te gusta?».

Gonzalo dio un respingo y miró a su alrededor desconcertado. ¿De dónde demonios había salido esa idea absurda?, se preguntó. Por supuesto que no le gustaba... bueno, sí que le gustaba, pero no en ese sentido. Tenía a gala no haberse liado jamás con una mujer que trabajara para él. Nada le parecía tan poco profesional como esos hombres y mujeres que hacían de sus empleados su coto de caza privado.

Bibi era un misterio que le gustaría descifrar sí, pero una cosa no tenía nada que ver con la otra. Gracias a ella había descubierto que la insatisfacción que lo rondaba tenía un nombre: «soledad», y sabía bien que, una vez localizado el problema, la solución no tardaría mucho en llegar.

Quería una familia, su propia familia. Una mujer a su lado con la que compartir los buenos y los malos momentos. Unos hijos a los que educar lo mejor que supiera. Quería risas y ruido a su alrededor, quería...

La entrada de la señorita Guzmán con un montón de carpetas tras un leve repiqueteo de nudillos en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—Hoy tienes que estar en los juzgados a las tres, Gonzalo. Te he traído los expedientes completos de Monferrán y de Almagro-Sánchez. He descubierto que hay una serie de paralelismos bastante curiosos con el caso que nos ocupa. —

Mientras hablaba, Bibi iba depositando las carpetas bien ordenadas en una esquina de la mesa de su jefe. Sin embargo, al darse cuenta de que él seguía en silencio sin quitarle la vista de encima, preguntó—: ¿Ocurre algo? ¿Quieres que te traiga algún otro expediente?

Gonzalo sonrió, al tiempo que negaba con la cabeza.

—Perdona, Bibi, es solo que resulta increíble el cambio que se ha producido en ti desde que dejaste la medicación.

Bibi se sonrojó, pero al ver el brillo travieso en los ojos oscuros de su jefe, respondió con una sonrisa pícaro:

—¿A que sí? Solo espero no volver a necesitarla en el futuro.

—Yo también lo espero.

Se quedaron así, mirándose sonrientes, hasta que Gonzalo carraspeó y se obligó a concentrarse en las tareas del día.

—Perfecto, echaré un vistazo a todo esto y cuando vuelva discutiremos la estrategia más adecuada.

La cara de Bibi se iluminó al escuchar aquello.

—Muy bien, señor...

Gonzalo la apuntó con un dedo, amenazador. Ella se mordió los labios como si tratara de reprimir una sonrisa, y los ojos de su jefe se quedaron atrapados una vez más en esos deliciosos hoyuelos que se marcaban en sus mejillas.

—Muy bien, Gonzalo. —El alegre chisporroteo de los ojos grises desmentía su aparente sumisión—. Luego te veo.

Gonzalo se quedó mirando la puerta por la que acababa de salir su secretaria con una sonrisa bobalicona en los labios, pero enseguida movió la cabeza y se regañó por quedarse ahí como un pasmarote.

«Es solo que me cae bien mi secretaria», trató de convencerse a sí mismo y, con decisión, cogió una de las carpetas que había dejado Bibi encima de la mesa y se puso a trabajar.

•

Dos horas después, el sonido del teléfono hizo que Gonzalo alzara la vista de los documentos que estaba estudiando.

—Hola, mamá. —Se recostó contra el respaldo ergonómico y flexionó los

músculos de los hombros—. ¿Qué tal el bridge? ¿Ganaste?

—Por supuesto que gané, parece que aún no conoces a tu madre, pero no te he llamado para hablarte de eso. Me ha llamado Tatiana.

Gonzalo hizo una mueca al escuchar su tono, sabía de sobra lo lianta que Taty podía llegar a ser.

—¿Y? —dijo con cautela.

—Me ha dicho que tienes una nueva secretaria que quiere pescarte.

—¡Mamá, por Dios! Bibi no quiere pescarme.

—¿Bibi?

Casi podía ver a su madre arrugando su aristocrática nariz, por lo que se armó de paciencia y empezó con las explicaciones.

—La señorita Guzmán, mi nueva asistente. Ya te conté que Leonor se ha jubilado.

—Me ha dicho Tatiana que te encontró en su cama. Que dos adolescentes y un tipo lleno de músculos te retenían en un piso bastante cochambroso.

Gonzalo puso los ojos en blanco.

—Cuando pille a Taty por banda me va a oír. Deberías estarle agradecida a la señorita Guzmán. Si no hubiera sido por su oportuna intervención, seguramente aún estaría tirado en una acera de la zona centro —exageró un poco.

—¿Bebiste?

—Vino y una copa en la cena, mamá, nada extraordinario —tampoco era cuestión de extenderse en los detalles—, pero al salir de un local unos tipos me atacaron.

—¡Cielos! ¡No sé dónde va a ir a parar este país! ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente, no te preocupes.

—¿Por qué no te pasas por casa de Alfonso para que te eche un vistazo? —Alfonso Hernández era el médico de la familia y un buen amigo y, aunque llevaba años jubilado, su madre seguía consultándole todas las cuestiones relacionadas con su salud y la de su hijo.

—En serio, mamá, no es necesario. Por cierto —Gonzalo decidió que lo mejor sería un cambio radical de tema—, ¿recuerdas eso que me dijiste el otro

día de que se me estaba pasando el arroz?

—Sí, hijo, claro que lo recuerdo y sigo pensando igual.

—¿Sabes? Creo que tienes razón.

—¿Que tengo razón?

Se notaba que esta vez había conseguido tomarla por sorpresa.

—Sí, he decidido que ya va siendo hora de que siente la cabeza. Estoy preparado.

—¿Tatiana y tú...?

Sonaba tan feliz, que su hijo sintió una ligera sensación de culpabilidad cuando la cortó en seco.

—No, mamá. No creo que Taty vuelva a casarse nunca más.

—¿Tan terrible fue su matrimonio?

La inesperada solicitud de divorcio por parte de Tatiana de Aguilera, seguida de su casi inmediata viudedad habían animado los mentideros de la alta sociedad madrileña con todo tipo de especulaciones durante meses, pero poco había trascendido.

—Ni siquiera a mí me ha contado los detalles, pero sospecho que fue muy infeliz.

—Ya le dije a su madre que Tatiana era muy joven para casarse. Pero su padre estaba empeñado y ella también. —Gonzalo la oyó suspirar al otro lado del teléfono—. Creo que es la primera vez que no me alegro de que el tiempo haya acabado por darme la razón.

—Ya hemos hablado antes de esto, mamá. Taty era mayor de edad, no había mucho que nadie pudiera hacer para impedirlo.

Se hizo un silencio, pero Gonzalo, que conocía bien a su madre, sabía que estaba dándole vueltas a alguna idea, así que no intentó llenarlo con comentarios triviales.

—Una cosa más —dijo ella al fin—. Ana, la de la gestoría, me ha pedido mi declaración de la renta del año pasado y no la encuentro por ningún lado.

—La tengo aquí en el despacho, quería revisar unas cosas. El miércoles te la llevo.

—Es que es urgente, ¿no podrías acercármela ahora?

—Mamá, tengo una vista a las tres y aún me quedan un montón de documentos por repasar.

—En realidad, no hace falta que vengas en persona, ya sé que eres un hombre muy ocupado, pero ¿por qué no me lo envías todo con tu secretaria? — Utilizó un tono casual, como si se le acabara de ocurrir la idea en ese preciso momento—. Así la conozco.

Gonzalo no pudo reprimir una sonrisa. Ya estaba clara cuál había sido la intención de su madre desde que había descolgado el teléfono para llamarlo.

—Buena idea. La señorita Guzmán irá para allá en cuanto termine lo que está haciendo.

—Perfecto, hijo, un beso.

—Un beso, mamá.

Capítulo 22

Bibi se estiró la chaqueta y se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz antes de apretar el timbre. Unos segundos después, una mujer mayor con uniforme y delantal abrió la puerta.

—Soy Genoveva Guzmán, vengo a traer...

—Pase, pase, la señora la está esperando.

La mujer la condujo a un amplio salón con dos grandes ventanas por las que el sol del mediodía entraba a raudales. Era un espacio muy acogedor con sus muebles antiguos y los numerosos jarrones, llenos de flores frescas, desperdigados por todos los rincones. Cerca de un sofá con pinta de cómodo y una mesa de centro de madera de raíz, la esperaba una mujer de facciones elegantes sentada en una silla de ruedas.

«Si se tratara mi futura suegra estaría tan nerviosa...», se dijo soñadora.

Sin embargo, el frío saludo de la madre de su jefe la hizo olvidarse de sueños imposibles y, de paso, se le pasaron los nervios.

—Buenos días, señora de Sanmartín, le traigo los papeles que ha pedido.

Bibi se acercó sonriente y le tendió una carpeta naranja.

—Así que es usted la nueva secretaria de mi hijo.

Los agudos ojos oscuros, tan parecidos a los de su hijo y uno de los rasgos más llamativos de ese rostro sin apenas arrugas, la examinaban sin perder detalle.

—Sí, Leonor se jubiló hace una semana y yo la he sustituido.

—Ya veo. Y dígame, ¿le gusta trabajar con mi hijo?

—¡Oh, sí! —El rostro de Bibi se iluminó y, por la manera en que apretó los labios, a su interlocutora no le gustó—. El señor Sanmartín es un jefe fantástico, bueno, mi anterior jefe, el señor Batllé, también era fantástico. La verdad es que he sido muy afortunada con mis jefes.

—Siéntese. —Su anfitriona señaló el sillón— ¿quiere tomar algo?

—No, gracias, no es necesario. —Bibi miró a su alrededor y dijo con una sonrisa sincera—: Tiene usted una casa preciosa.

—Gracias —contestó la madre de su jefe con cierta sequedad—. Es usted muy joven, ¿cuánto tiempo lleva trabajando en el bufete?

—Casi cinco años.

—¿Cinco? —Alzó una ceja—. Pero ¿cuántos años tiene?

A esas alturas, Bibi estaba tan acostumbrada a esa pregunta que ni siquiera se molestó.

—Veintisiete. —De pronto, Bibi la miró con el ceño fruncido antes de levantarse, coger uno de los almohadones que decoraban el sofá y colocárselo con delicadeza a la altura de los riñones—. Me ha parecido que no estaba demasiado cómoda. ¿Mejor?

•

Desconcertada por ese gesto inesperado, la madre de Gonzalo asintió. Lo cierto era que llevaba toda la mañana sin encontrar la postura, pero ahora la silla le parecía más confortable.

Examinó de nuevo a la recién llegada intentando no ablandarse. Aquella jovencita parecía encantadora, pero no estaba dispuesta a dejarse embaucar por alguien que, por lo que le había contado Tatiana, tenía pinta de ser una trepa de la peor especie.

A pesar del moño tirante y de esas gafas absurdas, el rostro de la secretaria de su hijo era muy agradable. Por supuesto, no era una belleza despampanante como Tatiana, pero había algo muy atractivo en los grandes ojos grises que la miraban con expresión amistosa. Estaba segura de que su hijo también lo había notado, y era más que probable que por eso mismo hubiera sacado a colación ese asunto del arroz pasado. Tendría que estar muy alerta, se dijo preocupada, y prosiguió con el interrogatorio, dispuesta a averiguar las verdaderas intenciones de aquella mujer.

—Muchas gracias, estoy mucho mejor.

Un par de seductores hoyuelos se marcaron a ambos lados de la boca de Bibi y, al verlos, la madre de Gonzalo se asustó de verdad. Carraspeó un par de veces para aclararse la garganta y, de paso, aclarar sus ideas.

—Hoy en día, cinco años trabajando en un mismo sitio son muchos años.

¿No tiene pensado cambiar de empresa? Según me han dicho, esa es la forma de ascender.

Su interlocutora movió la cabeza con vehemencia.

—¡Oh, no, me apasiona mi trabajo! Sería muy difícil que en otro sitio encontrara un jefe tan encantador como su hijo, señora de Sanmartín. —Al oír aquello, la aludida apretó los dedos en torno a los brazos de la silla, pero Bibi al parecer no se percató de nada porque prosiguió con el mismo entusiasmo—: Además aprendo muchísimo. Creo que en unos años podré sacarme las asignaturas que me quedan para terminar la carrera.

—¿Qué carrera?

—Derecho. Tuve que dejarla cuando murieron mis padres, pero espero retomarla en cuanto mis hermanos sean un poco más mayores.

Su respuesta la sorprendió, pero decidió centrarse en el tema que la preocupaba.

—Me ha dicho mi hijo que le está muy agradecido por su ayuda.

Bibi hizo un gesto airoso con la mano.

—No tiene importancia, era lo menos que podía hacer. Pobrecito, no puede imaginarse cómo me sentí cuando lo encontré tirado en la calle medio inconsciente.

—¿Medio inconsciente? —preguntó asustada.

Su interlocutora debió de pensar que había metido la pata porque trató de arreglarlo a toda prisa.

—En realidad, estaba dormido. Incluso roncaba un poco. —Bajó la voz y añadió en tono confidencial—: Había bebido un pelín más de la cuenta.

—¿Mi hijo? Qué raro, no suele beber mucho.

—Lo sé. El señor Sanmartín es un hombre serio y responsable, no hay más que verlo. Lo que ocurre es que, desde hace unos meses, tengo la sensación — Bibi volvió a su tono confidencial— de que está un poco triste.

La señora de Sanmartín tocó un timbre que tenía siempre a mano y, poco después, la mujer que había abierto la puerta se presentó en el salón.

—Julia, la señorita Guzmán se queda a comer, ponga un cubierto más en la mesa.

—Muy bien, señora.

La anfitriona se volvió hacia su invitada forzosa.

—Espero que no tenga que volver corriendo a la oficina. Me gustaría charlar un rato más con usted.

—No se preocupe, es mi hora de comer y el señor Sanmartín pasará la mayor parte de la tarde en los juzgados.

Poco después, pasaron al comedor y con mucha mano izquierda, para que no resultara demasiado evidente, la madre de Gonzalo siguió sonsacándole información sobre su carrera, la muerte de sus padres, el estado de ánimo de su hijo, sus hermanos pequeños, *etc.* Lo que, por otra parte, no resultó demasiado complicado. Bibi era muy sociable y comunicativa, y tan confiada que jamás sería rival para los manejos una mujer sofisticada que ya hacía unos años que había cumplido los sesenta.

La comida resultó muy animada y, cuando terminó, cualquier duda que hubiera albergado la señora de Sanmartín respecto a si se enfrentaba a una mujer calculadora, decidida a hacer carrera a costa de su hijo, se había disipado por completo. Bibi era Bibi: cariñosa, amable, divertida, leal... no había detectado en ella doblez alguna. A lo largo de la comida se habían reído tanto que cuando terminó ya se tuteaban y se llamaban por el nombre de pila.

—¡Uy, es tardísimo! —exclamó Bibi después de echar un vistazo a su móvil—. Tengo que irme, Irene. A ver si por tu culpa tu hijo me va a despedir.

Irene soltó una carcajada y la observó mientras cogía el bolso y se abotonaba la chaqueta. Luego, la acompañó en su silla de ruedas hasta la puerta.

—Qué pena que tengas que marcharte ya, Bibi.

—A mí también me da pena. Lo hemos pasado bien, ¿verdad? —Bibi se inclinó impulsivamente, como lo hacía casi todo, y le dio un beso en la mejilla—. Vendré otro día a verte y le diré a mi hermano que te prepare un *tiramisú*. Lo hace exquisito.

Se despidieron y, en cuanto se cerró la puerta, los labios de Irene de Toledo, viuda de Antonio Sanmartín, se distendieron en una sonrisa de lo más peculiar.

Capítulo 23

—Llegas tarde. —Rolo golpeó la esfera de su reloj con el índice.

—¿Tarde? Son las ocho y cuarto, por Dios. Acaban de poner las calles.

Hacía frío y el parque estaba desierto. Tatiana cogió la goma elástica que llevaba en la muñeca y empezó a hacerse una coleta; era obvio que el enfado de su entrenador no la preocupaba lo más mínimo.

Rolo se cruzó de brazos y la miró con severidad:

—Mira, rubia, no estoy aquí para perder el tiempo. Puedes tomártelo en serio o no. Tú decides.

Ella alzó una de sus delicadas cejas.

—Pareces uno de esos sargentos de las películas, y no me llames rubia.

—Exacto, rubia. Imagínate que eres una recluta, así que a partir de este momento quiero puntualidad, compromiso y...

Tatiana bostezó sin el menor disimulo.

—Oye, ¿vas a terminar con el discursito? Me estoy quedando helada.

Rolo apretó los labios, disgustado. Esa mañana se había vestido con un cuidado especial. La primera vez que Vane, su exrollo, le vio con esa chaqueta deportiva le había dicho que podía perdonarle lo muy capullo que podía llegar a ser porque estaba muy bueno. Sin embargo, la rubia, después de lanzarle una mirada indiferente, lo había descartado de un plumazo, como si no fuera más que otro elemento del paisaje. Si no se andaba con cuidado, se dijo dolido, esa mujer iba a minar su autoestima por completo.

—Está bien, primero unos *jumping jacks* para calentar.

Rolo se quitó la chaqueta y empezó a saltar, y Tatiana lo imitó. Después de los tres primeros saltos, su entrenador personal perdió la cuenta, demasiado entretenido en observar a la poseedora de aquellas piernas interminables —enfundadas hoy en unas mallas de un verde casi fluorescente— y de ese pecho de escándalo, que realizaba los ejercicios con una coordinación perfecta.

—Ya es suficiente, ¿no?

Su tono de fastidio lo devolvió bruscamente a la realidad. Rolo se detuvo en seco y se aclaró la garganta un par de veces, en un intento de disimular que su mente se había ido de picos pardos.

—Yo diré cuándo es suficiente, ¿entendido? —Habló con firmeza, procurando hacer valer su ninguneada autoridad—. Esta es una nueva técnica suiza que acaba de llegar a España.

—Ya, claro.

—Empezaremos despacio. —Siguió como si no hubiera notado su sarcasmo—. Y luego iremos subiendo la intensidad hasta hacer algunos picos. ¡En marcha!

Echaron a correr por el sendero de tierra que rodeaba el perímetro del parque. La tercera vez que Tatiana colgó el móvil después de hablar con una de sus amigas, Rolo, sin detenerse siquiera, alargó la mano y con un movimiento fluido le arrebató el auricular que llevaba en la oreja.

—Oye...

Pero su entrenador cortó en seco su protesta.

—Ponlo en silencio, no es el momento de charlar de trapos con las amigas.

—Imagino que tú no tienes amigos, si no, estarías charlando con ellos sobre dónde comprar los anabolizantes por internet.

A pesar de su réplica desafiante, Tatiana hizo lo que le había dicho y siguieron corriendo en silencio.

Un kilómetro más tarde, Rolo la miró de reojo. La rubia aguantaba bien el ritmo. Había corrido antes con otras mujeres, pero al final, por unas cosas o por otras, el *running* era tan solo un pretexto para acabar enrollados en el primer rincón discreto que encontraban. Desde luego, no era que no le apeteciera agarrarla del brazo, sacarla del camino y empotrarla contra el tronco de uno de aquellos castaños de indias que abundaban en El Retiro. Sin embargo, en el fondo, le gustaba saber que ella se tomaba el entrenamiento muy en serio.

Aceleró el paso y Tatiana hizo lo propio sin que su respiración se viera afectada de manera perceptible. Unos metros más adelante, redujo de nuevo la intensidad y ella lo imitó en el acto, con una sincronización inmejorable. Sonrió satisfecho. Definitivamente, era un placer correr hombro con hombro con esa diosa rubia.

Iban por la segunda vuelta —ocho kilómetros y cuatrocientos cincuenta y tres metros recorridos en veintiocho minutos, según marcaba la aplicación de su móvil— cuando vio que se le había desatado el cordón de una de las zapatillas. Rolo chasqueó la lengua, fastidiado.

—Sigue tú, ahora te alcanzo.

—Bien.

Sonó un poco falta de aliento, pero no aprovechó para detenerse ella también, como habría hecho el noventa y nueve por ciento de las mujeres que conocía.

En cuanto terminó de atarse la zapatilla, salió detrás de ella a toda velocidad. Le faltaban unos doscientos metros para alcanzarla, cuando vio que otro corredor se había puesto a la altura de su rubia y trataba de ligar con ella.

—Que te pires, tío —la escuchó decir sin ni siquiera mirarlo, y a Rolo le alegró saber que no era el único al que machacaba con su indiferencia.

—Vamos, preciosa —insistió el otro—, ¿por qué no nos tomamos una cervecita en ese quiosco de allí?

Rolo aceleró y se colocó al otro lado del hombre.

—Salta a la vista que no le apetece tomarse nada contigo, colega. Así que ya lo has oído: pírate.

El tipo giró el rostro, dispuesto a enfrentarse con él, pero al ver la altura y las anchas espaldas de Rolo, debió de pensárselo mejor y, sin decir nada, se desvió por un sendero más estrecho que salía a la izquierda.

Tatiana lo miró de reojo.

—Imagino que un tío como tú puede resultar útil como guardaespaldas.

Era el primer cumplido que le había dicho desde que la conocía o, al menos, Rolo decidió tomárselo como tal.

—Si alguna vez necesitas mis servicios, ya sabes dónde encontrarme. Correremos dos kilómetros más y lo dejaremos por hoy.

—Bien.

Después de recorrer los dos kilómetros hicieron uno más caminando y terminaron con unos cuantos estiramientos.

—Lo has hecho sorprendentemente bien, rubia.

Su entrenador la miró con aprobación. Un mechón de pelo dorado se había escapado de la coleta y lo tenía pegado a la sien. Rolo extendió la mano y lo liberó con delicadeza.

Ella lo apartó de un manotazo y dio un paso atrás.

—No me toques.

Rolo frunció el ceño, sorprendido por aquella violenta reacción.

—Oye, solo iba a apartarte el pelo. Ni que te hubiera metido mano, joder.

—Soy perfectamente capaz de ocuparme yo sola de mi pelo.

Sin despedirse, empezó a caminar a paso rápido hacia la salida, pero él la alcanzó en dos zancadas.

—Mira que eres borde, tía —dijo malhumorado.

Siguieron caminando en silencio, pero a Rolo los enfados no le duraban demasiado.

—Tengo la moto en el aparcamiento del *gym*. Si quieres te acerco a tu casa.

—No es necesario, no vivo lejos.

—No me cuesta nada.

Tatiana dudó unos segundos.

—Está bien —aceptó como si le perdonara la vida.

Unos minutos después, se encontraban en la plaza de aparcamiento donde había dejado la moto.

—¿Esta moto es tuya? —parecía sorprendida—. No te pega nada. Tiene pinta de valer un dineral.

A Rolo le hizo gracia su comentario; si aquella rubia desdeñosa echara un vistazo a su cuenta corriente se sorprendería todavía más. No obstante, respondió muy serio.

—Qué va, más quisiera yo. Me la ha prestado un amigo... un amigo traficante que ha tenido que irse de viaje a Colombia —añadió después de una breve pausa.

Tuvo la sensación de que las pupilas femeninas se dilataban un poco pero, por lo demás, Tatiana mantuvo el tipo.

—Espero que no te pare la poli para pedirte los papeles.

—Eso espero yo también. Toma. Póntelo. —Rolo le tendió el casco.

Ella lo examinó sin dejar de fruncir la deliciosa nariz.

—Mejor te lo pones tú.

Rolo tomó nota mental de comprar un casco para esa señoritinga tan tiquismiquis.

—Bueno, nos arriesgaremos. Lo peor que puede pasarnos es que nos paren, vean a quién pertenece la moto y acabemos... Ya tu sabes —imitó un casi irreconocible acento cubano.

Tatiana resopló exasperada.

—Está bien, está bien. Me lo pondré, pero seguimos teniendo un problema porque tú no tienes casco.

Rolo se rascó la cabeza con ese gesto que le hacía parecer el tonto del pueblo.

—Solo si nos encontramos a la madera de frente, si vienen por la espalda solo te verán a ti.

Se notaba que su razonamiento no la había convencido en absoluto, pero debió de pensar que era inútil discutir con un mendrugo como él y se puso el casco, resignada.

En opinión de Rolo el viaje terminó demasiado pronto. Sentir los brazos de esa diosa rubia alrededor de la cintura le había regalado una media erección durante todo el camino. Un estado agridulce del que, en realidad, llevaba entrando y saliendo toda la mañana. Algo que no le pasaba desde su efervescencia adolescente.

De pronto, se puso alerta.

—Oye, creo que ese tío nos ha hecho unas fotos.

Hizo amago de acercarse a un Corsa negro que estaba aparcado a unos diez metros del portal, pero, en ese momento, el conductor hizo una rápida maniobra para incorporarse al tráfico y enseguida se perdió entre los otros vehículos.

Tatiana clavó los ojos en el coche que se alejaba calle abajo; parecía molesta.

—No te preocupes, no es la primera vez que me pasa. Creo que es alguno de los esbirros de mi padre. Papito tiene una necesidad patológica de controlarlo

todo, especialmente a mí.

Rolo se la quedó mirando con el ceño fruncido. Estaba a punto de hacerle unas cuantas preguntas, pero, justo entonces, se abrió la pesada puerta de hierro y cristal y salió una mujer joven del portal, empujando el carrito de un bebé que no paraba de llorar.

—Hola, Natalia, ¿que le pasa a tu niña?

Tatiana se asomó al interior del carrito donde el bebé, con la cara muy roja, se agitaba con desconsuelo.

—Son los dientes. Lleva toda la mañana igual y he decidido salir a dar un paseo a ver si se calma.

—¿Quieres que pruebe yo?

—Si quieres. Yo ya no sé qué hacer.

Rolo sintió lástima. La pobre chica parecía a punto de echarse a llorar también. Era bastante mona, pero la descartó tras la primera ojeada. Las mujeres con «regalito» no eran lo suyo. Llevaba toda su vida adulta esquivando aquella trampa mortal.

Tatiana se inclinó para coger al bebé mientras él movía la cabeza con pesimismo. En su opinión experta, aquella cría estaba más allá del consuelo.

—Ven aquí, María, guapa. Ya verás lo bien que lo vamos a pasar cuando seas un poco más mayor y vayamos juntas de compras... —Apretó a la pequeña contra su pecho sin dejar de decir naderías, y sus facciones se suavizaron hasta adquirir una increíble dulzura.

Rolo la contempló sin aliento. Desde el minuto uno, había pensado que Tatiana era una de las mujeres más guapas que había visto en su vida. Pero con aquel bebé entre los brazos y esa expresión en la cara su belleza no le pareció de este mundo.

«Me he enamorado... ¡Cojones, me he enamorado!», se repitió como en un trance.

—Qué mano tienes, Taty. Es increíble. Avísame si algún día decides trabajar de niñera para dejártela.

Las palabras de la agradecida madre lo devolvieron a la realidad. Rolo se dio unas palmaditas en ambas mejillas con disimulo. Se encontraba rarísimo. Tenía la sensación de que acababa de despertar de un sueño profundo y le costaba

respirar.

—Cuando quieras, ya sabes que yo encantada —sonrió Tatiana antes de depositar un último beso sobre los suaves cabellos castaños y volver a dejar con suavidad a la niña, ya calmada por completo, en el carrito.

La vecina se alejó empujando el cochecito y Tatiana sacó las llaves del pequeño cinturón de tela que llevaba en torno a la cintura. En cuanto abrió, se volvió hacia él sujetando la puerta: —Bueno, entonces hasta la próxi...

—Hasta mañana. —Rolo terminó la frase por ella con firmeza—. Entrenaremos de lunes a viernes.

Tatiana se encogió de hombros.

—Tendré que mirar la agenda y ya te diré si tengo hueco. Nos vemos. —Sin más, soltó la puerta, pero Rolo se apresuró a pararla antes de que se cerrara del todo.

—Espera. ¿Puedes hacerme un favor?

Ella se giró con desgana.

—No soy muy de favores, la verdad.

—Es solo... ¿puedo ducharme en tu casa? Últimamente las duchas del gimnasio no están demasiado limpias.

Rolo reprimió una mueca al escucharse a sí mismo lanzar piedras contra su propio tejado.

—No invito a desconocidos a mi casa.

«¿Nunca?» estuvo a punto de preguntar él, lleno de curiosidad, pero se detuvo a tiempo.

—Caramba, rubia, no soy un desconocido.

—No me llames rubia.

—Caramba, Taty, soy tu entrenador personal.

Las cejas rubias se fruncieron un poco.

—Tampoco me gusta que me llames Taty, con tantas confianzas.

Rolo puso los brazos en jarras y preguntó sarcástico:

—¿Pretendes que te llame señorita...? Ni siquiera sé tu apellido. —Decidió

que sería mejor no esperar su respuesta, así que añadió a toda prisa—: No tardo nada, te lo prometo. Ni siquiera usaré tu gel ni tu champú; en mi bolsa tengo todo lo que necesito.

Pero ella todavía no estaba muy convencida.

—Y ¿si resulta que eres un violador? No parece que te muevas en las mejores compañías.

—Oye, sin faltar —replicó con gesto ofendido—. De sisar alguna cosilla de vez en cuando a violar a una mujer van unos cuantos pueblos.

Tatiana movió la cabeza con resignación.

—Creo que me estoy volviendo una blanda. Anda, sube, pero —lo apuntó con el índice— no te acostumbres.

Rolo la siguió al interior del edificio, feliz de haber logrado salirse con la suya por una vez. Tatiana quien, como de costumbre, estaba hablando por el móvil, abrió la puerta del tercero derecha y le hizo un gesto para que pasara. Rolo obedeció y miró a su alrededor con curiosidad. Sin embargo, no le dio tiempo a apreciar los detalles porque la conversación telefónica atrajo toda su atención.

—¿Que me acabas de ver? ¿En una moto? Sí, era yo.

—...

—¿Un tío buenísimo? Qué exagerada eres. Más bien un tipo con pinta de palurdo.

«Será cabrona» se dijo Rolo, que la seguía de cerca muy atento a la conversación.

—...

—Pues no sé qué decirte. Ya veo que la mezcla de David Gandy y Paco Martínez Soria tiene su público.

«Cabrona, más que cabrona». Rolo apretó los puños. Y pensar que hacía unos minutos había creído que estaba enamorado de semejante arpía.

—Te dejo, Cris, que tengo que ducharme. Hasta luego.

Lo hizo pasar a uno de los dos cuartos de baño que había en el piso.

—Tú dúchate ahí. Ahora te traigo una toalla.

—No hace falta, llevo la mía en la bolsa.

Ella se encogió de hombros y lo dejó solo. Rolo miró a su alrededor. Tatiana debía haber cambiado la distribución del piso en algún momento, uniendo las dos habitaciones de las que constaba para hacer un dormitorio y un cuarto de baño más amplio. El suyo era poco más que un aseo con ducha, pero, como el resto de la casa, resultaba moderno y acogedor con su revestimiento de mármol blanco y la luz que entraba por la pequeña ventana.

Rolo se dio una larga ducha sin dejar de cantar a voz en grito. Le hacía feliz pensar que en ese mismo momento, en algún lugar de ese piso, aquella rubia espectacular estaba tan desnuda como él, debajo del chorro caliente de una ducha. Por unos segundos, la imagen de sí mismo entrando en esa misma ducha, mientras Tatiana se aclaraba el cabello recién lavado con los ojos cerrados y el agua deslizándose por sus pechos firmes, fue tan nítida, que la erección contra la que había luchado toda la mañana hizo acto de presencia con tanto brío que se vio obligado a ponerle remedio.

—Oye, ¿te has quedado dormido?

El repiqueteo impaciente de unos nudillos en la puerta lo sobresaltó.

—Ya... Ya voy.

Avergonzado de su falta de control, cerró el grifo y salió de la ducha. Con rapidez se enrolló la toalla en torno a las caderas y abrió la puerta.

—¿Necesitas algo?

Recordó que Vane siempre decía que cuando lo veía salir de la ducha sin más que una toalla y con las gotas de agua resbalando por sus pectorales le daban ganas de lamerlo igual que si fuera un polo. Así que sacó pecho.

Los ojos azules se deslizaron por esa amalgama de músculos y piel desnuda con un desinterés que Rolo no había experimentado hasta entonces. Él, en cambio, se quedó mirándola como si nunca antes hubiera visto una mujer. La ropa de deporte había dado paso a unos vaqueros pitillo, una chaqueta entallada y unos mocasines planos de ante. Se había lavado y secado el pelo y lo llevaba suelto. Tenía un aspecto impresionante, y eso que Rolo no habría sabido decir si llevaba maquillaje o no.

—Tengo que irme y, como comprenderás, no voy a dejarte aquí solo. No quiero que me birles los recuerdos de la abuela.

—Dame un minuto para vestirme, rubia, y me voy.

Se giró a toda prisa para que ella no notara que se había vuelto a excitar y volvió a meterse en el cuarto de baño. Medio mareado, se quedó un rato apoyado en la puerta con los ojos cerrados.

«¿Qué me está pasando?».

Su respuesta física a esa mujer rozaba lo paranormal. Después de hacer un par de inspiraciones profundas, sacó unos vaqueros y una camiseta de la bolsa y se los puso.

—¡Ya estoy!

Tatiana que, cómo no, estaba enfrascada en una nueva conversación telefónica, le hizo un gesto impaciente con la cabeza en dirección al recibidor. Ya junto a la puerta, Rolo levantó un dedo. Ella tapó el micrófono con cara de fastidio.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Seguro que no quieres que nos tomemos algo?

—Tío, eres muy, pero que muy pesado. Anda, lárgate de una vez.

Esa mujer era dura como el pedernal. Estaba claro que su relación con ella iba a convertirse en esa necesaria cura de humildad que Bibi le había recetado hacía tiempo.

—Está bien. Me voy, pero nos vemos mañana.

Tatiana, que ya estaba enfrascada de nuevo en la conversación, trató de cerrar la puerta, pero él la paró con el pie y asomó la cabeza una vez más.

—Mañana, a la misma hora y en el mismo sitio.

—¡Largo! No, no es a ti, Tere. Nada, un pelmazo que quiere venderme unas biblias. Lar-go —repitió, pero en esta ocasión se limitó a vocalizar la palabra marcando bien la separación entre las sílabas, antes de cerrar la puerta con fuerza.

Rolo se quedó quieto, con la punta de la nariz a menos de tres centímetros de la madera. Por poco no se la había aplastado esa burra.

—Oye, no te pongas así —dijo en voz alta, a pesar de que su único interlocutor era aquella puerta asesina—. Ya veo que no estás interesada en un beso de despedida, pero tienes suerte, rubia, soy un tipo paciente.

Se apartó el pelo de la cara con una sonrisa satisfecha en los labios y,

después de dudar un poco, decidió bajar por la escalera.

Capítulo 24

El miércoles a la salida del trabajo, Gonzalo fue a ver a su madre como le había prometido.

—Hola, mamá. —Se inclinó para besarla cariñoso en la mejilla.

—Hola, hijo, ¿qué tal va todo?

Gonzalo se sentó en el sillón, apoyó un tobillo sobre el muslo contrario y se aflojó el nudo de la corbata. Estaba muy atractivo con el pelo oscuro —en el que ya se apreciaban algunas canas en las sienes— ligeramente despeinado y la sombra de la barba del día apuntando en las fuertes mandíbulas, y su madre no pudo reprimir una punzada de orgullo al contemplarlo.

—Mucho trabajo ahora que Pedro no está. Por suerte, las cosas van bastante bien encaminadas.

—Me imagino que Bibi te ayudará un montón. Tiene pinta de ser una chica muy espabilada.

Irene se dio cuenta de que a su hijo le sorprendía que hablase con tantas confianzas de su nueva secretaria. Con Leonor siempre había mantenido una cierta distancia, aunque, por supuesto, la había tratado con exquisita cortesía.

—Pues sí. La señorita Guzmán, después un comienzo poco prometedor, ha resultado muy eficiente.

Ese comentario despertó su curiosidad.

—¿Poco prometedor? ¿Bibi? ¿En qué sentido?

En ese momento, Julia anunció que la cena estaba servida. Gonzalo se puso en pie y empujó la silla en dirección al comedor. Una vez sentados, prosiguió:

—No te puedes imaginar. —Su hijo sonrió al recordarlo—. Cada vez que entraba en mi despacho se le caían los papeles al suelo, o se ponía colorada y acto seguido se quedaba muy pálida, o las dos cosas a la vez. Al principio tartamudeaba de un modo penoso y luego pasó a hablar a golpes... De verdad que pensé que la pobre tenía un problema de los gordos, pero unos días después dejó la medicación y la cosa mejoró infinito.

Irene detuvo la cuchara de plata llena de crema de zanahorias en el aire y lo miró sorprendida.

—¿Medicación? ¿Qué es lo que tiene?

—Según ella un caso severo de reuma.

—¿Reuma? ¿A su edad?

Gonzalo frunció las cejas negras como si estuviera considerando la cuestión.

—Me temo que solo era una excusa. Aunque sigo sin entender qué era lo que le pasaba en realidad.

Sin embargo, al oír aquello y recordar la cara que se le ponía a Bibi cada vez que mencionaba a su jefe, Irene enseguida se hizo una idea de por donde podían ir los tiros. O mucho se equivocaba, o la joven Bibi estaba enamorada de su hijo con un amor completamente platónico.

Bien, se dijo satisfecha llevándose de nuevo la cuchara a la boca. La cosa marchaba mejor de lo que había esperado. Hasta entonces, Tatiana había sido su futura nuera preferida, pero la súbita aparición de Bibi la había desbancado del primer puesto de la lista. Ciertamente que los orígenes de su nueva favorita eran mucho más humildes, pero en el poco tiempo que había pasado con Bibi había llegado a la conclusión de que era, exactamente, el tipo de mujer que le iba a Gonzalo. Y ella siempre había valorado la felicidad de su hijo muy por encima de cualquier otra consideración. En fin, era obvio que había llegado el momento de poner en marcha su plan.

—Por cierto, esta tarde se ha pasado Alfonso por casa para jugar nuestra partida habitual de tute habanero y no le ha gustado nada la tos que tengo. — Tosió un par de veces a modo de demostración.

Notó que Gonzalo la miraba preocupado.

—Vaya, precisamente, te iba a comentar que te había encontrado muy bien. Te noto mucho más animada que hace unos días.

—No te creas. —Irene volvió a toser un poco más y se llevó una mano al pecho—. Alfonso me ha aconsejado que pase unos días en Santander, dice que la humedad me hará bien. Pero no quiero ir sola. La semana que viene ya es Semana Santa, podrías venir conmigo.

Gonzalo le había comentado que estaba sobrecargado de trabajo y que había pensado renunciar a sus vacaciones. Sin embargo, Irene conocía bien a su hijo

—siempre habían estado muy unidos— y era consciente de que la mirada esperanzada que le había lanzado era muy difícil de resistir.

Gonzalo se pasó los dedos por el pelo.

—Déjame pensar. Estoy desbordado de trabajo, pero quizá pueda organizarlo...

Irene lo interrumpió en el acto.

—Ya sé que estás muy ocupado, y no quiero que pienses que soy una egoísta. Por eso he pensado que lo mejor sería que Bibi viniera con nosotros. Así te ayudará y todos contentos.

—¿Bibi? Mamá, no puedo hacerle eso —protestó—. Lo más probable es que ya tenga sus propios planes.

—Qué va. —Le lanzó su mirada más inocente, segura de que a Gonzalo, un hijo modélico donde los hubiera, no se le pasaría por la cabeza ni por un segundo que ese plan no fuera tan improvisado como parecía—. El otro día salió el tema, no sé por qué, y me comentó que tenía pensado quedarse en Madrid.

Julia cambió los platos, y Gonzalo se sirvió el segundo.

—Resulta sorprendente el cariño que le has cogido de repente. Al fin y al cabo, solo la has visto una vez.

—Una vez es suficiente para que broten las simpatías o las antipatías, y la verdad es que es una chica agradable y encantadora.

—Olvídalo, mamá, Bibi tiene dos hermanos pequeños y no puede dejarlos solos.

—Sí, también me habló de sus hermanos, pero he pensado en todo. Lo mejor será que ellos vengan también. No creo que tengan muchas oportunidades de pasar las vacaciones en la playa. Estoy segura de que Bibi aceptará encantada. Además, tampoco vais a estar todo el tiempo trabajando.

Irene se esforzó por mostrarse convincente y, a juzgar por las siguientes palabras de su hijo, lo consiguió:

—Está bien, mamá, se lo diré, pero si se niega no voy a tratar de convencerla, ¿de acuerdo? Al fin y al cabo, la pobre tiene derecho a disfrutar de sus vacaciones y a descansar de la presencia de su jefe unos cuantos días.

—Me parece perfecto, hijo. ¿Puedes pasarme la sal?

Irene de Sanmartín no tenía la menor duda de que Bibi aceptaría encantada esa proposición. Así que, una vez conseguido su propósito, cambió de tema con habilidad y siguieron charlando de otras cosas hasta que, a las once y media, Gonzalo anunció que se iba a su casa.

•

—¿A Santander? ¿En Semana Santa? ¿A casa de tu madre? ¿Con mis hermanos?

En modo loro, Bibi repitió lo que acababa de decirle punto por punto. De la sorpresa, se le resbalaron las gafas por el puente de la nariz y en el último segundo consiguió atraparlas y devolverlas a su sitio.

—¿De verdad tienes que seguir llevando esas gafas tan feas?

Las señaló con desaprobación, aunque debía reconocer que cada vez que las veía deslizarse por aquella minúscula nariz se sentía invadido por una irrefrenable ternura.

—No, ya te dije que no las necesito. Lo que ocurre es que me siento más a gusto si las llevo.

—Pues si no las necesitas...

Gonzalo dio un paso hacia ella y, con mucho cuidado, se las quitó, dobló las patillas y se las guardó en el bolsillo del pecho de la chaqueta.

—Pero... —Bibi trató de protestar.

—Pero nada. Mucho mejor así —zanjó la cuestión, maravillado por los preciosos ojos grises que lo miraban con impotencia.

•

Bibi hizo un esfuerzo para no sonrojarse, pero fue inútil. Se sentía demasiado vulnerable sin sus gafas y tenía la extraña sensación de que su jefe la estaba viendo por primera vez. Sin embargo, aquella idea absurda se desvaneció de golpe cuando él dio un paso atrás y se puso a hojear unos documentos.

—Entonces —siguió al cabo del rato sin mirarla, como si no le interesara demasiado la respuesta—, ¿vendréis en Semana Santa? Tendrás que trabajar, no te voy a engañar, pero no todo el tiempo. Podréis acercaros a la playa o hacer excursiones, y creo que a tus hermanos les vendrá bien salir de Madrid unos días.

Bibi estaba tan sorprendida por la proposición que no sabía qué decir. Ir a

pasar unos días a su casa en Santander —bueno, a casa de su madre— era lo más cercano al cielo que podía imaginar, pero que invitara también a sus hermanos...

—Pero ¿por qué invita también a mis hermanos? —preguntó en voz alta, copiando el rumbo de sus pensamientos.

—Pensó que no podrías dejarlos solos.

—No, claro. En todo caso los dejaría con Rolo.

—¿Con ese...? — se detuvo a tiempo—. Perdona que te lo diga, sé que es amigo tuyo, pero la verdad es que no da la impresión de ser una persona demasiado responsable.

—¿Rolo? —Bibi seguía completamente ajena a la animosidad que había surgido entre esos dos desde el principio—. Qué va. Todo lo contrario; si hay alguien con el que puedas contar en una emergencia, ese es Rolo.

•

Sin saber por qué, sus palabras lo molestaron.

«Es demasiado confiada», pensó una vez más. «Por fortuna, ahora estoy yo aquí para asegurarme de que el tipo ese no acaba metiéndola en algún lío».

—No será necesario que le pidas nada a tu amigo, ya te he dicho que mi madre os invita a todos. Tiene una casa en Langre, justo al lado de una de las playas más espectaculares de Cantabria, y espacio de sobra.

Los grandes ojos grises se iluminaron, y Gonzalo se dijo que los ojos de Genoveva Guzmán, alias Bibi, eran los más expresivos que había visto nunca.

—Cuando vivían mis padres pasábamos una semana en Altea todos los veranos, pero dudo mucho que Luisa recuerde siquiera el olor del mar.

—Pues ya va siendo hora de que vuelva a bañarse en él.

Los labios de Bibi se distendieron en una deslumbrante sonrisa.

—¡Claro que iremos, es un planazo! Llamaré ahora mismo a tu madre para darle las gracias.

Gonzalo sonrió a su vez, encantado con su entusiasmo.

—No te hagas tantas ilusiones, recuerda que vienes a trabajar. —Su sonrisa quitaba todo el hierro a su comentario—. Y a estas alturas sabes de sobra que soy un jefe muy exigente.

—Un auténtico negrero —bromeó ella.

Al ver la sonrisa maliciosa que asomó a los labios sensuales, a Gonzalo le entraron unas ganas locas de besarla.

Confundido por aquel insólito impulso, bajó de nuevo la vista a los papeles en una clara indicación de que la conversación había terminado y ni siquiera alzó la cabeza cuando su secretaria salió del despacho.

•

—¡A la playa! ¡Cinco días! —El chillido de Luisa estuvo a punto de dejarlos sordos.

—¡Qué pasada, me llevaré...! —Carlos se detuvo—. Bibi, ¿tú crees que podré cocinar allí?

—La señora de Sanmartín tiene una cocinera, pero no veo por qué no vas a poder ayudarla.

Bibi contemplaba el entusiasmo de sus hermanos, sonriente. A menudo se había sentido culpable por no poder darles algún capricho de vez en cuando, pero lo cierto es que la mayor parte del tiempo se las veía y se las deseaba para llegar a fin de mes, y salvo alguna escapada puntual con Rolo —del que no quería abusar porque siempre insistía en pagarlo todo— las vacaciones en la playa eran un lujo que hasta entonces había quedado fuera de su alcance.

—Eso sí, Luisa, espero que te portes bien.

Su hermana la miró claramente molesta.

—Y ¿Carlos qué? ¿Por qué solo me lo dices a mí?

—Porque yo siempre me porto bien, enana.

—Exacto —afirmó Bibi, sin prestar la menor atención a la mueca de enfado de su hermana—. Habrá que hacer una lista con lo que vamos a llevar.

—Traje de baño, traje de baño y traje de baño. —Luisa abrió los brazos y dio unas cuantas vueltas sobre sí misma.

—En Santander no debe de hacer muy buen tiempo por estas fechas, así que igual no nos podemos bañar.

—Tonterías. —Por una vez, Carlos le dio la razón a su hermana pequeña—. Pienso meterme en el agua aunque diluvie.

—¡Sí! —Luisa y él chocaron las palmas, emocionados.

Capítulo 25

Los días previos a Semana Santa siguieron un ritmo frenético en el bufete, y Gonzalo se felicitó a sí mismo en numerosas ocasiones por no haber rechazado el ofrecimiento de su socio, a pesar de sus malos presentimientos iniciales. Bibi había resultado ser la mejor asistente que había tenido en su vida, y ver su encantadora sonrisa todas las mañanas nada más llegar a la oficina le alegraba el día.

La intensa carga de trabajo, sin embargo, no lo había hecho olvidarse de su firme propósito de encontrar una pareja con la que sentar la cabeza. Por supuesto, su primer impulso había sido recurrir a Tatiana que tenía una agenda kilométrica de amigas guapas y, aunque iba en contra de sus propios intereses, Taty era una tía legal y se había aplicado a la tarea con entusiasmo.

Le había pedido a Bibi que reservara de jueves a sábado en los mejores restaurantes de Madrid y, fiel a su objetivo, había ido cada una de las noches a cenar con una mujer distinta. Lo malo era que, por el momento, no había habido ninguna que le cautivara de un modo especial y eso que las había habido de todo tipo: guapas divorciadas, altas ejecutivas solteras, simpáticas y charlatanas, petardas y afectadas..., pero en ningún momento había sentido el menor pinchazo atracción por ninguna de ellas, y ya no digamos de deseo.

«Eso es que estoy desentrenado», se decía sin desanimarse. «Cuantas más citas, mejor. Antes o después encontraré a la mujer adecuada, no soy un tipo difícil de contentar».

•

Bibi asistía a ese trasiego de reservas y envíos de ramos de flores con un nudo en la garganta. Le alegraba que el señor Sanmartín se hubiera olvidado de Tatiana por fin, pero era doloroso verlo salir cada noche con una mujer distinta y escucharlo charlar y reír con ellas por teléfono a todas horas.

«¿Acaso te habías hecho ilusiones?» Como de costumbre, aquella voz con acento cordobés resonó en su cabeza poniendo en palabras lo que menos le apetecía escuchar.

No, nunca se había hecho ilusiones. Se conformaba con adorar de lejos a su

amado. Cuando se sentía melancólica escuchaba una y otra vez Secretaria, aquel *hit* de los 70 de Mocedades, hasta que Luisa, Carlos o Rolo, que conocían de sobra sus estados de ánimo, le quitaban el móvil y se lo escondían, y solo después de jurar solemnemente que no volvería a ponerla en, por lo menos, un par de meses consentían en devolvérselo. Por lo visto, ahora estaba en la fase:

*Fui también la celestina
de tus citas clandestinas
y aprendí a estar bien callada
luego un guiño de malicia
una caricia de cumplido
y un gentil hasta mañana...
Era yo quien escogía
las flores que cada día
enviabas a tus jóvenes amadas
era yo quien te firmaba las tarjetas
hasta en eso secretaria.*

Al menos, en este caso, era el señor Sanmartín el que firmaba las tarjetas, pero a Bibi a veces se le ponían los pelos de punta al pensar en esa secretaria anónima que llevaba una vida paralela a la suya.

Y luego lo de las citas. Clandestinas, lo que se dice clandestinas, no eran, se dijo Bibi en un intento de ser justa. El señor Sanmartín no estaba casado y tenía todo el derecho del mundo a salir y entrar con quien le diera la gana, aunque a ella se le rompiera el corazón cada vez que le decía: «Manda un ramo de flores a fulanita» o «Envía una caja de bombones a zutanita».

«Solo espero que esas tácticas de ligue tan anticuadas no le den buen resultado».

La mala baba que rezumaban sus pensamientos la asustó. Hasta entonces su felicidad había girado en torno a la felicidad del señor Sanmartín, pero, desde ese beso inolvidable, sus sentimientos se habían vuelto mucho más egoístas y

posesivos.

De pronto estaba harta de ser «la que escucha, escribe y calla», se dijo volviendo a la canción. No quería seguir así veinte años más, con cinco ya era suficiente. Tampoco le importaría ayudarlo a subir peldaños ni compartir sus fracasos y sus triunfos. De hecho, le encantaría tejer sus canas, esas que empezaban a asomar con timidez en sus sienes, pero lo de que se fuera a las siete en punto con los suyos mientras ella se iba a su casa, ¡ni hablar del peluquín! Desde que lo recogió en la calle aquella noche y lo llevó a su piso, no dejaba de fantasear con la idea de verlo allí todos los días: sentado a la mesa con ella y sus hermanos, recostado en el sofá del salón mientras veían una película con las manos entrelazadas, saliendo del cuarto de baño con una toalla enrollada alrededor de las caderas o...

—Bibi, ¿te encuentras bien? ¿Tienes fiebre? Estás muy roja.

La cálida mano de su jefe sobre su frente la devolvió a la realidad de golpe. Abrió los ojos y allí estaba él inclinado sobre ella, mirándola preocupado. Por suerte, estaba completamente vestido, aunque la presencia del señor Sanmartín en carne y hueso, con ese traje que tan bien le sentaba y la camisa rosa pálido que se ajustaba a ese abdomen sin un gramo de grasa sobrante, no contribuyó a aliviar su sofoco.

—No. Estoy. Estoy bien. De verdad.

Echó la cabeza hacia atrás para rehuir el contacto.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Espero que no empieces de nuevo con tus problemas de comunicación.

Aquello la hizo sonreír, aunque su corazón seguía latiendo descontrolado.

—Por supuesto que no. Es solo que me has pillado por sorpresa. Estaba muy concentrada con estas notificaciones.

Gonzalo cogió uno de los papeles que estaban sobre la mesa y leyó en voz alta:

—Que al amparo de lo establecido en el artículo 235.2 de la Ley 58/2003, de 17 de diciembre, General Tributaria, interpone en tiempo y forma, etc.—Levantó de nuevo la mirada hacia ella con expresión juguetona—. No sabía que este tipo de lenguaje pudiera hacer sonrojar a una mujer de esa manera.

Bibi se llevó las manos a las mejillas, en un vano intento de impedir que

afluyera una nueva oleada de sangre.

—¿Me he puesto roja? —Trató de hablar con serena indiferencia, pero, a pesar de sus esfuerzos, un chorro de excusas salió de su boca a toda velocidad—. Será por el calor que hace últimamente en el despacho. Hay veces que resulta insoportable. Dan ganas de venir en tirantes. Ya he hablado de ello con los de mantenimiento. ¿Necesitas algo? —preguntó al fin, casi sin aliento.

—No, nada. Solo quería decirte que... —Gonzalo apoyó las caderas en la mesa y cruzó los tobillos. Estaba tan cerca de ella, que su aroma familiar y exquisito se le subió a la cabeza y se vio obligada a cerrar los ojos por un instante—. ¿Seguro que estás bien?

Cuando volvió a abrir los párpados, el rostro de su jefe estaba a menos de diez centímetros del suyo y aquella inesperada cercanía la dejó muda. Así que se limitó a asentir con la cabeza. Notó que los ojos oscuros se detenían unos segundos más de lo necesario sobre su boca entreabierta y dejó de respirar.

—Bibi... —La voz masculina sonó más ronca que de costumbre, y tuvo la impresión de que su boca se acercaba unos milímetros más. Pero cuando casi le parecía sentir el calor de esos labios firmes sobre los suyos, su jefe se incorporó con brusquedad, se alejó unos pasos en dirección a la ventana y, sin mirarla, preguntó con frialdad—: ¿Has enviado las flores a Amalia como te pedí?

Después de lo que había pasado —o quizá sería más correcto decir de lo que no había pasado—, a Bibi aquella simple pregunta le pareció el colmo de la crueldad. Sin prestar atención a su dolorido corazón, se obligó a responder con una indiferencia que igualaba la suya:

—Sí, la señorita Hernández ya tiene sus flores. También le he enviado una caja de bombones a la señorita Pérez-Puente.

—Bien —se limitó a decir él sin dejar de mirar por la ventana.

—¿Querías algo más? ¿Quieres que le envíe otro ramo a la señorita Meneses o tal vez una planta? O ¿quizá uno de esos huertos urbanos que ahora están tan de moda. —Su tono de secretaria perfecta ocultaba su sarcasmo.

—No, no será necesario, gracias. —Gonzalo echó un vistazo a su reloj—. Voy a salir a comer con un cliente y luego tengo otra reunión a las cinco. Ya no creo que vuelva por la oficina, así que en cuanto termines puedes irte a casa.

—Muchas gracias. —Bibi le lanzó una sonrisa muy distinta de las que solía dirigirle y, a juzgar por el modo en que frunció el ceño, él se dio cuenta—. La

verdad es que me viene muy bien tener la tarde libre. Quería ir de compras a ver si encuentro un vestido para esta noche.

—¿Esta noche? ¿Tienes una cita? —Su tono de sorpresa termino de fastidiarla.

—Un viejo amigo de la facultad, bueno —soltó una risita artificial—, en realidad fuimos algo más que amigos. Nos hemos reencontrado gracias a Facebook y, bueno —repitió—, imagino que tendremos que comprobar si queda algo de la antigua atracción.

Bibi bizqueó un poco para comprobar que su nariz no había crecido después de semejante mentira. Por fortuna, le pareció que seguía teniendo el mismo tamaño.

—Ya veo —asintió muy serio—. En fin, pásalo bien, pero no te acuestes tarde. Recuerda que mañana tienes que trabajar.

Por primera vez desde que lo conocía, a Bibi le repateó el consejo de su jefe. ¿Quién se creía que era? ¿Su padre?

—No te preocupes, solo tengo veintisiete años. Todavía soy capaz de trasnochar un poquito y seguir rindiendo al día siguiente.

Bibi fue la primera sorprendida al escuchar salir de sus labios esa respuesta cargada de ironía. Por Dios, ¿qué le estaba pasando?, se preguntó asustada. ¿Desde cuándo le hablaba así a su amado señor Sanmartín?

Su jefe debió de pensar lo mismo porque repitió la pregunta que le había hecho hacía unos minutos con idéntico tono de preocupación:

—¿Seguro que estás bien?

—Segurísimo. Estoy tan bien que creo que podría bailar toda la noche. De hecho, espero que Rodolfo —dijo el primer nombre que le vino a la cabeza, que resultó ser el del conejo de peluche con el que su hermana Luisa dormía todas las noches y que luego escondía por las mañanas debajo de la cama para disimular— me lleve a algún sitio romántico. Solía ser un hombre lleno de detalles.

—Rodolfo —repitió su jefe en voz baja, aunque en seguida añadió en un tono normal—: Que lo pases bien, Bibi, y que encuentres el vestido perfecto. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Gonzalo. Pásalo bien tú también.

Gonzalo entró en el despacho y salió con su maletín y el abrigo en la mano. Con el corazón encogido, Bibi lo vio dirigirse a paso rápido hacia la salida.

Capítulo 26

—Bibi, que es el cuarto vaso.

Rolo le arrebató la botella de pedro ximénez y la dejó fuera de su alcance. Esa noche se había dejado caer por casa de los Guzmán a la hora de la cena y, nada más ver la cara de su amiga, adivinó que algo le pasaba. Así pues, en cuanto sus hermanos se fueron a dormir, se ofreció a traer la botella de pedro ximénez que usaba Carlos para sus salsas —era la única bebida alcohólica que había en esa casa— para ahogar en ella las penas de ambos.

Porque lo cierto era que él, cosa rara, también tenía penas. Aquella mañana, Tatiana le había llamado cuando ya llevaba más de veinte minutos esperándola en el sitio de siempre y, sin molestarse en poner ninguna excusa, le había dicho que no contara con ella. Cuando él había empezado a protestar por el plantón, se había limitado a cortar la llamada.

Con un enfado de mil demonios, Rolo había decidido correr solo y en cuanto dio las vueltas habituales en un tiempo récord, se encaminó hacia la puerta más cercana en busca de su moto. Después de cruzar Madrid a una velocidad digna de media docena de multas, llegó al edificio que albergaba el primer gimnasio que había abierto con tan solo veinte años y sus oficinas —un edificio mucho más modesto que el del nuevo local del barrio de Salamanca—, y se fue a dar una ducha. Ni siquiera el hecho de pasarse casi media hora debajo del chorro de agua caliente disipó su mal humor.

«Esta pija desconsiderada me las va a pagar».

La frase se repetía en su cabeza como un mantra y le impedía prestar atención a las tareas que tenía pendientes.

Llevaban casi una semana entrenando juntos, y todas las mañanas las ganas de verla lo hacían saltar de la cama muy temprano, con una sensación de felicidad desacostumbrada. Aunque lo cierto era que no entendía a cuento de qué venía tanta felicidad ya que, salvo durante los entrenamientos, Tatiana de Aguilera seguía tratándolo como si no existiera. En todas esas mañanas solo la había visto sonreír en una ocasión. Parpadeó un par de veces. El recuerdo de aquella única sonrisa aún tenía la facultad de acelerarle el pulso.

Estaban, cómo no, en El Retiro en pleno *sprint* y, de pronto, ella, indiferente por completo a tiempos, marcas y demás, se había salido del camino y había corrido a ayudar a un pequeñajo de unos tres años que lloraba desconsolado. Un enorme globo de Pikachu se le había escapado de las manos, y la cuerda se había enganchado en la rama de un castaño, a una distancia considerable del suelo.

La rubia se acuclilló frente al pequeño y le dijo que no llorase más, que su amigo recuperaría su globo.

«¿Su amigo?», Rolo miro a uno y otro lado, desconcertado, pero salvo la madre del chico, que se retorció las manos a su lado sin saber qué hacer, no había nadie más por allí.

—¿Te refieres a mí? —Decidió asegurarse, a pesar de que todo apuntaba en esa dirección.

—Pues claro, ¿a quién si no?

El pequeño, que había dejado de llorar en el acto al escuchar aquello, alzó unos ojos, llorosos pero llenos de esperanza, hacia Rolo.

—Un minuto, enano. —Rolo alzó un dedo, imperioso, antes de volverse hacia Tatiana, agarrarla del codo y separarla unos metros para que el niño no pudiera oírlos—. Oye, rubia, no tengo ningunas ganas de matarme por coger esa mariconada de globo. Seguro que el muy cabroncete lo ha soltado a propósito para ver hasta dónde llegaba.

Tatiana lo miró de arriba abajo con una luz glacial en los grandes ojos azules.

—¿Ni siquiera eres capaz de subirte a un árbol?

—¿Qué significa ese «ni siquiera»? —preguntó a su vez, furioso.

Pero ella no se dignó a contestar, sino que se dio media vuelta y caminó en dirección al castaño. Al ver que agarraba una de las ramas bajas, Rolo se plantó a su lado y la sujetó del brazo.

—¿Puede saberse qué pretendes hacer?

Tatiana se encogió de hombros.

—Voy a coger el globo.

—¿Es que quieres suicidarte? Al menos está a cuatro metros del suelo.

—¡Suéltame! —Tatiana trató de zafarse de su mano—. ¿No ves que si no lo cojo va a empezar a llorar otra vez?

Rolo miró al niño cuyos labios temblorosos ya dibujaban un gigantesco puchero.

—Quita. —La apartó de mal humor—. Ya voy yo.

Subir al árbol no fue nada sencillo. Por fortuna, Rolo estaba en forma y tenía experiencia en la materia. Cuando era adolescente, solía escaparse de noche gracias a la ayuda de una acacia que crecía justo enfrente de su dormitorio, para ir a la verbena que se organizaba con motivo de las fiestas de su barrio. Lo malo era que ya habían pasado unos cuantos años desde entonces.

En fin, se dijo. Lo mejor sería no darle más vueltas. Decidido, agarró la rama más cercana y comenzó el ascenso. Maldijo entre dientes varias veces tras raspase la piel de brazos y piernas con la corteza, pero continuó hasta llegar a la rama en la que se había enganchado la cuerda. Con agilidad, se sujetó al tronco con los muslos, se anudó el extremo del cordel en la muñeca y, ya con las manos libres, empezó a bajar.

Cuando por fin consiguió posar ambos pies en el suelo, entre los aplausos entusiastas de los espectadores, el dueño del globo corrió hacia él con la mano tendida.

—Espera, chaval. —Rolo hizo un nudo corredizo que ató a la pequeña muñeca en previsión de nuevos accidentes—. No pienso jugarme la vida de nuevo por este monigote lleno de aire.

Con el globo ya bien sujeto a la muñeca, el niño se abrazó con fuerza a las piernas de Tatiana.

—¡Gracias! ¡Gracias!

—Y yo, ¿qué? ¿Es que nadie va a agradecerme mi heroica hazaña?

Rolo estaba indignado, pero en ese momento, Tatiana, que había alzado al pequeño en el aire para darle un beso, le dirigió una sonrisa deslumbrante que lo dejó sin aliento.

—Ha sido una hazaña digna de Rolo el Vikingo.

Puede que fuera el comentario, o el chisporroteo pícaro de los ojos azules, o tal vez el modo en que posó los apetitosos labios de nuevo sobre la frente infantil antes de volver a dejar a su nuevo amigo en el suelo... El caso fue que en ese instante Rolo se volvió a enamorar, aunque lo cierto fue que él en ningún momento lo llamó amor. En realidad, tan solo se hizo una vez más el férreo propósito de acostarse con esa mujer.

Sin embargo, en cuanto se alejaron del niño y de su agradecida madre, no sin antes volverse varias veces para saludar, ella recobró su habitual indiferencia y todos sus ofrecimientos de invitarla a una coca-cola o una cerveza fueron ignorados.

Su único avance importante en su relación había sido que Tatiana —sin demasiado entusiasmo, todo hay que decirlo— le había dado permiso para ducharse en su piso tras los entrenamientos y, respecto a ese punto, Rolo tampoco se hacía demasiadas ilusiones. Sospechaba que ella había accedido a sus súplicas no por su encanto personal; sino porque, después del ejercicio, le daba pereza tener que caminar las cinco manzanas que la separaban de su casa.

Él, que desde que empezó a ir al gimnasio estaba acostumbrado a que las mujeres se desvivieran por llamar su atención. Él, al que se le conocía como el «rompebragas» del barrio. Él, que siempre había sido una abejita cachonda que iba de flor en flor (lo que rimaba con picaflor). Él, Miguel Solís, más conocido como Rolo, había perdido de golpe todo su *sex appeal*. Al menos así lo sentía desde que había conocido a esa rubia altiva que lo traía por la calle de la amargura.

Cerró el puño e hinchó el bíceps, haciendo que el vikingo que llevaba tatuado en el brazo cobrase vida, y dijo con su voz más profunda:

—¡Juro por mi sangre vikinga que llegará el momento en que Tatiana de Aguilera me suplicará que la haga mía! —A pesar de que, en realidad, la sangre que corría por sus venas era una mezcla de gallega, toledana y salmantina le gustó cómo sonó aquello, así que añadió displicente—: Y ya veré yo si acepto o no.

—¿Querías algo, Rolo? —Nina, la chica que se ocupaba del papeleo desde que empezó a levantar su *holding* empresarial asomó la cabeza por la puerta.

—No, nada, Nina. —Notó que se ponía colorado—. Hablaba solo.

•

Por eso ahora estaba ahí, tratando de emborracharse con vino dulce. Rolo sacó otra patata de la bolsa y se la comió para contrarrestar aquella empalagosa dulzura.

—Ponme la última —suplicó Bibi tendiéndole el vaso, y él volvió a llenárselo de mala gana.

—La última. Y ya puedes prepararte porque mañana vas a tener una mala

resaca.

—Las resacas siempre son malas —sentenció su amiga con aire de experta, pese a que casi nunca probaba el alcohol.

—Las resacas de vino dulce son especialmente malas.

—Y ¿qué puede importarme? Mi vida ya está destrozada. —Bibi inclinó el vaso y lo apuró de un trago. Luego se volvió hacia él y dijo con lengua estropajosa—: Pobre Rolo, yo te he contado mi triste historia, pero tú aún no me has dicho de dónde vienen tus penas.

—Es Tatiana.

—¿Esa bruja? —Bibi guiñó los ojos, como si le costara trabajo enfocar la mirada.

—Sí, es una bruja, pero está buenísima. Me maltrata. Si yo fuera una lombriz estoy seguro de que me pisotearía con saña.

—Qué asco.

Ella hizo una mueca extraña. En opinión de Rolo, Bibi había traspasado su límite alcohólico en el segundo vaso de vino. Sin embargo, sentía la necesidad de desahogarse con alguien, así que empezó a contarle lo ocurrido en los últimos días.

—Ni siquiera la he besado aún. Yo —se golpeó el pecho—, el hombre a quien las chicas le piden que las bese, exactamente, a los cuarenta y tres minutos y siete segundos de conocerlas.

Bibi a la que, pese a sus esfuerzos denodados, se le habían cerrado los párpados, abrió un ojo.

—¿Lo has cronometrado...? Jopé, qué palabra más difícil.

—Sí, lo he cronometrado. Ese es mi récord.

Rolo se levantó del sofá y empezó a caminar arriba y abajo del salón, sin dejar de gesticular con los brazos.

—No sé qué hacer. Mis tácticas no funcionan. Mis músculos no la impresionan lo más mínimo. Mi cara bonita tampoco.

A Bibi se le escapó un hipido.

—Eres muy guapo Rolo y tienes un cuerpazo. —Hablabas muy despacio, como si quisiera asegurarse que las palabras que salían de su boca iban en

consonancia con sus pensamientos—. Pero tenemos que reconocerlo. Tenemos que reconocerlo o no habrá esperanza para ninguno de los dos.

Ante semejante dramatismo, Rolo detuvo su caminar y se volvió a mirarla con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que tenemos que reconocer?

—¡Que Tatiana y Gonzalo no son para nosotros!

En cuanto lo soltó, empezó a llorar ruidosamente.

—Calla, Bibi, o despertarás a tus hermanos.

Ella se calló en el acto, aunque de vez en cuando se le escapaba un sollozo bastante parecido a un hipido.

Rolo retomó sus paseos.

—¡Bah! Claro que son para nosotros. Puede que el estirado de tu jefe no, porque tiene pinta de ser un pringado de marca mayor.

—¡Oye! —protestó indignada, pero él siguió a lo suyo sin hacerle caso.

—Pero Tatiana está hecha para mí. Si quieres que sea más específico, te diré que está hecha para calentar mi cama.

Bibi soltó una especie de pedorreta burlona.

—Ríete, ríete, pero te aseguro que seremos amantes hasta que me canse de ella. Esa será mi venganza por sus desprecios. Haré que se enamore de mí y que se arrastre a mis pies, haré que no vea más que por mis ojos, haré que sea mi esclava, haré que se someta al más mínimo de mis deseos, haré que...

Se detuvo bruscamente porque las imágenes que venían a su mente lo estaban poniendo brutísimo. Miró a Bibi, a ver si se había dado cuenta de su excitación, pero descubrió que su amiga había sucumbido a los efluvios del alcohol y ahora roncaba suavemente con el rostro apoyado en el brazo del sillón. Respiró hondo un par de veces para calmarse y cuando consiguió volver a la normalidad, se inclinó sobre Bibi, la cogió en brazos y la llevó a su dormitorio dónde la dejó en la cama con suavidad.

Capítulo 27

—¡Buenos días!

Bibi se estremeció al escuchar aquel saludo atronador.

—Buenos días.

Habló en voz muy baja y en sus labios no había ni rastro de su acostumbrada sonrisa. De nuevo llevaba puestas unas gafas, aunque, en esta ocasión, eran de sol.

—Demasiada juerga ayer, ¿eh?

Le pareció detectar un toque de sarcasmo en la voz de su jefe, pero se dijo que debía ser otro efecto colateral del pedro ximénez, y ya iban unos cuantos.

—¿Juerga? —Bibi se llevó una mano a la frente con una mueca de dolor. Su cabeza parecía a punto de estallar—. Qué va. Es un ataque de ftofobia. Debe de ser por pasar tanto tiempo delante del ordenador.

—¿Te llevó a bailar?

Bibi trató de concentrarse en la conversación mientras procuraba ignorar los dolorosos pinchazos de su cerebro.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Rodolfo.

—Ah, ese. Digo, claro, Rodolfo. Sí, me llevó a bailar. —Esbozó una sonrisa que al instante se convirtió en una mueca—. Baila como los ángeles. En sus brazos pierdes la noción del tiempo, del espacio y de la materia.

—¿Salsa? ¿Bachata? ¿Rumba? ¿*Rock and Roll*?

«Pero ¿qué le ocurre a este hombre?», se preguntó, al tiempo que apretaba los párpados con fuerza detrás de las gafas. «¿A cuento de qué viene ese interés malsano en mi cita imaginaria?».

—No, baile discotequero. Del de toda la vida.

—Así que tu Rodolfo es el nuevo John Travolta.

De nuevo le pareció detectar un cierto grado de sarcasmo en sus palabras y

Bibi se sintió molesta. ¿Qué derecho tenía de burlarse de su inexistente Rodolfo? ¿Acaso ella se había reído de su harén de mujeres casaderas, a las que sepultaba bajo un aluvión de flores y bombones?

—Mueve las caderas como nadie, hasta le hicieron corrillo. Es el rey del *twerking*.

Esperó que se conformase con aquella explicación y se metiera en su despacho de una vez, de modo que ella pudiera seguir sujetándose la cabeza para que no se le despegara de los hombros, pero Gonzalo era insistente.

—Pensé que el *twerking* era cosa de mujeres.

—¡Eso es hembrismo! —Bibi se preguntó si existiría esa palabra—. Los hombres pueden perrear tan bien como las mujeres.

La conversación estaba adquiriendo unos tintes absurdos, pero para alivio de Bibi su jefe debió de pensar lo mismo y cortó por lo sano.

—Bien, será mejor que empecemos a trabajar.

Ella se limitó a asentir en silencio, tanta cháchara había aumentado su dolor de cabeza si es que eso era posible.

Gonzalo se quedó mirándola unos segundos con el ceño fruncido. Luego entró en su despacho y cerró la puerta.

Quince minutos después, Bibi dormitaba mientras hacía que estudiaba unos papeles cuando la voz de su jefe llegó a través del intercomunicador y la hizo dar un respingo.

—Bibi, ¿puedes traerme el expediente Valencia 3?

A Bibi le llevó unos segundos recordar dónde estaba, y otros tantos más comprender a qué expediente se refería su jefe.

—¡Enseguida! —Se limpió el hilo de baba que le había resbalado por la comisura de la boca con el dorso de la mano y se levantó de un salto.

Lo que por lo general le llevaba tres minutos, aquella mañana le llevó casi diez y cuando al fin le tendió la carpeta con dedos trémulos, Gonzalo le dirigió una mirada impaciente que la hizo sonrojarse.

—Me parece que has calculado mal tu capacidad de beber y rendir por la mañana —dijo con sequedad.

A Bibi le temblaron los labios al escuchar ese desacostumbrado tono severo,

pero era consciente que se había ganado a pulso aquel rapapolvo.

—Yo... lo siento de verdad. No se volverá a repetir. Yo... —Se mordió el labio inferior tratando de disimular el temblor, que iba en aumento.

Al verlo, el semblante de Gonzalo se suavizó.

—Ven. —Se levantó y la obligó a sentarse en su propia silla. Bibi trató de protestar, pero él colocó la yema del pulgar sobre sus labios, y ese simple gesto la acalló en el acto—. Espera un momento.

Su jefe salió del despacho y volvió a los pocos minutos con un vaso de té con leche que debía haber sacado de la máquina. Ella no se había movido.

—Toma.

Le tendió el vaso y una pastilla de paracetamol que guardaba en su cajón. Luego apoyó las caderas sobre la mesa, se cruzó de brazos y clavó los ojos en ella.

Bibi se colocó la pastilla sobre la lengua, obediente, y bebió con avidez hasta vaciar el vaso. La bebida caliente y dulce la entonó de inmediato.

—Muchas gracias. Yo... —intentó disculparse una vez más, pero, de nuevo, las yemas de los dedos de su jefe se posaron en su boca para impedirselo.

Y si ese gesto no hubiera bastado para silenciarla, el siguiente habría sido definitivo. Como hiciera en otra ocasión, Gonzalo se inclinó sobre ella, agarró las patillas de las gafas de sol, y se las quitó con delicadeza.

—Tienes ojeras. —Con la misma delicadeza, usó las yemas de los pulgares para dibujar un arco invertido debajo de cada ojo.

Incapaz de hacer el menor movimiento, Bibi se limitó a mirarlo sin parpadear.

—¿Te duele mucho la cabeza? —preguntó Gonzalo con una dulzura que hizo que le entraran ganas de llorar.

Ella tragó saliva y asintió de manera casi imperceptible.

—Haremos una cosa. Te daré el día libre.

—No, no.

Bibi negó con tanta energía que tuvo que cerrar los ojos en un intento de controlar el repentino mareo.

—Shh. —Gonzalo le sujetó el rostro con esas manos de dedos largos y uñas perfectas que tantas veces habían recorrido su cuerpo en sus sueños y, una vez más, se quedó paralizada—. No es una sugerencia sino una orden. Salta a la vista que hoy no vas a ser de mucha utilidad en el bufete. Así que vete a tu casa, descansa y mañana será otro día.

—Por favor, deja que me quede —suplicó Bibi con los ojos empañados—. Estoy tan avergonzada.

—No te pongas melodramática, Bibi. Solo espero que esto no se convierta en una costumbre.

—Por supuesto que no, señor Sanmar... Quiero decir, claro que no, Gonzalo.

—Buena chica —dijo él, y antes de que Bibi tuviera la menor sospecha de lo que estaba por llegar, inclinó la cabeza y posó los labios en los suyos.

El beso duró menos de un segundo. Casi al instante, Gonzalo echó la cabeza hacia atrás como si su boca lo hubiera quemado, se incorporó y se alejó de ella.

—Ejem. Ejem.

Su jefe se aclaró la garganta varias veces como si fuera a soltar un discurso, pero la cosa quedó en nada.

A Bibi le hubiera gustado decir algo para llenar aquel incómodo silencio. O ser capaz de levantarse de la silla y salir pitando de allí, pero el único músculo de su cuerpo que estaba activo en ese momento era el corazón, que latía ensordecedor en sus oídos.

—Lo siento —dijo al fin Gonzalo con gesto envarado—. Ha sido algo instintivo, pero... —Carraspeó un par de veces más—. Puedes estar tranquila porque no volverá a repetirse. Jamás he importunado a una empleada y no voy a empezar ahora.

Bibi se incorporó con piernas temblorosas.

—No me has importunado, quiero decir... —Continuó atropelladamente, consciente de que un nuevo chorro de sangre había vuelto a inundar sus mejillas—. Quiero decir que sé de sobra que no... que no... En fin, que tienes razón. Que hoy no voy a hacer nada como es debido y que mejor me voy a casa. Que tengas una buena mañana o, mejor, que tengas un buen día. Incluso una buena vida. Esto... sé feliz.

Bibi consiguió salir y cerrar la puerta del despacho justo a tiempo de

contener el resto de comentarios inanes que tenía en la punta de la lengua.

•

Gonzalo se quedó mirando la puerta con la respiración agitada y se pasó la mano por los cabellos oscuros.

Acababa de besar a Bibi. A su secretaria. A una mujer que trabajaba para él. «¿En qué demonios estabas pensando?», se recriminó enfurecido.

En realidad, no había pensado en nada. Solo que Bibi lo había mirado con esos grandes ojos llorosos y le había invadido tal oleada de ternura que no había podido resistir el impulso de besarla. Aunque llamar «beso» a aquello era exagerar un poco; no había durado ni medio segundo. Por fortuna, había recobrado la cordura al instante.

Caminó arriba y abajo del despacho mientras trataba de justificar su inesperado comportamiento. La había besado sin pensar. El tipo de caricia sin importancia que haría a una niña que se hubiera caído y se hubiera hecho daño. No tenía sentido darle más vueltas a lo que había sido un impulso sin mayor trascendencia, nada que...

Pero era inútil. No podía fingir que el ramalazo de deseo que había experimentado no había sido real.

«¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que besé a una mujer?».

Demasiado, se contestó a sí mismo. Cuando pensaba en ello, solo le venía a la mente un sueño recurrente en el que besaba a una mujer desconocida. Un beso candente, dulce y sensual, que le aceleraba el ritmo cardíaco hasta niveles peligrosos. En las últimas semanas, no había habido mañana en la que no se hubiera despertado increíblemente excitado por culpa de ese beso imaginario.

Llegó a la pared del fondo una vez más, la tocó y dio media vuelta.

En realidad no había que darle mayor importancia a la cosa, concluyó con firmeza. La explicación era muy sencilla: a la sequía sexual de los últimos años se le había sumado el deseo insatisfecho producido por aquel extraño sueño.

Gonzalo frunció el ceño al pensar en la cita de la noche anterior con una de las amigas más guapas de Tatiana. Atractiva, inteligente, elegante, con un buen trabajo... Rita lo tenía todo. Trató de recordar si en algún momento había sentido ganas de besarla, pero no llegó a ninguna conclusión.

Lo que sí recordaba bien era que había estado algo distraído durante la cena,

pensando en cómo sería el dichoso Rodolfo. Bibi le había contado que sus hermanos eran su única familia —ese cachas que tenía por amigo no contaba—, y no le gustaba pensar que una chica tan joven y confiada pudiera caer en manos de cualquier desaprensivo. Lo cierto era que desde que la conocía un poco más, se sentía responsable de ella en cierta medida.

«Ridículo. Bibi tiene veintisiete años y es muy capaz de cuidarse sola».

Gonzalo dejó los paseos, se sentó en la silla y cogió unos papeles que tenía encima de la mesa pero, en vez de ponerse a trabajar, siguió dándole vueltas al asunto. En el fondo hacía bien en preocuparse. ¿Acaso Bibi no se había presentado esa mañana a trabajar con una resaca de tres pares de narices? Estaba claro que el tal Rodolfo era una mala influencia. Y lo del beso... bueno, por llamarlo de alguna manera. En realidad, no tenía la menor importancia. Eso sí, tendría mucho cuidado de que no volviera a repetirse.

Capítulo 28

Rolo salió de la ducha y escuchó la voz de Tatiana que debía de estar en el salón. Como de costumbre, estaba hablando por teléfono.

—¿Una fiesta de aniversario? —La oyó decir sin demasiado entusiasmo—. Pero si celebrasteis las bodas de plata hace cuatro años.

Aprovechó que estaba distraída para echar un vistazo. Apenas conocía su casa; en cuanto salía de la ducha, Tatiana lo esperaba en la puerta para echarlo sin contemplaciones.

El piso era amplio y lleno de luz y, aunque no entendía demasiado de esas cosas, le pareció que la decoración era tan elegante como ella. Pensó en el suyo; el mismo pisito en el que había vivido toda su vida y que su madre le había dejado en herencia. Salvo trasladarse de dormitorio y comprar una tele y una cama de matrimonio más grande, no había hecho demasiados cambios. Si lo comparaba con este, lo cierto era que no salía demasiado bien parado.

Se dejó caer en el gigantesco sofá tapizado con una tela deliciosamente suave al tacto, situado frente a una moderna chimenea con embocadura de acero y la observó mientras hablaba.

—¡Mamá, no empieces otra vez!

Rolo se inclinó sobre la mesa de centro, cogió una de las enormes velas que la adornaban y la olisqueó con curiosidad.

«Hmm, me gusta».

Pero Tatiana, sujetando el móvil entre el hombro y la barbilla, se la arrebató y volvió a colocarla al lado del delicado jarrón de cristal lleno de flores frescas.

—No, no me interesa lo que diga papá. Recuérdale que tenemos un contrato firmado y que aún no ha pasado el plazo —siguió diciendo mientras lo miraba con el ceño fruncido y hacía un gesto inconfundible con la mano; saltaba a la vista que no quería que tocara sus cosas.

«Mira que es antipática la tía». Rolo se recostó contra el respaldo y cruzó los brazos frente al pecho igual que un niño enfurruñado.

—Osea que estáis decididos. —La vio poner los ojos en blanco—. El sábado,

está bien, lo apunto en la agenda. ¡No! No necesito que me busquéis ninguna pareja.

Al escuchar aquello, Rolo aguzó el oído. Ella se volvió a su vez para mirarlo y, de pronto, abrió mucho los ojos como si se le acabara de ocurrir una idea. Incluso le pareció advertir en ellos un destello malvado.

—Pues no, Mamá. Gracias, pero no necesito tu ayuda. Iré con mi novio. — Rolo se puso rígido. ¿Novio? ¿Se había echado novio de repente? Seguro que era el estirado del jefe de Bibi. ¿No había dicho su amiga que Tatiana lo trataba como a un perrillo faldero? Lo sentía en el alma por la pobre Bibi, pero ¿qué hombre era capaz de resistirse a la belleza de Tatiana de Aguilera? Se apretó el pecho con la palma de la mano; de pronto, notaba un dolor sordo a la altura del corazón—. No, ahora no tengo tiempo. Ya te contaré la historia en otro momento. Adiós.

Colgó con un resoplido y le apuntó con el móvil.

—¿Te gustaría ganarte un dinerito fácil?

—¿Eh?

—Te pagaré por hacerte pasar por mi novio unos meses.

—¿Eh?

Al ver su cara de absoluta estupefacción, Tatiana alzó los ojos al cielo.

—Ya veo que esto no va a resultar sencillo. En fin, voy a intentar una explicación para ellos. Si durante los próximos... —Tatiana se apretó el puente de la nariz entre el índice y el pulgar como si tratara de concentrarse—, pongamos tres meses, haces como que eres mi novio te pagaré...

La cifra que soltó no era nada desdeñable —sobre todo, teniendo en cuenta que cualquier hombre heterosexual con una libido media habría pagado el triple por el privilegio—, pero la expresión atontada de Rolo no cambió, por lo que ella subió la cantidad sobre la marcha.

—Entonces, ¿no tienes novio? —fue lo único que consiguió decir su interlocutor al cabo de un rato.

—Si tuviera novio no te estaría ofreciendo el puesto, ¿no crees?

Pero sin hacer caso de su tono impaciente, Rolo siguió a lo suyo:

—A ver si lo entiendo. Necesitas un novio.

—Aha.

—Para los próximos tres meses.

—Aha.

—Y estás dispuesta a pagar por ello.

—Muy bien, chico listo, parece que lo has captado.

—No. —Rolo se pasó la mano por los ya revueltos cabellos castaños—. No entiendo nada.

Tatiana se encogió de hombros.

—Es muy sencillo. Mis padres se están poniendo un poco pesaditos con este tema y se me ha ocurrido que esta sería una buena solución para que me dejen en paz.

—Dime la verdad, ¿eres lesbiana?

Ella soltó una carcajada.

—No.

—Entonces, ¿te gustan los hombres?

Rolo sintió un destello de esperanza que se apagó casi en el acto al escuchar su respuesta.

—Cuando superan los doce años no demasiado, la verdad.

—A ver que me concentre. —Rolo se llevó las manos a los oídos y cerró los párpados unos segundos. Los abrió de nuevo y clavó la mirada en el precioso rostro que tenía frente a él—. ¿Seguro que no te ponen las tías?

—Ya te he dicho que no.

—Pero tampoco te gusta ningún tío.

Tatiana se encogió de hombros una vez más.

—Nop.

—Me extraña que no hayas encontrado otro candidato para el puesto.

—Se lo ofrecí a Gonzalo, pero no aceptó. Le dije que podíamos casarnos y que luego cada uno haría su vida, pero, por desgracia, Gonzalo se toma el matrimonio muy en serio.

—¿Matrimonio? —repitió incrédulo—. ¿Estarías dispuesta a casarte

conmigo?

Tatiana lanzó una carcajada desdeñosa.

—¡No, por Dios! Contigo no.

Aquel «contigo no» le sentó como una patada en los mismísimos.

—Yo tampoco me casaría nunca contigo —afirmó enrabiado.

—Pues mira que bien —replicó ella con indiferencia—. Al menos estamos de acuerdo en algo. En fin, no tengo toda la mañana, así que ¿qué respondes?

—Necesito conocer más detalles. A ver siéntate aquí.

Palmeó el almohadón a su lado, pero Tatiana no le hizo caso y se sentó en el otro extremo del sofá. Sin mirarlo, metió el móvil en el bolso, sacó una botellita de esmalte y empezó a repasarse una uña.

Esta vez Rolo no estaba dispuesto a que ella lo ignorase, así que se levantó y se sentó a su lado.

—Y dime, ¿qué tendría que hacer ese supuesto novio?

Tatiana contestó sin levantar la vista de la uña que estaba pintando:

—Nada demasiado difícil. Saldríamos juntos de vez en cuando para que mis amigos no sospechen y no le vayan con el cuento a mis padres, iríamos a la fiesta de aniversario en la que, conociendo a mi madre, estará todo Madrid y me libraría por un tiempo de la irritante pregunta de cuándo voy a encontrar de una vez a un chico con el que casarme y tener hijos.

—¿No quieres casarte? ¿No quieres tener hijos?

Rolo tuvo la sensación de que la mano de dedos finos que sostenía el diminuto pincel se quedaba inmóvil en el aire unos segundos, pero no pudo detectar el menor rastro de emoción en la voz de Tatiana al responder.

—¿Estás de broma? Lo más probable es que un embarazo arruinara mi figura y, la verdad, ¿a quién le apetece tener al lado al mismo hombre todos los días de su vida?

Si alguien le hubiera hecho a Rolo esa misma pregunta hacía apenas unas pocas semanas habría contestado algo parecido. Bueno, quizá no habría dicho lo de que el embarazo arruinaría su figura, pero lo cierto era que la idea de acostarse con la misma mujer durante el resto de su vida le habría producido sudores intensos y, lo más seguro, un feroz brote de urticaria. Sin embargo, una

vez más, la respuesta de Tatiana le causó una curiosa punzada de algo a la altura del corazón.

«Gases», se dijo convencido. «Tengo que acordarme de decirle a Carlos que afloje con las legumbres».

Bien, aquella proposición cambiaba las cosas. Sería un imbécil si no la aceptaba; era la excusa perfecta para estar lo más cerca posible de ella y conseguir llevársela a la cama de una vez.

—La verdad es que la pasta me vendría muy bien... —empezó como si estuviera considerando la cuestión.

Tatiana alzó los ojos de lo que estaba haciendo y le lanzó una rápida mirada, pero casi al instante volvió a concentrarse en enroscar el tapón del bote. Eso que había brillado por un segundo en los grandes ojos azules había sido ¿emoción?, ¿miedo?, ¿satisfacción?, ¿inquietud?... ¿ninguna de las anteriores?

Rolo se preguntó si estaría imaginando cosas, pero debía reconocer que aquella mujer siempre se las arreglaba para desconcertarlo. Que estuviera dispuesta a pagar a un hombre para que fingiera ser su novio, cuando era obvio que habría una cola de cien mil babosos dispuestos a ocupar el puesto «de gratis» no tenía sentido —de hecho, rayaba en la ciencia ficción—, pero eso no importaba. Lo verdaderamente importante era que haciéndose pasar por su novio sus posibilidades de llevársela a la cama se multiplicaban por cinco. Incluso por diez, se dijo haciendo un cálculo rápido. Debía confesar que, en los últimos tiempos, la gélida actitud de la rubia le había hecho perder una cantidad considerable de su acostumbrada fe en sí mismo. Sin embargo, ese inesperado giro de los acontecimientos le había hecho recobrarla de golpe.

—Lo que ocurre es que... —Rolo se detuvo de nuevo.

—No estarás tratando de que suba otra vez la cantidad, ¿verdad? —Tatiana habló con su acostumbrada frialdad, al tiempo que metía el esmalte en el bolso y volvía a sacar el móvil—. Si tú no aceptas, buscaré a otro. No creo que me cueste demasiado encontrar un candidato. Ahora que lo pienso, creo que llamaré a Antonio.

Rolo torció el gesto al escuchar el nombre de ese rival desconocido.

—Y ¿ese quién es?

—El poli que nos paró el otro día.

—Ah, ese. No —negó con firmeza—. No serviría.

Ella lo miró con curiosidad, y Rolo experimentó un extraño placer al sentir sobre sí esa intensa mirada azul.

—¿Por qué no?

—Los polis no son de fiar.

—Dicho por alguien que no es trigo limpio, precisamente.

—Exacto. —Le lanzó su mejor sonrisa—. ¿Quién mejor que yo para saber de qué hablo?

Tatianaladeó un poco la cabeza sin dejar de estudiarlo.

—La verdad es que tienes una sonrisa bonita.

—Gracias, rubia.

Rolo sacó pecho, pero su siguiente comentario lo desinfló por completo.

—También eres bastante hortera vistiendo y ese tatuaje que llevas es horripilante. A pesar de todo, creo que podrías dar el pego.

—Vaya. Gracias. ¿También me vas a refinar y a enseñar a pronunciar bien las vocales como a la pobrecilla de la peli esa? Confieso que si el profesor soplapollas que se creía superior se me hubiera puesto a tiro le habría soltado un par de guantazos bien dados.

Su tono rezumaba sarcasmo, pero como de costumbre, ella no se dio por aludida, sino que se limitó a considerar aquella enigmática pregunta con las delicadas cejas rubias ligeramente fruncidas.

—Ah. —Al fin se le iluminó el semblante—. Te refieres al profesor Higgins y a Eliza Doolittle, la vendedora de flores de *My Fair Lady*.

Pronunció el título de la película con un acento británico perfecto, pero Rolo que tenía un oído nefasto —como atestiguaban los numerosos suspensos en música durante sus años de colegio y la prohibición terminante de sus amigos de que cogiera el micrófono cuando iban al karaoke— ni se inmutó.

—Claro, la «maiferleidi» esa. La de veces que Bibi me ha hecho tragarme la condenada película.

—No. No te preocupes. No tengo ninguna intención de refinarte, me basta y me sobra cómo eres para lo que necesito.

Su interlocutor entornó los párpados suspicaz. ¿Aquello era un cumplido? No tenía pinta.

—¿Seguro?

Aunque a Rolo le divertía hacerse el bobalicón delante de esa mujer, no tenía un pelo de tonto. Sabía de sobra que, a su lado, el jefe de Bibi parecía un figurín y estaba mucho más en la línea del tipo de hombre con el que le pegaría salir a Tatiana de Aguilera. Ella debía pensar lo mismo y, sin embargo, según sus propias palabras no pensaba mover un dedo para volverlo más presentable.

«Hum, aquí hay gato encerrado», se dijo convencido.

—Seguro —contestó ella sonriente—. A mis amigas les encantará ese exótico *look* de presidiario, y a mis padres ni te cuento.

Una vez más, a Rolo no le gustó nada su expresión maliciosa. Bueno, en realidad sí que le gustó. Muy a su pesar, de Tatiana de Aguilera le gustaban todos y cada uno de sus estados de ánimo, gestos, humores y demás. Una clara consecuencia de llevar más de dos semanas de abstinencia carnal.

—Entonces tenemos un trato, chócala. —Levantó la palma de la mano, pero ella se limitó a enarcar una ceja—. Venga, rubia, no seas sosa.

Después de un rato, Tatiana alzó la suya, la chocó sin demasiada energía y dijo con aire de aburrimiento:

—Es increíble. Por lo general, tu edad mental parece de diez, pero a veces puede incluso bajar a cinco.

—Ay, rubia, rubia, cómo te gusta maltratarme.

Rolo lanzó un hondo suspiro, pero tampoco se le veía demasiado afectado por sus pullas.

Tatiana se puso en pie, pero él la agarró de la muñeca y la obligó a sentarse de nuevo.

—Una última cosa.

—Tengo prisa. —Sacudió el brazo para soltarse.

—Tendrás que venir a conocer a mi abuela Carmen.

Aquella exigencia pareció sorprenderla tanto que, por unos segundos, permitió que los dedos masculinos siguieran cerrados en torno a su muñeca. Rolo, en cambio, era plenamente consciente y aprovechó para acariciarle la piel sensible del interior de la muñeca con el pulgar.

—¿Para qué?

—Verás, tiene casi noventa años, vive en un pueblo cerca de Madrid y ya apenas sale de casa. Según ella, solo sigue en este mundo porque quiere ver a su único nieto casado y con un pequeñuelo entre los brazos. Palabras textuales.

Tatiana movió la cabeza con desaprobación y consiguió liberar su muñeca de un tirón.

—Y ¿serás capaz de engañar así a una pobre anciana para que crea que ya ha terminado su misión en esta vida y decida irse al otro barrio?

—Oye, que yo a mi abuela la quiero mucho —saltó ofendido—, pero me pasa como a ti. Me vendría bien que se relajara y se dedicara a darle la paliza a unas sobrinas solteras que tiene.

Pero aquella explicación no pareció convencerla.

—Me parece terrible engañar a alguien que tiene un pie en la tumba.

—Tú también estás dispuesta a engañar a tus padres, ¿no?

—Es distinto.

—Ah, ¿sí? —preguntó sarcástico—. Y ¿por qué, si puede saberse?

—Porque ellos no tienen un pie en la tumba. —Por su forma de decirlo, resultaba evidente que le parecía increíble tener que explicárselo.

—Mi abuela tampoco. —Zanjó la cuestión con firmeza—. Sus padres vivieron hasta los ciento y pico, y sus tres hermanos mayores parece que siguen el mismo camino. Cuando veas cómo se pone de cocido no dudarás de que ella batirá el récord.

Tatiana echó una ojeada impaciente a su reloj.

—Entonces, ¿si digo que sí a lo de tu abuela aceptarás hacer el papel de mi novio durante tres meses?

—Pero tendremos que pasar al menos una semana en el pueblo.

—¡Una semana!

La idea pareció horrorizarla, pero Rolo se mantuvo en sus trece.

—Si no, no hay trato. Mi abuela es terriblemente cotilla, querrá conocer tu árbol genealógico desde los tiempos de Alvarico el Godo...

—Dirás Alarico —lo interrumpió.

—Qué más dará Alarico que Alvarico. —Rolo resopló con impaciencia—.

Resultas una mujer algo pedante, rubia, pero bueno, como lo nuestro será puro teatro espero poder soportarlo. A ver por dónde iba... Ah, sí, lo cotilla que es mi abuela. Pues eso, que te someterá a un tercer grado para enterarse de hasta el último detalle de tu vida y la de tu familia. Calculo que con una semana tendrá suficiente para dar rienda suelta a sus bajos instintos.

—Una semana —repitió Tatiana. Parecía abrumada.

—¿Hay trato o no hay trato?

Ella se encogió de hombros.

—Qué remedio.

—Perfecto, ¿chocamos?

Levantó de nuevo la mano, pero sin dignarse a responder, Tatiana se levantó, cogió su bolso y se dirigió al vestíbulo.

—¿Cuándo quieres que empecemos? —preguntó Rolo antes de marcharse—. ¿Quedamos esta noche para ir a cenar y así vamos cerrando los últimos flecos del plan?

—No es necesario. Nos veremos en los entrenamientos y punto. Lo mejor es que hagas tu entrada triunfal el día de la fiesta de aniversario de mis padres. ¡No puedo esperar a ver sus caras!

Lanzó una carcajada que lo hizo rechinar los dientes.

—Entonces quedamos el sábado. Pasaré a buscarte cuando me digas.

—Una cosa —añadió Tatiana—, no pienso ir en moto. El casco te deja el pelo de pena.

Rolo se rascó la cabeza como si estuviera ante un terrible dilema.

—Está bien. Tengo un amigo que me debe unos cuantos favores. Le pediré el coche. Por cierto, ¿cómo tengo que ir vestido?

Los ojos azules lo recorrieron de arriba abajo con aquella mirada maliciosa que no debería gustarle un pelo pero que, muy a su pesar, le encantaba.

—Tú ponte lo más elegante que tengas.

—Elegante —repitió con cara de agobio—. Bueno, si no encuentro nada adecuado en el armario, pediré algo por ahí. Hasta el sábado, rubia.

Se inclinó para besarla en la boca, pero ella fue más rápida y apenas le rozó

la mejilla con los labios.

—¡Eh! ¿Qué haces?

—Te recuerdo que acabas de suplicarme que sea tu novio. Tendré que besarte de vez en cuando.

—¡Ni hablar!

Ahora fue el turno de él de encogerse de hombros con aparente indiferencia.

—Pues entonces no va a colar ni de casualidad.

Tatiana consideró la cuestión con el ceño fruncido mientras él cruzaba los dedos detrás de la espalda.

—Está bien —accedió después de un silencio considerable, haciendo que el ritmo cardiaco de Rolo se disparase—. Pero solo cuando estemos en público. ¡Y nada de lengua! ¡Y cuidado con las manos! Si te pasas lo más mínimo daré por concluido nuestro acuerdo en el acto, ¿entendido?

—Entendido.

Rolo se despidió agitando la mano, dio media vuelta y bajó por las escaleras sin dejar de silbar.

Capítulo 29

—Te agradezco que nos lleves, pero no tenías que haberte molestado. Podíamos haber cogido un autobús.

Algo nerviosa por su cercanía, Bibi se puso el cinturón de seguridad del asiento del pasajero del BMW y admiró el salpicadero lleno de detalles, procurando, como había tratado de hacer en los últimos días, no pensar en el «momento beso» en su despacho. Por mucho que lo intentaba, le costaba imitar la naturalidad de su jefe después de aquella escenita.

—No hagas caso a Bibi, Gonzalo. Mola mucho más ir en tu coche.

Luisa se recostó contra el respaldo trasero y miró por la ventanilla con expresión satisfecha.

—Sí. —Carlos, que iba a su lado, le dio la razón—. Es muy chulo. Rolo y tú tenéis buen gusto para los coches.

—Gracias. —Gonzalo les lanzó una mirada sonriente por el espejo retrovisor, antes de responder a Bibi—: No te preocupes, Bibi, no es ninguna molestia. Mi madre se fue hace unos días con el médico que la atiende, un buen amigo de toda la vida, y resulta muy aburrido viajar solo. Así que sois vosotros los que me hacéis un favor.

«¿Puede alguien ser más encantador?» se preguntó Bibi como había hecho un millar de veces, disimulando un suspiro.

Lo miró de reojo. Iba vestido de un modo mucho más informal. En vez de su traje habitual, llevaba unos chinos, una camisa de algodón ligeramente remangada y unos mocasines de ante. Se había quitado la americana antes de entrar en el coche y la había colocado bien doblada sobre el cubremaletero enrollable mientras ella lo miraba extasiada. Era tan ordenado, tan pulcro, tan cuidadoso, tan...

—¿Qué música te gusta, Bibi?

Su voz profunda la arrancó de su embeleso.

—Lo que sueles escuchar tú, a mí me gusta todo.

—Pero no se te ocurra poner *Secretaria*, de Mocedades.

La voz aguda de su hermana resonó con nitidez en el interior del vehículo, y Bibi se volvió para lanzarle una mirada cargada de amenazas, en tanto que su hermano tosía para disimular una carcajada.

—¿No te gusta Mocedades? —Gonzalo desvió un segundo la vista de la carretera.

Bibi iba a contestar, pero Luisa se le adelantó.

—¿Has oído hablar de las anfetaz? —Gonzalo asintió—. Pues esa canción es para Bibi como tomarse unas cuantas de golpe. Es adicta.

—¡Mira que dices tonterías, Luisa! —Su hermana mayor lanzó una carcajada de lo más falsa—. Ya casi nunca la escucho. Mocedades es un grupo que está muy pasado.

—A mí me gusta.

Bibi miró a su jefe con ojos brillantes.

—¿De verdad? —¿Se podía ser más mono?

—De verdad, pero no tengo nada de ellos en mi móvil.

—No importa, puedes poner tu música clásica.

—Ejem —carraspeó un poco—. No soy mucho de música clásica, aunque lo que de verdad no soporto es la ópera. Así que, si no te importa, pondré la *playlist* que escucho últimamente.

Resultó que le gustaban los mismos grupos que a ellos y Bibi, sorprendida, tuvo que tachar de la lista imaginaria de los gustos del señor Sanmartín —una lista exhaustiva que había confeccionado mientras lo contemplaba soñadora en la oficina— su pasión por la música clásica y las óperas de Verdi. Lo cual fue un alivio, todo había que decirlo, porque a ella tampoco le gustaban demasiado y el viaje se les pasó volando mientras cantaban a voz en grito los últimos éxitos de Rihanna, The Weeknd o Luis Fonsi.

Quién hubiera pensado que el señor Sanmartín fuera tan animado y, sobre todo, que cantara tan bien, se dijo Bibi, que saltaba embelesada de un descubrimiento sorprendente al siguiente. Si no hubiera estado enamorada hasta el infinito y más allá de su jefe, aquella impresionante voz de bajo la habría hecho caer rendida a sus pies. Para ella —que sin llegar a los extremos de su amigo Rolo, desafinaba que daba gusto— el que su amado fuera capaz de entonar con semejante perfección era el colmo del romanticismo. Y había que

ver lo divertido que era. Movi6 la cabeza, fascinada.

Ya sabía que tenía una sonrisa preciosa, pero en el trabajo nunca lo había visto reír a carcajadas como hacía ahora cada dos por tres, con ese irresistible gesto pícaro que, a pesar de las canas que salpicaban sus sienes, lo hacía parecer un chico travieso.

Cuando Rolo se enteró del plan de Santander, afirmó con aire de experto que le iba a hacer mucho bien pasar una temporada en estrecho contacto con su jefe. Según él, la convivencia serviría para que dejase de idealizarlo de una vez y se diera cuenta de que Gonzalo Sanmartín no era esa especie de ángel perfecto y afeminado que tenía en mente, sino un tío como los demás, de los que les gusta contar chistes verdes y sacudir las sábanas después de tirarse un pedo en la cama.

Bibi había torcido el gesto al oír aquella terrible profecía, pero no había hecho mucho caso y, al parecer, había hecho bien. Cuanto más conocía a Gonzalo, más encantador le parecía. Era educado, inteligente, amable, divertido, cariñoso con sus hermanos... De hecho, cada vez que se reía y veía el centelleo de sus dientes perfectos se sentía flotar en una nube rosa en forma de corazón, rodeada de unicornios saltarines y arcoíris de colores.

•

Al cabo de unas horas, Gonzalo detuvo el coche frente a una casa de arquitectura típica montañesa, con muros de sillería y solana con barandilla de madera oscura cubierta por un alero muy saliente. A la vivienda se accedía por un portalón de un solo arco junto al que destacaba un escudo de armas labrado sobre la piedra arenisca.

Divertido, observó las caras de asombro de sus tres invitados que acababan de bajarse del coche.

—Qué chula —dijo Luisa boquiabierta.

—Es preciosa. —Bibi tampoco disimulaba su admiración.

—¡Guau! Ojalá tenga una cocina antigua.

La casa estaba en lo alto de un acantilado y la vista sobre el Cantábrico era espectacular.

—¿Está cerca la playa?

—¿Ves ese camino, Carlos? —Gonzalo señaló un sendero de gravilla que

desaparecía en dirección al mar—. Al final hay unos escalones de piedra que conducen a la playa de Langre, la más bella de Cantabria, en mi opinión.

—¡Vamos a verla!

Bibi refrenó el entusiasmo de Luisa agarrándola por el brazo antes de que se alejara a la carrera por el camino.

—Primero vamos a instalarnos, Luisa. Ya habrá tiempo de explorar.

En ese momento, se abrió una de las hojas de la puerta y apareció Julia, la empleada de la señora de Sanmartín, con uniforme y delantal.

—¿Qué tal todo, Julia?

—Muy bien, señorito Gonzalo, ya sabe que a su madre y a mí nos encanta estar aquí. Pasen, pasen —les apremió con una sonrisa amable— ya tengo preparadas sus habitaciones.

Los hermanos Guzmán cogieron sus maletas y se apresuraron a seguirla al interior de la casona, sin dejar de mirar a su alrededor con los ojos muy abiertos.

La mujer los condujo al piso de arriba por una impresionante escalera de balaustres de madera tallada. Gonzalo cogió las maletas de Luisa y Bibi, a pesar de las protestas de esta última, y las siguió. La habitación de Bibi daba al mar mientras que las de sus hermanos lo hacían a un jardín señorial con una fuente redonda en el centro y un par de senderos de grava que serpenteaban a la sombra de castaños centenarios, arces y gigantescos macizos de hortensias.

Gonzalo dejó la maleta en el suelo de madera y se volvió a mirar a Bibi, que acariciaba con un dedo el elegante papel de flores que cubría las paredes con expresión de deleite.

—Veo que te gusta tu habitación —dijo él con una sonrisa.

—¡Es la más bonita que he visto en mi vida!

Encantado con su entusiasmo, Gonzalo abrió la puerta ventana y la invitó a asomarse a la solana.

—Mira, ¡el mar! —Bibi se colgó de su brazo, impulsiva, y lo apretó con fuerza. Al darse cuenta de lo que había hecho, lo soltó al instante y dijo con las mejillas un poco más rojas—. Perdona. Me imagino que conoces de sobra estas vistas.

A Gonzalo, ese gesto espontáneo lo había hecho ser consciente, una vez más, de cómo reaccionaba su cuerpo ante la cercanía de su secretaria.

«Una reacción completamente normal para un hombre que llevaba tanto tiempo sin mantener relaciones sexuales», se dijo muy convencido.

Lo más curioso era que el hecho de no haber sentido nada parecido en ninguna de las citas a las que había acudido en las últimas semanas no lo hizo dudar en ningún momento de la veracidad de esa explicación.

Por fortuna, en ese momento entraron en la habitación Carlos y Luisa hablando al mismo tiempo, y la súbita tensión que había surgido entre los dos se disipó de golpe.

—¡Qué chula, Bibi! Pero la mía también es de caerse de espaldas.

—Desde la mía se ve el jardín y ¿sabes qué?, he visto un huerto al fondo. Estoy deseando echarle un vistazo más de cerca.

La vehemencia de los hermanos de su secretaria le hizo sonreír una vez más.

—No os preocupéis, habrá tiempo de sobra más tarde para explorar, pero ahora estoy seguro de que Julia ya tiene lista la comida. Así que lo mejor será que nos refresquemos un poco y bajemos al comedor.

—¿Cuál es tu habitación, Gonzalo? —preguntó Luisa tan indiscreta como de costumbre.

—Esa de ahí. —Señaló la puerta-ventana contigua a la de Bibi.

—Uy, qué juntitos...

Sin saber por qué, el tono malicioso de la niña le hizo sentir un poco turbado y, a juzgar por las mejillas encendidas de su asistente personal y la mirada amenazadora que le lanzó a su hermana, Bibi tampoco estaba demasiado cómoda.

—Sí, bueno. ¡Ejem! —Gonzalo se aclaró la garganta—. Quedamos en el comedor en cinco minutos. ¿Os parece?

Sin esperar respuesta salió del dormitorio.

Capítulo 30

Tatiana oyó el timbre del portero automático, pero no se apresuró. Con cuidado, terminó de pintarse los labios y, satisfecha, admiró su reflejo en el espejo por última vez. El vestido negro y corto que se había comprado para la ocasión dejaba la espalda al aire, salvo por unos finos tirantes cruzados, bordados con cristales de Swarovski. Distraída, se sacudió una mota casi invisible del escote mientras se preguntaba de qué se habría disfrazado su acompañante. Imaginó unos pantalones ajustados de tela brillante y una camisa de cuadros de manga corta receñida, y no pudo reprimir una mueca malvada. A su padre le iba a encantar.

Sonaron otros dos timbrazos impacientes. Sin prisa, se puso el abrigo, cogió el bolso que había dejado sobre la cama y fue a contestar.

—¿Puedes dejar de apretar el timbre?

—¿Puedes bajar de una vez? Llevo un cuarto de hora esperando.

Como de costumbre, la voz profunda de Rolo la sorprendió gratamente. Tenía un tono grave, muy masculino, que acariciaba los oídos. Tatiana siempre se había fijado mucho en las voces. De pronto, le vino a la cabeza la de su ex, que adquiría un desagradable matiz chillón cuando se enfadaba. Al instante, hizo un gesto en el aire con la mano, como si quisiera borrar el recuerdo. Comprobó una vez más que no se olvidaba nada, y bajó en el ascensor.

Salió del portal y miró a ambos lados de la calle pero, aunque todavía había mucha gente por allí, no vio a Rolo. Fastidiada, chasqueó la lengua con impaciencia.

—Veo que no me has reconocido.

Aquel susurro acariciador tan cerca de su oreja la hizo dar un respingo. Se volvió con rapidez y descubrió, incrédula, que el hombre que hablaba por el móvil de espaldas a ella —y que había descartado en el acto por su elegancia— y Rolo eran la misma persona.

Boquiabierta, recorrió el tejido del traje gris oscuro y su ojo experto reconoció al instante la inimitable hechura italiana. Luego examinó la camisa blanca, de puños impecables abrochados con unos gemelos de oro, la corbata de

seda y los brillantes zapatos negros de cordones, y movió la cabeza sin poder creer lo que veía.

—¿De dónde has sacado esta ropa?

—¿Te gusta? —Rolo sacó pecho y su dentadura relució en una sonrisa tan blanca como su camisa.

Hasta entonces, Tatiana apenas se había fijado en él como hombre, pero en ese momento descubrió que su entrenador personal no solo tenía buen cuerpo —en especial si no lo llevaba cubierto con unos pantalones de chándal costosos y una camiseta de tirantes llena de lamparones como el día que lo conoció—, sino que era incluso guapo. La combinación de pelo castaño con reflejos más claros, ojos pardo-verdosos y esa atractiva sonrisa resultaba difícil de resistir.

—Estás muy elegante —admitió Tatiana de mala gana.

No era aquello lo que había imaginado cuando se le ocurrió la idea de hacer pasar a Rolo por su novio.

—Tú también estás muy elegante con ese abrigo de visón —aventuró él como si fuera un experto en moda femenina.

—Para tu información, no existen visones de color rosa. Es un abrigo de Zara de pelo sintético.

—Me alegra oír eso. Mi amiga Bibi se alegrará también. No sabes las chapas que me suelta respecto a las pieles de animales y la moda.

—Si te soy sincera, la opinión de tu amiga no me importa lo más mínimo. —Fiel a sus palabras, Tatiana cambió de tema—. ¿En serio esa ropa es tuya?

Rolo se dio una vuelta sobre sí mismo con un gesto teatral.

—Un colega me ha prestado hasta los calzoncillos. Si quieres luego te los enseño. —Sin hacer caso del resoplido impaciente que lanzó su interlocutora, continuó—: Había pensado ponerme una camisa de flores moradas y amarillas que me trajo una churri de un viaje a Hawai, pero estaba sin planchar y, la última vez que me los puse, algún mamón me quemó con un cigarrillo los pantalones pitillo blancos con los que suelo combinarla.

—Lástima, creo que me hubiera gustado más ese modelito. Ni siquiera se te ve el tatuaje.

—Vaya, rubia, y yo que pensaba que no te gustaba mi vikingo. —Le dio un ligero codazo, juguetón—. Hay que ver lo bien que disimulas. Pero, como he

imaginado que ibas a echar de menos mi estilo rompedor, mira lo que me he traído.

Con aire de prestidigitador sacó otra corbata del bolsillo y se la enseñó.

—¿Te gusta más esta? Es mi corbata de la suerte.

Era de color verde chillón y tenía estampado un Homer Simpson con el trasero desnudo en pompa.

Tatiana lo miró con agrado.

—Esta me gusta mucho más.

—Lo sabía, rubia. Ya le dije a mi colega que eras una tía con clase. —Con un rápido movimiento, Rolo se desató el nudo de la elegante corbata de Hermès, la enrolló con descuido y se la guardó en un bolsillo—. Eso sí, te toca ponérmela, antes me ha ayudado una vecina. Yo no sé.

—¿Seguro? —Tatiana entornó los ojos con desconfianza.

—Seguro. A ver si te crees que yo voy a currar al *gym* con estas pintas.

—Está bien, baja la cabeza.

Rolo obedeció al instante, y ella le pasó la corbata por detrás. Hizo el nudo con destreza y fue cerrándolo, poco a poco, hasta dejarlo perfecto. Después de examinar su obra unos segundos, sonrió satisfecha.

—Mucho mejor. Venga, vámonos ya. ¿Qué coche has traído?

—Bueno. —Su interlocutor carraspeó como si estuviera incómodo—. Mi amigo necesitaba el suyo, así que no me ha quedado más remedio que traer mi viejo cacharro.

Señaló un destartalado Seat 127 aparcado un par de metros más allá.

Tatiana alzó las cejas con estupor al ver el coche. Casi no quedaba un centímetro de carrocería libre de abolladuras y la pintura, que en algún momento debía de haber sido roja, ahora no era más que un batiburrillo de manchas de un desagradable tono óxido.

—Estás de broma, ¿verdad?

Rolo le lanzó una sonrisa compungida.

—Me temo que no.

—No me lo puedo creer. —Tatiana movió la cabeza, desesperada—

Tendremos que ir en taxi, porque el Mini está en el taller. No podemos llegar a la fiesta en semejante trasto.

—Oye, rubia, sin faltar. Dijiste que te bastaba y te sobraba como soy para lo que necesitas, y este coche es parte de mí. Lo tengo desde que les compré mi primer carné de conducir a unos gitanos. Así que si me quieres a mí, tendrás que aceptarlo a él también.

A Tatiana no se le escapó el modo en que su novio de ficción adelantó la barbilla con gesto obstinado, por lo que decidió que sería más inteligente ceder. Al fin y al cabo, se dijo, si sus padres la veían llegar en semejante engendro a la fiesta, la cosa hasta podría tener su gracia.

—Está bien, no perdamos más tiempo. —Taconeó en dirección al asiento del pasajero y ordenó—: Abre de una vez.

—No tiene cierre centralizado —se disculpó Rolo—. Es manual como en los viejos tiempos. ¿No te encantan las antigüedades?

Agarró la manija de la puerta y tuvo que pegar tres tirones hasta que consiguió abrirla.

Tatiana se sentó procurando no tocar nada. De inmediato, trozos de gomaespuma del relleno del asiento, que escapaban por los numerosos rotos de la tapicería desgastada, se le empezaron a clavar por todas partes. Soltó un resoplido de impaciencia. Solo esperaba que no se le enganchara la tela del vestido en algún lado y se rasgara.

Después de dos empujones, Rolo consiguió cerrar la puerta. Luego rodeó el coche y se puso al volante. Al tercer intento, el motor se encendió con un chirrido metálico poco tranquilizador.

—Bueno, allá vamos. Tengo ganas de conocer a papuchi y a mamuchi.

Tatiana no le hizo ni caso. Otras preocupaciones más urgentes reclamaban su atención.

—Espero no clavarme nada, no estoy vacunada contra el tétanos.

—Tranquila, Rubia. Un montón de chicas han pasado por ese asiento y nunca he recibido ninguna queja.

Al oír aquello, Tatiana frunció la nariz. Sin embargo, prefirió no entrar en detalles sobre lo que había sucedido, exactamente, encima de ese asiento.

Más de media hora más tarde, y sin sufrir el menor contratiempo, Rolo

atravesó una historiada verja de hierro y aparcó el coche entre un Mercedes-Maybach Clase S 2015 y un Lamborghini Huracan Avio, en la explanada de grava situada enfrente de la imponente mansión de La Moraleja en la que vivían los padres de Tatiana.

Rolo lanzó un silbido de admiración poco discreto.

—¡Vaya casoplón!

—Espero que no te dé por meterte los ceniceros de plata en los bolsillos.

Su acompañante se limitó a exhalar un suspiro lastimero. Luego se bajó del coche para abrir la puerta —la manija interior del lado del pasajero, así como la tapa de la guantera y el freno de mano habían desaparecido misteriosamente— y le tendió una mano con caballerosidad para ayudarla a zafarse del incómodo asiento.

Hasta ellos llegó el sonido de la música, ahogado por el rumor de las conversaciones de cientos de invitados.

—Ya estamos aquí. ¿Estás lista? Yo confieso que estoy un poco nervioso.

Tatiana estudió el aspecto seductor que presentaba su novio de pega, en el que la única nota discordante era esa espantosa corbata de los Simpson, y pensó que, en realidad, no parecía nada nervioso. Es más, se le veía completamente dueño de sí mismo, y tenía un peculiar brillo en los ojos que se le antojó peligroso.

—No te preocupes. Límitate a ser tú mismo.

—Eso es fácil, rubia. —Sin pedir permiso, rodeó su cintura con un brazo y la empujó con suavidad en dirección a la entrada iluminada.

Después de dejar el abrigo a la chica de falda negra y camisa blanca que se encargaba del ropero, Tatiana no tardó en localizar a sus padres. Estaban cerca de la entrada, recibiendo a los invitados que iban llegando. Incluso desde esa distancia era fácil apreciar quién era el que llevaba la batuta en aquella relación. A pesar de que su padre no era demasiado alto, su cuerpo compacto parecía cernerse con un cierto grado de amenaza por encima de la figura más delicada de su madre.

—Por fin has llegado, Tatiana —dijo su padre por todo saludo.

Tatiana se inclinó a besar a su madre, pero no repitió el gesto con su progenitor.

—Es que Rolo me ha traído en su coche. Uno de esos modelos clásicos tan increíbles, pero, claro, no van demasiado rápido, ya sabes. Papá, mamá, este es Rolo, mi novio.

—¿Rolo? ¿Qué clase de nombre es ese?

Su padre se vio obligado a echar la cabeza un poco hacia atrás para evaluar al acompañante de su hija. Sin embargo, antes de poder apreciar el conjunto completo, sus ojos se quedaron atrapados en la corbata de Homer Simpson.

—El nombre viene de uno de mis antepasados vikingos —explicó Rolo con una sonrisa, como si no se hubiera percatado del estupor de su futuro suegro.

La madre de Tatiana, que no había dejado de tocarse el pelo con gesto nervioso desde que los había visto acercarse, pareció relajarse un tanto bajo el influjo de esa atractiva sonrisa.

—Encantada, Rolo. —La mujer le tendió la mano y, ante los ojos sorprendidos de su hija, Rolo se inclinó sobre ella con un gesto galante, algo *demodé*—. Puedes llamarnos Amalia y Eduardo.

Su marido, que había conseguido despegar por fin los ojos de la llamativa corbata, preguntó con frialdad:

—¿Cómo se apellida tu novio, Tatiana?

La aludida se quedó en blanco, pero «su novio» entró al quite con rapidez.

—Solís.

El severo semblante de Eduardo de Aguilera se animó.

—¿De los Solís de Vigo? Hace poco cené con Diego. Estaba interesado en alquilar uno de mis edificios del centro para abrir una *flagship* de su marca de textil.

—No. —Rolo negó con la cabeza vigorosamente—. De los Solís de Madrid de toda la vida. De los del barrio de Lavapiés, para más señas.

Aquella contestación volvió a silenciarlo durante unos segundos que su mujer aprovechó para tratar de hacer sentir un poco más cómodo a ese novio, guapísimo aunque algo singular, que se había echado su hija.

—Dime, Rolo, ¿a qué te dedicas? —preguntó con amabilidad.

—Soy el dueño de varios gimnasios.

—¿Aquí en Madrid?

—En Madrid, Valencia y Barcelona. Ahora voy a inaugurar uno en Londres.

Tatiana le pegó un codazo con disimulo. Tampoco era plan que se tirara el pisto de aquella manera, se dijo fastidiada. Por unos segundos, se arrepintió de no haber quedado a cenar con él la noche anterior. Podrían haber aprovechado para trabajar en los detalles básicos de su pretendido noviazgo.

—Y ¿tenéis planes de boda?

—Papá, no agobies al pobre Rolo. —Tatiana pellizcó la mejilla del aludido con fingido cariño—. A este paso conseguirás que salga corriendo.

—Jamás. Ya sabes que estoy loco por ti.

Sin más, atrapó el rostro femenino entre sus grandes manos y la besó en la boca.

Tatiana se puso rígida, y sus manos se convirtieron en sendos puños que apretó contra la camisa que cubría ese torso poderoso. Sin embargo, consciente de que sus padres estaban pendientes de la escena, se obligó a quedarse quieta. Cuando Rolo alzó la cabeza por fin, se limitó a mirarlo con amenazadora frialdad antes de volverse de nuevo hacia sus padres con una sonrisa tirante en los labios, ahora sin rastro de *gloss*.

—Rolo es muy... —Tuvo que morderse la lengua con fuerza antes de añadir—: Muy impulsivo.

Ajeno en apariencia al malestar de su novia y sus futuros suegros, Rolo tomó la palabra sin perder la sonrisa.

—Es porque te adoro, Taty. Y respecto a lo de los planes de boda, quiero que sepas, Eduardo, que ya me he declarado varias veces. Solo espero que tu preciosa hija se decida de una vez a darme el sí. Sueño despierto con ser su marido y tener media docena de mocosos dando la paliza a mi alrededor. Vuestra hija —bajó la voz hasta convertirla en un susurro confidencial— se parece al jodido Jamelín. Todos los niños se acercan a ella como si tuviera un imán.

—¿Eh? —Eduardo y Amalia lo miraron boquiabiertos.

—Jamelín, hombre, sí. El payaso ese de la trompeta y las ratas.

—Cariño. —Lo interrumpió Tatiana, que había estado a punto de soltar una carcajada al ver la cara de sus padres—. Creo que te refieres al Flautista de Hamelín.

Rolo se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Tienes razón, amor. Qué idiota soy. Era una flauta lo que llevaba el muy capullo.

—Ejem. —Tatiana carraspeó para disimular una carcajada antes de decir con una sonrisa—: Estoy seca. Será mejor que vayamos a beber algo, así vosotros podréis seguir atendiendo a vuestros invitados.

Se despidieron y Rolo se apresuró posar una mano posesiva sobre la espalda de su novia, quien se puso rígida al sentir su calor sobre la piel desnuda, antes de perderse en el interior de la casa.

Capítulo 31

En cuanto estuvieron fuera de la vista de sus padres, Tatiana se liberó de la mano de Rolo con brusquedad.

—¿Por qué has tenido que besarme?

A Rolo le pareció que los grandes ojos azules lanzaban chispas, dagas, cuchillos... incluso dardos venenosos.

—A ver, Rubia, a eso se le llama meterse en el papel.

—Te dije...

Rolo la interrumpió.

—Me dijiste sin lengua y he cumplido.

—¡Eres...!

En ese momento se acercó una pareja a saludar a Tatiana y esta no tuvo más remedio componer una sonrisa afectada y dejar los reproches para otro momento.

«Joder, me he enamorado otra vez. Y van...».

Mientras hacía que atendía a la conversación de aquella pareja de pijazos y de su novia postiza, más pija todavía, Rolo, aturdido todavía después de ese beso, rebobinó sus recuerdos de la noche.

Lo cierto era que no había empezado con buen pie. Ese plantón de más de un cuarto de hora en el portal no había tenido ninguna gracia. A pesar de que ya casi tenían encima la primavera, soplaba un aire helado que se había colado por debajo de su chaqueta. Sin embargo, cuando la vio salir envuelta en aquel chaquetón de peluche rosa, con esos taconazos que hacían sus piernas aún más largas y la melena, más rubia y brillante que nunca, sujeta en un recogido que dejaba algunos mechones sueltos aquí y allá, se le había pasado el cabreo de golpe.

Joder, era una diosa.

Puede que no fuera la tía más simpática del mundo, pero, desde luego, no había conocido a otra más guapa. Una vez más se sintió enamorado, pero

tampoco entonces se preocupó en exceso. ¿Quién que no fuera masoca perdido se enamoraría en serio de una tía tan arisca?

La realidad era que se sentía atraído por su aspecto físico. Bueno, lo de «atraído» se quedaba un poco corto. Cada vez que la veía era como recibir un garrotazo en la cabeza. Resultado: conmoción cerebral y sexual severa, si es que ese diagnóstico existía. Puede que Bibi tuviera razón: a veces se quedaba en la superficie de las cosas y no profundizaba, pero ¿quién podía reprochárselo cuando la superficie era tan increíblemente bella como esa?

Había disfrutado sorprendiéndola con la ropa. Tatiana ya lo había catalogado de palurdo, y estaba claro que esperaba que fuera hecho un pintas. Todavía se estremecía de gusto al recordar el pasmo que había leído en los preciosos ojos azules mientras lo recorrían de arriba abajo. Sin embargo, él, que era un buen tipo a la par que perspicaz, y a pesar de que aún desconocía el motivo —aunque pensaba averiguarlo—, tenía la sensación de que su Taty quería que fuera hecho un hortera de bolera. Pues nada, a meter la corbata de la última despedida de soltero en el bolsillo y problema solucionado. Desde luego, nadie podría acusarlo de no estar en todos los detalles. Además, el placer que había sentido al sentir el roce de esos dedos cálidos mientras le anudaba la corbata había sido indescriptible.

Eso sí, al ver la cara de asco que puso al ver el vetusto 127 que le había pedido prestado a un colega que tenía un desguace de coches, le había costado un trabajo considerable contener una carcajada. ¡Ay, qué pija era la tía! Pija y deliciosa, se dijo con ganas de relamerse los labios.

Puestos a ser optimistas, podía decirse que su relación iba viento en popa. Su «novia» ya le había presentado a sus padres, ¿no? La madre parecía encantadora y, al contrario que su Taty, nada estirada. En cambio él tenía pinta de ser un capullo de marca mayor. A juzgar por la frialdad de su trato, el padre y la hija no estaban demasiado bien avenidos. Es más, tenía la sensación de que allí había algo que iba mucho más allá de un simple desencuentro familiar. Hum. Tendría que estar atento.

El deseo de fastidiar a ese tipo estirado lo había llevado a besarla delante de sus narices, pero cuando su boca había entrado en contacto con esa boca sensual, se había olvidado de todo lo demás. Por supuesto, ella no le había devuelto el beso —que, por otro lado, había sido bastante inocente—, pero el simple movimiento de sus labios al tratar de resistirse lo había noqueado.

No recordaba haber sentido una mezcla semejante de emociones al besar a

una mujer. Aquella intensa reacción ante el mero roce de una boca lo habría preocupado, y mucho, si no se hubiera tranquilizado casi al instante al recordarse a sí mismo que, desde que cumplió los diecisiete, no había pasado nunca tanto tiempo sin acostarse con una mujer.

Sí, su Taty tenía mucho peligro. Pero, a pesar de lo que Bibi pudiera decir, él no era un nene inexperto para quedarse colgado por una cara bonita, se dijo esbozando una sonrisa de suficiencia. Eso sí, tenía que reconocer que le había costado un esfuerzo increíble apartarse de ella y no había podido resistir la tentación de plantar la mano en su espalda desnuda y acariciar con disimulo esa piel delicada, tan suave como el terciopelo.

—Vaya, Taty, hacía tiempo que no te veía tan bien acompañada. ¿Es tu nuevo novio? Es más guapo aún que tu difunto esposo y resulta más acorde con tu edad.

Aquella voz femenina ligeramente nasal y, en opinión de Rolo, con un cierto toque de mala baba, le hizo prestar atención de nuevo a lo que ocurría a su alrededor. ¿Difunto esposo? ¿Qué difunto esposo?

—Mi difunto exesposo si no te importa, Nuria. —La boca de Tatiana se distendió en una sonrisa poco sincera—. Y me alegro de que mi novio te parezca atractivo. Eso sí, te aviso de que solo te dejaré admirarlo de lejos. Ya sabemos todas cómo te las gastas.

Aunque la tal Nuria fingió tomarse el comentario a broma, saltaba a la vista que no le había hecho ninguna gracia. Así que Rolo decidió cortar por lo sano ese encuentro tan tenso.

—Perdona, Nuria, pero estamos secos. Vamos a acercarnos un momento a la barra. Te vemos luego.

Una vez más, aprovechó para rodear la cintura de Tatiana con el brazo y la condujo hasta uno de los salones en el que habían instalado una barra de buen tamaño, atendida por tres camareros.

—¿Quién era esa zorra? —preguntó mientras esquivaba a los invitados que se interponían en su camino.

—Una «buena amiga» —subrayó Tatiana con ironía y, por primera vez, no intentó alejarse de él en cuanto perdieron de vista a la otra—. La conozco de toda la vida y tienes toda la razón; siempre ha sido una zorra.

—¿Difunto exesposo?

Pronunció en tono interrogante las dos palabras que, desde que las había oído, zumbaban en su cabeza como un par de moscas molestas.

—Sí, estuve casada, pero no quiero hablar de ello.

Rolo hizo una seña a uno de los camareros y este se acercó al instante a atenderlo.

—¿Qué quieres tomar?

—Un *gintonic*.

—Dos *gintonics*, por favor.

En cuanto tuvieron las bebidas, Rolo le dio la suya, cogió una bandeja llena de canapés que encontró sobre una mesa y, con ella en una mano y su copa en la otra, la condujo hasta las puertas acristaladas abiertas de par en par y salieron al jardín.

Había varios grupos de personas que también habían decidido salir a tomar el aire, pero, a pesar de ello, afuera el ruido de la música y las conversaciones llegaba amortiguado y Rolo pensó que allí podrían hablar más a gusto.

—Vamos a esa mesa.

Señaló con la barbilla un velador de hierro rodeado de sillas vacías que estaba debajo de una mimosa, en un rincón bastante protegido. En cuanto se sentaron, le dio un sorbo a su *gintonic* y dijo:

—Ya me estás contando, rubia.

—No pienso contarte nada.

Tatiana cogió un canapé y le dio un delicado mordisco.

—Oye, soy tu novio. Tengo derecho a saber lo de tu difunto exesposo.

—Punto número uno: no eres mi novio. Eres solo un tío al que he contratado para hacer un trabajito por el que le pago una buena suma. Punto número dos...

Pero Rolo la interrumpió.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

Tatiana puso los ojos en blanco.

—Menos de dos años —contestó al fin de mala gana—. Se mató la semana después de que el juez dictara la sentencia de divorcio.

—Vaya, es terrible.

—Sí, lo es. Si hubiera tenido una bola de cristal me habría ahorrado los honorarios de mi abogada. —Frunció los labios en una mueca cargada de dureza.

La crudeza de ese comentario lo dejó atónito.

—¿Hace cuánto que murió?

—En enero hizo ocho años.

—¡Ocho años! —Rolo la miró con el ceño fruncido—. ¿Puede saberse a qué edad te casaste?

—Estás muy preguntón esta noche, ¿no te parece?

—Por favor, contéstame.

El semblante masculino tenía una desacostumbrada seriedad.

—Me casé con dieciocho años recién cumplidos.

Tatiana dio un largo trago a su *gintonic* con expresión ausente, y un súbito impulso le hizo preguntar:

—¿Y él? ¿Cuántos años tenía él?

Por unos instantes, Rolo pensó que no le contestaría, pero al cabo de un minuto respondió en tono indiferente:

—Cuarenta y dos.

Rolo soltó un silbido. Al oírlo, Tatiana dejó el vaso en la mesa con un golpe seco y se puso en pie.

—No quiero hablar más de esto. Vamos a pulular un poco entre los invitados para que nos vean bien mis padres.

Sin decir nada, Rolo se levantó y caminó a su lado. Tenía la sensación de que su rubia se había refugiado detrás de una muralla de hielo y, en esta ocasión, no trató de tocarla.

Capítulo 32

—Creo que aquí hay un error.

Bibi se acercó hasta la mesa, dejó unos documentos encima y se inclinó para señalarle dónde estaba el fallo.

Gonzalo estudió el texto que le señalaba con atención, pero la fragancia sutil que desprendía su secretaria le impedía concentrarse. ¿Madreselva? ¿Jazmín? ¿Naranja? ¿Canela? ¿Una mezcla de las cuatro? Estaba tan absorto en sus investigaciones olfativas que, sin ser consciente de ello, acercó la nariz un poco más al cuello femenino y aspiró con ganas.

Al oír esa brusca inhalación, Bibi se volvió hacia él y los ojos grises traicionaron la sorpresa que le causó encontrar el rostro de su jefe tan cerca del suyo. Durante unos segundos, los ojos de ambos se trabaron, pero los de Gonzalo enseguida bajaron unos centímetros hasta posarse en aquella boca jugosa de labios naturalmente rojos.

—¿Ves? Es justo en este párrafo.

La voz de su secretaria, algo temblorosa, rompió el encanto, y Gonzalo se apresuró a desviar su atención hacia el párrafo de marras. De pronto, la biblioteca, que era la habitación en la que había decidido montar su rincón de trabajo, se le antojó diminuta a pesar de su tamaño y sintió que el cuello de la camisa —pese a que llevaba los dos primeros botones desabrochados— le apretaba.

Bibi se había alejado en dirección a una mesa más pequeña pegada a la ventana, en la que había instalado su portátil, y la vio ordenar el montón de carpetas que había traído del bufete con gesto nervioso.

Habían trabajado toda la mañana sin interrupción. Después habían comido en el porche acristalado construido detrás de la casa. Una comida en la que la conversación no había decaído en ningún momento y en la que su madre no había dejado de reír con las ocurrencias de Luisa o las salidas de Carlos. Luego, cada uno se había ido a su cuarto a dormir la siesta, excepto los hermanos de Bibi, que habían decidido explorar los alrededores.

Gonzalo echó un vistazo a su reloj de pulsera. Ya llevaban más de una hora

trabajando y les había cundido bastante. Sin embargo, había notado desde el principio que le resultaba más difícil concentrarse allí que en su despacho. Quizá fuera el lugar de trabajo, con esos grandes ventanales desde los que se divisaba el mar, invitador. O tal vez era la propia Bibi, a quien encontraba muy distinta de la Bibi que acudía todas las mañanas al bufete con esa especie de uniforme. Hoy llevaba unos vaqueros que se ajustaban a su delicioso trasero y un ligero jersey de pico por el que asomaba una sencilla camiseta blanca de algodón.

Con las brillantes ondas de pelo oscuro cayendo sobre los hombros y las deportivas de color rosa palo, parecía una adolescente apenas unos años mayor que su hermana Luisa y no una secretaria ejecutiva que sabía más de leyes que muchos de los abogados que habían trabajado bajo sus órdenes.

Era curioso. Hasta entonces, siempre le habían atraído las mujeres altas y de cuerpos estilizados como los de Tatiana o Luna. Pero, de un tiempo a esta parte, notaba que le costaba apartar la mirada del de su secretaria, pequeño y lleno de curvas. Aunque, tal vez, atraer no era la palabra que debía haber empleado. Bibi trabajaba para él y no tenía ninguna intención de olvidarlo.

Se puso en pie.

—Creo que es suficiente por hoy. ¿Te apetece que bajemos a la playa?

Una cálida sonrisa asomó a los labios femeninos y Gonzalo, una vez más, se pasó dos dedos por el cuello de la camisa.

—¡Me encantaría! —El entusiasmo de su secretaria siempre resultaba contagioso—. Voy a avisar a mis hermanos. Les he dicho que prefería que no se alejaran demasiado hasta que yo pudiera acompañarlos. Me da miedo Luisa, aunque sabe nadar nunca lo ha hecho en el mar. ¿Te parece bien?

—Por supuesto, iremos a buscarlos en cuanto estés lista.

—Ya estoy lista.

—¿No te pones el traje de baño?

Bibi echó un vistazo por la ventana. El cielo estaba encapotado y, a juzgar por el modo en que se movían las copas de los árboles, el viento soplaba con fuerza. Negó con la cabeza.

—Hace malísimo.

—¿Malísimo? —Gonzalo alzó una ceja burlón—. Cómo se nota que no eres una chicarrona del norte. Hoy hace un día perfecto para ir a la playa, ¿no ves que

no llueve?

—Me parece que te estás tirando un farol. —Por una vez, Bibi se olvidó del respeto casi sagrado con el que solía tratar a su jefe y se dirigió a él con la misma mueca desafiante que habría utilizado con su amigo Rolo—. No me creo ni loca que vayas a bañarte. Tú tampoco pareces un chicarrón del norte.

—¿Que no? ¿Qué te apuestas?

—¡Lo que quieras! —Los ojos grises chispeaban con diversión.

—Tú lo has querido. Vamos a ver... —Gonzalo se rascó la barbilla con gesto pensativo—. ¡Ya sé! Si ganas, podrás pedirme cualquier cosa

—¿Incluso un aumento de sueldo?

—Incluso un aumento. Si pierdes...

—¿Qué?

—Pues que seré yo quien podrá pedirte cualquier cosa.

Bibi frunció el ceño. Una apuesta tan abierta le parecía demasiado peligrosa.

—¿Incluso que coja una araña viva con las manos?

—Incluso que cojas una araña viva con las manos.

—¿Incluso que suba y baje cuatro veces la escalera a la pata coja?

—Incluso eso, aunque nunca se me habría ocurrido pedirte semejantes cosas.

—¿No? —Ella lo miró sorprendida—. Es lo típico que Rolo me pediría sin pensárselo dos veces. Sabe que odio los bichos y que no me gusta nada hacer ejercicio.

Al oír el nombre de su amigo el cachas, Gonzalo notó que perdía buena parte de su animación.

—Tendré tiempo de pensarlo cuando gane.

—Si ganas —lo corrigió ella levantando la nariz, desafiante.

—Pronto lo sabremos. Sube a ponerte un traje de baño por si acaso.

•

Media hora después, los cuatro bajaban los empinados escalones que llevaban a la playa. Bibi se quitó las zapatillas, se remangó los pantalones holgados que se había puesto encima del traje de baño y se acercó a la orilla,

pero cuando la primera ola la cubrió hasta los tobillos pegó un chillido y retrocedió a toda velocidad.

—¡Está congelada!

—¡Bah! Solo está fresca, ¿verdad, Carlos?

El hermano de Bibi, que se había metido hasta las rodillas y también había salido escopetado, asintió con la cabeza.

—Tibia, tirando a calentorra.

—¡Venga, vamos a meternos de una vez! —gritó Luisa que ya se había quitado la sudadera.

Los poros de la piel de sus brazos escuálidos estaban erizados, pero saltaba a la vista que ese pequeño contratiempo no iba a detenerla.

—Una cosa, chicos —les advirtió su anfitrión, que también había empezado a quitarse las bermudas—. Hay resaca, así que mucho cuidado. No os alejéis demasiado.

Gonzalo se volvió hacia Bibi, que seguía con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, y levantó una ceja burlón.

—¿No te bañas?

—Ni hablar. No soy masoquista. A mí el agua me gusta a cuarenta grados, mínimo.

—¡Cobardica!

—Esa soy yo.

Bibi apenas sabía lo que decía. Su jefe, después de desabotonarse la camisa, se la había quitado con un movimiento fluido y la había dejado caer sobre la arena. Había intentado no mirar, pero no pudo evitar que sus ojos recorrieran, acariciadores, ese torso de anchos hombros que se iba estrechando en dirección a las caderas.

«Este hombre es la perfección con patas», se dijo encandilada.

Puede que sus músculos no fueran tan marcados como los de Rolo, que se machacaba en el gimnasio, pero estaba muy en forma. Se notaba que hacía deporte. Incapaz de contenerse, Bibi siguió con mirada despaciosa la tentadora línea de vello oscuro que dividía los pectorales masculinos, hasta que la perdió de vista bajo la cinturilla del traje de baño. Tragó saliva.

—¿A qué esperamos?

La voz impaciente de su hermana, la arrancó de su trance.

Levantó la cabeza con una intensa sensación de culpabilidad y se encontró con los ojos oscuros de su jefe, que parecía muy divertido, fijos en ella. Muerta de vergüenza, trató de disimular.

—Eso, ¿a qué esperáis? Me da la sensación de que hay mucho remolón suelto por aquí.

—Sabes que estás a punto de perder la apuesta, ¿verdad? —Gonzalo soltó una risa malvada y empezó a saltar, moviendo brazos y piernas a un tiempo—. ¡Venga chicos! Vamos a demostrar a la cagueta de vuestra hermana de lo que somos capaces. Un poco de calentamiento y ¡a la de tres! El último en meter la cabeza en el agua, pierde. ¿Preparados?

—¡Preparados! —gritaron los dos hermanos sin dejar de saltar.

—Una..., dos..., y... ¡tres!

Corrieron hacia el mar sin dejar de dar alaridos a medida que el agua congelada les iba llegando cada vez más alto. Hasta Bibi, que sentada sobre una de las toallas los contemplaba con una sonrisa en los labios desde la orilla, se estremeció solo de pensar en la temperatura que debía tener ese mar de color gris.

Los vio saltar sobre las olas y sumergirse, una y otra vez, para volver a salir a la superficie entre nuevos chillidos, sin dejar de salpicarse los unos a los otros. Hacía tiempo que Bibi no veía a sus hermanos disfrutar tanto y, una vez más, sintió un profundo agradecimiento hacia la madre de su jefe por poner al alcance de su familia unas vacaciones de lujo que ellos no podían permitirse.

Miró a su alrededor con una intensa sensación de felicidad. La belleza salvaje del lugar cortaba la respiración. La playa, bordeada por un abrupto acantilado por encima del cual se mecían unas cuantas gaviotas al compás de la brisa, estaba desierta. Unos metros a su derecha, en el agua, un par de surfistas con traje de neopreno esperaban la llegada de una buena ola montados a horcajadas en sus tablas.

Bibi llenó los pulmones con el vivificante olor a mar y volvió su atención hacia el lugar donde chapoteaban sus hermanos y su jefe. Lo que vio, la hizo levantarse de un salto. Gonzalo y Carlos seguían con sus juegos, pero Luisa, que debía estar cansada, se había puesto a flotar sobre la espalda sin darse cuenta de

que la marea la arrastraba mar adentro.

—¡Luisa! ¡Luisa! —gritó, pero el fuerte rumor de las olas y el viento impidió que su hermana la oyera.

Corrió hacia la orilla y se metió en el agua con pantalones y todo sin dejar de gritar:

—¡Gonzalo! ¡Carlos!

Por fin, el primero alzó la cabeza y el movimiento enloquecido de los brazos de su secretaria le hizo saber que algo grave pasaba. Unos metros mar adentro, Luisa, quien por fin se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo, nadaba frenética en dirección a la playa. Sin embargo, la resaca era muy fuerte y lo único que conseguía era cansarse. Carlos trató de ir a rescatar a su hermana, pero Gonzalo lo agarró del brazo para impedirlo y gritó algo que Bibi no pudo entender. Por unos instantes, pareció que el adolescente no haría caso de lo que fuera que hubiera dicho, pero, unos segundos después, Bibi lo vio nadar hacia la orilla. En cuanto su hermano salió del agua, lo envolvió con una toalla y lo abrazó.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Bibi, que estaba segura de que los escalofríos que sacudían el cuerpo delgado no eran solo consecuencia del frío.

—Ha... dicho... que... me fuera. —El violento castañeteo de sus dientes hacía difícil comprender lo que decía—. Que solo... resultaría... un estorbo. Qué él conocía bien... este mar y que se había... enfrentado otras veces... a la resaca.

Bibi con el corazón latiéndole a toda velocidad y los brazos en torno al cuerpo de su hermano, vio que Gonzalo había logrado llegar hasta donde estaba Luisa. Lanzó un suspiro de alivio, aunque era consciente de que el peligro no había pasado. Permanecieron en silencio, con los ojos clavados en las dos cabezas, cada vez más pequeñas. Su jefe no trataba de nadar en dirección a la playa, sino que se dejaba arrastrar por la corriente. Uno de los surfistas, que debía haberse dado cuenta de lo que ocurría, remaba con los brazos a lomos de su tabla, en paralelo a la playa.

Por fin, después de una eternidad, Bibi notó que su jefe empezaba a nadar hacia tierra firme. El surfista los alcanzó a medio camino y, entre los dos, subieron a la niña a la tabla y la arrastraron hasta la arena.

Carlos y ella corrieron en esa dirección y cuando llegaron, ya estaban los tres fuera del agua. Luisa, a cuatro patas sobre la arena, tosía sin parar mientras

Gonzalo, acucillado a su lado, le daba golpes secos entre los omoplatos con la palma de la mano.

—Tran... tranquila, Bibi. —A su jefe apenas le quedaba resuello—. Luisa está... bien.

—¡Luisa!

Bibi se arrodilló junto a ellos y abrazó a su hermana con todas sus fuerzas y esta, que hasta entonces había aguantado las lágrimas con valentía, empezó a llorar desconsolada. Carlos las rodeó a las dos con los brazos y, aunque no lloraba, sus ojos tenían un brillo sospechoso.

Después, de un buen rato. Bibi, que no había derramado una sola lágrima, se apartó.

—Vamos a casa o cogerás una pulmonía —dijo en tono sereno, al tiempo que envolvía a la niña con una toalla que había tenido la suficiente presencia de ánimo de coger antes de echar a correr.

Luego se volvió hacia Gonzalo y el surfista, que los observaban con una sonrisa cansada.

—Gracias. Gracias —repitió y se le quebró la voz, pero, con un esfuerzo sobrehumano, logró contenerse.

Gonzalo se despidió del joven surfista con un caluroso apretón de manos. Luego, sin prestar atención a sus doloridos músculos, se volvió hacia Luisa y la cogió en brazos.

—Vamos, pequeñaja.

Luisa metió la cabeza empapada debajo de su barbilla y se aferró a su cuello con todas sus fuerzas. Bibi los seguía de cerca y Carlos, que se había echado una carrera para recoger la ropa y el resto de las toallas, cerraba la marcha. En silencio, la improvisada procesión empezó a subir por la empinada escalera.

•

Aquella noche la cena fue mucho menos alegre de lo que había sido la comida. Después de prepararle a Luisa la bañera con agua bien caliente, Bibi fue a la cocina y subió la cena de su hermana en una bandeja. La niña estaba exhausta, y cuando Bibi retiró de sus muslos la bandeja vacía y le dijo que sería bueno que procurase dormir un poco ni siquiera protestó.

Los demás cenaron en el comedor. Gonzalo no podía apartar los ojos del

rostro tenso de su secretaria. Estaba preocupado. Bibi había encerrado las extenuantes emociones de la tarde en su interior, y tenía la sensación de que estaba a punto de explotar. Ni siquiera durante los primeros días en los que trabajaron codo con codo en el despacho la había visto tan silenciosa. Se limitaba a jugar con la comida, llevándola de un lado al otro del plato con el tenedor. Y si alguien le hacía una pregunta directa, contestaba al azar.

Carlos, sin embargo, parecía haberse recuperado por completo y, en ese momento, le explicaba a su madre, con todo detalle, el secreto de una *vichyssoise* perfecta.

—¿Estás bien, Bibi? —susurró para que los otros no lo oyeran.

Ella esbozó una sonrisa mecánica y contestó también en susurros:

—Por supuesto que estoy bien. Gracias a Dios, todos estamos bien.

Gonzalo interceptó la mirada preocupada que le lanzó su madre y decidió que no era un buen momento para seguir preguntando.

En cuanto terminaron de cenar, Bibi anunció que se iba a la cama. Ellos se quedaron un rato más, hasta que finalmente su madre, que no solía acostarse tarde, se despidió también.

Gonzalo subió el último. Al pasar frente a la puerta de Bibi, se dejó llevar por un impulso y pegó la oreja a la madera. Le pareció oír un gemido. Cada vez más preocupado, llamó con suavidad con los nudillos, pero, al no recibir respuesta, decidió entrar.

Giró el pomo y entró en la habitación sin hacer ruido. A la luz de la lámpara que estaba sobre la mesilla de noche, que era la única que estaba encendida, descubrió a Bibi tumbada boca abajo sobre el colchón, con la cabeza cubierta por la almohada.

—Bibi —susurró.

Pero una vez más no recibió respuesta, así que se acercó a la cama con pasos sigilosos. Su secretaria se había cambiado y ahora llevaba uno de sus pijamas de algodón de pantalón corto y otro de esos pares de coloridos calcetines; en esta ocasión, de color naranja con nubes lavanda.

Gonzalo se sentó en el borde del colchón, que se hundió bajo su peso, y al instante Bibi apartó la almohada y se dio la vuelta.

—¿Querías algo? —preguntó confundida.

Trató de incorporarse, pero Gonzalo apoyó la mano en su hombro y se lo impidió.

—Tranquila, no te muevas. Solo quería asegurarme de que estabas bien.

Los ojos de Bibi, aunque irritados, seguían secos y, sin saber por qué, a Gonzalo ese pequeño detalle lo dejó aún más preocupado.

—Claro que sí. Estoy perfectamente.

Los labios llenos esbozaron una vez más una de aquellas sonrisas temblorosas que estaban a años luz de sus auténticas sonrisas.

—Bibi... —Gonzalo pronunció su nombre con ternura y la vio tragar saliva—. Sé que el de esta tarde ha tenido que ser uno de los episodios más sobrecogedores de tu vida.

—Pero Luisa está bien. Gracias a ti. —Sus labios temblaban y se notaba que hacía un esfuerzo para hablar con calma—. De hecho, creo que aún no te he dado las gracias como te mere...

—Deja eso ahora —la interrumpió Gonzalo con brusquedad.

Los grandes ojos grises, que habían perdido parte de su brillo, lo miraron sorprendidos.

—No entiendo...

Pero su jefe la volvió a interrumpir.

—Llora, Bibi. Llora de una vez. Lo necesitas.

Ella negó despacio con la cabeza.

—No. Yo... Yo...

Sin pararse a pensar, la abrazó y la obligó a apoyar la cabeza contra su pecho. Estaba helada y temblorosa. Los brazos femeninos se aferraron a su cintura y Bibi se apretó contra él, buscando su calor. Gonzalo la estrechó con más fuerza.

—Vamos, Bibi —susurró con la mejilla apoyada sobre los cabellos oscuros—. Desahógate de una vez.

—No... no lo entiendes. No... puedo... No puedo... hacerlo.

Las palabras salían entrecortadas de sus labios y resultaba difícil entenderla.

—¿Por qué no?

Bibi hundió la nariz en su camisa, como si tratara de esconderse en el interior de su pecho.

—Porque me da miedo mostrarme débil —confesó en voz baja después de un buen rato.

—¿Débil?

De nuevo, tardó en responder.

—Verás —dijo al fin—. Muy al principio, cuando tuve que dejar la carrera y ponerme a trabajar para mantener a mis hermanos, fue una locura. Un día llegué más de tres horas tarde a recoger a Luisa al colegio. No era la primera vez que ocurría, y una de las profesoras me denunció a los servicios sociales.

Bibi se estremeció y, una vez más, hundió la nariz contra su pecho en busca de refugio. A Gonzalo no le costó imaginar lo complicado que debía haber sido para una joven de apenas veinte años hacerse cargo de dos hermanos mucho más pequeños sin la ayuda de nadie.

—Durante dos meses viví aterrada con la idea de que me retiraran la custodia. Al principio, lo único que hacía era llorar, pero enseguida comprendí que no servía para nada. Los niños se daban cuenta y estaban cada día más asustados. Era obvio que ese estado de miedo y autocompasión no me permitía mantener la cabeza fría y eso era, precisamente, lo que más necesitaba en esos momentos. Así que me prometí a mí misma que, pasara lo que pasase, mantendría la calma. Siempre. En cualquier circunstancia.

»Estoy convencida de que fue mi aparente serenidad, y digo aparente porque lo cierto era que estaba muerta de miedo, lo que acabó de convencer a la asistente social de que era perfectamente capaz de hacerme cargo de los niños. Y, desde entonces, no he vuelto a llorar. Nunca. Ni siquiera a solas en mi dormitorio.

Al oír aquello, Gonzalo la estrechó con más fuerza. Era increíble que una mujer tan frágil en apariencia fuera al mismo tiempo tan fuerte. Bibi era admirable; jamás había conocido a una persona más valiente.

—Si quieres llorar ahora no te cortes. Prometo que no se lo contaré a nadie.

Más que verla, la sintió sonreír.

—Muchas gracias por el ofrecimiento. —Se incorporó y negó con la cabeza—. Pero creo que en esta ocasión tampoco será necesario. Ya estoy mucho más tranquila.

Gonzalo le sujetó el rostro entre las manos y la examinó con detenimiento. En efecto, la tensión había desaparecido de sus facciones. Volvía a ser la Bibi de siempre, de rasgos dulces y ojos luminosos.

—Entonces, será mejor que me vaya. Sería terrible que alguien nos sorprendiera en estos momentos. Un jefe abrazando a su empleada en su dormitorio a altas horas de la noche... —Chasqueó la lengua varias veces, con expresión maliciosa.

Las mejillas de la susodicha empleada adquirieron ese característico tono rojo furioso que Gonzalo había descubierto que le encantaba.

—Yo... no...

Pero su jefe interrumpió sus penosos tartamudeos.

—Ahora en serio, Bibi. —Volvió a clavar sus pupilas en las suyas—. Quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que quieras. Ya no hace falta que te enfrentes a todo tú sola. Si me necesitas, aquí me tienes. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. Buenas noches.

—Buenas noches.

La dulzura de su sonrisa era irresistible. Y, por enésima vez, Gonzalo sintió unas ganas terribles de besarla en la boca. Con determinación, refrenó ese impulso tan inconveniente y se limitó a depositar un casto beso sobre su frente antes de ponerse en pie y salir del dormitorio.

•

Bibi se dejó caer de espaldas sobre la cama con una sonrisa embobada. La presencia de Gonzalo en su dormitorio había actuado igual que un borrador mágico, y la terrible angustia que apenas le había dejado probar bocado a la hora de la cena se había desvanecido como por ensalmo.

La había abrazado, se dijo en estado de trance. Y en esta ocasión no se podía decir que lo había hecho porque era la que estaba más a mano. Además, el abrazo se había prolongado varios minutos.

Y no. No había sido uno de sus sueños. Había sido real. Muy real. Todavía notaba el calor de su piel en la mejilla. Aún tenía en las fosas nasales el rastro de ese misterioso olor —una mezcla embriagante de pecado y paraíso— que era solo suyo.

En los últimos días, Bibi había hecho nuevos e importantes descubrimientos acerca de la personalidad de su jefe: uno, Gonzalo Sanmartín no era el caballero, siempre cortés pero distante, de sus fantasías. Para nada. Era un hombre muy cercano y cariñoso, que se preocupaba sinceramente por los demás. Y, por si fuera poco, tenía madera de héroe. En realidad, eso sí que formaba parte de sus fantasías. Pero una cosa era fantasear sobre ello, y otra muy distinta haberlo visto esa misma tarde, en vivo y en directo, arriesgando su vida para salvar la de su hermana. Y, encima, se comportaba como si aquella hazaña no tuviera nada de extraordinario. Dos, cantaba increíblemente bien. Tres, no le gustaban las ostras. Bueno, Bibi tuvo que reconocer que quizá eso no era un descubrimiento comparable al de su heroísmo. Sin embargo, en todas sus citas imaginarias en restaurantes de lujo, su jefe siempre pedía ostras para cenar mientras ella se veía obligada a contener arcada tras arcada al verlo llevarse a la boca aquellos bichos gelatinosos. Así que, se mirase por dónde se mirase, lo consideraba un puntazo.

«¡Oh, cielos, Rolo está completamente equivocado!» se dijo soñadora. «El señor Sanmartín no es en absoluto un tío como los demás. Y, desde luego, estoy segura de que también se equivocó en el resto de sus predicciones».

Después de aquella revelación casi divina, el cansancio acumulado por la tensión de las últimas horas le pasó factura y se quedó dormida con una sonrisa de felicidad prendida en los labios.

Capítulo 33

Tatiana no le había hecho más confidencias y, algo en su actitud, le había impedido seguir interrogándola. El resto de la fiesta transcurrió con normalidad. Mejor dicho: con «relativa» normalidad. Rolo no estaba acostumbrado a que todos los hombres de los alrededores se lanzaran en picado sobre su pareja, igual que moscones hambrientos. A él tampoco le habían faltado admiradoras, pero, cosa rara, no había sentido el menor deseo de coquetear con ellas como habría hecho en cualquier otra ocasión y se había limitado a vigilar a los que se acercaban a su rubia con gesto amenazador.

En la única ocasión en la que había conseguido alejarla de aquellos babosos para bailar una canción lenta, ella lo había mirado con expresión de aprobación.

—Estás haciendo muy bien tu papel de novio celoso, Rolo. Creo que todos los amigos de mis padres ya lo han captado, así que te doy permiso para relajarte y divertirte un poco. Hay un montón de chicas guapas en la fiesta.

Por supuesto, aquel desinterés palpable le sentó como un tiro, así que la estrujó un poco más entre sus brazos y respondió con aparente indiferencia:

—No te preocupes. Solo trato de que me subas el sueldo.

Tatiana frunció el ceño ligeramente.

—Veré lo que puedo hacer, pero no sé si será posible.

«Menuda mierda de concepto tiene de mí», se dijo cabreado. «¿Cómo la voy a enamorar si piensa que no soy más que una rata que solo busca su dinero?».

Aquella inesperada reflexión lo horrorizó. Y ¿para qué quería enamorarla, si podía saberse? ¿Acaso se le estaba escapando el asunto de las manos?

Por fortuna, la protesta de Tatiana lo distrajo de aquella terrible sospecha.

—Me estás ahogando.

—Perdona.

Rolo aflojó un poco la presión de sus brazos, pero sentir ese cuerpo, suave y esbelto, tan cerca del suyo, era demasiada tentación. Con decisión, colocó una mano en cada una de sus caderas y la apretó contra él.

—¿Qué haces? —siseó ella con los ojos echando chispas.

—Joder, Taty, sería un novio muy raro si no arrimara un poco la cebolleta, ¿no crees?

Tatiana lo empujó un poco para alejarse.

—¿Tienes que ser tan vulgar?

—Creía que eso era, precisamente, lo que más te gustaba de mí.

No sabía por qué, pero Rolo se sentía cada vez más enfadado. Su cercanía, el olor de su perfume, ligero y seductor, y los estúpidos celos que le habían asaltado al verla rodeada de admiradores le estaban pasando factura. De pronto, cayó en la cuenta de que, en efecto, aquello se le estaba yendo de las manos. Que en algún momento y sin saber muy bien cómo, lo que había empezado como un divertimento pasajero amenazaba con volverse algo muy serio.

Notó que se le humedecían las palmas de las manos.

«Tonterías, tonterías», se repitió tratando de convencerse a sí mismo, pero era inútil.

Ya no podía engañarse más: el extraño dolor, que sentía tan a menudo a la altura del corazón y que hasta el momento había descartado como simples gases, había llegado para quedarse.

No sabía si porque de manera inconsciente había vuelto a apretarla contra él con fuerza o por qué otro motivo, el caso fue que Tatiana se detuvo en mitad de la pista y dijo con frialdad:

—Será mejor que dejemos este estúpido baile para otra ocasión.

«¿Estúpido? ¿El baile que acaba de abrirme los ojos? ¿El mismo que me ha hecho darme cuenta de que, por primera vez en mi vida, estoy enamorado?».

Una furia ciega se apoderó de él. Sin decir palabra, Rolo la agarró del brazo y la condujo hasta una de las puertas acristaladas. En cuanto salió al jardín, la empujó contra una de las paredes de la casa, a salvo de miradas indiscretas, sujetó con una mano la nuca que el recogido dejaba al aire, apoyó la otra contra el muro y atrapó su boca con la suya con una pasión que no recordaba haber sentido jamás. Notó las manos de ella contra su pecho, en un intento inútil de alejarlo, pero eso no lo detuvo y siguió besándola con una avidez que no podía controlar. En lo único que podía pensar era en fundirse contra su cuerpo; en que necesitaba que Tatiana lo deseara a él con la misma desesperación. Nunca supo

qué fue lo que le hizo recobrar la cordura, pero, de repente, la soltó y dio un paso atrás.

Tatiana se quedó recostada contra el muro, como si necesitara el apoyo de este para seguir en pie. Su pecho subía y bajaba muy agitado por debajo de la fina tela del vestido, y un mechón de pelo rubio que se había escapado del recogido le rozaba ahora la piel desnuda del hombro. Tenía un aspecto tan deseable que, si no hubiera sido por el odio que destilaban sus pupilas, la habría incrustado contra el muro y la habría besado de nuevo.

—Perdóname. No entiendo... —Rolo movió la cabeza en una negativa desesperada mientras se pasaba una mano temblorosa por el pelo—. No sé qué demonios me ha pasado.

Pero ella se limitó a mirarlo con esa expresión de aborrecimiento que le ponía la carne de gallina. Por fin, después de inspirar profundamente un par de veces, rompió su silencio y dijo en un tono sereno, cargado de desdén:

—Pensé que eras un tipo inofensivo, pero veo que me he equivocado.

Rolo volvió a pasarse la mano por el pelo con nerviosismo. No sabía qué le disgustaba más: que lo considerase un tipo inofensivo, o el hijo de puta en el que, por unos minutos, se había convertido.

—Yo...

Intentó encontrar una explicación, aunque no tenía ni idea de qué era lo que podía alegar en su defensa. Siempre había despreciado a los tíos que se imponían a las mujeres por la fuerza o que no aceptaban un «no» por respuesta. Y, de pronto, se había convertido en uno de ellos.

Era consciente de que a Tatiana no le gustaba que la tocaran. Al principio había pensado que era él quien le daba repelús, pero esta noche había podido estudiarla a sus anchas mientras conversaba con otros hombres. Reía, hablaba y coqueteaba con todos, pero en ningún momento la había visto permitirle a ninguno de ellos que se tomara libertades, más allá del par de besos de rigor en las mejillas.

Desde que la conocía, Tatiana nunca había dado muestras de que recibiría sus caricias con agrado —más bien todo lo contrario— y, aún sabiéndolo, no había dudado en besarla. Porque quería. Porque estaba furioso con ella por no querer. No era propio de él actuar así. ¿Era, tal vez, porque el resto de las mujeres habían caído siempre víctimas de su encanto sin tener que esforzarse demasiado? ¿Era, quizá, porque se le negaba algo que deseaba con todas sus fuerzas? Cómo

hacía siempre que estaba ante cualquier dilema moral pensó en Bibi, ¿qué pensaría ella de su comportamiento?

—¿Perdona? —preguntó.

Tatiana acaba de decirle algo, pero estaba tan concentrado en su monólogo interior que no se había enterado.

—Aquí termina nuestro acuerdo. Ya no somos novios, y tampoco necesito que sigas entrenándome.

«No. No. No». Aquello iba de mal en peor.

Rolo trató de hablar con calma.

—¿Qué tontería es esa? —Volvió a pasarse la mano por el pelo cada vez más despeinado—. La media maratón es la próxima semana. Ya he comprado los dorsales.

No sabía ni lo que decía; lo único que tenía claro era que no podía permitirse no volver a verla.

—Pues devuélvelos.

Tatiana se separó del muro y echó a andar en dirección a la casa.

—¡Espera!

Posó la mano sobre su hombro para retenerla, pero ella perdió de golpe la frialdad y se apartó con violencia.

—¡No me toques!

Al detectar una nota de histeria en su voz, Rolo se apresuró a levantar las manos en el aire.

—Tranquila, tranquila. No te toco, ¿ves?

No se le escapó el temblor de los labios femeninos, antes de que Tatiana se los mordiera con fuerza para disimularlo.

—Solo quiero hablar.

—No tenemos nada más que decirnos.

—Sí, sí que tenemos. Tienes que perdonarme. La culpa la tiene el alcohol — Tatiana se rió sin ganas—. ¡Es verdad, tienes que creerme! Soy un tío deportista y no estoy acostumbrado a beber. Te juro que no volverá a ocurrir. Solo ha sido un beso de nada...

Al ver el modo en que ella entrecerró los párpados se apresuró a enmendar su error.

—Tienes razón, no tenía ningún derecho a besarte. ¡Pero no puedes romper nuestro acuerdo así sin más!

—Se ve que necesitas el dinero con urgencia.

«Sí», Rolo pensó con rapidez. «Si cree que solo ando detrás del dinero descartará cualquier otro motivo más personal, que es claramente lo que la asusta».

—Sí, con urgencia —dijo en alto—. Hay unos tíos muy chungos que no están nada contentos conmigo.

Tatiana consideró la cuestión durante una eternidad, al menos eso le pareció a Rolo, que no se perdía ni una sola de las emociones que pasaban por su rostro.

—Júrame que no volverá a ocurrir nada parecido —exigió ella por fin.

—¡Te lo juro! —Rolo se llevó una mano al corazón.

No parecía muy convencida, pero alguna divinidad debió de intervenir en favor de Rolo, porque, justo en ese momento, apareció el padre de Tatiana con una copa en la mano.

—Quería hablar un momento a solas contigo, hija.

Aquello, al parecer, decidió la cuestión.

—Puedes hablar delante de mi novio, papá. Entre nosotros no hay secretos.

Su padre apretó los labios.

—Aún así —dijo con voz suave, en un esfuerzo evidente por contener su carácter autoritario—. Preferiría que él no estuviera delante.

Rolo la miró expectante. Si ella le hacía la menor señal, se desharía de aquella gárgola siniestra en un periquete.

—¿Te importaría traerme otra copa, Rolo? La mía ya está muy aguada.

Obediente, Rolo se alejó de ellos en dirección a la barra, decidido a no perderlos de vista ni un segundo. Padre e hija se alejaron un centenar de metros y, aunque los veía gesticular —sobre todo a él—, era imposible oír nada de lo que decían.

•

—¿Puede saberse de dónde has sacado este...? —Con un visible esfuerzo, el padre de Tatiana logró controlarse una vez más—. Este novio.

—Lo conocí a través de Gonzalo.

Tatiana se alegró de no tener que mentir o, dicho de otra manera, de que lo que contaba fuese verdad, al menos en parte. No porque le diera el menor cargo de conciencia mentir a su padre, sino porque así se ahorra el preocuparse por meter la pata más tarde.

—¿Gonzalo Sanmartín? —Su progenitor alzó las cejas con incredulidad—. ¿Gonzalo es amigo de semejante, semejante...

—¿Guapazo? —preguntó Tatiana con expresión inocente—. Sí, reconozco que Rolo es uno de los hombres más guapos que he visto en mi vida. Gonzalo y él tienen una buena amiga común.

—¿Una amiga?

—Puede que en breve se convierta en algo más. Creo que Gonzalo se está enamorando.

Aquel comentario indiferente terminó de sacar a su padre de sus casillas.

—¡No entiendo que hayas podido ser tan estúpida como para dejar escapar semejante partido! No encontrarás a un hombre como Gonzalo Sanmartín ni en un millón de años.

—Puede que no, pero tampoco creo que lo busque. Ya tengo a Rolo.

—Rolo. —Pronunció el nombre con tanto desdén que se le escaparon unas gotas de saliva.

Tatiana hizo un mohín mimoso.

—¿No te gusta, papito?

—¡No! Tendrás que olvidarte de él o te cortaré el grifo.

Su hija chasqueó la lengua y le lanzó una mirada, cargada de compasión, que pareció enfurecerlo aún más.

—Papi, papi... —Tatiana movió la cabeza con fingida tristeza—. Qué bien hice en exigir que pusiéramos nuestro pequeño acuerdo por escrito. Te recuerdo que quedamos en que seguirías pasándome una cantidad durante «x» años o hasta que encontrara un marido apropiado con el que sentar la cabeza. No querrás que proclame a los cuatro vientos que no tienes palabra, ¿verdad?

Tatiana conocía bien los puntos débiles de su padre y uno de los más débiles era su manía de no echarse nunca atrás si había dado «su palabra», como él decía con aire de superioridad. Algo que en un principio podía parecer encomiable, pero que, llevado a ciertos extremos, podía resultar —como ella misma había experimentado en sus carnes— letal.

La tez de su interlocutor adquirió un pronunciado tono púrpura, claramente visible incluso a la luz tenue que emitían los farolillos desparramados por el jardín.

—Y ¿eso es lo que tú consideras «apropiado»? ¿Pretendes casarte con él?

Su hija se encogió de hombros.

—Bueno, aún estamos conociéndonos.

De pronto, su padre soltó una carcajada en la que no había ni rastro de humor.

—¿Sabes qué? No creo que tengas estómago para casarte con un tipo como ese. Imagino que todo esto es uno más de tus desafíos infantiles. Sigues siendo la misma cría rebelde de siempre.

—¿Rebelde? —Debajo de la suavidad de su tono había una nota acerada—. Te recuerdo que fueron tus «sabios» consejos los que seguí cuando me casé. No parece que tengas buen ojo para elegirme pareja.

—¿Vas a volver con eso otra vez? —Su padre agitó la mano en el aire, como si tratase de espantar un inoportuno moscón—. Te comportaste como una niña histórica. Marcos no era un mal tipo y, además, le había dado mi palabra. Lo único que le reprocho fue que te dejase sin un duro.

Tatiana apretó los labios hasta que se convirtieron en una delgada línea blanca y tardó un rato en responder. Sin embargo, pese a que hervía de furia, lo hizo con la misma suavidad con la que había hablado hasta entonces.

—Me da igual lo que pienses. Y, respecto a Rolo, haré lo que me dé la gana. Tus amenazas no me asustan lo más mínimo.

—¿Serás capaz de casarte con él? ¿Solo por fastidiarme? —Su padre alzó una de sus pobladas cejas, burlón—. No lo creo y, por si lo has olvidado, quedan poco más de tres meses para que venza nuestro acuerdo. Y cuando lo haga, tienes mi palabra de que no vas a recibir ni un euro más de mí.

—¿Tres meses solo? Hay que ver cómo pasa el tiempo. —Tatiana se tapó la

boca con delicadeza para ahogar un bostezo—. Y, por cierto, te agradecería que le dijeras a tus esbirros que dejen de perseguirme a todos lados, al principio me hacía gracia, pero empieza a resultar molesto.

—¿Esbirros? —Su padre la miró con expresión de perplejidad—. No sé de qué me hablas.

—Seguro que no —replicó sarcástica—. En fin, no te preocupes, papi. Si me caso te prometo que serás el primero en enterarte. Eso sí, no te hagas demasiadas ilusiones. No creo que te invite a la boda.

Sin más, dio media vuelta y se alejó con paso relajado en dirección a la casa.

•

Rolo se acercó a ella en cuanto la vio llegar. Una vez más, era como si se hubiera envuelto en una capa de hielo. Sin embargo, su instinto le avisó de que no estaba tan serena como parecía.

—Toma, tu copa.

Tatiana la cogió, dio un largo trago y la dejó sobre una mesa cercana.

—Nos vamos.

—Tus deseos son órdenes, rubia.

Al escuchar su característico tono burlón, ella lo miró a los ojos y Rolo creyó detectar en los suyos un destello de alivio.

—Veo que vuelves a ser tú mismo.

—Yo siempre soy yo mismo, excepto cuando bebo.

Le hizo un gesto galante para que pasara delante de él. En realidad, le habría gustado agarrarla de la cintura, pero no se atrevió.

—Entonces me aseguraré de que mientras dure nuestra asociación no pruebes ni una gota de alcohol —dijo ella en un tono que no admitía discusión.

—Ni una gota, te lo prometo.

Rolo estaba dispuesto a prometer lo que fuera con tal de conservar el *statu quo*. Sobre todo, si se trataba de un compromiso que no le resultaría demasiado difícil de cumplir. Una copa era lo máximo que solía beber en una noche de juerga.

El trayecto hasta la casa de Tatiana lo hicieron en silencio. Ella miraba por la

ventanilla, abstraída, y Rolo no quiso interrumpir sus pensamientos puesto que él también estaba muy concentrado en los suyos.

Aquella noche había hecho un montón de descubrimientos con respecto a su novia postiza: uno, la rubia se llevaba fatal con su padre, lo que tampoco era de extrañar porque saltaba a la vista que el viejo era un bastardo autoritario. Dos, desconocía lo que había pasado en aquel matrimonio con un hombre mucho mayor que ella, pero era obvio que la había dejado marcada. Tres, tras aquella fachada de pija odiosa se escondía algo, seguramente relacionado con lo anterior, que él estaba decidido a averiguar. Cuatro, cuando la había besado en profundidad había oído campanas, o violines, o puede que fueran arpas melodiosas. Desconocía el nombre exacto del instrumento, pero era pensar en aquella boca deliciosa pegada a la suya y se ponía durísimo. Cinco, Bibi tenía razón. Como a todo cerdo, a él también le había llegado su San Martín particular: se había enamorado de una mujer que lo ignoraba por completo.

El asunto acojonaba, de acuerdo. Por una vez, Rolo no tenía nada claro que fuera a ser capaz de camelarse a una chavala. Además, la rubia no era para nada como había imaginado a la mujer de su vida. Claro que, para ser sinceros, jamás había dedicado ni un segundo a fantasear a propósito de esa criatura casi mitológica. Había estado demasiado concentrado en pasarlo bien, acostándose con unas y con otras. Pero, si en algún momento se hubiera parado a pensarlo, estaba convencido de que nunca habría soñado con una tía tan borde ni tan estirada ni, todo había que decirlo, tan increíblemente guapa.

En fin, Rolo se encogió de hombros con fatalismo, las cosas venían como venían y era absurdo pedirle explicaciones al karma, al destino o a Perico el de los palotes. Esa rubia era su rubia y no había más que hablar.

Habían llegado. Giró la llave de contacto y, al instante, el desagradable ruido del motor dio paso a un silencio ensordecedor.

—Ya hemos llegado. —Su voz resonó en el interior del vehículo y notó que ella daba un respingo—. Te acompaño a tu piso.

—No te molestes.

Pero él ya se había bajado del coche y luchaba por abrir la puerta del lado del pasajero.

—No discutas, rubia. —Rolo le tendió la mano y la ayudó a salir—. Me aseguraré de que llegas sana y salva. Puede que un asesino aceche en el rellano de la escalera.

—Creo que me preocupa más tu comportamiento que el de un improbable asesino.

—¡Ay! —Su acompañante se encogió como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago—. Ya te he dicho que no tienes nada que temer. Hace tiempo que se me pasaron los efectos del *gintonic*.

De alguna manera, su actitud despreocupada debió de tranquilizarla porque, a regañadientes, accedió a que la acompañara. Subieron en silencio en el ascensor hasta el tercer piso. Tatiana sacó la llave del bolso diminuto que llevaba en la mano y abrió la puerta.

—Espera.

Rolo la sujetó de los brazos antes de que entrara y la detuvo. Un destello de temor asomó en los ojos azules, pero él se apresuró a tranquilizarla.

—Quiero que sepas que jamás te haría daño —afirmó muy serio, con las pupilas clavadas en las suyas.

Ella se limitó a devolverle la mirada sin decir nada.

—Nunca. Jamás. ¿Me crees? —insistió.

Tatiana se apartó con brusquedad.

—Más te vale. Si no, ya sabes que te arriesgas a no cobrar ni un euro.

Sin despedirse, desapareció en el interior y cerró con un portazo.

Rolo se quedó mirando la madera oscura de la puerta con fijeza. Sin darse cuenta había apretado los puños con fuerza, y solo el dolor que sintió al clavarse las uñas en las palmas lo hizo volver a la realidad.

•

Tatiana se recostó contra la puerta y cerró los ojos. Por fin había acabado aquella noche infernal. No era que hubiese abrigado la esperanza de pasárselo de muerte en la fiesta, pero tampoco había imaginado que su padre elegiría un lugar tan público para enfrentarse con ella.

Y ese beso...

Con los labios apretados, se agachó, se quitó uno de los zapatos de tacón y lo arrojó con furia contra la pared. Luego hizo lo mismo con el otro. Estaba enfadada consigo misma por no haberlo visto venir. Al fin y al cabo, los hombres que la rodeaban, antes o después, siempre hacían el intento. Sin embargo, el

comportamiento habitual de cachorro jugueteón de Rolo no la había preparado para una escena semejante. Lo último que esperaba era que la estrujara entre sus brazos y empezara a besarla con esa fiereza. Por unos segundos, su mente le había jugado una mala pasada; había confundido a Rolo con su ex y había estado a punto de sufrir un ataque de pánico.

Se llevó una mano temblorosa a la cabeza y empezó a soltar las horquillas del recogido.

Por fortuna, la confusión no había durado mucho. Los besos de Rolo, aunque apasionados y no deseados, no eran de los que dejaban los labios en carne viva. Tampoco le había dado ningún salvaje tirón de pelo ni le había clavado los dedos en las mejillas hasta dejarle marcadas las huellas en la piel. De hecho, casi al final, la había sorprendido sentir una pizca de deseo. Hacía tanto tiempo que no experimentaba nada parecido, que ya apenas recordaba lo que era. Pero aunque no había durado más allá de un segundo, estaba segura de que no se había equivocado.

Se ahuecó la melena con los dedos y caminó descalza hasta el dormitorio. Deslizó la cremallera hasta abajo, se sacó el vestido por la cabeza y lo arrojó encima de una silla. En ropa interior, se metió en el cuarto de baño y empezó a desmaquillarse delante del espejo. Un ritual de belleza tan corriente, que lo llevó a cabo como un autómatas, concentrada de lleno en sus pensamientos.

Rolo. Frunció los labios al pensar en su novio por meses.

Ni siquiera él ignoraba que le había ofrecido ese trabajo para fastidiar a sus padres. Desde el principio, lo había catalogado como un tipo de pocas luces. Un hombre tosco, dueño de un innegable atractivo físico, pero con la cabeza completamente hueca. Sin embargo, ya no estaba tan segura de que aquella suposición fuera acertada. Había algo en su mirada cuando le había jurado que nunca le haría daño; como si hubiera conseguido traspasar la coraza con la que se protegía y ver algo del dolor que llevaba oculto en su interior.

Con un suspiro, tiró el algodón usado a la papelera. Estaba cansada de luchar y lo último que le apetecía era enfrentarse a un hombre que viera más de la cuenta. Se lavó los dientes y regresó al dormitorio. Se quitó la ropa interior y se metió en la cama desnuda, sin dejar de darle vueltas a la cabeza.

En cualquier otro momento, lo habría apartado de su lado sin dedicarle un pensamiento, se dijo convencida. Pero había en juego algo mucho más importante que un poco de orgullo y, por desgracia, necesitaba a Rolo para llevar a cabo sus planes.

Capítulo 34

Bibi saltó de la cama al día siguiente con una vitalidad que demostraba que ya estaba recuperada por completo. Afuera estaba lloviendo a mares. Abrió la puerta ventana dejando que el olor de la lluvia invadiera el dormitorio y aspiró con deleite mientras pensaba en lo distinto que era aquello de su pisito en pleno centro de Madrid.

—¿Estás visible?

Sin esperar respuesta, Luisa, en pijama y con una sudadera vieja de su hermano por encima, se coló hasta adentro y se abrazó a la cintura de su hermana mayor.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó esta devolviéndole el abrazo.

—Divina de la muerte. Reconozco que ayer estuve al borde de sufrir un trauma de esos que marcan tu juventud y te hacen caer en las drogas, pero he dormido como un bebé y, cuando sale el sol, las cosas se ven de otro color.

Bibi contuvo una sonrisa al oír el lenguaje redicho de su hermana. Saltaba a la vista que Luisa volvía a ser la de siempre.

—Tuvimos mucha suerte de que Gonzalo estuviera allí —dijo Bibi y, una vez más, se estremeció al pensar en lo que podía haber ocurrido.

Luisa se separó de ella y la miró con gesto grave:

—Tengo que hacerte una pregunta.

—Uy. Qué sería te has puesto, me estás asustando —bromeó su hermana mayor.

—Tengo que confesarte algo. —Luisa hizo una pausa dramática, inspiró con fuerza y lo soltó de golpe—: Yo también me he enamorado de tu jefe. Pero como tú lo viste primero, quería saber si cuando tú te mueras dejarás que me case con él.

Bibi apretó los labios para contener una sonrisa y respondió en el mismo tono solemne:

—Si estoy muerta será difícil que pueda impedirlo.

Su hermana frunció el ceño.

—Eso es verdad. Pero lo que quiero saber es si me odiarías por ello.

—Hum. —Bibi fingió pensarlo con detenimiento—. Creo que no te odiaría, es más, creo que me alegraría de saber que está en buenas manos.

La sonrisa de Luisa adquirió un matiz luminoso.

—Eso sí, espero que no te dé por hacerme vudú para quitarme de en medio —se apresuró a añadir Bibi.

—Por eso no te preocupes. No tengo prisa. Me conformo con verlo contigo. Es tan guapo... —Soltó un hondo suspiro cargado de melancolía, pero se recuperó en el acto—. Por cierto, me muero de hambre.

—¿No te encanta este olor?

Bibi cerró los ojos y volvió a aspirar con deleite la mezcla de olor a mar y tierra mojada que invadía el dormitorio.

—Sí, pero me gusta aún más el de las tortitas que está preparando Carlos ahora mismo en la cocina.

—¡Tortitas!

Bibi que apenas había cenado la noche anterior, se dio cuenta de que ella también tenía un hambre feroz.

—Por lo visto a la madre de Gonzalo le encantan. ¡Vamos antes de que se acaben!

—Deberíamos ducharnos y vestirnos...

—¡No hay tiempo se las comerán todas! —la interrumpió Luisa en tono dramático, tirando con fuerza de su brazo.

Bibi estaba demasiado hambrienta para discutir, así que se puso un jersey encima del pijama y la siguió a toda prisa escaleras abajo. La cocina olía de maravilla y estaba de lo más concurrida. Tanto Julia —a la que Carlos había prohibido terminantemente mover un dedo— como Irene, que estaba en su silla de ruedas en bata y camisón, observaban con admiración la soltura con la que el joven cocinero se movía en la acogedora cocina y aplaudían con entusiasmo cada vez que lanzaba al aire una de las tortitas para darle la vuelta, y la recogía con habilidad en la misma sartén.

—¡Nosotras ponemos la mesa!

Entre risas, pusieron los platos encima de la mesa de sobre de estaño mientras la montaña de tortitas que Carlos iba apartando en una fuente crecía por momentos.

—Menuda fiesta habéis montado. ¿Hay sitio para mí?

Atraído por el jolgorio, Gonzalo Sanmartín se asomó a la cocina.

—¡Pues claro!

Luisa le dio un efusivo beso de buenos días y corrió a poner otro cubierto.

Bibi miró a Gonzalo. Se le debían haber pegado las sábanas, porque él también iba en pijama, aunque se había puesto una elegante bata de seda por encima. Lo encontró más atractivo que nunca con aquel favorecedor despeinado mañanero y, avergonzada, se tiró un poco del jersey diciéndose que debería haberse cambiado antes de bajar.

Notó la mirada de su jefe fija en sus calcetines y sintió que se le subían los colores.

—Me encantan tus calcetines, Bibi. Nunca te veo repetir modelo.

—A mí también me encantan —dijo su madre—. Tienen pinta de ser muy abrigados.

—Lo mejor que tienen —Carlos colocó la fuente repleta de tortitas en el centro de la mesa y empezó a servir las en los platos— es que si en alguna fecha señalada no se te ocurre qué regalarle, siempre puedes añadir un par a su colección.

El hermano de Bibi cogió de la encimera una bandeja llena de salseras y comenzó a repartirlas también.

—Esto es una mermelada de ruibarbo con jengibre y otros ingredientes secretos, que es mi especialidad. La nata, chocolate suizo recién derretido y, para los más sanos, estas fresas tempranas que he recogido en el huerto.

Las salseras fueron pasando de mano en mano, y los comensales se abalanzaron sobre las tortitas como si no hubieran comido en los últimos diez años.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta y Julia se levantó para abrir.

—Debe de ser Telmo, mi ahijado. Quedó en que vendría hoy a hacerme una visita —dijo Irene.

Al ver que su hijo hacía una mueca, lo miró con el ceño fruncido en señal de advertencia.

•

Poco después, un hombre moreno muy atractivo que debía tener la edad de Gonzalo entró en la cocina.

—Veo que os pillo en plena fiesta, madrina.

El recién llegado se inclinó para besar a su tía. Luego saludó a Gonzalo con un gesto de la barbilla y miró con curiosidad al resto de los presentes, aunque su primo notó que sus ojos se detenían en el rostro de Bibi con especial insistencia.

—¿Vais a presentarme o no?

—Por supuesto, Telmo —afirmó su madrina, sonriente—. Son Bibi, Luisa y Carlos Guzmán. Van a pasar unos días con nosotros.

El recién llegado estrechó la mano de Carlos antes de inclinarse con una rebuscada reverencia delante de las dos hermanas.

—*Enchanté, mes dames!*

A Luisa se le escapó una risita coqueta, y Telmo aprovechó para sentarse en una silla vacía que quedaba entre las dos. En cuanto Julia le pasó un plato, se sirvió una generosa ración de tortitas y probó el contenido de todas las salseras mientras bromeaba sin cesar con las dos hermanas.

—¿Te quedas a comer? —le preguntó Irene a su ahijado cuando de las tortitas no quedaba ya más que el recuerdo.

Gonzalo, que estaba harto de ver a su primo monopolizar a Bibi, intervino al instante.

—No creo que pueda, mamá. Tú misma comentaste que Telmo estaba hasta arriba de trabajo.

A su madre no se le escapó la hostilidad de su hijo y se obligó a contener una sonrisa.

—Gonzalo tiene razón, madrina. —Telmo negó con la cabeza con gesto apesadumbrado—. Me temo que no voy a poder escaparme.

—A lo mejor puedes venir más tarde —insistió su madrina—. Gonzalo ha quedado a cenar en Santander. El resto cenaremos aquí temprano; tenemos pendiente una partida de Risk.

—¿Risk? Hace un montón que no juego.

—Es muy divertido —lo animó Bibi con una cálida sonrisa—. A nosotros nos encantan los juegos de mesa. Mi amigo Rolo siempre nos acusa de ser una pandilla de ludópatas, y eso que nunca nos jugamos ni un céntimo. Con la gloria del vencedor nos basta y nos sobra.

«Ya salió a relucir también el cachas», se dijo Gonzalo cada vez más molesto.

Lo cierto era que la mañana, que había empezado tan bien, se estaba empezando a torcer.

—No puedo resistirme. —Telmo le devolvió la sonrisa, y a su primo le dieron ganas de borrarla de un manotazo—. Aquí estaré a las nueve en punto dispuesto a llevarme el honor y la gloria.

Aquel desafío fue recibido con unos cuantos abucheos por parte de los miembros más jóvenes, y el desayuno terminó en el mismo ambiente festivo con el que había empezado.

•

Afuera seguía lloviendo con fuerza, así que Carlos y Luisa pidieron permiso para explorar la casa; en especial, el desván. Irene aprovechó para echar una partida de cartas con su viejo amigo, que había ido de visita, y Gonzalo y Bibi se encerraron en la biblioteca dispuestos a darle otro empujón a las tareas pendientes.

Media hora después, Gonzalo levantó la vista de los documentos que tenía encima de la mesa y la posó en Bibi que, en su rincón junto a la ventana, tecleaba en el portátil muy concentrada.

Le gustaba su perfil, se dijo. Tenía la barbilla un poco puntiaguda y la pequeña nariz se curvaba hacia arriba de un modo algo infantil. La vio retirarse un mechón de pelo oscuro y colocárselo detrás de la oreja sin perder la concentración. En realidad era muy guapa. No era una mujer despampanante como Tatiana, pero había algo en sus rasgos que hacía que te sintieras a gusto simplemente mirándola. La suya era una belleza reconfortante, si es que se podía describir así, y él se sorprendía contemplándola cada vez más a menudo.

Se notaba que Telmo había pensado lo mismo, se dijo con el ceño fruncido. Nunca había soportado a su primo. Habían sido rivales desde niños. Competían por las notas, las marcas deportivas... Hasta habían rivalizado en alguna ocasión

por el afecto de alguna de las chicas de la pandilla. Pero, a diferencia de él, Telmo se consideraba un seductor y, en más de una ocasión, Gonzalo había deplorado su comportamiento poco caballeroso.

Tendría que avisar a Bibi, decidió. Su secretaria era una mujer muy vulnerable, y no iba a permitir que un donjuán de provincias se aprovechara de ella.

•

Mientras tanto, la «mujer vulnerable», que hacía un rato que había terminado de redactar el documento en el que estaba trabajando, soñaba despierta con el abrazo que le había dado su jefe la noche anterior. Y si alguien se hubiera interesado respecto a la impresión que le había causado Telmo de Toledo, habría preguntado con un parpadeo desconcertado: «Y ese, ¿quién es?».

Lo cierto era que su obsesión por su jefe, lejos de desaparecer, se reforzaba cada día. Eso sí, cuando Gonzalo le pidió que reservara una mesa en un conocido restaurante de Santander para llevar a una de esas pseudonovias que no paraban de llamarlo, le entraron ganas de retorcerle el pescuezo con sus propias manos.

Se regañó a sí misma, diciéndose que no debía hacerse ilusiones. Que a pesar de que el trato con su jefe había cambiado un montón en los últimos tiempos, la distancia entre los dos seguía siendo de, al menos, un par de galaxias. Que no tenía nada que hacer frente a aquellas mujeres altas, delgadas, sofisticadas y con pedigrí con las que él salía. Que...

—Bibi, me gustaría decirte algo, pero espero que no te lo tomes a mal.

La voz de su jefe interrumpió ese eterno flagelarse.

—¿A mal? Por supuesto que no —respondió sonriente.

—Verás, se trata de mi primo.

Bibi necesitó unos segundos para situarse y recordar su nombre.

—¿Telmo?

—El mismo. Quería advertirte que no es un tipo de fiar.

Estuvo a punto de lanzar una carcajada al oír aquello. A veces tenía la sensación de que su jefe la consideraba una inocentona sin remedio.

—¿No? —Abrió mucho los ojos con expresión angelical.

—Para nada.

¿Estaría un poquito celoso?, se preguntó, incapaz de creerlo del todo. ¿Sentiría aunque fuera una milésima de afecto por ella? ¿Una millonésima? ¿Una milmi...?

Antes de perderse en un universo paralelo, cargado de cifras complicadas, el tono afectuoso de su jefe —que se había acercado hasta su silla y le apretaba el hombro con una mano— la devolvió al presente.

—Es peligroso, y muchas mujeres que se han acercado a él han salido escaldadas.

Bibi, a quien el peso de la mano de su jefe sobre su hombro le dificultaba la respiración, decidió explorar la tortuosa senda de los celos. A lo mejor, con un poco de suerte, la llevaba a alguna parte.

—Resulta difícil de creer, parece encantador.

—Un lobo con piel de cordero, créeme.

—Vaya, qué pena. Aunque quizá...

Como había visto hacer a menudo a alguna de las innumerables novias de Rolo, Bibi se mordió el labio inferior como si estuviera indecisa, al tiempo que se enrollaba un mechón de pelo en el dedo. Una pose que siempre le había parecido bastante patética, pero que, sin embargo, atrajo al instante la atención de su jefe sobre su boca.

«Vaya», se dijo satisfecha. «Pues sí que funciona».

—Quizá solo está buscando a la mujer adecuada y aún no la ha encontrado. Si lo piensas, en el fondo es bastante romántico.

Lanzó un hondo suspiro y agitó las pestañas con lentitud. No ignoraba que sus grandes ojos grises, rodeados de espesas pestañas negras que se curvaban hacia arriba, eran su mejor arma.

Notó que su jefe parpadeaba también y estuvo a punto de soltar un «eureka». Tal vez tenía que haber empezado con esos jueguecitos mucho antes, pensó. Si a otras les funcionaban, ¿por qué a ella no?

—No te fíes, Bibi. Lo conozco bien. Mi primo no tiene ni una pizca de romanticismo en su interior.

Bibi sacó la punta de la lengua, dispuesta a humedecerse los labios cual vampiresa, pero se controló. A ver si su jefe iba a pensar que estaba llena de tics.

—Pues es una pena. La verdad es que es un hombre muy atractivo.

—Solo por fuera. Recuérdalo.

—Lo recordaré —asintió, obediente, y se ganó una enorme sonrisa que le aceleró el pulso.

Bibi sonrió a su vez y se quedaron así un buen rato, mirándose a los ojos hasta que, con un visible esfuerzo, Gonzalo volvió la cabeza hacia la ventana.

—Mira, está saliendo el sol. Esta tarde iremos a darnos un baño, hemos adelantado un montón de trabajo.

—No sé si Luisa... —Movi6 la cabeza, dubitativa

—Lo mejor es que vuelva a meterse en el agua cuanto antes —afirm6 convencido—. Sería una pena que le cogiera miedo al mar. Te prometo que no la perderé de vista ni un segundo.

—Te lo agradezco mucho, pero no es necesario que estés todo el rato pendiente de nosotros. Bastante hiciste ayer, no quiero abusar de...

—¿Bibi? —la interrumpió.

—¿Sí?

—No quiero oír más tonterías, ¿entendido? Son órdenes de tu jefe.

Los ojos oscuros la miraban risueños.

—¿De mi jefe el negrero?

Bibi reprimió una sonrisa, aunque no pudo impedir que se le marcaran los atractivos hoyuelos en las mejillas.

—Del mismo.

De nuevo se quedaron mirándose sonrientes y ajenos a todo, hasta que el repiqueteo de unos nudillos en la puerta y la voz de Julia anunciando que la comida estaba lista, los hizo apartar la mirada.

—Entonces quedamos en eso —resumió su jefe, después de aclararse la garganta—. Comida, digestión y baño. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señor Sanmartín. Lo que usted diga señor Sanmartín.

Capítulo 35

La tercera vez que la vio ponerse en cuclillas para asegurarse de que los cordones de las zapatillas estaban bien atados, Rolo decidió intervenir:

—Relájate, Rubia. Hemos venido a pasarlo bien.

Tatiana se volvió hacia él con el ceño fruncido, completamente ajena a las miradas de admiración que le lanzaban las dos terceras partes de los corredores masculinos. Sin que ella lo viera, Rolo se había visto obligado a hacerle un gesto de advertencia a uno de ellos, harto de verlo repasar sin el menor disimulo las largas piernas que las mallas cortas dejaban al descubierto y los pechos firmes que la ajustada camiseta de tirantes realzaba.

—Serás tú el que ha venido a eso. Yo solo quiero un buen puesto.

Su entrenador la miró de arriba abajo, satisfecho.

—Estoy seguro de que lo conseguirás. Me gusta esa mirada *killer*. Así que vamos a repasar la estrategia. Punto uno: ¿cómo debes comenzar?

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Otra vez?

—Otra vez.

Tatiana exhaló con fuerza y repitió como un loro:

—Comenzaré lentamente, mantendré un paso por kilómetro unos treinta segundos más lento de lo habitual y buscaré mi ritmo en la segunda mitad.

—¿En qué puntos recuperarás el tiempo?

—En las bajadas y llanos —respondió obediente.

—Esta es mi chica. ¡Eh, tú! —Se giró hacia el insistente mirón que se había aproximado aún más a Tatiana—. Como sigas acercándote a mi novia tus dientes van a llegar a la meta antes que el resto de tu cuerpo.

Al parecer aquella amenaza —nada sutil, por cierto— y el considerable tamaño de Rolo lo convencieron y, con un «cabronazo» murmurado entre dientes, el tipo se perdió entre la multitud de corredores que abarrotaba la plaza

de Neptuno.

—Mi chica, mi novia... te ha faltado golpearte el pecho con los puños —se burló Tatiana.

—Lo importante es que ha sido efectivo, ¿no crees? En fin, sigamos con lo nuestro. ¿Has comido lo de siempre y a la hora de siempre?

—Sí, papá.

—¿Llevas agua y un gel por si acaso?

—Sí, papá.

—¿Cómo debes tomar el gel?

—Muy despacio y siempre con un poco de agua. —Volvió a resoplar, impaciente—. A este paso se van a ir sin nosotros.

—No seas cagaprisas. Iré a tu lado, no tienes que demostrarle nada a nadie, si en algún momento no estás cómoda, paras y punto. ¿Entendido?

Algo —un destello, una sombra— en los ojos azules le indicó que en los planes de ella no entraba el rendirse y, de pronto, tuvo una revelación que lo dejó sorprendido: a pesar de su aparente frivolidad, Tatiana de Aguilera no era de las que tomaban el camino fácil.

Preocupado, colocó las manos sobre sus hombros y la miró con fijeza.

—Dime que lo has entendido.

Pero ella se limitó a sacudir los hombros para liberarse de su contacto. Se alejó unos pasos y empezó a calentar.

—Mira que es cabezota la tía —farfulló enojado, al tiempo que comenzaba a su vez la rutina de calentamiento.

De una cosa estaba seguro, se dijo, decidido. No pensaba perderla de vista ni un segundo.

La temperatura era primaveral y perfecta, y el aire olía a las flores recién plantadas en los parterres. Después de calentar, se pusieron el dorsal con el chip, tomaron posiciones en el cajón correspondiente y, en cuanto sonó el pistoletazo de salida, se pusieron en marcha. Un par de pequeñas gotas en el colorido y agitado mar de corredores.

Los primeros doce kilómetros transcurrieron sin sobresaltos, a veces tenía que frenarla un poco, pero, por lo demás, su pupila se mostró dócil a sus

instrucciones. Fue a unos cuatro kilómetros de la meta, justo pasada la avenida de Menéndez Pelayo, cuando uno de los participantes que iba delante de ella se detuvo bruscamente y Tatiana, que corría demasiado cerca, no pudo evitar chocar contra él.

—¡Joder, rubia! ¿Estás bien?

Rolo le tendió la mano y la ayudó a ponerse en pie. Le sangraba la rodilla que había sufrido un feo raspón contra el asfalto. Sin dejar de maldecir entre dientes, Rolo vació en la herida la botella de agua que había cogido en la última mesa de avituallamiento y la limpió como pudo.

—Estoy perfectamente, solo es un arañazo. Vamos.

No le temblaba la voz, pero había un brillo de lágrimas no derramadas en los ojos azules.

—¡Ni hablar! —Rolo trató de detenerla—. Eso es una quemadura de las gordas. No creo que sea una buena idea que sigas en este estado.

—¡Claro que voy a seguir! —Sus ojos lanzaban chispas—. Pienso llegar a la meta aunque tenga que arrastrarme.

Echó a correr de nuevo, y a su entrenador no se le escapó el modo en que los deliciosos labios se fruncieron en una mueca de dolor.

—Estúpida cabezota —masculló enojado, poniéndose a su altura—. ¿Qué pretendes demostrar?

Tatiana tardó en responder.

—Solo que mi voluntad es soberana —dijo al fin.

Y siguieron corriendo en silencio mientras Rolo le daba vueltas a esas palabras.

Los últimos dos kilómetros fueron infernales. Tatiana cojeaba cada vez más y él, impotente ante semejante grado de terquedad, tuvo que limitarse a soplarla el ritmo adecuado en cada tramo y a animarla con todo su repertorio de frases motivadoras, metro a metro, hasta que, por fin, cruzaron los dos la línea de meta situada en el paseo de coches de El Retiro.

Tatiana estaba extenuada por el esfuerzo y habría caído al suelo si él no la hubiera sujetado.

—¿Estás contenta? —preguntó furioso.

Ella le respondió con una enorme sonrisa que le robó el aliento.

—Muy contenta —respondió casi sin resuello.

Rolo la agarró de la cintura y la llevó en dirección a una de las asistencias médicas. Y, por una vez, ella se dejó conducir con docilidad.

El médico que la atendió le curó la quemadura y, tras asegurarle que la rodilla estaba bien, le recomendó reposo con la pierna en alto y un poco de hielo.

—Te llevo a casa.

Sin embargo, ella aún lo arrastró a la carpa de control a pesar de sus protestas y dio el número de su dorsal a uno de los hombres que se ocupaban de las clasificaciones.

—Igual estoy descalificada —susurró desanimada.

El hombre consultó los datos de su ordenador y dijo por fin:

—Tatiana de Aguilera, puesto cuarenta y tres de su categoría. Puesto doscientos quince de la general de mujeres.

—¡Joder, rubia! —la jaleó su entrenador, entusiasmado—. ¡Nada menos que la número doscientos quince entre las casi dos mil mujeres que han llegado a la meta!

—¡Doscientos quince de dos mil! Es mucho más de lo que esperaba.

—Y con la rodilla hecha papilla. ¡Eres la caña, rubia!

Al oírlo, ella soltó una carcajada y se lanzó a sus brazos. Sorprendido y encantado a un tiempo, Rolo la agarró de la cintura y la hizo girar sin dejar de mirarla, deslumbrado. Tatiana parecía una niña llena de entusiasmo y él no tuvo ninguna dificultad en imaginársela a los dieciocho años, cuando aún tenía toda la vida por delante, con aquella misma expresión rebosante de felicidad y confianza.

En esta ocasión no le sorprendió lo más mínimo la sensación de amor loco que lo invadió. Tatiana de Aguilera tenía muchas facetas y, por lo visto, él iba a acabar enamorándose de todas y cada una de ellas.

•

En cuanto salieron de la carpa de control, la cogió en brazos para llevarla hasta donde había aparcado la moto. De nuevo, tuvo la sensación de que un tipo les hacía fotos desde un coche, en esta ocasión, un Ford gris metalizado. Le

habría gustado acercarse a él y preguntarle que qué cojones creía que estaba haciendo, pero Tatiana era lo primero. Así que se limitó a lanzarle una mirada amenazadora y el tipo, como la vez anterior, puso el vehículo en marcha y se apresuró a desaparecer entre el tráfico.

En cuanto aparcó frente al portal, Rolo volvió a cogerla en brazos y, mientras subían en el ascensor, le comentó lo que acababa de pasar. Tatiana se limitó a encogerse de hombros, como si no le importara demasiado. Sin embargo, la súbita rigidez de su cuerpo le hizo saber que ese asunto la preocupaba mucho más de lo que dejaba entrever. Trató de interrogarla al respecto, pero ella cambió de tema al instante.

Con una aguda sensación de impotencia, Rolo la llevó hasta su dormitorio y la depositó en el suelo.

—Qué novio tan romántico tengo —se burló ella y desapareció en el cuarto de baño saltando a la pata coja.

Rolo se quedó mirando la puerta cerrada con los puños apretados. Estaba claro que algo la preocupaba, pero tenía más claro aún que aquella rubia orgullosa no tenía ninguna intención de contárselo. Por otra parte, en vez de calentarse con aquella cuestión, quizá sería mejor centrarse en el lado positivo de los acontecimientos. A saber: ese día la había cogido en brazos dos veces y ella no solo no había protestado en ningún momento, sino que, en las dos ocasiones, le había rodeado el cuello con los brazos. Un gesto que a él, poco acostumbrado a que su rubia favorita lo tocara por voluntad propia, se le había antojado tremendamente íntimo.

—¿Necesitas ayuda? —gritó a través de la puerta.

—Ya te he dicho que no. Aprovecha y dúchate tú también.

Rolo hizo una mueca de pesar; le habría encantado que la rubia aceptase su ayuda. Y ¡vaya si habría disfrutado enjabonando ese cuerpo espectacular de arriba abajo!

Siguiendo su sugerencia, Rolo aprovechó para darse una ducha y ponerse la camiseta y los vaqueros limpios que llevaba en la bolsa. Tenía un hambre canina, así que se dirigió a la cocina a buscar algo para comer y allí la encontró, delante de la nevera abierta, en shorts, camiseta y con el pelo empapado.

—¿Eres sorda, rubia? El médico ha dicho que reposo con la pierna en alto.

Sin darle opción a replicar, Rolo la cogió en brazos una vez más y la depositó

en una de las sillas de la cocina, salió un momento y regresó con un almohadón que colocó sobre otra de las sillas, debajo del talón de la pierna herida.

—Ni se te ocurra moverte —advirtió, amenazador. Luego sacó una bolsa de guisantes del congelador y se la tendió envuelta en un paño de cocina que había descolgado de un gancho—. Colócatelo sobre la rodilla y quédate quieta hasta que termine de preparar la comida.

—Me parece que te estás tomando muchas libertades. —Tatiana alzó la barbilla con altivez—. Te recuerdo que esta es mi casa.

—No te preocupes por mí, me siento tan a gusto como si estuviera en la mía —replicó él con un guiño cómplice que la hizo mover la cabeza, exasperada—. A ver qué tenemos por aquí...

Rolo metió la cabeza en la nevera y empezó a sacar cosas.

—¿Tienes pasta integral? —preguntó.

—En la despensa.

Tatiana señaló uno de los armarios.

Pocos minutos después, los espaguetis se cocían en una olla borbotante. Sin dejar de charlar de temas intrascendentes, Rolo troceó las pechugas de pollo y las echó encima de los calabacines que estaba cocinando en una sartén con muy poco aceite. Se sentía muy a gusto y se dijo que nunca había visto a Tatiana —que, por una vez, parecía haberse olvidado del móvil— tan relajada.

«Joder», se dijo, sorprendido. «Podría acostumbrarme a esto».

Imaginó otros fines de semana, los dos juntos en la cocina preparando la comida mientras un pequeñajo en pijama jugaba en el suelo con unos coches de juguete.

—Como no saques ya los espaguetis se van a pasar.

—Tienes razón.

Sobresaltado, Rolo se apresuró a retirar la olla del fuego y a escurrir los espaguetis en el fregadero, no muy seguro de si el sudor de su frente era debido al vapor ardiente que subía desde la pasta o a aquella ensoñación tan estremecedoramente real.

—¿En qué pensabas? Cualquiera diría que has visto un fantasma.

Al oír su voz burlona, el improvisado chef se obligó a tranquilizarse.

—Qué imaginación tienes, rubia. Simplemente, estaba concentrado. Yo es que cuando cocino lo doy todo y... —añadió insinuante— cuando hago otras cosas, también.

—Qué interesante.

Tatiana disimuló un bostezo con la mano, pero al ver el chisporroteo travieso de los ojos azules, Rolo comprendió que, al contrario que en otras ocasiones, no estaba siendo borde, sino que solo bromeaba.

—Pues sí, rubia. Ahora ya lo sabes.

La comida transcurrió en el mismo ambiente amistoso y desenfadado. Y Rolo casi estalló de orgullo cuando Tatiana repitió y lo felicitó por su habilidad en la cocina.

—He aprendido unos cuantos trucos de Carlos, el hermano de Bibi.

Al oír ese nombre, su interlocutora se puso muy seria.

—Esa Bibi y tú habéis tenido un rollo, ¿no? ¿Seguís liados? No me gustaría que hiciera sufrir a Gonzalo.

—¿Un rollo con Bibi? —La miró horrorizado—. ¡Por Dios, qué cosas se te ocurren! Sería como cometer incesto. Bibi es una hermana para mí. Nos conocemos desde que ella llegó al colegio en cuarto de primaria. Pero ¿qué me dices de ti y el estirado de tu amigo?

—¿Gonzalo? Gonzalo no es ningún estirado. —Tatiana se apresuró a defenderlo—. Es el único hombre que conozco en el que confiaría con los ojos cerrados.

Ese comentario le sentó como una patada en el estómago.

—Y yo, ¿qué? ¿Quiere eso decir que no confías en mí?

Tatiana lo miró con el ceño fruncido.

—Y ¿por qué habría de hacerlo? Tú mismo has admitido en numerosas ocasiones que no eres un ejemplo de honestidad, precisamente. Además, si quieres te recuerdo ese beso a traición.

—¡Joder, rubia! —Rolo dio una palmada en la mesa—. Mira que eres rencorosa. Ya te dije que fue porque me pasé con la bebida. Dime la verdad: ¿has vuelto a sentirte acosada en mi presencia?

Sin prisa, su interlocutora se limpió la boca con la servilleta, bebió un poco

de agua y después de pensarlo unos segundos admitió:

—No. Lo reconozco. A veces, incluso me olvido de que eres un tío.

Rolo se atragantó con el agua que acababa de beber y empezó a toser. Cuando se calmó, se levantó y empezó a recoger los platos con gestos bruscos.

—Y ahora ¿qué pasa? ¿Te has enfadado?

Tatiana lo miró con cierta perplejidad, al tiempo que hacía ademán de levantarse ella también.

—¡No se te ocurra moverte! —le ordenó él de malos modos—. Ya recojo yo.

—Vale, vale. No te pongas así.

—A veces me olvido de que eres un tío—, la imitó con voz de falsete mientras metía los platos en el lavavajillas.

—No sé qué mosca te ha picado, pero ¿te importaría no pagarlo con los platos? Es una vajilla que heredé de mi abuela y le tengo bastante cariño.

El oportuno sonido del timbre disipó la tensión del ambiente.

—Ya voy yo.

Rolo salió de la cocina y regresó seguido de la vecina, que empujaba el carrito del bebé.

—Hola, Taty, perdona que te moleste. No sabía que tenías visita.

—No te preocupes, Natalia, no es una visita. —Tatiana le lanzó una mirada cargada de malevolencia—. Es uno de esos chefs que se alquilan por horas, pero ya he terminado de comer y en cuanto recoja se irá.

Rolo puso los ojos en blanco y siguió metiendo los cacharros usados en el lavaplatos, sin dejar de rumiar para sus adentros cómo era posible que se hubiera enamorado de una mujer tan cruel.

—Verás —dijo la vecina retorciéndose las manos—, tengo un problema. La chica que tenía acaba de despedirse, Pedro está de viaje y esta noche es la pedida de mano de mi mejor amiga. Ya sé que es mucho pedir, pero...

—¿Quieres que me quede con María? —adivinó Tatiana, interrumpiendo aquel atribulado discurso.

—Sería solo hasta las once o puede que un poquito más, no sé si...

—Mejor la dejas aquí esta noche y la recoges mañana —la interrumpió una

vez más—. Ya sabes que me encantan los bebés y esta es una oportunidad única de tener uno para mí sola.

—Gracias, Taty, eres un cielo —afirmó la vecina con un alivio evidente—. En esa bolsa encontrarás todo lo necesario. Suelo bañarla a las ocho, luego cena y a la cama. En la bolsa también he metido las instrucciones para preparar el biberón y mi número de teléfono. Cualquier cosa, me llamas.

—Descuida, Natalia. Y no te preocupes, tengo mucha práctica con bebés. — Tatiana se levantó sin hacer caso del ceño fruncido de Rolo y se acercó al carrito —. María y yo tenemos mucho de qué hablar, ¿verdad, María?

Se inclinó sobre la pequeña y se ganó una sonrisa desdentada.

—Me has salvado la vida, Taty. Te debo una de las gordas.

—Deja de decir tonterías y ve a arreglarte. Se te está haciendo tarde.

Cojeando, la acompañó hasta la puerta.

—¡Gracias otra vez! —dijo la vecina antes de desaparecer en el ascensor.

—Conque chef de alquiler, ¿eh?

Tatiana se volvió hacia Rolo quien, apoyado en una de las paredes del pequeño recibidor, la miraba con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido.

—Tenía que explicar tu presencia de alguna manera, ¿no te parece? No creo que me hubiera dejado a la niña si pensara que estaba dedicada a los jueguecitos picantes con un tipo del tamaño de un armario.

—Jueguecitos picantes. Ja. ¿No eras tú la que cuando estás conmigo a veces se olvida de que soy un tío? —replicó, respirando por la herida.

Tatiana alzó los ojos al cielo, exasperada.

—Por si no lo sabes, te estaba haciendo un cumplido.

—Puedes ahorrarte tus cumplidos. No me interesan lo más mínimo.

Con un bufido impaciente, Tatiana se dirigió a la cocina, pero antes de que hubiera dado dos pasos. Rolo la cogió y la llevó en volandas al salón.

—¡No soy ninguna inválida! —protestó molesta—. Y tengo que ocuparme de la niña.

—Vas a reposar aunque tenga que atarte al sillón —afirmó con gesto salvaje

—. Yo te ayudaré con la niña.

—¿Tú? —Su patente incredulidad le fastidió.

—Sí. Yo. Tienes suerte, rubia, este sábado no tengo nada mejor que hacer.

—¿No? Qué raro, pensé que te estaría esperando una morena explosiva —dijo sarcástica.

—Por si no lo sabías, tengo novia. Y no pertenece al grupo de las morenas explosivas, sino al de las rubias altaneras —dijo al tiempo que colocaba un almohadón sobre la mesa y la obligaba a poner la pierna mala encima.

Tatiana entornó los párpados.

—Espero que no lo dirás por mí.

—¿Tú qué crees?

Sin más, Rolo salió del salón y fue a la cocina. La pequeña María al verse sola había empezado a llorar con desconsuelo. Asustado por aquel alboroto al que se sentía incapaz de poner fin, se colgó del hombro la correa del bolso cambiador —que parecía a punto de reventar— y empujó el carrito a toda prisa en dirección al salón.

—La canija esta nos va a dar la tarde —anunció agorero.

—Tonterías, es más buena la pobre... Anda, pásamela.

—¿Yo? —Rolo puso cara de horror.

—No, mi tía la del pueblo —replicó impaciente—. ¡Date prisa! A este paso se va a desgañitar.

Rolo se asomó al interior del carrito y estudió la situación. Aquella criatura diabólica estaba empezando a ponerse morada, así que decidió echarle valor y la cogió con cuidado. No recordaba haber sujetado jamás a un crío tan pequeño y, por unos instantes, el temor a hacerle daño lo paralizó.

—No tengas miedo, lo estás haciendo muy bien —lo tranquilizó Tatiana, que había extendido los brazos para coger a la niña.

Con mucho cuidado, Rolo la depositó en ellos y retrocedió un paso con un profundo suspiro de alivio.

—¿Qué te pasa, chiquitina? Cuéntame.

Una vez más, a Rolo lo sorprendió la dulzura de su voz cuando se dirigía a

cualquier pequeñuelo, en contraste con el tono seco que empleaba con él. Al oírla, la niña se calmó al instante y se puso a chuparse el puño con ansia mientras, de vez en cuando, un hipido conmovedor sacudía su cuerpecito.

—Joder, es increíble. —Rolo movió la cabeza pasmado.

—¿El qué?

Tatiana levantó el rostro hacia él con una sonrisa embelesada que lo deslumbró.

—Tienes un don —dijo cuando consiguió recuperarse un poco de la impresión—. Eres capaz de calmar a cualquier fiera corrupta con unas pocas palabras.

—Qué tontería. —Volvió de nuevo su atención a la niña—. Mira que llamarte fiera corrupta a ti que eres un ángel. No le hagas caso, María, está un poco loco.

«Loco por ti», pensó él para sus adentros.

Se sentó a su lado en el sofá y miró a su alrededor.

—¿No tienes tele?

—Coge el mando plateado que está debajo de la mesa y dale al botón rojo.

Obediente, Rolo hizo lo que le decía y, al instante, una enorme pantalla blanca bajó del techo, tapando el cuadro abstracto que estaba colgado encima de la chimenea.

—¡Ostras, qué pasada! Ya sé dónde me voy a venir a ver el fútbol.

—Ni lo sueñes. ¿A que no, María? —Se inclinó sobre la niña que había colocado sobre sus muslos y le hizo cosquillas en el cuello—. ¿A que no vamos a aguantar un rollo de partido? En esta casa solo están permitidos los programas de moda y decoración. Veo que estás de acuerdo, claro que sí.

Las carcajadas del bebé eran contagiosas, y Rolo no pudo evitar acariciar con el dorso del dedo la suave piel del rollizo antebrazo.

—Negociaremos hasta llegar a un acuerdo. ¿No crees, pequeñaja? —Empezó a hacer *zapping* y dejó un programa en el que un conocido presentador se llevaba a un famoso a un remoto rincón del planeta para someterlo a una dura prueba de resistencia—. Por el momento, pondré esto. Estoy seguro de que os va a gustar a las dos.

La tarde transcurrió de un modo muy agradable. María, encantada con los mimos que le prodigaban sus nuevos canguros, se portó muy bien. El runrún de las conversaciones que fluían sin dificultad entre ellos, y las risas que resonaban a menudo por los comentarios jocosos que uno y otro hacían sobre los programas que elegía Rolo, al parecer tenían sobre el bebé el efecto relajante de una nana.

—Empiezo a tener hambre, rubia. ¿Quieres que prepare algo?

Tatiana echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—¡Casi se me pasa! Es la hora del baño.

Rolo la miró con cara de póquer. Los enigmáticos preparativos necesarios para el baño de un bebé resultaban para él tan misteriosos como el significado de los arcanos de la baraja del tarot.

—Dime qué es lo que tengo que hacer.

—Ni hablar, de esto me encargo yo. El baño de un bebé es algo muy delicado.

—Pero el médico dijo... —trató de protestar Rolo al ver que se ponía en pie con la niña en brazos.

—Ya he hecho un montón de reposo —lo interrumpió ella tajante—. Lleva tú la bolsa a mi dormitorio, por favor.

—¡No! ¿Será posible? ¿Te he oído pedirme algo por favor?

Pero Tatiana no se inmutó por su sarcasmo.

—Ya ves, soy muy educada.

Rolo soltó un resoplido escéptico y la siguió al dormitorio. Tatiana colocó a la pequeña en el centro de la cama, sacó el cambiador y lo extendió también sobre el colchón. Luego llevó los útiles de aseo al cuarto de baño y llenó el enorme lavabo de un solo seno que ocupaba más de la mitad de una de las paredes.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Rolo, fascinado por la precisión de todos y cada uno de sus movimientos. Saltaba a la vista que no era la primera vez que su rubia se ocupaba de un bebé.

—No hace falta, gracias.

—¡Eh! ¿Has oído, pequeñaja? Acaba de darme las gracias.

—No le hagas caso, María, es un tipo un poco cansino —dijo Tatiana mientras terminaba de desnudar al bebé.

Luego la llevó al baño y, con habilidad, pasó un brazo por detrás de la espalda de la niña para sujetarla y empezó a enjabonarla mientras tarareaba una pegadiza melodía infantil.

Rolo apoyó la espalda en la pared de mármol y contempló embelesado la expresión de felicidad de su adorada rubia en el espejo.

Hasta aquel momento en la cocina, nunca había pensado en sus futuros hijos. Ni siquiera se había planteado tenerlos algún día. Pero ahora sabía que quería tener unos cuantos y no con cualquiera. Quería tenerlos con aquella rubia que le había sorbido el seso.

—Pásame la toalla, por favor.

La voz de la presunta madre de sus hijos lo devolvió a la realidad. Cogió la toalla y se la tendió. Tatiana envolvió con ella a la niña y regresó al dormitorio. Allí la depositó sobre el cambiador y empezó a untarle la crema por todo el cuerpo antes de ponerle el pañal y un pijama con pies, estampado con elefantes de color rosa.

—¿Te importa ir calentando el agua para el biberón? Ponla un minuto en el microondas.

—¡Marchando!

Rolo salió del dormitorio con el biberón y la lata de leche en polvo, y se dirigió a la cocina. De pronto, le entró la duda de si debía calentarlo con la tetina puesta o no y decidió que sería mejor preguntar.

Le pareció oír unas risas ahogadas y, con una sonrisa en los labios, se asomó a la puerta. Tatiana, con la niña en brazos, le daba la espalda y notó el temblor de su cuerpo. Al principio, pensó que temblaba por el esfuerzo de contener las carcajadas. Sin embargo, apenas un segundo después comprendió que Tatiana no reía, sino que estaba llorando.

—Eh, rubia. ¿Qué pasa, Taty?

Se acercó a ella, preocupado, y las estrechó a las dos contra su pecho con cuidado de no aplastar a la pequeña.

—Shh. Tranquila, tranquila.

Le acarició la espalda con suavidad tratando de calmarla, pero ella, que había

escondido la cara en el hueco de su garganta, sollozó con más fuerza.

Cada vez más preocupado, volvió a preguntar:

—¿Qué pasa, Taty? ¿Qué tienes? ¿Está mal la niña?

Tatiana negó con la cabeza.

—No... María... está... está bien.

—Entonces, dime qué te pasa —ordenó.

La firmeza de su tono obtuvo el efecto deseado.

—Es solo... es solo... —balbuceó ella entre sollozos—. Es solo que yo... yo no puedo tener hijos.

Sus palabras lo golpearon con la fuerza de un puño en plena mandíbula, y se quedó sorprendido por el dolor que le causaron. Hasta ese día no le había preocupado lo más mínimo ese tema, así que, ¿por qué, de pronto, parecía el fin del mundo?

Por ella, comprendió al instante.

Porque en el poco tiempo que la conocía había descubierto hasta qué punto la mujer que lloraba con desconsuelo entre sus brazos amaba a los niños. Porque ese mismo día había comprendido que sería una madre maravillosa. Porque acababa de enterarse de que ese era un sueño imposible.

Tatiana de Aguilera nunca sería madre.

Ni de sus hijos ni de los de ningún otro.

Le acarició la nuca con delicadeza hasta que, poco a poco, se fue calmando.

—Perdona.

Tatiana se apartó de él esquivando sus pupilas y, sin soltar al bebé, trató de secarse las mejillas con el hombro.

—Dámela y ve a lavarte la cara.

Obediente por una vez, Tatiana le tendió a la niña y desapareció en el cuarto de baño. Cuando reapareció en la cocina cinco minutos después tenía un aspecto tan estupendo, que Rolo se preguntó si había soñado aquella dramática escena en su dormitorio.

Para entonces, entre un video que había consultado en internet y las instrucciones que había dejado por escrito la madre de María, Rolo se las había

apañado para preparar el biberón sin soltar a la niña.

—Creo que ya está, he pensado que sería mejor que se lo dieras tú. No estoy muy seguro de saber cómo funciona la cosa.

Tatiana esbozó una sonrisa desganada ante ese intento evidente de rebajar la tensión. Cogió el biberón, se vertió unas gotas en el dorso de la mano para ver si quemaba y, con el bebé de nuevo en sus brazos, se dirigió al salón.

Rolo se sentó en el otro extremo del sofá y la observó mientras daba el biberón a la niña, que bebía con avidez. Tatiana parecía tan dueña de sí como de costumbre y, de nuevo, se preguntó si lo había imaginado todo.

—Siempre podrías adoptar —dijo de repente.

La expresión de ella no cambió.

—Podría, sí.

—Muchas mujeres lo hacen.

—Muchas, sí.

Su aparente indiferencia le dio ganas de gritar.

—¿Tienes...? ¿Estás...?

Se detuvo frustrado. No era una curiosidad morbosa lo que le movía a preguntar, sino la necesidad de comprenderla, de saber más de ella. Solo quería desentrañar sus secretos para poder ayudarla a llevar el peso de su carga. Un peso que, aunque ella lo disimulaba bien, ya no cabía duda de que estaba ahí.

Tatiana debió leer sus pensamientos, porque contestó con serenidad:

—No es ninguna enfermedad. Tuve un aborto con veinte años y el legrado me dejó el útero muy dañado. Según mi ginecólogo, la posibilidad de quedarme embarazada es casi nula.

—«Casi» no quiere decir «imposible».

—En mi caso, prácticamente sí.

—Pueden salir nuevos tratamientos de aquí a...

—No te preocupes por mi, ¿quieres? Ya te dije que un embarazo me haría perder la figura. Así que, ya ves, igual es una bendición disfrazada.

No la traicionó ni un solo gesto, pero Rolo supo en el acto que aquella aparente impasibilidad solo era una de esas corazas protectoras que se ponía a

todas horas.

María se terminó el biberón y Tatiana le sacó el aire con habilidad, a pesar de que la niña estaba medio dormida.

—Creo que esta señorita tiene muchas ganas de irse a la cama y yo también, así que es mejor que te vayas. Ya nos veremos.

Después de la tarde que habían pasado juntos, de los comentarios cómplices que habían intercambiado, de las risas compartidas, de aquella inesperada confidencia... a Rolo no le hizo ninguna gracia que volviera a tratarlo con su habitual desapego.

—¿Quedamos el lunes para correr?

—Ya no es necesario. He pensado en retomar mi rutina del gimnasio, es más cómodo. Respecto a tu trabajo de novio de alquiler, tampoco será necesario alargarlo más. Mis padres están convencidos de que salgo contigo y creo que me dejarán tranquila una temporada. Si esperas a que deje a María en el cuco te firmaré un cheque.

Rolo contó hasta diez, luego hasta veinte, treinta... y, por fin, consiguió responder con una apariencia de calma.

—Te olvidas de una cosa, rubia.

Tatiana, que acababa de dejar con mucho cuidado a la niña en el carrito, se incorporó y lo miró sorprendida.

—¿De qué?

—Me debes una semana en el pueblo, en casa de mi abuela.

—Ah, eso. —Se encogió de hombros—. Me temo que me va a resultar imposible cogerme una semana, tengo un montón de cosas que hacer.

—No creo que perderse una semana de compras y manicura sea el fin del mundo —replicó sarcástico, cada vez más enfadado—. Después, tendrás todo el tiempo del mundo para tus cosas.

Tatiana negó con la cabeza.

—No, lo siento, es imposible. Podría perderme alguna tendencia novedosa —se burló sin piedad.

Rolo estalló.

—Hicimos un trato.

Tatiana cogió el bolso que había dejado encima de una silla y sacó la chequera.

—Venga, no hagas un drama de esto. —Le quitó el capuchón a una elegante pluma Montblanc y dijo sin mirarlo—: Te pagaré quinientos euros más para compensarte, ¿te parece bien?

Rolo le arrebató la pluma y la chequera.

—No. No me parece bien —Furioso, dio un paso hacia ella.

Tatiana empezó a retroceder muy despacio, sin perderlo de vista en ningún momento. Al notar cómo lo miraba, entre alarmada y recelosa, Rolo se enfureció aún más.

—No pongas esa cara. No voy a pegarte.

Pero ella siguió retrocediendo en dirección a la puerta.

—Vete de mi casa —ordenó con suavidad, aunque Rolo detectó un destello de temor en los grandes ojos azules.

Semejante desconfianza le dolió en el alma.

—Joder, rubia, ¿por quién me tomas?

—Solo quiero que te vayas, por favor.

En esa ocasión, ni siquiera le alegró que se lo pidiera por favor. Por primera vez desde que era un hombre adulto tenía ganas de llorar. Estaba a punto de decirle que se metiera su cheque por donde amargaban los pepinos, cuando, de pronto, tuvo una inspiración y soltó de sopetón:

—Tu ex te pegaba, ¿no es así?

La vio alzar la cabeza como si hubiera recibido una descarga eléctrica, antes de negar en silencio.

—¡No mientas! Ese miedo que veo en tus ojos no es normal. Te pegaba —repitió convencido.

Ella lo miró con expresión acorralada.

—¡Joder! —gritó lleno de rabia, golpeándose la palma de la mano con el puño.

Pero al ver que ella se apretaba contra la pared y se encogía temblorosa, se apresuró a hablarle en un tono mucho más suave.

—Perdóname, Taty. No estoy enfadado contigo, sino con ese cerdo. Te juro que si lo tuviera enfrente... Jamás te haría daño, ¿me oyes? Jamás. Nunca lastimaría a una mujer. Tienes que creerme. ¿Me crees? —añadió suplicante.

Ella se lo quedó mirando sin decir nada, y Rolo tuvo la impresión de que ese instante se estiraba en el tiempo con la elasticidad de un chicle. Cuando ya pensaba que no contestaría, Tatiana asintió y dijo con voz ronca:

—Te creo.

El alivio que lo inundó rebasó cualquier límite conocido.

—¿Amigos?

Con mucho cuidado de no hacer movimientos bruscos, extendió una mano con la palma hacia arriba. Después de un ligero titubeo, ella depositó la suya, que temblaba ligeramente, encima.

—Amigos.

Rolo cerró los ojos y expulsó el aire que había estado conteniendo hasta entonces.

—Bien.

Los abrió de nuevo y le sonrió. Tatiana esbozó a su vez una sonrisa temblorosa y algo pasó entre ellos que le hizo saber que, a partir de ese momento, su relación ya no sería la misma.

Pasaron unos segundos, y Rolo se vio obligado a hacer un gran esfuerzo para romper el hechizo.

—Entonces quedamos en que harás un hueco en tu apretada agenda para visitar a mi abuela. Cuatro días. Ni uno menos. ¿Estamos?

Tatiana asintió.

—Estamos.

Rolo se moría por estrecharla entre sus brazos. Por jurarle que nunca dejaría que ningún hombre volviera a hacerle daño, que la protegería de todos y contra todos. Sin embargo, comprendió que solo conseguiría asustarla de nuevo. Así que se limitó a colocar las palmas de las manos sobre sus hombros, sin ejercer ningún tipo de presión, antes de inclinarse y besarla con suavidad en la frente.

—Hablamos mañana.

Tatiana asintió y lo siguió con la mirada hasta que él abandonó la casa.

•

Después de la carrera y de esa escena tan tensa debería haberse quedado traspuesta nada más meterse en la cama, pero Tatiana no podía dormir. Demasiadas emociones. La mayor parte de las cuales no había sentido en años.

Ese Rolo... Golpeó la almohada con el puño una y otra vez. ¡Cómo podía haber sido tan estúpida! Cuando lo aceptó como entrenador personal no sospechaba que esa decisión trastocaría sus planes. Mejor dicho, no tenía ni idea de que un tipo como él —al que había catalogado desde la primera ojeada como completamente inofensivo— sería capaz de volver su mundo del revés. Llevaba años rehuyendo a los hombres a su manera y, de pronto, no entendía cómo, uno de su especie se había acercado a ella más de la cuenta. Tanto, que hasta había conseguido adivinar su secreto mejor guardado.

«Tu ex te pegaba, ¿no es así?»

Volvió a escuchar la voz de Rolo en su cabeza. Una voz en la que se adivinaba una mezcla de incredulidad y furia.

Apretó los párpados en un intento de ahuyentar las imágenes del pasado. No quería pensar en eso. No se permitiría pensar en eso.

La carrera. Pensaría en la carrera. Le había dicho a Rolo que no había ido allí a pasarlo bien, pero lo cierto era que había disfrutado mucho, al menos, hasta que se cayó y se raspó la rodilla. Si había logrado aquel magnífico puesto a pesar de todo, había sido en buena parte gracias a él. Recordó cómo la había animado el resto del camino, sin dejar de soltar frases motivadoras, algunas de las cuales sin pies ni cabeza, y que ahora, al recordarlas, le daban ganas de reír.

«Si el plan no funciona, cambia el plan, pero no cambies la meta», tras recibir su toque personal se había transformado en: «Si el plan no funciona, no cambies el plan, pero haz algo, por favor». «El dolor de hoy, mañana será tu fuerza», se había convertido en: «El olor de hoy, mañana será tu pesadilla, dúchate». Y docenas de tonterías por el estilo que le habían hecho apretar los dientes, ignorar el dolor y seguir adelante. Y después, cuando ya casi no podía ni pensar, Rolo le había ido cantando la carrera, metro a metro, hasta que por fin cruzaron la línea de meta.

Lo más increíble de todo fue cuando, al escuchar su puesto en la clasificación, se había lanzado a sus brazos sin pensar. Hacía años que no abrazaba a un hombre voluntariamente —ni siquiera a su amigo Gonzalo— y si a Rolo su gesto lo pilló por sorpresa, a ella su propia reacción aún la dejaba

estupefacta.

«¿Qué extraño poder tiene ese hombre?», se preguntó abrazada a la almohada.

Nadie podría acusarlo jamás de ser un tipo refinado, pero a pesar del cansancio que debía sentir, no había dudado en llevarla en brazos de acá para allá —igual que un caballero de tiempos pasados— para evitarle el dolor. Nadie lo habría acusado tampoco de ser una lumbrera al oír sus comentarios, pero en el poco tiempo que habían pasado juntos había adivinado cosas de ella que personas mucho más cercanas ni siquiera se habrían planteado en un millar de años.

Detrás de su aparente rudeza, había un hombre cariñoso y considerado. Había estado pendiente de ella en todo momento. Y con María se había mostrado muy tierno, aunque saltaba a la vista que no estaba acostumbrado a tratar con bebés.

Cierto que se había asustado cuando él se había puesto tan furioso. Sin embargo, tenía que reconocer que en el fondo tenía motivos para estar enfadado. Habían hecho un trato: ella le había dado su palabra de que irían a pasar unos días en casa de su abuela y luego se había echado para atrás sin más explicaciones. Además, el que alguien se enfadara no equivalía, necesariamente, a que empezaran a llover los puñetazos. No era culpa de Rolo que, después de su nefasta experiencia, ella tuviera el sentido del peligro hipertrofiado.

Volvió a recrear en su mente su expresión angustiada cuando le juró que él jamás haría daño una mujer y le preguntó si le creía. Había tardado en contestarle, pero, aunque lo estudió con atención, no logró detectar ni rastro de vicio o de maldad en su atractivo rostro. Y dudaba mucho que, a esas alturas, ningún hombre pudiera volver a engañarla en ese sentido.

El peligro de Rolo —porque no podía negar que Rolo era un tipo peligroso— radicaba en otro punto muy distinto: desde el principio, aunque no había sido consciente de ello hasta esa misma tarde, se había sentido atraída por él.

Aquel inesperado descubrimiento la había aterrorizado y, por eso mismo, había intentado cortar por lo sano. En todos esos años, no había vuelto a sentir la menor atracción por un hombre y, desde luego, era algo que no había echado de menos. Lo último que necesitaba era que se interpusiera en su camino un sentimiento que escapaba a su control, ahora que por fin había encarrilado su vida en una dirección satisfactoria. Cualquier tipo de relación entre ellos era imposible. Ella sabía mejor de nadie lo descabellado que era planteárselo

siquiera.

Capítulo 36

Al final había despejado y hacía una tarde soleada, pero el agua estaba muy fría. Bibi se metió hasta los tobillos y decidió que era más que suficiente. Dio media vuelta dispuesta a salir del agua, cuando una especie de meteorito con el aspecto de su jefe la agarró por las piernas y se la echó al hombro. Con ella colgada de la espalda como un saco de patatas, corrió mar adentro sin hacer caso de sus gritos histéricos y, en cuanto llegó a una zona donde cubría lo suficiente, la arrojó al agua sin misericordia.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué fría está! —gritó cuando consiguió salir a la superficie.

A su lado su jefe sonreía con expresión malvada mientras Luisa y Carlos, que también estaban muy cerca, se reían sin disimulo.

—Mira, Gonzalo —dijo Bibi muy digna, a pesar de que le castañeteaban los dientes—. Puede que seas mi jefe, pero te has pasado unos cuantos pueblos. Si muero de pulmonía pienso denunciarte.

—¿Cómo lo harás si estás muerta? —se burló él—. Además, te recuerdo que soy un gran abogado, así que seguro que ganaré el pleito.

Bibi puso los ojos en blanco y volvió a sumergirse debajo del agua. Luego empezó a nadar con energía para entrar en calor.

—¿Estás bien, Luisa?

Gonzalo se volvió hacia la niña, que flotaba cerca de él.

—Todo controlado —contestó ella alzando uno de sus pulgares.

Estuvieron los cuatro más de una hora jugando y riendo en el agua, hasta que por fin, salieron del mar con los labios morados y las yemas de los dedos arrugadas, y se abalanzaron sobre sus toallas.

—Ha sido increíble —dijo Bibi bien envuelta en su toalla con una sonrisa exhausta—. Y eso que no tenía ninguna intención de meterme en el agua. Eso sí, uno de vosotros va a sufrir en sus carnes eso tan bonito de: «La venganza es un plato que se come frío». Y no miro a nadie.

Le lanzó a su jefe una mirada amenazadora y él puso cara de susto.

—Carlos, Luisa, me temo que tendréis que cubrirme las espaldas.

En el acto, ambos hermanos se presentaron voluntarios y todos se tendieron al sol, sin dejar de reír, dispuestos a disfrutar de ese premio, tan raro en aquellas fechas.

•

Después de una larga ducha caliente para quitarse la arena y la sal. Gonzalo empezó a arreglarse para su cita. Había pasado la tarde en la playa jugando a las palas, corriendo y nadando con dos adolescentes y Bibi —quien con esa energía que desprendía parecía otra adolescente más— y estaba cansado. No le apetecía nada tener que conducir hasta Santander, pero era demasiado tarde para anular la cena.

Al bajar la escalera oyó voces en el salón, se asomó y descubrió con disgusto que su primo ya había llegado.

—Aún no son las nueve. ¿No decías que tenías mucho trabajo? —preguntó con falsa amabilidad.

—Y lo tengo, pero tenía más ganas aún de volver a ver a Bibi.

Su primo le lanzó a la aludida una de sus atractivas sonrisas y esta rió con buen humor.

Gonzalo trató de disimular su fastidio, pero no debió hacerlo demasiado bien porque Telmo, que no dejaba escapar ninguna ocasión para fastidiarlo, preguntó en tono insinuante:

—Y tú, Bibi, ¿tenías ganas de volver a verme?

—Por supuesto, Telmo —respondió ella con coquetería.

A su jefe le entraron ganas de agarrarla de los brazos y sacudirla o, mejor todavía, de volverse hacia su primo y borrarle esa irritante sonrisa de la boca de un puñetazo o...

—¿Empezamos ya la partida?

La voz de Luisa lo arrancó de aquellas violentas, aunque deliciosas, ensoñaciones.

—¡Adelante! Siempre me ha encantado jugar al Risk.

El entusiasmo de su primo lo hizo rechinar los dientes.

Unos minutos después, todos, salvo él, estaban sentados alrededor de la mesa

de juego, muy concentrados en el tablero. Las risas y los comentarios jocosos se sucedían y al ver tanta animación, Gonzalo se arrepintió una vez más de haber quedado en Santander.

—Bueno, me voy.

—Que lo pases bien, Gonzalo.

Su madre fue la única que contestó. Por lo visto, Luisa y Carlos estaban demasiado concentrados en sus respectivas jugadas para prestarle la menor atención, y Bibi reía a carcajadas de algo que acababa de decir Telmo, completamente ajena a lo que ocurría a su alrededor. Furioso, aunque sin saber muy bien por qué, Gonzalo apretó los puños y salió de la casa dando un portazo.

•

Casi a la una de la madrugada, Gonzalo detuvo el coche en la explanada de gravilla que quedaba a un lado de la casa de su madre. Acababa de bajarse, cuando oyó abrirse la puerta principal. Siguiendo un impulso, se escondió detrás de un exuberante macizo de hortensias que había cerca de la entrada.

—Lo he pasado fenomenal. Tenemos que repetir.

—Me encantaría, pero mañana por la tarde regresamos a Madrid.

A la luz del farol que había justo encima del arco de piedra, Gonzalo distinguió a Bibi y Telmo que charlaban —demasiado juntos, en su opinión— al pie de los tres escalones de la entrada.

De pronto, Telmo la rodeó con sus brazos y la besó en la boca. Bibi se apartó con rapidez, pero, a juzgar por el buen humor con el que lo regañó por su atrevimiento, no se la veía demasiado enfadada. Un amargo regusto a bilis subió por la garganta de Gonzalo.

Los oyó despedirse con el mismo buen rollito que había reinado entre ellos hasta entonces. Siguió a Telmo, que se alejaba silbando a paso ligero, con la mirada hasta que se perdió en un recodo del camino y salió de detrás del macizo de hortensias.

—¡Bibi! —la llamó.

Bibi estaba a punto de meterse en casa, pero su voz la detuvo.

—Gonzalo, ¿eres tú? Vaya susto me has dado —dijo ella con una cálida sonrisa—. Telmo acaba de irse, ¿lo has visto?

—No, no lo he visto —mintió en tono indiferente.

—Qué raro que no os hayáis cruzado. ¿Qué tal tu cita? No sabes lo bien que lo hemos pasado nosotros.

¿No lo sabía? Se preguntó Gonzalo intentando controlar su enfado. A juzgar por el beso que su primo le había dado y por la reacción de ella, lo sabía demasiado bien.

—Bien, gracias —dijo con sequedad.

Bibi estudió su rostro a la luz tenue del farol.

—¿Estás enfadado?

—¿Enfadado? ¿Yo? ¿Por qué habría de estarlo? Ha sido una noche perfecta.

Hombre, perfecta, perfecta... De acuerdo, estaba exagerando. En realidad, se la había pasado mirando el reloj con disimulo. Nadia, su cita de esa noche, acababa de pasar por un divorcio traumático y no hablaba de otra cosa. Así que Gonzalo había adoptado el papel de oyente comprensivo mientras su cabeza se poblaba de imágenes de Bibi en bikini; Bibi charlando y riendo con él; Bibi tendiéndole unos documentos con aquella sonrisa llena de hoyuelos... Hasta que se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y se obligó a prestar atención a lo que en ese momento le contaba su acompañante.

Al despedirse, ninguno de los dos había sugerido quedar otro día. Después de acercarla a su casa, Gonzalo salió de la ciudad y tomó la desviación hacia Langre. Mientras conducía con la música muy baja por la carretera, oscura y casi desierta a esas horas, se preguntó a cuento de qué venía semejante obsesión con su secretaria.

Después de pensarlo mucho —iba tan ensimismado que había estado a punto de salirse en una curva— llegó a la conclusión, una vez más, de que era su instinto protector lo que le hacía estar tan pendiente de ella.

Eso sí, también había tenido que reconocer que, cuando aquella mañana la había visto en bikini por primera vez, se le había secado la garganta. Al igual que la del rostro, la piel del resto del cuerpo de Bibi era del color de la crema de leche y tenía pinta de ser increíblemente suave. Y luego esas caderas acogedoras, más anchas de lo que los cánones actuales decían que era bello, y su trasero respingón, y los pechos llenos que invitaban a recostarse en ellos y olvidarse del mundo. Todo en Bibi tenía una cualidad mullida, invitadora, esponjosa... que nunca imaginó que pudiera resultar tan atrayente.

—Me alegro por ti.

¿Eran imaginaciones tuyas, o algo de la habitual vivacidad de su secretaria había desaparecido al oír lo de «perfecta»?

—Bibi...

—¿Sí, Gonzalo?

—Bibi... —repitió su nombre sin saber muy bien qué era lo que quería decirle.

Bibi levantó la cabeza y esperó paciente. La luz dorada se derramó sobre su rostro y los ojos grises adquirieron una profundidad misteriosa.

—Bibi... —dijo por tercera vez, como si estuviera en un trance.

Entonces, le sujetó el rostro entre las palmas de las manos con la misma suavidad que emplearía al manipular un objeto muy delicado y se inclinó sobre su boca.

Primero fue apenas un roce, una presión casi imperceptible contra sus labios. Un toque ligero, lleno de magia, que lo dejó aturdido. Pero cuando los brazos de ella rodearon su cuello y lo atrajeron hacia sí un poco más, algo salvaje se liberó en el interior de Gonzalo.

Con brusquedad, casi con furia, colocó las palmas de las manos sobre el redondo trasero y la pegó contra él. La obligó a abrir la boca y exploró el interior de la misma con una avidez desconocida. Se preparó para recibir el impacto de un puño en el ojo pero, lejos de apartarlo horrorizada, Bibi le devolvió el beso con idéntica pasión mientras se ponía de puntillas en lo que parecía un intento casi desesperado de fundirse contra él. Aquel fuego inesperado lo hizo enloquecer y, cuando recuperó una pizca de su juicio perdido, descubrió que la tenía inmovilizada contra la fachada de piedra y que una de sus manos apretaba esas nalgas prietas con codicia por debajo del short vaquero.

Al instante, se apartó con tanta brusquedad que Bibi estuvo a punto de caerse al suelo.

—Yo... Yo... —Gonzalo se pasó la mano por el pelo con nerviosismo—. Perdóname, Bibi. No sé qué me ha pasado. Yo... Te juro que no volverá a repetirse.

—Claro, claro... Por supuesto que no.

A Gonzalo le dio la impresión de que ella no sabía muy bien lo que decía. Debía estar en estado de *shock*, se dijo abrumado. Parecía tan completamente

superada por los acontecimientos que sintió un terrible cargo de conciencia.

—Te lo juro. De verdad, Bibi. Esta vez cumpliré mi palabra. No tienes que tener miedo de mí.

—No... no tengo miedo —negó con la cabeza, pero él no la creyó; tenía las pupilas dilatadas y los labios temblorosos.

—Perdóname, por favor —repitió muy agobiado.

—No hay nada que perdonar, Gonzalo. A lo mejor te quedaste un poco... un poco «inquieto» después de tu cita y... como... como yo estaba aquí, pues...

—No digas eso. Es horrible.

—Tampoco es para tanto. A mí no me importa, de verdad. No pienses que pienso que estás pensando que yo pienso que esto tiene importancia para ti —continuó completamente aturullada.

—No pienso que estés pensando que yo pienso eso. —Por lo visto, ese galimatías era contagioso.

—Entonces, si de verdad ninguno de los dos ha pensado que el otro piensa lo que creemos que está pensando, pienso que lo mejor será que nos vayamos a dormir.

—Sí, por supuesto. Será lo mejor.

Su jefe empujó el portalón entornado y se hizo a un lado para dejarla pasar. Subieron la escalera envueltos en un silencio incómodo y, en cuanto llegó a su habitación, Bibi murmuró apenas un «buenas noches», entró y cerró la puerta.

Gonzalo se quedó con los ojos clavados en la puerta cerrada. Aún le duraba la dolorosa erección y, por unos segundos, tuvo que luchar a brazo partido contra el deseo primitivo de echar abajo esa barrera, tumbar a Bibi sobre la cama y descargar en ella el deseo acumulado a lo largo de los últimos años. Masculló una maldición y, con gesto impaciente, se apartó una vez más el pelo de la frente sudorosa.

«¡Es Bibi, por Dios! ¿En qué estoy pensando? ¿No era yo el que quería cuidar de ella? Ni siquiera soy capaz de protegerla de mí mismo».

Con una última maldición se metió en su cuarto y cerró la puerta conteniendo las ganas de dar un portazo.

Capítulo 37

Al día siguiente trabajaron en la biblioteca como solían, aunque el ambiente distaba mucho de la cordialidad habitual. Su jefe parecía muy distraído y cada vez que sus miradas se cruzaban desviaba la vista a toda prisa.

Bibi suspiró por decimonovena vez. Era obvio que lo había asustado. Claro, como que se había pegado a él como una lapa que no hubiera tenido relaciones con un «lapo» en un porrón de años. La verdad y nada más que la verdad, por otra parte. Lo cierto era que ya ni se acordaba de cómo funcionaba el asunto. Tendría que ponerse al día en internet; igual habían surgido nuevas técnicas que desconocía por completo. A lo mejor...

El carraspeo de su jefe sonó como un disparo en el silencio de la biblioteca y la devolvió a la realidad de su incómoda situación.

—Bibi...

«Oh, oh. Esto lo he oído antes», se dijo inquieta.

Sin embargo, dudaba mucho de que en esta ocasión esa forma de pronunciar su nombre fuera a ir seguida por una tórrida escena de besos apasionados. Imposible, no había más que ver la cara de su jefe para adivinar hasta qué punto estaba arrepentido de lo ocurrido la noche anterior. Igual ese era el preámbulo para despedirla.

«Seguro que sí», se dijo, sintiendo que su corazón se hacía pedazos muy, muy pequeños. «Me va a poner de patitas en la calle y ya nunca más volveré a ver esa sonrisa que hace que mi estómago burbujee; ni seguiré con los ojos el recorrido de esos dedos, largos y elegantes, cuando se aparta el pelo oscuro de la frente; ni podré admirar el modo en que sus camisas se ajustan a ese torso que, increíblemente, es aún mejor cuando no lo tapa tela alguna. Ni...».

—Bibi...

Ya estaba. Ese era el momento exacto en el que su jefe le decía: «Señorita Guzmán, se ha pasado de la raya. Agradezca a su vena acosadora que ya no contemos con usted en este bufete».

—¡Bibi! ¿Estás llorando? Por favor, no me hagas esto.

Bibi parpadeó horrorizada al descubrir una traicionera humedad en los ojos. Como de costumbre, se había metido demasiado en el dramático escenario que dibujaba su cerebro y ese era el patético resultado.

—No, no. ¡Que va! Es alergia. ¡Achís!

—No fastidies, Bibi, ese es el peor estornudo que he oído nunca.

—De verdad. No estoy llorando. ¿Ves? ¿Ves? —Abrió mucho los ojos como si así él pudiera comprobarlo mejor.

Gonzalo negó con la cabeza con expresión pesarosa.

—Lo que veo es que ya no te sientes segura trabajando a mi lado.

—¡Por supuesto que sí! —protestó indignada.

Su jefe era el mejor hombre del planeta, de la galaxia y, si la apurabas, incluso del universo. Un auténtico caballero, de los que ya no quedaban por el mundo. Un *gentleman* que sonaba aún mejor, un...

—Bibi, yo... —Gonzalo extendió la mano, pero justo antes de tocarla la dejó caer de nuevo a lo largo del costado. Volvió a carraspear con fuerza—. Quiero que me prometas que no tendrás miedo de mí. Eres la mejor *assistant* que he tenido jamás y no me gustaría perderte por un... por un pequeño malentendido.

Esas palabras le dolieron más que una bofetada con la mano abierta.

Así que lo único que le preocupaba era perder a su secretaria, «la que escucha, escribe y calla». Y lo que a ella le había parecido el episodio más portentoso de calentamiento global en la historia de la Humanidad, para él había sido tan solo «un pequeño malentendido». Bibi tuvo la sensación de que la sangre empezaba a hervirle en las venas. De pronto, estaba muy furiosa. Tremendamente furiosa. Furiosísima.

—Mira, Gonzalo —dijo con sequedad—, no es la primera vez que un hombre me besa. No es el fin del mundo, de verdad, y te prometo que no pienso que, de repente, te vayas a convertir en un jefe acosador. Creo que lo mejor es que hagamos como si lo de anoche no hubiera ocurrido. ¿Te parece?

Bibi se sintió orgullosa de su tono indiferente y de que no le hubiera temblado la voz ni una sola vez. Tuvo la impresión de que Gonzalo se había puesto un poco pálido, pero se dijo que eran imaginaciones suyas.

—Está bien. Haremos como si nada hubiera ocurrido —dijo él al fin—. Por hoy ya es suficiente. Será mejor que vayas a hacer la maleta.

Bibi salió de la biblioteca sin hacer ningún comentario, pero, si se hubiera vuelto a mirarlo, habría visto a su jefe junto al ventanal, contemplando las copas de los árboles mecidas por el viento con una curiosa expresión de anhelo en el rostro.

•

El viaje de regreso a Madrid no fue tan alegre como había sido el de ida. Gonzalo conducía muy concentrado en la carretera, Bibi estaba extrañamente silenciosa y a los chicos se los veía tristes de pensar que las mejores vacaciones de sus vidas habían llegado a su fin. A todos les había costado decirle adiós a la madre de Gonzalo. Irene de Sanmartín y la familia Guzmán habían conectado desde el primer minuto. En especial Carlos, que desde que había llegado a Santander había pasado muchas horas con ella en la cocina, preparando sus platos preferidos y charlando de música, arte y un montón de temas que, curiosamente, tenían en común la dama, distinguida y muy cultivada, y el joven de pelo verde, lleno de inquietudes intelectuales.

Al oír a Luisa exhalar el enésimo suspiro de desolación, Gonzalo no pudo resistirlo más.

—No estés triste, Luisa. Quizá podamos repetirlo este verano.

El rostro de la niña se iluminó.

—¿Tú crees?

—Luisa, no seas pesada —la interrumpió su hermana con una sequedad desacostumbrada—. Gonzalo y su madre nos han hecho un gran favor al permitirnos pasar con ellos estos días, pero no tienen la obligación de cargar con nosotros cada dos por tres.

—No habéis sido ninguna carga —se apresuró a intervenir su jefe—. Todo lo contrario, han sido unos días fantásticos. Mi madre me ha confesado esta misma mañana que hacía mucho que no lo pasaba tan bien.

—Eres muy amable, Gonzalo.

La frialdad de Bibi lo silenció en el acto.

¿Por qué parecía tan enfadada?, se preguntó. Era él el que se había sentido como uno de esos pañuelos de usar y tirar cuando le soltó con total indiferencia aquello de que no era el primer hombre que la besaba y que lo mejor sería que se olvidaran de lo ocurrido. Olvidarlo, ja, qué graciosa. Cómo que era tan fácil.

Esa noche apenas había pegado el ojo y, en el poco rato que había dormido, sus sueños habían alcanzado tal grado de erotismo que se había despertado sin aliento y con una erección de campeonato.

«Lo mío no es normal», se dijo enojado consigo mismo.

Pero lo cierto era que necesitaba estar con una mujer cuanto antes porque, si no, cualquier día haría una barbaridad. Una barbaridad como, por ejemplo, llevarse a la cama a su secretaria.

Reprimió un jadeo ante la imagen de su secretaria desnuda en su cama y miró de reojo el delicioso perfil de Bibi, que parecía absorta por completo en el trazado de la carretera. Notó otra de esas punzadas de deseo, anhelo o lo que quiera que fuese lo que sentía cada vez que la miraba, y se dijo que tenía que hacer algo al respecto. Puede que liarse con una empleada fuera en contra de sus principios, pero tampoco era algo ilegal. De hecho, si hacía caso a los chismes que le contaba su socio, ocurría constantemente. Aparte de sus principios, también le frenaba el riesgo que corría de que, cuando todo acabase, se quedara sin la secretaria ejecutiva más eficiente que había tenido en su vida.

Sería demasiado incómodo trabajar juntos después de haber sido amantes. Sería insoportable oírla hablar por teléfono con sus nuevos novios, escucharla quedar con ellos para ir a cenar o al cine o... No. Movi6 la cabeza mientras adelantaba al camión de ganado que tenía delante. No funcionaría. Sería un terrible error pensarlo siquiera. Además, le había prometido que no volvería a ocurrir. Sería la mayor locura que hubiera cometido nunca. Sería...

Echó un vistazo rápido por el espejo retrovisor y comprobó que Luisa dormía y que Carlos, con los auriculares puestos, escuchaba la música en el móvil con los ojos cerrados.

—Bibi.

Al oír su nombre, ella dio un respingo y se volvió a mirarlo.

—Tenemos que hablar, Bibi —dijo en voz baja.

—Pensé que ya habíamos aclarado las cosas esta mañana —respondió ella en el mismo tono.

—Bibi. —Inspiró profundamente y lo soltó por fin—: Necesito hacer el amor contigo.

La mandíbula inferior de su secretaria descendió unos cuantos centímetros. Instintivamente, miró hacia atrás y se tranquilizó al ver que sus hermanos no se

estaban enterando de nada.

—Hacer el... —empezó a decir al cabo de, al menos, un par de minutos y se detuvo de nuevo.

Tragó saliva varias veces y volvió a intentarlo.

—¿Te refieres a... a acostarnos? ¿Juntos? —susurró con gesto asustado.

A pesar de lo nervioso que estaba, Gonzalo no pudo evitar sonreír.

—Sí, me refiero a acostarnos juntos en la misma cama y a, bueno, ejem... — se aclaró la garganta con cierta incomodidad—. También a hacer otras cosas.

Esta vez, el furioso rubor que inundó las mejillas de Bibi batió todos los récords.

—Pero eres... —Bajó aún más la voz, como si aquel fuera un secreto que nadie debía conocer—. Mi jefe.

¡Como si pudiera olvidarlo!, pensó el aludido.

—Lo sé. Tampoco a mí me parece una situación ideal, pero... —Carraspeó unas cuantas veces más—. Pero he comprendido que te deseo demasiado.

La vio abrir mucho los ojos, pero como no dijo nada se envalentonó y siguió adelante:

—Creo que no puedo seguir viéndote cada día sintiendo esta tensión. Esta tensión... —Nuevo carraspeo—. Esta tensión sexual.

Bibi asintió.

—Entiendo —dijo, pero su semblante era más bien el de una persona en estado de *shock*.

En el interior del vehículo se hizo un silencio incómodo.

«¿La habré escandalizado por completo?», se preguntó Gonzalo, asustado.

Tenía pinta de que, de un momento a otro, Bibi le cruzaría la cara y le diría que se metiese su trabajo en el bufete por donde más rabia le diera. Estaba a punto de suplicarle que no le hiciera caso, que olvidara todo lo que acababa de decirle, cuando ella habló por fin.

—Sí. —Asintió con un firme movimiento de cabeza antes de morderse el tembloroso labio inferior.

—¿Sí? ¿Sí qué? —No podía creer que ella estuviera dispuesta a aceptar su

descabellada proposición.

—Pues eso. Lo de acostarnos. Juntos. Y eso... lo de las otras cosas.

La sensación de profundo alivio que Gonzalo experimentó, acompañada por un agudo ataque de deseo, lo dejó sin aliento.

—¿Estás segura?

Bibi seguía mordiéndose el labio con aire indeciso, y tuvo que reprimir el impulso de inclinarse sobre ella y tomar el relevo de esos seductores mordiscos.

—Claro. —Le lanzó una sonrisa tan temblorosa que no parecía una sonrisa —. Yo también siento esa... esa tensión sexual.

Gonzalo cogió la mano que ella tenía apoyada en el muslo y se la llevó a la boca.

—Me has hecho muy feliz —susurró contra su palma con un brillo en los ojos que la hizo parpadear.

•

«¡No quiero morir virgen!», gritó Bibi en silencio, con los ojos clavados en la carretera.

Bueno, en realidad ni siquiera era virgen, pero no era más que una forma de hablar. Su modo de decir que aquella era una oportunidad que no podía dejar escapar. Gonzalo Sanmartín quería hacer el amor con ella. ¡Con ella! Eso era al menos lo que había dicho. ¿O no? Quizá acababa de sufrir un miniictus y se lo había imaginado. Le entraron ganas de pedirle que se lo confirmara, pero le dio corte.

—¡Vaya perra que te ha entrado con este hombre! ¿Es que no ves que no ha hablado de amor en ningún momento? —Le recordó la inoportuna voz de su conciencia, con el acento cordobés más marcado que nunca.

—Ha dicho que quiere hacer el amor conmigo. El amor —recalcó la palabra en aquel diálogo imaginario—. Es mucho más de lo que nunca habría soñado. Después de haberlo amado tantos años, sufriendo en silencio...

—*Jamía*, pareces un anuncio de pomada para las hemorroides —la interrumpió sin contemplaciones su impertinente Yo profundo.

—... al fin llega mi recompensa —siguió Bibi sin caer en sus provocaciones —. Será un recuerdo que atesoraré el resto de mi existencia y cuando sea una viejecita podré contárselo a mis nietos.

—¿Estás planeando quedarte preñada? —Su conciencia sonó escandalizada.

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomas? ¿Me crees capaz de tenderle una trampa tan indigna? —replicó Bibi ofendida—. Creo que, precisamente tú, deberías conocerme mejor.

—Bueno, bueno. Tranquila. Entonces los nietos serán de otro, ¿no?

—¿Qué nietos? —le preguntó a su interlocutora fantasma, desconcertada.

—Pues esos a los que les ibas a contar tus historias guarrindongas, pobres criaturas.

Bibi resopló. Mentalmente, por supuesto.

—Era una forma de hablar. Jamás estaré con otro que no sea Gonzalo Sanmartín. Él es el hombre de mi vida.

Su conciencia chasqueó la lengua con desdén.

—Veo que estás decidida. Así que allá tú. Cuando te des un *jardalaso* de aúpa no vengas a lloriquearme.

Su conciencia cortó la comunicación en seco, y a Bibi le sorprendió que se rindiera con semejante facilidad.

¿De verdad estaba segura del paso que iba a dar?, se preguntó indecisa.

Con el rabillo del ojo estudió a Gonzalo, que iba centrado por completo en la conducción. Canturreaba con su maravillosa voz de bajo y parecía contento. Deslizó los ojos por su perfil de rasgos marcados y varoniles, por las sienas salpicadas de canas que, en su opinión, le daban un aire aún más interesante, por las manos de dedos largos y elegantes que sujetaban el volante con suavidad. Se imaginó esas mismas manos recorriendo su cuerpo y...

—¿Qué estás pensando? Te has puesto como un tomate. —Su jefe la miraba con curiosidad.

Bibi soltó una risita nerviosa.

—Na... nada importante.

—¿Sabes? Me encanta cuando te sonrojas —susurró con un brillo apasionado en los ojos.

—Qué curioso. —Trató de parecer calmada, pero sabía que después de ese comentario sus mejillas debían estar al rojo vivo. Así que se apresuró a cambiar de tema—. ¿Queda mucho para llegar a Madrid?

—En menos de tres cuartos de hora estaremos en tu casa.

Capítulo 38

—A ver, rubia, que nos vamos cuatro días al pueblo de mi abuela. Un municipio con menos de setenta y seis habitantes. No sé de dónde sacas la idea de que vas a un desfile de modelos.

Rolo señaló la enorme maleta de Louis Vuitton con aire de víctima.

—Yo viajo así, lo tomas o lo dejas.

Tatiana se sopló las uñas recién pintadas de rojo con aire de aburrimiento.

—Está bien, lo tomo, lo tomo.

Sin dejar de protestar, Rolo alzó el maletón con una facilidad pasmosa y lo metió en el maletero del reluciente Land Rover Evoque de color rojo.

—Me gusta mucho más este coche que el de la fiesta, la verdad sea dicha. ¿A quién se lo has robado?

Rolo acababa de comprarlo hacía menos de un año. Los coches y las motos potentes eran su debilidad.

—No seas mal pensada, rubia. Me lo ha prestado un amigo.

—Muchos amigos con dinero tienes tú.

—Verás, te voy a contar un secreto: los amigos con dinero a la larga resultan bastante más útiles que los que no lo tienen —dijo, al tiempo que abría la puerta del acompañante con caballerosidad y la invitaba a pasar dentro con un gesto airoso de la mano.

—Un pensamiento realmente profundo —se burló ella sin piedad, acomodándose en el lujoso asiento de cuero en tono tostado.

Estaba claro que Tatiana estaba decidida a mantener las distancias y a hacer como si las dramáticas confidencias de su último encuentro no hubieran existido, se dijo Rolo reprimiendo un suspiro. Sin embargo, replicó en tono animado: — Yo soy así, profundo como el mar.

Y frunció los labios en una mueca fanfarrona antes de arrancar el coche.

A aquellas horas no había demasiado tráfico y enseguida se incorporaron a la

A1.

Rolo miró de reojo a su acompañante y frunció el ceño. A pesar de su ingenioso intercambio de pullas, estaba seguro de que algo la preocupaba. No había nada en su aspecto que lo delatara; de hecho, estaba tan guapa y, en apariencia, tan serena como de costumbre. Sin embargo, en los últimos tiempos era como si le hubiera crecido una antena en algún lado que sintonizaba a la perfección con los estados de ánimo de su rubia favorita.

—¿Te pasa algo, Taty?

—Aparte de que no me apetece nada el plan, nada en especial.

Pero a Rolo no se le escapó el modo en que apretó los puños y supo que mentía.

—¿Qué ha ocurrido? Cuéntamelo.

La oyó lanzar un bufido de fastidio.

—¿Por qué crees que me pasa algo?

Rolo contestó sin apartar los ojos de la carretera:

—No lo sé. Pero estoy seguro de que algo te preocupa.

Se hizo un silencio en el coche.

—Es... —Se detuvo y movió la cabeza—. En realidad es una tontería. Algún gracioso sin pizca de gracia.

Si era una tontería, ¿por qué parecía tan preocupada?, se preguntó Rolo, aunque no hizo ningún comentario.

Después de unos segundos de silencio, Tatiana continuó:

—Desde hace ocho años, recibo un ramo de freesias en el aniversario de la muerte de mi ex. —Había algo en su voz que Rolo no supo cómo interpretar—. Hoy me ha llegado uno, tan puntual como siempre y, como siempre también, he corrido a tirarlo al cubo de basura de la comunidad.

Al oír aquello, Rolo frunció el ceño.

—¿Un amigo que te acompaña en el sentimiento?

La vio negar con la cabeza.

—Mis amigos apenas conocían a mi ex. La primera vez pensé que era mi padre, pero lo descarté casi en el acto. No tiene sentido.

—Desde luego es raro.

Pero Tatiana debió decidir que había llegado el momento de poner fin a las confidencias, porque cambió de tema de un modo abrupto.

—Aún no me creo que vayamos a pasar cuatro días encerrados en un pueblo de mala muerte —comentó como si la anterior conversación no hubiera tenido lugar.

Rolo comprendió que sería inútil insistir y, después de unos segundos, respondió en el mismo tono ligero que había empleado ella: —Sin faltar, rubia. La Hiruela, el pueblo de mi abuela, es uno de los más bonitos de la Sierra Norte de Madrid.

—Superinteresante.

Se tapó la boca para ahogar un bostezo, pero Rolo ya conocía de sobra ese chisporroteo burlón de los ojos azules y siguió con su conferencia.

—¿Verdad que sí? Está situado en la Sierra del Rincón, que desde 2005 es Reserva de la Biosfera.

Tatiana cerró los párpados.

—Despiértame cuando lleguemos.

—Espero que te hayas traído unas buenas botas como te dije —siguió Rolo sin hacerle caso—. Nos vamos a hartar de hacer senderismo.

De pronto, su «novia» decidió dejar de hacer como que dormía. Abrió los ojos, se giró hacia él y lo señaló con un dedo acusador.

—Por cierto, no pienses que vamos a compartir dormitorio.

—¿No? —Su interlocutor hizo un puchero conmovedor.

—No dormiría contigo aunque fueras el único hombre sobre la Tierra...

—Y la humanidad se acabara con nosotros —la interrumpió—. Sí, sí, ya lo pillé la última vez que comentaste algo al respecto, pero, para tu información, señorita Malpensada, mi abuela está chapada a la antigua y jamás permitiría que un hombre y una mujer compartieran dormitorio bajo su techo sin estar casados.

—Genial. Creo que me caerá bien tu abuela.

Él la miró dubitativo.

—Lo dudo. Tampoco creo que tú le vayas a caer muy bien a ella.

Tatiana lo miró sorprendida, aunque sin ofenderse lo más mínimo.

—No sé por qué lo dices. Si me tomo la molestia, suelo caerle bien a todo el mundo.

—En cuanto te vea te catalogará como a una niña mimada que no ha tenido que mover un pie en su vida. Y no irá muy desencaminada.

Ahora fue ella la que puso morritos.

—¿Tengo que avergonzarme de tener un papi rico? Porque, como tú con tus amigos, siempre he pensado que era algo bastante útil.

—Lo que me parece mal es que no hagas nada con tu vida.

Rolo hizo una mueca mental al escucharse. Sin embargo, había sido sincero. Quizá debería darle lo mismo lo que ella hiciera o dejara de hacer, pero lo cierto era que le importaba.

—Dicho por el hombre al que le gusta caminar por la cuerda floja de la legalidad.

—Búrlate si quieres. Al menos, me gano las lentes.

De pronto, ella colocó la mano sobre su muslo y dijo en voz muy baja: —¿Me admirarías un poco si me dedicara a algo más que a ir de compras o salir a comer con las amigas?

Era la primera vez desde el abrazo que le dio después de la carrera que ella lo tocaba de forma voluntaria, y a Rolo se le subió el corazón a la garganta.

—Claro que sí, Taty. Eres una mujer muy lista y creo que es un desperdicio...

—No sigas —cortó en seco sus explicaciones—. Si algún día deseo que me admires, ya sé lo que tengo que hacer. Lo malo es que dudo mucho de que ese día llegue jamás.

Tatiana apartó la mano, se reclinó de nuevo contra el respaldo del asiento y volvió a fingir que dormía.

•

En cuanto aparcaron frente a una pintoresca casita construida con lajas de pizarra, una anciana de pelo blanco, falda de lana negra, jersey azul y mandil de rayas atado a la cintura salió a recibirlos.

—¡Miguel, hijo mío! —Después de darle un ruidoso beso en la mejilla, lo

apartó de ella para examinarlo a gusto—. ¿Has vuelto a crecer?

—Claro, abuela, dos centímetros cada año.

—Lo sabía. ¿Sigues tomando un vasito de leche de oveja antes de acostarte como te dije?

—Por supuesto. No me lo salto ni una noche.

A Tatiana le gustó el cálido reencuentro entre abuela y nieto, aunque no se tragó ni por un segundo que Rolo hiciera el menor caso de los consejos de la anciana. Aspiró con deleite el olor fresco del campo. El pueblo era una delicia, con esas casitas bien cuidadas rematadas con tejados de tejas antiguas de barro cocido.

—Abuela, te presento a mi novia.

Rolo pasó un brazo por detrás de su cintura y la empujó hacia adelante. Los ojos oscuros de la anciana, muy vivos a pesar de su edad, la recorrieron de arriba abajo.

—Qué flaca está —sentenció como si Tatiana no estuviera delante.

—Por eso te la he traído, abu, para que la cebes un poco.

Al oír el comentario de su novio, Tatiana alzó las cejas, pero no dijo nada.

—Y parece un poco estirada, ¿no? —En esta ocasión utilizó un susurro que pudo oírse hasta en el último rincón del pueblo.

—Es que está nerviosa. Imagino que tú también lo estarías cuando conociste a los padres del abuelo.

La anciana emitió un sonido que podía significar cualquier cosa.

Harta ya de que hablaran de ella como si no estuviera presente, Tatiana tomó la iniciativa.

—Soy Tatiana de Aguilera y me alegro mucho de conocerte por fin, Carmen. Rolo me ha hablado mucho de ti. —Sonriente, le tendió la mano, pero la anciana no hizo amago de estrechársela, así que la dejó caer otra vez.

—¿De verdad te vas a casar con esta joven? —preguntó con el ceño fruncido, en un sonoro aparte con su nieto—. Me ha tuteado. Muchas confianzas son esas.

Rolo mantuvo la seriedad, aunque, a juzgar por el brillo de los ojos verdosos, se lo estaba pasando en grande.

—Las diabólicas costumbres de la capital, ya sabes. Y claro que me voy a casar con ella, abuela. Ya te lo conté por teléfono. Taty es la mujer de mi vida.

La aludida aprovechó que en ese momento la mujer estaba pendiente de su nieto y puso los ojos en blanco. El chisporroteo travieso de los de Rolo, que sí la había visto, aumentó en consonancia.

—Bueno, ya hablaremos más tarde. Pasad, pasad —los apremió la anciana.

Rolo se vio obligado a agacharse para pasar por debajo del dintel de madera.

—Aquí dormiré tu novia.

La mujer abrió la puerta de un cuarto diminuto en el que no había más que una cama individual cubierta con una impoluta colcha de ganchillo de color blanco, una mesilla de pino y una pequeña cómoda a juego.

—Tú dormirás arriba y así podré vigilarte. No quiero tentaciones bajo mi techo.

—Abuela, ¿cómo puedes pensar eso de mí?

El tono lastimero que empleó a punto estuvo de arrancarle una carcajada a Tatiana. Sin embargo, su abuela se limitó a chasquear la lengua con impaciencia.

—Venga, deja el teatro y vamos a comer, que ya lleva un rato el guiso en el fuego.

El salón, además de servir de distribuidor para el resto de las habitaciones de la casa, hacía también las veces de cocina y, colgada de un clavo en la chimenea —pese a que en una esquina había una anticuada cocina de butano—, borboteaba una olla de hierro que despedía un olor delicioso que, al instante, despertó el apetito de Tatiana.

Entre Rolo y ella pusieron la mesa siguiendo las indicaciones de la anciana que no paraba de dar órdenes y contraórdenes hasta que, por fin, de manera casi milagrosa, consiguieron que todo estuviera a su gusto y empezaron a comer.

Saltaba a la vista que Rolo y su abuela se llevaban extraordinariamente bien y los ocurrentes comentarios que intercambiaban —sobre política, cotilleos vecinales y hasta reflexiones metafísicas— la hicieron reír unas cuantas veces. No sabía qué había esperado, pero a Tatiana le sorprendió lo a gusto que se encontraba. Y eso que, por lo visto, ya había la suficiente confianza entre ellas para que buena parte de las pullas que la abuela le lanzaba a su nieto se volvieran ahora en su dirección.

—Come más, que da pena mirarte.

La mujer cogió el cucharón y, sin preguntar, le sirvió a Tatiana una tercera ronda de judiones con patatas y carne.

Su invitada, que ya le había tomado la medida a la anciana y había llegado a la conclusión que era de esas personas a las que les iba la marcha, contestó sin miramientos: —No, no insistas. No quiero más.

—¡Que comas, mujer!

Tatiana se volvió hacia Rolo.

—Está un poco sorda tu abuela, ¿no? —Alzó la voz y empezó a vocalizar muy despacio—. Deberías ir al otorrino, Carmen, o dentro de poco tendremos que hablar en el lenguaje de los signos.

Al oír aquello, la mujer se revolvió como una cobra.

—De sorda nada —replicó ofendida—. Y también veo muy bien. Hace más de veinte años que no voy al médico. Tengo una salud de hierro, como todos en la familia.

Por lo visto, el de la salud era un tema sensible en aquella casa, porque su nieto juzgó necesario intervenir y, con un rápido movimiento, le cambió el plato a Tatiana.

—Ya me lo como yo.

Aún tuvieron que tomarse las cuajadas con miel y el café de puchero que les sirvió la anciana y, cuando por fin terminaron de recoger, Tatiana se sentía a punto de reventar.

—¿Ves por qué te dije que te trajeras las botas? —Rolo sonrió al verle la cara—. Si no hacemos algo de ejercicio engordaremos diez kilos en cuatro días. Será mejor que descanses un rato. Luego iremos a dar un paseo.

Capítulo 39

—La verdad es que es precioso.

Desde lo alto de la loma se podía contemplar una increíble panorámica del valle del Jarama, de La Hiruela y El Cardoso de la Sierra, otro pueblo cercano, y de los frondosos robledales que allí crecían. Tatiana inspiró con deleite el característico olor de la mejorana que lo impregnaba todo.

—Lo es —afirmó Rolo, aunque, en realidad, sus ojos admiraban el bello perfil femenino que se recortaba contra un primaveral cielo azul.

Habían seguido una de las numerosas rutas que salían del pueblo y, sin dejar de hablar y reír, subieron a buen paso la empinada senda por la que, antiguamente, las caballerías transportaban el cereal hasta las eras.

Tatiana se apartó de la frente sudorosa un mechón rubio que había escapado de su coleta y, su acompañante tuvo que luchar, una vez más, contra el deseo de estrujarla entre sus brazos y besarla hasta que no pudiera ni respirar.

Había sido una gran idea traerla al pueblo, se felicitó. La rubia parecía otra persona. Se la veía relajada y sonriente, y la barrera de altanería y frialdad con la que solía rodearse se había desvanecido por completo.

Lo más curioso era que había hecho buenas migas con la abuela. Nunca lo habría sospechado, pero Tatiana había encontrado la nota adecuada de descaro y viveza con la que la anciana disfrutaba. Y ninguna de las dos se había ofendido en ningún momento con los comentarios más o menos sarcásticos de la otra.

—¿Seguimos?

La sonrisa radiante de su acompañante le produjo un curioso cosquilleo en las entrañas.

—Adelante, bella dama. —Con un historiado gesto de la mano, Rolo la invitó a ponerse en marcha.

Caminaron durante casi una hora más y, finalmente, se sentaron en una roca cerca del río, desde la que contemplaron al ganado que pastaba cerca, sin dejar de charlar despreocupados.

—Ha sido un día increíble.

Tatiana, se apoyó sobre los codos, cerró los ojos y alzó la cara hacia el sol, que ya no calentaba con tanta fuerza.

—Veo que te gusta el campo.

Rolo no le quitaba ojo. Aún no podía creerse que estuviera compartiendo los amados paisajes de su infancia con Tatiana de Aguilera, la única mujer cuya sola presencia le aceleraba el ritmo cardíaco.

«Si fuera un cursi de esos, diría que se acaba de cerrar un círculo», pensó mientras la brisa perfumada le acariciaba el rostro.

—Siempre he sido más de playa —contestó ella sin abrir los ojos.

—Y me imagino que de hotel de cinco estrellas y chófer en la puerta.

—Eso por descontado.

—Vamos, que seguro que no has acampado en tu vida.

—¿Acampar? —Fingió un estremecimiento.

—¿Sabes, rubia? Creo que ha llegado el momento de que me ocupe de tu educación.

Tatiana abrió un ojo, giró el rostro hacia él y lo miró con desconfianza.

—Creo que paso.

—En serio, rubia. Dormir a la luz de las estrellas es algo que todo el mundo debería experimentar al menos una vez en la vida.

Ella volvió a cerrar el ojo.

—Hum... Tentador, pero, definitivamente, paso.

—En cuanto volvamos voy a sacar la hamaca. Anda que no he pasado noches en el jardín, arrullado por el ulular de los búhos y el cricri de los grillos.

—No voy a hacerlo, por muy poético que te pongas. —Zanjó la cuestión con firmeza.

—Veremos —se limitó a contestar él de buen talante.

En cuanto volvieron, Rolo le preguntó a su abuela dónde estaba la vieja hamaca y Carmen —que nunca tiraba nada por si las moscas— después de rebuscar en un enorme baúl que debía de tener unos cuantos siglos la sacó con ademán triunfal.

Rolo, sin dejar de silbar, ató los extremos a los dos troncos que siempre había utilizado para ello. Luego se subió y se balanceó con violencia para comprobar que todo estaba en orden.

—Te vas a matar.

La voz de Tatiana, que siguiendo las órdenes de su anfitriona pelaba guisantes sentada en una incómoda silla de enea, no sonaba demasiado preocupada.

—Tonterías. —Después de un último vaivén, se bajó con agilidad—. Anda que no he viajado yo en esta hamaca. Bueno, llamarla hamaca es menospreciarla. A lo largo de su vida ha sido de todo: alfombra mágica, bólido de fórmula uno, barco pirata...

—Sí. —Su abuela, que estaba con los últimos preparativos de la cena, se sentó junto a su invitada y empezó a desgranar las vainas a la velocidad de la luz—. No había quien te sacase de ahí cuando eras niño. Luego, cuando empezaron a venir chicas a casa a todas horas, la cosa cambió.

—Imagino que entonces, con más motivo, tampoco habría quien lo sacara de ahí —apuntó Tatiana con malicia.

—Te equivocas, rubia. —Rolo acercó un taburete cojo, se hizo con un puñado de vainas y se puso a la tarea con considerable destreza—. Nunca he invitado a ninguna chica a mi hamaca, pero creo que eso va a cambiar esta noche.

—¿No me digas que vas a dormir ahí afuera, Carmen?

Tatiana se llevó una mano a la boca, como si estuviera muy sorprendida, y a la anciana se le escapó una risa ronca que sonó más bien como un rebuzno.

—Esta joven te va a dar mucha guerra, Miguel. —Lo avisó sin levantar los ojos de las judías—. Piensa bien dónde te metes.

—Eso, Miguel. —Tatiana sabía que a él le fastidiaba que no usara su apodo—. Igual te convendría más una chica obediente, que te preparara sabrosos platillos para apaciguar tus eternas ganas de comer.

—¿Ves, hijo mío? Ya está intentando quitarse de en medio. Sin embargo, hay que reconocer que te conoce bien.

Carmen movió la cabeza con patente desaprobación, aunque Rolo sabía que, en el fondo, estaba encantada con «esa novia que se ha echado mi nieto», que era

como la llamaba cuando presumía delante de los vecinos. Según le había dicho: «Era guapa, lista y, aunque no se la veía muy mañosa en ciertas tareas —como por ejemplo pelar guisantes— era dispuesta y no se dejaba pisotear así como así».

Tatiana soltó un profundo suspiro y declaró con el dramatismo de una heroína del siglo XIX:

—Te devuelvo tu palabra, amor mío. Te amo tanto que no soportaría que en un futuro te arrepintieras de tu decisión.

De nuevo resonó en la noche la curiosa risa de la anciana.

—No te hagas ilusiones, rubia. No dejaré que te escapes. Jamás.

Lo dijo con tal seriedad y convicción, que Tatiana levantó la vista de los guisantes y lo miró sorprendida.

—Será mejor que vayamos adentro, la cena ya debe estar lista.

La voz de Carmen puso fin a ese extraño momento.

Después de una cena pantagruélica a base de queso y embutidos en la que su abuela sometió a Tatiana a otro de sus minuciosos interrogatorios, la anciana les dio las buenas noches no sin antes advertirles que esperaba que se portaran bien.

—Descuida, abuela, ya me conoces.

—Por eso lo digo, precisamente —bufó la anciana y empezó a subir la escalera.

—¡Al fin solos! —dijo Rolo cuando oyó cerrarse la puerta de su dormitorio.

Tatiana puso cara de póquer, pero no dijo nada.

—Veamos.

Rolo volvió a abrir el gigantesco baúl y sacó una manta de lana. Luego la miró a ella con el ceño fruncido, le indicó con el dedo que esperase un minuto, subió a su habitación y bajó enseguida con dos sudaderas.

—Ponte esto. —Le tiró una de ellas—. Ese jersey que llevas no abriga nada y me apuesto lo que quieras a que no has metido algo más apropiado en tu escandaloso maletón.

—Qué bien nos conoces a las mujeres —replicó ella en un tono cargado de sarcasmo—. Pero no tengo frío, gracias.

—Pero cuando salgamos afuera lo tendrás. Te he dicho que hoy dormirás bajo las estrellas.

—¡Ni hablar!

—¡Shh! Baja la voz o vendrá mi abuela a comprobar que no estamos haciendo nada pecaminoso. Vamos, rubia, no seas cobardica. Te prometo que será una maravillosa experiencia que podrás contarle a tus nie...

Rolo se interrumpió de golpe y se mordió el labio inferior, avergonzado por su metedura de pata.

—En ese caso, será mejor que viva esta maravillosa experiencia cuanto antes, ¿no crees? —Tatiana agarró la sudadera y se la puso con rapidez.

La voz femenina había sonado absolutamente indiferente, pero Rolo maldijo una vez más su torpeza. Sin embargo, sabía que no tenía sentido tratar de disculparse. Tatiana jamás permitiría que el supiera hasta qué punto sus palabras la habían herido. Ya la conocía lo suficiente para saber que era orgullosa hasta un extremo casi enfermizo.

—Vamos. ¿O ahora eres tú el que se está rajando?

La siguió afuera sin decir nada. Desde luego, la sudadera le quedaba enorme. Parecía una niña disfrazada con la ropa de papá. Sintió un doloroso arrebató de ternura; se moría por cogerla entre sus brazos, abrazarla y decirle que todo saldría bien. Pero sabía que ella no lo aceptaría, y no estaba dispuesto a que volviera a mirarlo con los ojos llenos de terror como aquella noche.

Tatiana caminó hasta la hamaca.

—Y ahora, ¿qué?

—Pues qué va a ser, rubia. —Rolo recuperó el tono juguetón de costumbre y, con agilidad, volvió a tumbarse sobre la desgastada lona.—. Ven aquí.

La vio dudar antes de sentarse, cautelosa, en el borde. Rolo hizo entonces un movimiento envolvente que la hizo soltar un chillido y, segundos después, ambos se balanceaban con suavidad en aquella especie de gigantesco capullo de tela de rayas.

—No te muevas tanto, que vamos a volcar —la regañó él sin poder reprimir una sonrisa.

—No me gusta que estemos tan pegados, ¡quiero bajarme!

—Has dicho que estabas ansiosa por vivir esta maravillosa experiencia. —

Rolo extendió la manta por encima de los dos y luego le pasó un brazo por detrás de la cabeza. —¡Estate quieta! Es solo para que estés más cómoda. Como comprenderás, no sería buena idea que tratara de abusar de ti en un trasto tan inestable.

Sus palabras debieron de tranquilizarla al menos en parte, porque dejó de forcejear y se quedó completamente rígida, con la cabeza apoyada en el hueco de su hombro.

—Así me gusta, que te relajes —dijo burlón.

Entonces, señaló a un grupo de estrellas que titilaban con timidez contra el cielo oscuro, justo encima de sus cabezas.

—Allí está la constelación de la Osa Mayor. ¿Ves esas cuatro estrellas que hacen una especie de cuadrado y las otras tres que van en línea recta?

Esperó hasta notar que ella asentía con la cabeza.

—Eso es el Carro. Y si prolongas una línea imaginaria desde las dos estrellas que forman la parte trasera de ese «carro», de unas cinco veces la distancia entre estas, llegamos, nada más y nada menos que a, tachán, tachán... ¡La Estrella Polar! ¿La ves?

—¡Sí, sí, ya la veo! —Le sorprendió y le encantó a su vez el entusiasmo que detectó en la voz de Tatiana.

—Pues si algún día te pierdes por ahí, ya sabes, utilízala para orientarte. La Estrella Polar siempre indica el norte verdadero.

—Hum.

No sonó demasiado convencida, pero aquella charla sobre estrellas parecía haberla relajado del todo y Rolo la sintió acomodarse contra su costado.

—¿Y cómo es que un tipo como tú sabe tanto de estrellas? ¿Te aprendiste la lección para deslumbrar a alguna pobre infeliz? —A pesar de sus palabras, no se mostraba cortante, sino juguetona.

—Bueno, eso también. —La apretó un poco más contra su costado—. Pero sobre todo, porque es un tema que siempre me ha fascinado. Una vez ahorré durante todo el verano para comprarme un telescopio. Luego resultó que era tan malo que no me servía más que para espiar a una pareja de urracas que había anidado en lo alto de ese pino.

—¿Ahorraste? —preguntó sorprendida—. ¿Quieres decir que en aquellos

tiempos te ganabas la vida honradamente?

Rolo sonrió en la oscuridad.

—Verás. Tengo que hacerte una confesión, rubia.

—Uff. Déjalo. No sé si estoy preparada.

—No soy exactamente el buscavidas que tienes en mente —prosiguió sin hacerle caso.

Notó que ella alzaba la cabeza tratando de leer su expresión, pero la noche sin luna era demasiado oscura, así que volvió a apoyarla sobre su hombro.

—¿No?

Rolo interpretó aquella simple pregunta como una clara invitación a continuar y le hizo ilusión notar su curiosidad.

—Me dedico a un negocio...

—Que no es el tráfico de estupefacientes...

—Que no es el tráfico de estupefacientes —confirmó con buen humor—. Lo cierto es que tiene más que ver con estilos de vida saludables.

—¡Gimnasios! —adivinó ella en el acto.

Desde luego, Tatiana de Aguilera no tenía un pelo de tonta, se dijo satisfecho de comprobar que otra más de sus teorías respecto a aquella enigmática mujer era correcta.

—Gimnasios —corroboró.

—En Madrid, Valencia y Barcelona... Y vas a inaugurar uno en Londres —repitió, casi punto por punto, lo que él le había contado a su padre el día de la fiesta.

—Qué buena memoria tienes, rubia.

—Oh, vaya.

La desilusión que encerraba esa simple palabra era patente. Rolo frunció el ceño. No era que hubiera planeado deslumbrarla con su posición económica —al fin y al cabo, Tatiana había sido una niña rica de papá toda su vida—, pero lo cierto fue que su tono decepcionado le fastidió.

—¿Preferirías que mis amigos traficantes hubieran sido reales?

Hubo un largo silencio.

—Es solo que había pensado en hacerte una proposición —dijo por fin.

Aquella enigmática contestación despertó en él una curiosidad casi insoportable. De pronto, se moría por saber de qué demonios estaba hablando.

—¿Una proposición?

—Ya no importa.

—Joder, rubia —protestó indignado—. No puedes dejarme ahora con la intriga. Venga, dímelo.

Se mostró tan insistente que al final ella accedió, probablemente de puro aburrimiento.

—Te iba a ofrecer dinero para que te casaras conmigo.

Al oírla, cualquiera habría pensado que estaba dudando entre pedir carne o pescado para la cena. Rolo se preguntó si todo aquello no sería una extraña broma. Una bomba que acabase de estallar en casa de su abuela no le habría dejado en semejante estado de *shock* y necesitó varios minutos para poner en orden sus ideas.

—Así que hablabas en serio cuando dijiste que se lo habías propuesto a Gonzalo.

—Claro que hablaba en serio. Es un asunto muy serio.

Rolo se giró un poco hacia ella y maldijo la oscuridad de la noche que le impedía leer en sus ojos. Notó que ella se estremecía, no sabía si de frío o de qué, así que le subió la manta hasta la barbilla.

—Tienes que decirme a cuento de qué viene esta manía de ir por ahí haciendo proposiciones de matrimonio a tipos que no... que no están enamorados de ti.

Su comentario quizá había sonado como una broma, pero estaba muy serio. Inusitadamente serio.

—Precisamente por eso. —Tatiana bajó la voz, como si temiera que alguien pudiera escucharlos—. Pretendía que fuera solo un acuerdo comercial. En el caso de Gonzalo, más bien un favor.

La agonía de celos que experimentó al saber que su Taty tenía tanta confianza en ese tipo por el que Bibi bebía los vientos como para pedirle

semejante favor estuvo a punto de hacerle perder el control.

—Me estás apretando.

Rolo aflojó la presión de su brazo de inmediato.

—Perdona. Es que me has sorprendido. —Hizo una inspiración profunda, en un intento de recuperar la calma y consiguió decir en un tono medianamente normal—: ¿Por qué necesitas casarte con alguien?

Tatiana tardó tanto tiempo en contestar que casi se sobresaltó cuando al fin lo hizo.

—Si no me caso antes de tres meses mi padre me retirará la renta que me pasa.

—¿Y prefieres casarte con alguien a quien no quieres, a quien casi ni siquiera conoces, antes que buscar un trabajo digno?

Una vez más, Rolo tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo para hablar con calma. No podía entender que una mujer tan dotada en todos los aspectos como Tatiana de Aguilera tuviera esa extraordinaria aversión a ganarse el pan con el sudor de su frente, por mucho que sus padres la hubieran mimado. Tenía ganas de cogerla por los brazos y sacudirla hasta que entrara un poco de sentido común en su preciosa cabeza.

—No es tan fácil.

—¿Cómo que no? Conozco a cientos de mujeres que trabajan.

Aunque no podía verla, supo por su forma de hablar que Tatiana se había puesto a la defensiva.

—Mujeres que tienen una preparación, unos estudios...

—No me digas que tu padre no le dio una educación de cinco estrellas a su princesita.

Su comentario estaba lleno de un irreprimible sarcasmo.

—¡No tienes ni idea! —Aunque seguía hablando en voz baja, las palabras de Tatiana resonaron como un grito en la noche, hasta el punto de ahogar por unos segundos el enfervorecido cortejo sexual de los grillos—. Ni siquiera había terminado el colegio cuando acepté la propuesta de matrimonio de mi ex. Mi padre solo quería pulirme lo suficiente para casarme con un hombre de su agrado.

—Y tú obedeciste como un corderito.

Una vez más, Rolo odió el tono mordaz que empleó, pero sentía tanta rabia que no podía controlarse.

—Tú lo has dicho —dijo al cabo de un buen rato, en un tono neutro que le puso los pelos de punta—. Como un corderito.

Rolo quería hacerle mil preguntas, necesitaba saber más de aquel matrimonio temprano del que era evidente que ella arrastraba aún profundas secuelas. Sin embargo, algo le decía que Tatiana aún no estaba preparada para ese tipo de confidencias. Así pues, apretó los puños y se obligó a tranquilizarse.

—Nos estamos yendo por las ramas. Puede que no tengas estudios superiores, pero aún así no hay nada que te impida trabajar.

—¿En qué tipo de trabajos? —Ahora era ella la que echaba mano del sarcasmo—. ¿Con qué tipo de sueldos?

Furioso, se apresuró a replicar:

—Al menos ganarías lo suficiente para no tener que depender de tu padre.

—Claro, así mi orgullo quedaría a salvo. —Aunque se había mostrado burlona, enseguida bajó la voz todavía más y continuó en un susurro—: Pero ¿qué ocurriría entonces con la gente que depende de mí?

Rolo se quedó sin palabras.

—Bueno, tenías razón, ha sido una maravillosa experiencia contemplar las estrellas. Ahora será mejor que me vaya a dormir a una cama de verdad. —Tatiana rompió el incómodo silencio con un chirriante tono alegre.

Hizo un movimiento para incorporarse, pero Rolo se lo impidió.

—¡No te vayas, por favor! La experiencia completa incluye pasar la noche al raso. Ahora en serio, Taty, dime quienes son esos que dependen de ti.

De nuevo se hizo el silencio, pero, después de un buen rato, la oyó exhalar un hondo suspiro.

—Verás, yo también tengo que confesarte algo... —empezó a decir como había hecho él unos minutos antes y se detuvo—. No sé por qué te cuento esto precisamente a ti.

Temeroso de que se lo pensara mejor y se acabaran las confidencias, Rolo volvió a insistir:

—Porque yo también acabo de confesarme contigo. Ya sabes: yo te digo un secretillo, tú me cuentas uno tuyo y así hasta que lo sepamos todo el uno de otro. Venga, sigue.

Tatiana volvió a suspirar y, después de un ligero titubeo, continuó:

—Sé que te sentirás decepcionado cuando te diga que no dedico mis días tan solo al noble arte de ir de compras y salir a comer con las amigas. Yo también tengo algo parecido a un negocio.

—¿Estilos de vida saludable? ¿Textil? ¿Automoción? —la animó al ver que volvía a quedarse callada.

—Podíamos decir que está relacionado con la protección de las personas.

Rolo se volvió a mirarla, sorprendido, pero apenas podía distinguir el brillo de los grandes ojos azules en la oscuridad.

—¿Tienes una empresa de seguridad? Eso sí que no me lo esperaba.

—No exactamente, digamos que me ocupo de que ciertos... indeseables —el modo en que pronunció la palabra le produjo un escalofrío— no tengan acceso a sus parejas ni a sus hijos.

Rolo sintió que por fin empezaba a ver la luz.

—¿Te refieres a mujeres maltratadas?

—Mujeres maltratadas con hijos pequeños, que por fin han tomado la decisión de esconderse. Mujeres que ya no pueden engañarse por más tiempo. Mujeres que saben que, quizá, la próxima vez, ya no serán tan afortunadas de librarse de la mala bestia con la que conviven con tan solo un ojo morado o un par de costillas rotas.

•

Tenía que haberlo imaginado, se dijo Rolo mucho más tarde, cuando, después de muchas preguntas por su parte y solo algunas respuestas por la suya, Tatiana se quedó dormida por fin. Borracho de felicidad, la apretó más contra sí y hundió la nariz en los cabellos fragantes.

Desde luego aquella hamaca era mágica, pensó. Todavía no podía creer que su rubia predilecta acabara de quedarse dormida entre sus brazos, justo en ese escenario en el que tantas veces a lo largo de su infancia, y al amparo de aquellas mismas estrellas, había fantaseado con vivir aventuras increíbles.

Los latidos de su corazón se habían acelerado bajo el peso, casi inapreciable,

de la pequeña mano que ahora descansaba sobre su pecho.

«Quien me lo iba a decir». Sin poder contenerse, la besó con ternura en la frente.

Sí, ¿quién habría imaginado jamás que la sola presencia de una mujer dormida a su lado lo llenaría de un júbilo desbordante? Bibi le había avisado mil veces de que el día que se chocara de narices con el amor verdadero, su visión del mundo cambiaría por completo. Sin embargo, él se había reído de ella, y había descartado sus palabras tachándolas de ser «las típicas ideas delirantes de una romántica empedernida».

Pero, como ocurría casi siempre, el tiempo le había dado la razón a su amiga.

Desde el principio había negado ese súbito enamoramiento y, para tratar de justificar esos sentimientos, tan intensos como indeseados, había tenido que recurrir a ciertas explicaciones simples del tipo: «¿a quién no le deslumbraría una tía tan guapa?», «es solo deseo», «en cuanto me la tire un par de veces la habré olvidado», *etc.* Todo su ser se rebelaba ante la idea de admitir que se sentía intensamente atraído por una mujer por la que, en realidad, no debería sentir más que desprecio. Sin embargo, ahora comprendía que casi también desde el primer momento había intuido que debajo de esa fachada de altivez y superficialidad, Tatiana de Aguilera escondía algo más. Y no se había equivocado.

Ahora entendía, asimismo, los numerosos plantones que le había dado sin motivo aparente. Las veces en las que, tras echar un vistazo a las notificaciones del móvil, había abandonado el entrenamiento sin ofrecer ningún tipo de justificación. Y, sobre todo, por qué le había pedido que se prestara a fingir que era su novio delante de sus padres.

Un piso franco para mujeres maltratadas y sus hijos. ¡Joder! No lo habría imaginado ni en un millón de años. Después de aquel inquietante episodio en su casa, era lógico pensar que ella entendería mejor que nadie por lo que pasaban esas mujeres.

Porque ella también había sido una mujer maltratada.

Apretó los dientes con fuerza. Le dolía solo de pensarlo. Había tratado de hacerla hablar de su pasado, de su matrimonio, de sus sentimientos cuando ayudaba a esas otras mujeres, pero ella se había cerrado en banda. Y, por supuesto, no había reconocido nada.

Al ver que sus esfuerzos eran vanos, se había obligado a cambiar de tema, a pesar de la inaguantable curiosidad que lo atormentaba. Le había contado

leyendas relacionadas con esas estrellas en las que ella se mostraba tan interesada, y su voz, unida al suave balanceo de la hamaca había terminado por mandarla a los brazos de Morfeo.

«Qué Morfeo ni qué niño muerto», sin ser consciente de ello, Rolo frunció los labios en una mueca que le daba un cierto aire lobuno. «Estos brazos son del menda, y a Thor pongo por testigo de que, a partir de este momento, en los únicos brazos en los que reposará nunca esta cabeza rubia llena de secretos será en los míos».

La besó de nuevo, cerró los ojos y, pese al desafío de ese atrevido mortal, el pobre dios de los sueños se vio obligado a acogerlo también entre sus brazos.

Capítulo 40

La luz vacilante del amanecer y el alborotado gorjeo de los pájaros la despertaron. Aspiró con deleite el aroma a hierba fresca y, despacio, abrió los párpados. La visión de su propia mano apoyada sobre un pecho inconfundiblemente masculino la hizo fruncir el ceño. Casi al instante, la sensación de aturdimiento fue sustituida por otra de pánico y empezó a hiperventilar hasta que los recuerdos de la noche anterior llegaron al rescate. Con la respiración agitada, trató de calmar los latidos de su corazón.

En ese momento, el hombre que dormía a su lado giró la cabeza y su rostro quedó a menos de diez centímetros del suyo.

«Es solo Rolo», se dijo aliviada.

Sintió los firmes latidos del corazón masculino—que marcaban un ritmo mucho más sereno que el suyo— bajo la palma de la mano y, más tranquila, aprovechó la tibia luz dorada para estudiar ese rostro dormido tan cerca del suyo.

El revuelto pelo castaño claro, la nariz larga y recta, los labios firmes, los párpados que, por una vez, ocultaban los chispeantes ojos pardo-verdosos. La mandíbula cuadrada en la que empezaban a despuntar una barba de un tono más claro que el pelo, la barbilla ligeramente hendida en el centro.

Desde el principio había catalogado a Rolo como un tipo básico, sin demasiadas luces, escaso de principios y mujeriego. No había dudado ni un segundo de que sería fácil de manejar y había estado más que dispuesta a convertirlo en su particular peón de ajedrez. Una pieza útil, pero sin importancia en la complicada partida en la que se había convertido su vida.

Sin embargo, hacía tiempo que había comprendido que nada en ese hombre era simple. Para empezar, su capacidad para adivinar sus emociones resultaba casi sobrenatural. Y algo le decía que descartarlo cuando ya no le fuera de utilidad no iba a ser tan sencillo como había previsto.

«Hay que reconocer que es guapísimo», pensó conteniendo las ganas de rozar con la yema del dedo las espesas pestañas de puntas doradas.

No recordaba la última vez que había sentido ganas de acariciar a un hombre. Casi todos despertaban en ella una ligera repulsión.

Miró una vez más la boca de labios firmes que tan a menudo se distendía en una de esas atractivas sonrisas que producían un extraño aleteo en algún punto de sus tripas.

«¿Qué pasaría si lo besara?».

Nerviosa, se pasó la lengua por los labios sorprendida por semejante pensamiento. Recordó el miedo que se había apoderado de ella cuando él la había besado con fiereza en la fiesta de su padre. Pero, casi al mismo tiempo, evocó la inusual descarga de humedad entre sus muslos acto seguido. Un reflejo físico que solo había sentido muchos años atrás, durante el breve periodo de su noviazgo. Un aspecto básico y natural de la sexualidad, que había pensado que nunca más volvería a experimentar.

Con mucho cuidado, le rozó el labio inferior con la punta del dedo, pero Rolo ni siquiera se movió. Envalentonada por su falta de respuesta, recorrió el contorno de su boca con idéntica delicadeza. Lo escuchó murmurar algo en sueños y se detuvo en seco, con el dedo en el aire. Estaba sorprendida por su propio atrevimiento, ¿cuánto tiempo había pasado desde la última vez que tocó a un hombre con curiosidad sensual?

Al ver que seguía dormido, decidió arriesgarse un poco más. Esta vez, ese mismo dedo curioso exploró la piel de sus mejillas, algo rasposa por la barba matinal, fascinada por el brillo de oro de aquel vello incipiente. Volvió a retirar la mano. ¿A qué estaba jugando? ¿Qué pasaría si él se despertase y la pillara acariciándolo?

Su cabeza se llenó de imágenes aterradoras. Su pelo enrollado en torno a un puño que mantenía inmovilizada su cabeza. Un doloroso mordisco en uno de sus pechos. El impacto de un codo contra su estómago... Una vez más, le costaba respirar. Casi podía sentir la falta de oxígeno provocada por unos dedos apretados con fuerza en torno a su garganta.

«¡Basta!». Con un esfuerzo sobrehumano, hizo a un lado esos desagradables recuerdos. «Rolo no es así. Él mismo me dijo que jamás me haría daño».

Dentro de su cabeza resonó una voz cargada de sarcasmo.

«Y ¿tú te lo crees, pobre estúpida? Tampoco imaginaste nunca que Marcos fuera capaz de hacer lo que te hizo».

Tatiana desvió los ojos hacia la mano que aún sostenía en el aire y la vio temblar.

En ese momento, Rolo hizo un ruidito que se le antojó de lo más tierno y, siguiendo un impulso incontrolable, se acercó aún más a él y posó la boca sobre la suya. Se quedó muy quieta y, por unos segundos, casi se olvidó de respirar. Sin embargo, él seguía durmiendo, y Tatiana se dijo que, ya que había llegado hasta ahí, bien podía arriesgarse un poquito más.

Despacio, empezó a salpicar su boca de besos casi imperceptibles. El roce ligero contra los labios masculinos, suaves y frescos, le hacía cosquillas. Era una sensación muy agradable y cerró los ojos para disfrutarla mejor, hasta que una leve presión contra su propia boca la hizo abrirlos de nuevo y apartarse en el acto.

Sobresaltada, vio que Rolo también tenía los ojos abiertos. Tatiana se quedó muy quieta, aguardando su reacción. Sin embargo, él no hizo ningún movimiento ni dijo una sola palabra. Tan solo se limitó a mirarla, y en sus ojos Tatiana leyó una muda súplica para que no se detuviera. Tragó saliva, nerviosa. La intensidad de aquella mirada, que había adquirido un matiz más verde que castaño, le impedía apartar la suya.

Estuvieron así un buen rato. Sin dejar de mirarse. Hasta que, por fin, Tatiana se acercó muy despacio y volvió a posar los labios temblorosos sobre esos otros labios, que habían perdido la anterior frialdad y ahora casi quemaban. Esta vez, no se apartó al sentir su respuesta.

Como si hubiera adivinado sus temores, Rolo no intentó abrazarla ni hacerse con el mando de la situación, sino que se quedó muy quieto y dejó que fuera ella la que tomara la iniciativa. Tatiana titubeó un segundo, no muy segura de qué hacer. Por fin, entreabrió la boca y Rolo lo hizo también. Cuando le acarició los labios con la punta de la lengua, él le devolvió la caricia. Era como verse reflejada en un espejo; a cada uno de los tímidos avances de su boca, él correspondía con un movimiento semejante. Con suavidad, sin rastro de impaciencia.

«Cielos», pensó Tatiana, perdida por completo en la humedad y el calor de esa boca que no se mostraba agresiva, sino complaciente.

No recordaba que nunca antes la hubieran besado así: dando y no tomando, pidiendo y no exigiendo. Y aunque solo sus bocas se tocaban, tenía la sensación de que su cuerpo entero estaba despertando de un sueño de siglos. Un suave gemido escapó de su garganta.

El insólito sonido la arrancó de ese instante sublime con la contundencia de un cañonazo y se apartó en el acto.

—Yo...

—No irás a disculparte, ¿verdad, rubia?

El que Rolo se dirigiera a ella con su despreocupación habitual le produjo un intenso alivio.

—Por supuesto que no. —Procuró no sonar tan nerviosa como se sentía y trató de incorporarse sin conseguirlo—. ¿Cómo se escapa una de esta trampa mortal?

—«Una» espera a que un apuesto príncipe azul llegue al rescate, por supuesto. —Rolo dejó colgar las largas piernas por su lado de la hamaca y se puso en pie. Se volvió hacia ella, la cogió en brazos y la depositó en el suelo con delicadeza—. ¿Ves?

—Gracias, príncipe. Tengo que ir al baño.

A pesar de sus esfuerzos por tratar de comportarse con la altanería de costumbre, estaba aún demasiado conmocionada por lo ocurrido. Así que se alejó a toda prisa en dirección a la casa, consciente en todo momento de que él la seguía con la mirada.

•

—Creo que podría aceptar tu proposición sin problemas. —La voz profunda de Rolo rebotó en el aire cristalino con un leve eco.

Después de tres horas de caminata, se habían sentado a descansar sobre un peñasco desde el que se divisaba todo el valle. Y durante unos minutos habían contemplado la espléndida vista en silencio mientras esperaban a que sus respiraciones, aceleradas por el esfuerzo de la subida, se calmaran.

—¿Qué proposición? —preguntó distraída sin dejar de admirar las maravillosas vistas.

—La de matrimonio. Cuál va a ser.

Tatiana giró la cabeza hacia él en el acto.

—Que yo sepa, no te he hecho ninguna proposición.

—Dijiste que habías estado a punto, que es casi lo mismo.

Rolo ocultó las manos en el bolsillo de su sudadera, no porque tuviera frío, sino porque no deseaba que ella notase que no estaba tan tranquilo como parecía.

Tatiana se encogió de hombros y volvió de nuevo la vista hacia el frente.

—Dije que había pensado en ofrecerte dinero, pero, según confesaste ayer, eres el rey de los gimnasios, así que no creo que lo necesites —respondió cortante.

—No, no necesito dinero.

—Entonces, ¿por qué aceptaste convertirte en mi novio?

Una vez más, Tatiana volvió la vista hacia él y lo observó con atención. Ahora fue él quien se encogió de hombros.

—Tenía curiosidad. Quería...

—¿Querías llevarte a la cama a una rubia antipática y darle una lección? —Lo interrumpió ella con una mirada inocente.

Rolo pensó que la de la sinceridad, en pequeñas dosis, era una estrategia tan buena como cualquier otra.

—Bueno, no vas demasiado desencaminada.

—Ya me parecía a mí que tus propósitos no eran del todo santos. —Tatiana movió la cabeza con aire de desaprobación.

—Pero estoy dispuesto a casarme contigo para enmendarme.

Puede que su afirmación sonara a broma, pero el tono que empleó era tan serio que apagó en el acto el chisporroteo malicioso de los grandes ojos azules.

—No necesitas el dinero. No puedo ofrecerte nada que pueda interesarte.

—Te equivocas.

Tatiana retorció entre sus dedos la ramita de romero que había arrancado de una mata poco antes sin dejar de estudiar su expresión.

—¿Sigues interesado en acostarte conmigo? ¿Es sexo lo que quieres?

Rolo no contestó, por lo que ella interpretó su silencio como una afirmación.

—Olvidalo. Mi proposición habría sido estrictamente de negocios.

—Creo que entre nosotros hay algo importante —soltó Rolo de repente, sorprendiéndose a sí mismo.

A juzgar por la cara que puso Tatiana, a ella también había logrado sorprenderla.

—¿Algo importante? ¿Entre nosotros? —Lanzó una risa desdeñosa en

cuanto logró recuperarse.

—No te rías. Hablo muy en serio. Esta mañana...

Tatiana hizo un gesto con la mano.

—Ya me extrañaba a mí que no saliera a relucir lo de esta mañana.

—Esta mañana pasó algo. No trates de negarlo.

Ella alzó los ojos al cielo con expresión de hastío.

—¡Por Dios! Fueron solo unos cuantos besos. Y ni siquiera demasiado apasionados.

—¿Hacía cuánto que no besabas a un hombre?

Aquella pregunta a bocajarro hizo que los ojos azules volvieran a chisporrotear, pero esta vez de ira.

—Eso no es de tu incumbencia. Ya me he cansado de esta conversación.

Tatiana trató de ponerse en pie, pero él la sujetó de la muñeca con suavidad, aunque con firmeza, y se lo impidió.

—No dejaré que salgas corriendo, Taty. Tengo la sensación de que llevas muchos años huyendo.

—¡Tú no sabes nada de mí! —afirmó llena de rabia.

—¿Crees que no? Te diré lo que sé de ti. Mujer blanca, rubia, cuerpo espectacular, con uno de los rostros más preciosos que he visto jamás. —Rolo prosiguió sin hacer caso de su bufido de desdén—. Aparentemente lo tiene todo, belleza, dinero, posición social y, sin embargo, es profundamente desgraciada.

—No tienes ni idea de lo que dices. —Forcejó tratando de liberarse, pero Rolo la tenía bien sujeta.

—Víctima de un matrimonio temprano con un hombre que la maltrató hasta extremos que desconozco, aunque me temo que terribles. —Ella cerró los párpados con fuerza, como si así pudiera librarse de esa voz que la atormentaba—. Esta mujer se oculta detrás de una barrera de altivez y desdén casi inexpugnables para que nadie descubra hasta qué punto está herida.

Tatiana negó con la cabeza, pero las lágrimas habían empezado a deslizarse por sus mejillas y su boca temblaba tanto que a Rolo se le encogió el corazón. Incapaz de soportar su dolor, hundió los dedos en su pelo y la atrajo contra sí. Y ese gesto debió romper algún dique de contención en el interior del pecho

femenino que hasta entonces había sido inquebrantable.

—No llores. No llores —trató de calmarla con la mejilla apoyada sobre su pelo. Pero fue inútil; los sollozos sacudían con violencia el cuerpo encerrado en el círculo de sus brazos.

El sol comenzaba a caer y las sombras a alargarse cuando el llanto de Tatiana empezó a amainar por fin. Rolo, que no había cesado de acariciar los suaves cabellos rubios, suspiró aliviado y satisfecho a un tiempo. Satisfecho porque estaba convencido de que aquella feroz llantina había sacado a la superficie parte del veneno que la devoraba por dentro.

La escuchó sorber sin demasiada delicadeza.

—Creo que en situaciones como esta, el galán de turno siempre ofrece un pañuelo a la dama llorosa, pero, por desgracia, ni siquiera llevo encima uno de papel.

La voz de Rolo actuó como un efectivo anticlímax, y Tatiana alzó al fin la cabeza.

—Te he empapado la sudadera —dijo con voz ronca.

Tenía el blanco de los ojos irritado y la punta de la nariz enrojecida, pero, a pesar de ello, estaba preciosa.

—No te preocupes, rubia. Entonces, ¿qué? —Siguió Rolo como si los últimos minutos no hubieran ocurrido—. ¿Nos casamos?

Tatiana se secó los ojos y las mejillas con el dorso de las manos.

—No. No nos casamos.

—Y ¿qué ocurrirá con tus protegidos?

—No hace falta que te preocupes por ellos. —Ella fingió examinar su manicura con mucho interés.

—Yo puedo ayudar econó...

—¡No! —Debió de arrepentirse de su brusquedad al instante, porque se apresuró a añadir—: No es problema tuyo. Es mi padre quien debe pagar.

Rolo la contempló un rato en silencio.

—Creo que lo entiendo. Es algo así como justicia poética, ¿no es cierto? Le consideras responsable en buena medida de lo que te pasó.

—Sé que está feo echarle las culpas al prójimo, pero... —Se encogió de hombros con esa falsa indiferencia tras la que se parapetaba.

—Y ¿qué harás cuando pasen los tres meses que te dio tu padre de plazo?

Un nuevo encogimiento de hombros.

—Ya lo pensaré cuando llegue el momento.

—Déjame ayudarte, Taty —suplicó.

Pero ella negó con la cabeza.

—Ya estoy más allá de cualquier ayuda.

—¡Eso no es cierto! —La vio dar un respingo ante su tono y, nervioso, se pasó la mano por el pelo castaño—. Perdona. Lo que quiero decir es que lo de esta mañana es una prueba de que no está todo perdido.

De nuevo, la vio negar con la cabeza.

—No tienes ni idea. Lo de esta mañana no fueron más que unos besos inocentes. No soporto la idea de... —Se detuvo bruscamente antes de inspirar con fuerza y continuar—: Nunca dejaré que un hombre vuelva a tocarme.

—¡Hecho!

Desconcertada por semejante respuesta, lo miró con el ceño fruncido.

—Lo que quiero decir. —Rolo carraspeó con fuerza antes de seguir—. Lo que quiero decir es que serás tú la que me toque a mí.

Ella hizo un gesto de fastidio.

—¿Te importaría dejar de decir tonterías durante un rato o es demasiado esfuerzo para ti?

—No son tonterías. He visto cómo me miras. Te apetece tocarme.

Tatiana soltó una carcajada despectiva.

—Qué sí, rubia. Por mucho que me lo niegues, y que te lo niegues, sé que te mueres por mis huesitos. Pero, como antes has dejado bien claro —el rostro masculino recuperó casi al instante la gravedad—, no puedes resistir la idea de que un tipo te roce.

Esta vez, ella no descartó de plano sus palabras como solía y Rolo vio que lo escuchaba con interés.

—Me he acostado con muchas mujeres, rubia.

—¿Tengo que poner cara de admiración?

Rolo alzó las palmas de las manos.

—No, solo te lo digo para que sepas que soy un hombre con experiencia. Que soy capaz de mantener el control. Que todo llegará, solo y únicamente, a dónde tú quieras que llegue.

Se hizo un silencio.

—Y ¿estás dispuesto a casarte conmigo solo para hacer este extraño experimento? —dijo ella, al fin, con una mirada de profunda desconfianza—. ¿Tantas ganas tienes de irte a la cama con una mujer inservible como yo? ¿No serás uno de esos tipejos con pulsiones enfermizas?

—Uno, no eres una mujer inservible. Dos, sí, confieso que la idea de irme a la cama contigo me pone muy, pero que muy bruto. Tres, respecto a las pulsiones enfermizas, creo que tengo las normales de cualquier tío estándar. Y cuatro, también lo hago para fastidiar a tu padre, no lo olvides. Quizá no sea un motivo encomiable, pero te aseguro que es satisfactorio a tope.

Tanta sinceridad —aunque, por supuesto, la verdadera respuesta «Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario con tal de tener la más mínima posibilidad de hacer que te enamores de mí» se la calló— no pareció escandalizarla.

—Si lo hacemos al final, tampoco quiere decir que tengamos que estar casados el resto de nuestras vidas —dijo Tatiana después de pensarlo un buen rato—. Después de un tiempo podemos divorciarnos discretamente. Será solo hasta que mi padre se acostumbre a la idea y deje de vigilarme y de amenazarme con quitarme mi renta.—Al ver que Rolo abría la boca para decir algo, se lo impidió con fiereza—: Que digas lo que digas, me la he ganado a pulso. Tampoco significa que no podamos hacer cada uno nuestra vida como hasta ahora. Solo tendremos que tener un poco más de cuidado al principio para mantener las apariencias.

—Pero viviremos juntos, ¿no? ¿En tu casa o en la mía?

—¿Juntos?

Al ver la cara de horror que puso, Rolo tuvo la certeza de que, al contrario que él, aún no había pensado en los detalles.

—Si no se nos va a ver el plumero a las primeras de cambio. Una sola

pregunta al portero de tu edificio o a la vecina, y papuchi nos habrá pillado con el carrito del helado.

—Mi piso solo tiene un dormitorio. Es muy amplio, pero...

—En el mío hay dos habitaciones, pero un solo un cuarto de baño. Espero que te gusten los muebles de maderaza, el papel pintado estilo años sesenta y los tapetitos de ganchillo.

El escalofrío que la recorrió fue suficiente respuesta.

—No hay más que hablar. Viviremos en el mío. Pero solo los primeros meses. Habrá que comprar un futón o algo por el estilo para ponerlo en un rincón del dormitorio. Y... —se detuvo y lo miró acusadora— espero que no ronques.

Rolo se rascó la nariz con gesto culpable.

—Me temo que un poquito. Todas mis novias se han quejado.

Tatiana se llevó la mano a la frente con gesto de desesperación.

—¡Oh, Dios mío! Va a ser infernal. En fin, tendré que hacerme con unos tapones o algo igualmente contundente.

Su interlocutor la miró alarmado.

—Espero que con contundente no te refieras a un mazo para darme en la cabeza.

—Mejor no me des ideas.

Rolo se puso en pie, se sacudió los fondillos del pantalón con una mano y le tendió la otra.

—Vamos, en marcha, que aún queda un buen trecho y estoy impaciente por darle la noticia a mi abuela. Además, mañana nos volvemos a Madrid. Los trámites de la boda llevarán al menos un par de meses, así que vamos con el tiempo justo.

Tatiana aceptó su mano y lo imitó.

—Solo espero que a tu abuela no le dé por celebrarlo poniéndonos triple ración de lo que sea que haya preparado para cenar.

—Pues... qué quieres que te diga, me temo lo peor.

La oyó suspirar profundamente antes de echar a andar delante de él en dirección al pueblo.

•

A la mañana siguiente salieron en dirección a Madrid con el coche cargado hasta los topes de chorizos, salchichones, productos del huerto, varios tarros de miel y otros tantos de mermelada casera.

La abuela de Rolo había estado al borde de la apoplejía cuando le dieron la noticia de que habían pensado adelantar la boda, y Tatiana había respirado con alivio al ver que, finalmente, aquel nieto liante no la había mandado al otro barrio de un ataque de pura felicidad. Sus peores temores se cumplieron también cuando los obligó a repetir dos veces de asado de cordero y tres de leche frita y, todo ello, regado con un par de botellas de un vino peleón que la propia Carmen elaboraba. Una receta propia que había jurado que solo desvelaría en su lecho de muerte.

Al final de la cena era Tatiana la que estaba de color verde, y Rolo, preocupado, la había mandado a la cama antes de que la abuela la obligara a brindar por enésima vez con un licor de arándanos —casero, por supuesto— que también era una bomba.

—Si no te importa, antes de dejarte en tu casa pasaremos por mi barrio. Bibi me ha dicho que llegarían a Madrid a eso de las dos y tengo ganas de ver su cara cuando le cuente las novedades.

—No le va a hacer ninguna gracia. —El terrible dolor de cabeza que tenía Tatiana la obligaba a hablar en susurros.

—¿A Bibi? No te preocupes, es la mejor persona que conozco. En cuanto tenga un poco más de confianza contigo te acogerá bajo su ala y te cuidará como una mamá gallina. Es lo que hace con todo el mundo.

Tatiana se sujetó la cabeza con las dos manos. Tenía la sensación de que alguien estaba excavando una galería en su cráneo con pico y pala.

—¡Dios, me muero!

Rolo giró la cabeza y, al ver su gesto y la palidez de su rostro, sonrió.

—Un arma letal el vinito de la abuela, ¿eh? Tengo amigos de tres veces tu tamaño que han caído debajo de la mesa después de un par de vasos. Tú, en cambio, has aguantado como una campeona, estoy muy orgulloso de ti.

Tatiana no hizo el menor caso de aquel cumplido indeseado y siguió a lo suyo.

—A Bibi no le caigo nada bien. He notado cómo me mira.

—Ah, eso —dijo Rolo, despreocupado, con la vista de nuevo en la carretera—. No es por ti. Es por el melifluo de tu amigo.

—¿Qué amigo?

—El tal Gonzalo.

—Gonzalo no es ningún melifluo y, que conste, que no te pega nada usar semejante palabreja. Además, no sé qué tiene que ver él con el hecho de que tu amiga me odie.

—No es que te odie —explicó Rolo con paciencia—. Es que lleva enamorada de ese jefe suyo desde que entró a trabajar en el bufete, y está convencida de que tú eres una mujer fatal que alberga intenciones inconfesables sobre su amado.

Aquella información la arrancó de golpe de su estado letárgico.

—¿Estás diciendo que Bibi lleva un montón de años enamorada de Gonzalo?

Lo vio asentir.

—Sin esperanza.

—Y ¿por qué sin esperanza? —Tatiana lo miró extrañada—. Bibi es muy mona y, por lo que tú cuentas, es la mujer perfecta.

Rolo se rió con ganas al escuchar aquella descripción de su amiga.

—Bibi no es perfecta en absoluto, pero es encantadora. Y sí, es muy mona, lo que pasa es que le falta seguridad en sí misma. Y, además, ha adornado al idiota de tu amigo con todo tipo de cualidades inverosímiles que ni siquiera el príncipe de los príncipes azules podría reunir aunque viviera siete vidas en principelandia.

—¡Gonzalo no es ningún idiota y también es encantador! —Saltó ella en su defensa—. Puede que no sea tan perfecto como piensa tu amiga, pero como creo que ya te dije en una ocasión, es el mejor tío que conozco.

—Bah, no será para tanto.

—No estarás celoso, ¿eh? —se burló Tatiana al ver que la defensa cerrada que había hecho de su amigo no le había sentado demasiado bien—. Te recuerdo que lo nuestro va a ser solo un matrimonio de conveniencia.

Las grandes manos morenas apretaron el volante con fuerza, y Tatiana se

preguntó, sorprendida, si su comentario lo habría molestado de verdad. Sin embargo, al oír el tono indiferente con el que respondió descartó la idea al instante.

—Por supuesto que no estoy celoso.

Sintiéndose incómoda sin saber por qué, volvió al tema anterior.

—Así que el de tu amiga es un amor platónico.

—Completamente. Casto, puro y sin esperanza, como los de esos tipos medievales que llevaban unas mallas raras que les marcaban el paquete.

Había que reconocer que Tatiana tenía un sexto sentido para descifrar las alusiones históricas de Rolo, porque, después de pensarlo unos segundos, dijo:

—Creo que te refieres a los trovadores y al amor cortés. Y no llevaban mallas, en todo caso serían calzas.

Rolo resopló con impaciencia.

—Si cuando yo digo que eres una auténtica *maripedos*... Qué más dará una cosa que la otra, ¿iban marcando paquete o no iban marcando paquete?

Ahora fue el turno de Tatiana de lanzar un resoplido.

Capítulo 41

—Qué sincronización tan perfecta —dijo Tatiana—. Ese es el coche de Gonzalo.

En efecto, un BMW negro acaba de aparcar en un sitio libre justo enfrente del portal de Bibi. Enseguida se abrieron las puertas y Carlos y Luisa, muy bronceados, fueron los primeros en bajar.

Rolo le cerró el paso a un coche que pretendía aparcar en un hueco que había unos metros más adelante y, sin hacer caso del bocinazo ni del «dedo de la palabrota» —como decía Luisa— que le sacó el otro por la ventanilla, terminó de hacer la maniobra en tiempo récord.

—Qué suerte hemos tenido. Normalmente no hay quién aparque.

—Lo de la suerte díselo al pobrecillo ese que te ha llamado de todo menos bonito.

Rolo la miró sonriente.

—Ese truco lo he aprendido de ti, rubia.

Bajaron del coche sin dejar de reír, y Carlos y Luisa corrieron a saludarlos mientras Gonzalo se apresuraba a abrirle la puerta a Bibi.

En cuanto ésta vio a Rolo, salió disparada y se arrojó en sus brazos.

—¡Qué sorpresa, Rolo!

Su amigo le devolvió el abrazo y la besó en la mejilla. Luego la dejó en el suelo y la examinó con atención.

—Veo que te han sentado bien estos días en la playa.

A pesar de que no era de las que se bronceaban, Bibi relucía con una especie de luz interior.

—Lo hemos pasado genial, ¿verdad chicos?

—Sí —dijo Luisa—. Aunque estuvo a punto de ocurrir una tragedia.

—Tragedia según cómo se mire —la pinchó su hermano.

—Una tragedia —se reafirmó la niña que no estaba dispuesta a dar su brazo

a torcer—. Pero Gonzalo me salvó la vida.

Luisa le lanzó al jefe de Bibi —al que no se le veía demasiado feliz después de aquel efusivo reencuentro— una mirada de adoración.

—¿Te sacó una púa de erizo de mar del dedo gordo del pie? —se burló Rolo, algo celoso por el modo en que Luisa miraba a Gonzalo. Hasta ese momento, él había sido el héroe indiscutible de la pequeña.

—Qué va —respondió la niña muy seria—. Fue un salvamento de vida en toda regla. Casi me ahogo de verdad.

Rolo interrogó a Bibi con la mirada y la vio asentir con la cabeza.

—Joder. —Rolo se volvió hacia Gonzalo con un nuevo respeto—. Muchas gracias.

El jefe de Bibi se encogió de hombros. No parecía especialmente deslumbrado por su agradecimiento.

—¡Bibi!

Una voz masculina hizo que todos se giraran en esa dirección.

—Hola, Héctor —saludó la aludida sin entusiasmo.

Héctor, acompañado por dos colegas con aspecto de mafiosos de algún país del este, se acercó a ellos con sus habituales andares de chulo piscinas y se dirigió a Bibi como si no hubiera nadie más alrededor.

—Caramba, nena, cada día estás más guapa.

Rolo notó que Gonzalo se ponía tenso y se preguntó si por fin habría pasado algo entre él y su amiga.

Bibi le dio las gracias con sequedad y fue directa al grano:

—¿Qué quieres?

Sin mediar palabra, Héctor la cogió de la cintura y le dio dos besos, ambos demasiado cerca de la comisura de la boca. Bibi se apartó en el acto.

—Ten cuidado, Héctor —le advirtió Rolo con voz suave y los brazos cruzados frente al pecho.

—No te metas, tío. Mi «bisnes» no es contigo. Solo quiero hablar a solas con Bibi.

—Si no recuerdo mal, Bibi ya te dijo la última vez que os visteis que no tenía

nada de qué hablar contigo. Así que desaparece.

—Mira, tío, no me amenes. Esta vez no me vas a pillar por sorpresa.

Con una mueca chulesca, Héctor señaló con el pulgar a sus dos acompañantes.

—Me muero de miedo. —Rolo fingió un escalofrío.

Héctor lo ignoró por completo.

—Vamos, Nena. Quiero hablar contigo en privado. —Alargó la mano y sujetó a Bibi por un brazo.

—Suéltala ahora mismo —intervino Gonzalo.

Héctor pareció reparar por primera vez en Gonzalo y lo miró de arriba abajo con gesto de desprecio.

—Tú no te metas o acabarás como la última vez.

Un destello de reconocimiento asomó en los ojos oscuros de Gonzalo, seguido de otro de furia.

—He dicho que la sueltes ahora mismo. —No alzó la voz, pero su tono resultaba profundamente amenazador.

Héctor hizo un gesto con la cabeza.

—Ocupaos de él.

Los dos matones se abalanzaron sobre Gonzalo, pero Rolo se interpuso en su camino y, con una patada bien dirigida a las partes pudendas de uno de ellos, lo dejó fuera de combate a la primera.

—¡Carlos, cuida de las chicas! —gritó, al tiempo que se agachaba para esquivar el puño del segundo gorila.

Carlos reaccionó al instante. Agarró a Bibi y a Tatiana y las arrastró fuera de la zona de peligro.

—Déjame, Carlos. ¿No ves que le va a hacer daño?

Bibi trató de resistirse, pero su hermano la tenía bien sujeta.

—¡Luisa! —le gritó Carlos a su otra hermana, que debía haber intuido desde el principio por dónde iban a ir los tiros y había tenido la precaución de alejarse unos metros—. Tú vigila a Taty.

—No es necesario, Luisa —dijo Tatiana muy tranquila—. No tengo ninguna intención de intervenir. Creo que Rolo se basta y se sobra para esta tarea.

En efecto, el primer matón estaba en el suelo retorciéndose de dolor y el segundo gemía sentado en el bordillo de la acera sujetándose la nariz que, después de haber chocado contra el puño de Rolo, sangraba a profusamente.

Entonces, Rolo dirigió su atención a Héctor y Gonzalo que giraban el uno alrededor del otro con los puños en alto y gesto amenazador. Saltaba a la vista que el jefe de Bibi, al contrario que él, no estaba acostumbrado a las peleas callejeras.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó despreocupado.

—No, gracias —respondió Gonzalo sin perder de vista a su adversario.

—¡Pues claro que necesita ayuda, Rolo! ¿No ves que Gonzalo no sabe pelear?

—¡He dicho que no necesito ayuda!

Se notaba a la legua que no le había sentado nada bien la poca confianza que mostraba su secretaria en sus habilidades como luchador.

—¿Lo ves, Bibi? Si tu jefe me dice que no intervenga no puedo intervenir. Resultaría humillante para él si lo hiciera delante de vosotras.

Rolo cruzó una mirada cómplice con Carlos que venía a decir: «¡Mujeres, qué sabrán ellas!».

En ese momento, Héctor lanzó un puñetazo que el jefe de Bibi logró esquivar en el último segundo. Gonzalo trató de devolver el golpe, pero su rival tenía mucha más experiencia que él en esos lances y su puño ni siquiera lo rozó.

—¡Así no, hombre! No des puñetazos al aire, que pareces una nena —lo amonestó Rolo.

Gonzalo se detuvo en seco y se volvió hacia él, furioso.

—¿Te importaría callarte? Me estás desconcentrando.

—¡Cuidado, Gonzalo!

La advertencia de Bibi llegó demasiado tarde. Héctor aprovechó la distracción de su oponente para largarle dos puñetazos en el estómago, uno detrás de otro, y Gonzalo se dobló sobre sí mismo, casi sin aire.

—¡Haz algo, Rolo! ¡Lo va a matar! —chilló Bibi llorosa.

Pero antes de que Rolo pudiera tomar cartas en el asunto. Su jefe se incorporó y se abalanzó sobre Héctor con el ímpetu de un toro bravo. Su rostro, lleno de furia asesina, resultaba casi irreconocible mientras descargaba una feroz lluvia de golpes sobre el otro.

Rolo se quedó sorprendido por aquella inesperada reacción. Hasta ese momento, había considerado a Gonzalo Sanmartín un tipo sin sangre en las venas. Un señorito apto solo para adornar los salones de la alta sociedad. Pero no solo le había salvado la vida a Luisa, sino que ahí estaba, soltando tralla a diestro y siniestro como un campeón. El gusano de Héctor ya no sabía cómo hacer para esquivar esa lluvia de mamporros. ¡Joder! Como que iba a tener que intervenir antes de que lo matase.

Por fortuna, no fue necesario. De pronto, Gonzalo dejó de golpear a Héctor y, sin bajar la guardia en ningún momento, le espetó jadeante: —¡Como te vuelva a ver rondando cerca de Bibi, vas a necesitar una buena ortodoncia! Y una cosa más. —Recorrió con una mirada desdeñosa los despeinados mechones, rígidos por la gomina, y la camisa de marca que ahora lucía un gigantesco desgarrón en la manga—. Solo un hortera se pondría unos zapatos como estos.

Hizo amago de soltarle una patada y Héctor se encogió de miedo, aunque Rolo estaba seguro de que, más que los golpes, lo que de verdad le había dolido a ese desagradable despojo de la sociedad había sido el hiriente comentario sobre su ropa.

—¡Largo! —ordenó Gonzalo.

Al oír su tono, Héctor y sus compinches se levantaron como un solo hombre y salieron corriendo todo lo rápido que les permitían sus cuerpos magullados.

—¡Gonzalo! ¡Gonzalo! ¿Estás bien?

Bibi corrió hacia su jefe, y empezó a palparle la cara, los brazos y las costillas frenética.

—Bibi, Bibi. Tranquila.

Gonzalo le sujetó las manos y la apartó con delicadeza.

—Me doy cuenta de que no tienes mucha fe en mí —dijo secándole los ojos con las yemas de los pulgares.

—No... Bueno... ¡Claro que sí! —se corrigió al instante—. Pero conozco a Héctor y sé que siempre juega sucio y no quería...

A Rolo le sorprendió la ternura que mostraba Gonzalo. En ese momento, su mirada se cruzó con la de Tatiana y la vio levantar las cejas de un modo muy expresivo.

Un corrillo de curiosos los había rodeado y comentaban la jugada, encantados con el espectáculo. Rolo dio unas palmadas: —¡Se acabó la fiesta! Todo el mundo a descargar el equipaje. Vámonos de aquí antes de que aparezca la poli y nos detenga a todos por desórdenes públicos.

En un periquete, descargaron las maletas y las dos cajas llenas hasta los topes con los productos que la abuela de Rolo le había regalado. En cuanto llegaron al piso, Carlos se abalanzó sobre las cajas para echar un vistazo.

—Vaya pinta tiene este salchichón. —Abrió uno de los tarros de miel y la olisqueó con deleite—. Os quedáis todos a comer, ¿no? Hoy me voy a lucir.

—Será mejor... —empezó Tatiana, pero Rolo la cortó en seco.

—Tú también te quedas, rubia. No sabes cómo cocina el chaval.

Tatiana y Bibi se miraron con cierta incomodidad, pero los preparativos de las comidas en casa de los Guzmán eran siempre una tarea colectiva y ruidosa y, poco después, todos trabajaban codo con codo en la amplia y destartalada cocina —Carlos en los fogones, Rolo cortando el salchichón, Gonzalo el lomo, Tatiana y Luisa poniendo la mesa, Bibi preparando las bebidas—, cada uno de ellos demasiado concentrado en sus tareas para preocuparse de nada más.

Los pimientos rellenos de queso de cabra con salsa a la miel que preparó Carlos desaparecieron en un santiamén, lo mismo que el resto del aperitivo. Las cervezas que había ido a comprar Rolo al bar de abajo volaron —y eso que Tatiana, después de la odisea de la noche anterior, solo había bebido agua— mientras se contaban con pelos y señales sus respectivas vacaciones. Las carcajadas resonaron una y otra vez en el anticuado, pero acogedor, salón de los Guzmán.

Ya estaban terminando el aromático café que había preparado Bibi, cuando Rolo decidió que había llegado el momento de soltar la noticia.

—Ejem, ejem. —Carraspeó sonoramente, al tiempo que golpeaba el vaso con el filo de un cuchillo para reclamar la atención de los presentes—. Ahora que estamos todos reunidos, quiero daros un notición...

—¡Te han llamado de *Pasapalabra*! —chilló Luisa, que no se perdía un programa y soñaba con participar algún día y completar el roscó en la primera

vuelta.

—Vas a abrir otro gimnasio en París —aventuró Bibi, que siempre que pensaba en una buena noticia la situaba en la Ciudad de la Luz.

—Tienes mesa reservada en el tres estrellas Michelin que acaban de abrir en Fuencarral. —Para Carlos, las buenas noticias solían estar relacionadas con la comida.

—Te has propuesto levantar cinco kilos más cuando hagas pesas en el gimnasio. —Fue la sarcástica conjetura de Gonzalo.

—Frío, frío —dijo Rolo de buen humor—. ¿Alguna idea más? ¿No? ¿Nadie? Pasó los ojos de unos a otros con expresión zumbona.

—Venga, suéltalo ya —exigió Luisa impaciente.

—Tatiana y yo nos casamos.

La algarabía que había reinado hasta entonces se acalló de golpe, y un silencio rotundo ocupó su lugar.

—¿Cómo que os casáis? —preguntó Bibi por fin.

—Está bromeando, ¿verdad? —le dijo Gonzalo a la aludida casi al mismo tiempo.

Tatiana se encogió de hombros. Se notaba que estaba bastante incómoda, pero Rolo contestó por ella sin perder su alegría.

—Nada de bromas. En cuanto esté listo el expediente, nos casamos.

—Os habéis enamorado. ¡Qué romántico! —Luisa se llevó las manos al corazón con un gesto teatral.

—Bueno, en realidad... —empezó Tatiana, a la que cada vez se la veía más incómoda.

Rolo le rodeó los hombros con un brazo y, de nuevo, contestó por ella: — Como dos tortolitos.

Bibi y Gonzalo cruzaron una mirada, pero no dijeron nada.

—¡Pues hay que celebrarlo!

Carlos rompió el incómodo silencio y se levantó de un salto para sacar de la nevera una botella de champán que le había regalado su jefe y que reservaban para una ocasión especial, en tanto que Luisa corría a buscar las pocas copas

descabaladas que quedaban y las repartía a toda prisa.

—¡Por los novios! —Carlos levantó su copa.

—¡Por los novios!

Salvo a Carlos y Luisa, quien, al igual que el resto, alzó su vaso de agua dispuesta a brindar, y Rolo, que los imitó con una sonrisa radiante, al resto no se les veía demasiado entusiasmados.

•

Gonzalo se colocó delante de la puerta y le cortó el paso a Rolo, que se disponía a seguir a los demás a la cocina para terminar de recoger.

—¿De verdad pretendes seguir adelante con esta farsa?

—¿Qué farsa? —preguntó Rolo con una mirada desafiante.

—Eres el último hombre sobre la Tierra con el que Tatiana se casaría.

Rolo se cruzó de brazos y se irguió amenazador.

—Eso me suena, pero me parece que te equivocas. Ya lo has oído. Tatiana y yo nos casaremos en cuanto tengamos los papeles en regla.

—Está desesperada. ¿Sabes que también me lo pidió a mí?

—Te lo pidió y dijiste que no. Yo se lo pedí y me dijo que sí.

Gonzalo bajó aún más la voz, aunque con el jaleo de risas y el ruido de cacharros que tenían montado en la cocina no era necesario.

—¿Es dinero lo que buscas? Tatiana no tiene un duro.

—Mira, tío. —Los ojos pardo-verdosos despedían chispas asesinas. Sin embargo, Rolo mantuvo un tono sereno—. Te perdono porque creo que, en el fondo, te preocupas de verdad por ella, pero no vuelvas a decirme nada parecido o me veré obligado a partirte tu preciosa carita de niño bien.

El jefe de Bibi se irguió aún más.

—No te tengo miedo. No voy a consentir que nadie vuelva a hacerle daño a Taty.

Rolo apretó los puños, se notaba que hacía un gran esfuerzo para contenerse.

—Sé que su exmarido la maltrató.

—¿Te lo ha contado? —preguntó Gonzalo incrédulo.

—¿Lo sabías y no hiciste nada por evitarlo?

Lleno de ira, Rolo respondió con otra pregunta.

—Nunca me ha contado nada, pero siempre he tenido mis sospechas. Sobre todo, al ver cómo ha cambiado en los últimos años. Me sorprende que se haya sincerado contigo. —Gonzalo movió la cabeza desconcertado—. Tatiana es una mujer muy orgullosa y apenas os conocéis.

—No. —Rolo decidió ser sincero—. Ella no me ha contado nada. Lo he adivinado y, cuando le he preguntado, no ha podido negarlo. Pero cada vez que intento averiguar más detalles sobre su matrimonio se cierra en banda.

Miró por encima del hombro de Gonzalo para asegurarse de que nadie los sorprendería en el momento menos oportuno.

—¿Cómo murió su ex? —preguntó a bocajarro.

—Si ella no te ha contado nada...

—Mira, tío —lo interrumpió Rolo—. Necesito saber. No es curiosidad morbosa. Solo sé que Tatiana no está viva del todo. Ese pasado del que nunca habla la tiene prisionera. He buscado en internet, pero es como si alguien se hubiera dedicado a borrar minuciosamente cualquier información sobre Tatiana de Aguilera.

Gonzalo lo miró fijamente.

—Y, a pesar de ello, estás dispuesto a casarte con ella.

—La amo.

Hasta el propio Rolo pareció sorprendido ante su inesperada confesión.

—Entiendo —dijo Gonzalo muy serio, sin apartar los ojos de él.

Y, como si acabara de tomar una decisión, ahora fue él el que echó un vistazo por encima de su hombro y empezó a contarle: —Su marido se llamaba Marcos Casadevall. Tampoco creo que encuentres mucha información sobre él en internet. Sospecho que el padre de Taty se ha tomado muchas molestias para tapar en lo posible el escándalo. Sin embargo, estoy seguro de que el nombre de Richmond Capital Securities te sonará bastante.

—¿La estafa piramidal?

Su interlocutor asintió con la cabeza.

—La estafa piramidal más grande de la historia de España. Más de cinco mil

millones de euros de inversores volatilizados. Así. —Gonzalo chasqueó los dedos—. Pero, aunque siempre he sospechado que Marcos fue el verdadero cerebro de la operación, el ex de Taty era un tipo con suerte. Pocos días antes de que se destapara el escándalo, falleció en un espectacular accidente de coche en el extranjero, y fue su socio sobre el que cayó todo el peso de la ley. Si no recuerdo mal, al final llegó a un acuerdo con la fiscalía y se recuperó la mayor parte del dinero.

—Joder.

—Sí, joder. Tatiana tuvo suerte también. Justo acababa de conseguir el divorcio y, cuando los medios trataron de volver su atención hacia ella, su padre, quien, como ya te habrás dado cuenta, tiene muchas influencias, intervino.

Las risas resonaron una vez más en el pasillo, pero ya debían de estar a punto de acabar, así que Rolo se apresuró a preguntar: —¿Por qué fue espectacular el accidente?

—El coche de Marcos chocó contra un camión cisterna cargado de gasóleo en un túnel cerca de los Alpes. La bola de fuego debió de ser impresionante. Tanto Marcos como el conductor del camión quedaron reducidos a un puñado de restos carbonizados.

En ese momento, se abrió la puerta de la cocina. Luisa salió corriendo a toda velocidad, perseguida de cerca por su hermano Carlos y, sin dejar de reír, se parapetó detrás de las piernas de Gonzalo.

—¡Socorro, me quiere pegar!

Aquello puso fin a las confidencias en el acto.

Capítulo 42

—Estás muy callado. ¿Te pasa algo?

Rolo forzó una sonrisa y se obligó a dejar de pensar en lo que el jefe de Bibi acababa de contarle.

—Estoy triste, rubia. Ya no dormiremos juntitos en mi hamaca.

—Mejor, la última vez me dio tortícolis. —Tatiana movió despacio la cabeza a un lado y a otro.

Rolo se volvió a mirarla y dijo con rendida admiración:

—¿Te he dicho ya que eres la tía más romántica que conozco?

Tatiana se limitó a soltar una risita maliciosa. Poco después, aparcaban frente al portal de su casa.

Rolo sacó el equipaje del maletero.

—Te acompaño. Con que a uno de los dos le dé un tirón por cargar con esta maleta es más que suficiente.

Ella pestañeó con fingida coquetería.

—Me encanta que seas tan caballeroso.

—Eso dicen todas. —Y se pasó el pulgar por la boca muy despacio, con un gesto provocativo copiado de un anuncio.

Tatiana puso los ojos en blanco.

Una vez dejó la maleta en el recibidor, Rolo cerró la puerta.

—Tienes que irte —dijo Tatiana con impaciencia—. Tengo que hacer un montón de cosas.

—Me iré, rubia, me iré, pero me gustaría que antes me dieras las gracias por estos días inolvidables que hemos pasado juntos.

—Muchas gracias por estos días inolvidables que hemos pasado juntos —repitió como un loro—. Ahora, adiós.

Sin hacerle caso, Rolo se plantó frente a ella con los brazos en jarras y las

piernas ligeramente separadas.

—Quiero mi beso de despedida. O si no...

—¿O si no? —repitió Tatiana alzando una ceja.

Rolo le lanzó una sonrisa beatífica.

—O si no me quedaré un rato más.

Tatiana resopló con impaciencia.

—Te pones muy pesadito.

—Venga, rubia, es solo un beso. Prometo que mis manos seguirán aquí todo el tiempo que dure.

Tatiana lo miró desdeñosa.

—No creas que te voy a dar un beso cada vez que se te antoje.

—Por supuesto que no.

Tatiana se acercó un poco más.

—Si me apetece darte un beso, te daré un beso. Si no, no.

Rolo puso cara de aburrimiento.

—¿Crees que no sé que te mueres por besarme?

La vio fruncir los labios, como si intentara contener una sonrisa.

—¿Eso crees? Y ¿cómo has llegado a esta conclusión tan peregrina? — Tatiana avanzó un poco más. Ahora la distancia entre sus cuerpos era menor de un palmo.

—Porque soy irresistible —respondió muy serio, aunque notaba que su cercanía le había acelerado el pulso—. Todas las chicas guapas quieren besarme.

—¿Crees que debería estar celosa? —Lo miró pensativa.

—Mucho, pero no te preocupes. Por ahora, no quiero que ninguna otra me bese.

—Hum.

Tatiana alzó las palmas de las manos y las apoyó sobre su pecho. Era un contacto casi inapreciable, pero Rolo se vio obligado a tragar saliva y, por el chisporroteo malicioso de los preciosos ojos azules, notó que ella se había dado cuenta de que no estaba tan tranquilo como parecía.

—¿Qué significa «hum»? —dijo tratando de distraerla.

—Solo eso. Hum.

—Eres muy misteriosa.

—Lo sé.

En ese momento, Tatiana se alzó sobre la punta de los pies y le rozó la boca con los labios. A Rolo se le pasaron en el acto las ganas de bromear. Cerró los ojos y se concentró en esa boca que picoteaba la suya con una delicadeza inexperta que lo estaba excitando hasta un punto embarazoso.

Tan súbitamente como había empezado, aquel roce embriagador cesó y, aunque siguió con las palmas apoyadas sobre su pecho, Tatiana dio un paso atrás.

—Hum —repitió.

Rolo abrió los ojos muy despacio, como si despertara de un sueño.

—Sí. Hum.

Su voz sonó muy ronca y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para seguir con las manos en las caderas. Lo cierto era que se moría por abrazarla y pegarla contra sí hasta que no pudiera ni respirar.

—Ya puedes irte —dijo ella.

—Sí, claro. —Sin embargo, Rolo no se movió—. ¿Te importa darme otro?

Tatiana negó con la cabeza y con una mirada traviesa que se le antojó irresistible, se apartó de él y abrió la puerta.

Rolo se acercó a ella y, muy despacio, para no asustarla, le pasó el dorso de los dedos por la mejilla en una delicada caricia.

—Me matas, rubia —susurró antes de desaparecer por la escalera.

•

Unos veinte minutos más tarde sonó el timbre. Tatiana, que había empezado a deshacer la maleta fue a abrir sin darse demasiada prisa. Estaba segura de que era Rolo, que volvía al ataque. Esta vez tendría que ponerse seria, se dijo. Aunque en el fondo le hacía gracia que fuera tan insistente, salvo cuando enviaba a sus protegidos a la playa unos días en verano, ella no solía tomarse vacaciones y tenía un montón de cosas pendientes.

—¿Qué quieres aho...?

—Hola, Tatiana.

Tatiana se quedó paralizada y sus pupilas se dilataron. Incapaz de reaccionar, no pudo impedir que el recién llegado empujara la puerta para entrar y la cerrase a su espalda.

—¿Me has echado de menos?

Tatiana separó los labios, pero una dolorosa presión en el pecho le impedía hablar.

«Es solo una alucinación», se dijo. «Un mal sueño del que despertaré ahora mismo».

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos que hacía por despertar, el hombre que aún seguía atormentándola en sus pesadillas seguía allí, contemplándola con expresión socarrona.

—Veo que te he sorprendido. Lo entiendo, claro. Que tu marido regrese al mundo de los vivos después de más de ocho años es un maravilloso milagro.

—No. No puede ser —murmuró ella, al tiempo que negaba con la cabeza, en un intento desesperado de espantar aquella terrible posibilidad.

Como si no la hubiera oído, Marcos la sujetó de la barbilla y la obligó a alzar el rostro hacia él, antes de inclinarse sobre su boca con la avidez de un ave de presa.

—Te he echado de menos, pequeña flor —susurró contra sus labios, antes de apartarla con un ligero empujón.

Volver a oír, después de tanto tiempo, el sobrenombre con el que solía dirigirse a ella cuando estaba de buen humor fue lo peor. Tatiana sintió que le faltaba el aire y abrió la boca en un intento desesperado de que el oxígeno llegara a sus pulmones. Notaba un desagradable zumbido en los oídos y pensó que se iba a desmayar.

«No es real. No es real», se repitió, pero empezaba creer que quizá sí que lo fuera.

—Estás muerto.

—¿Muerto? —se burló, al tiempo que giraba la llave que ella había dejado en la cerradura, la sacaba y se la guardaba en un bolsillo del pantalón—. Yo diría que estoy muy vivo. ¿No me invitas a pasar? Por cierto, ¿te gustaron las flores?

Llena de angustia, Tatiana comprendió que acababa de perder cualquier posibilidad de escapar.

—Vamos.

La agarró con fuerza del brazo y la obligó a caminar a su lado sin dejar de charlar de cosas intrascendentes. El cerebro de Tatiana funcionaba a toda velocidad. ¿Y si gritaba? ¿Qué posibilidades había de que alguien la oyera? Muy pocas, se dijo angustiada. La casa estaba muy bien insonorizada y Marcos era mucho más fuerte que ella y acabaría enseguida con cualquier conato de rebelión. El móvil. ¿Dónde lo había dejado? Estuvo a punto de lanzar un gemido al recordar que estaba en su bolso y que este, a su vez, lo había arrojado con descuido sobre la cama. Quizá podría salir corriendo, encerrarse en su cuarto y llamar a la policía.

Como si hubiera adivinado sus intenciones, su ex le apretó el brazo con más fuerza y la obligó a entrar en el salón. Los últimos rayos de sol entraban por la ventana, y él aprovechó la luz dorada para examinarla de cerca.

—Caramba, pequeña flor. Estás más guapa que nunca. Pensé que una vez pasado el primer frescor de la juventud ya no resultarías tan apetecible, pero me doy cuenta de que estaba completamente equivocado.

De nuevo, inclinó la cabeza y la besó. La obligó a abrir la boca y le introdujo la lengua con rudeza. Tatiana trató de apartar la cara, pero él la agarró con fuerza del pelo y se lo impidió. Cuando por fin la soltó, ella se llevó una mano a los labios doloridos, en un vano intento de contener un ataque de arcadas. Eso le hizo reír.

—¿No te ha gustado?

A Tatiana le temblaban tanto las piernas que se dejó caer sobre el sillón.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó en voz baja.

—Quería verte, querida.

Una vez más, ella no pudo ocultar el estremecimiento que la sacudió. Él se rió de nuevo.

—No pareces demasiado contenta.

Tatiana, se apartó el pelo de la cara. Aún estaba mareada, pero hizo un esfuerzo para mostrarse tranquila.

—No lo entiendo. Tu socio cargó con todas las culpas porque tú habías

muerto. Si vuelves, solo te espera la cárcel.

Marcos sacudió una mota invisible de polvo de la mesa de centro y se sentó frente a ella. Su pelo se había teñido de gris casi por completo, tenía bolsas bajo los ojos y había engordado un poco, pero seguía siendo un hombre elegante y seductor. Para quien no lo conociera en profundidad, claro está, se dijo asqueada.

—No voy a volver. En cuanto tenga lo que he venido a buscar, desapareceré de nuevo.

—Y ¿qué es lo que has venido a buscar?

Pero antes de que abriera la boca, ella supo la respuesta y su estómago se retorció dolorosamente.

—A ti, por supuesto.

—¿A mí? —trató de sonar tranquila, pero estaba tan nerviosa que tuvo que esconder las manos debajo de los muslos para que él no notara su temblor—. No tiene sentido. Estamos divorciados.

La sonrisa satisfecha que su interlocutor había lucido hasta el momento se desvaneció en el acto, y los ojos, de un azul desvaído, adquirieron esa frialdad mortal que ella recordaba tan bien.

—Yo no quería el divorcio. El matrimonio es para siempre. Esas son las reglas.

Sus reglas, por supuesto. Tatiana alzó la cabeza, desafiante.

—Lo nuestro no fue un matrimonio. Tu voluntad era la única que contaba y llegaste hasta los extremos más dolorosos para imponerla.

Marcos alargó la mano y la aferró de la muñeca.

—No te equivoques, querida. —Levantó una ceja con expresión sardónica y apretó con más fuerza. Ella sabía que al día siguiente luciría la marca de sus dedos en su piel—. En eso sigo siendo el mismo.

Tatiana trató de no dejarse arrastrar por el pánico. Eso era lo que él pretendía, pero esta vez no le daría ese placer. Debía conservar sus facultades mentales intactas si quería salir incólume en lo posible de ese encuentro.

—¿Por qué ahora? Ha pasado mucho tiempo. Además, sé de sobra que nunca me has sido fiel.

—¿Por qué conformarse con una pequeña flor cuando hay tantas en el

campo? Pero tú siempre has sido mi favorita —dijo con buen humor, aunque, casi al instante, la diversión abandonó los ojos claros y la miró con odio—. He venido porque hasta ahora no había habido ningún otro hombre en tu vida.

Tatiana lo miró boquiabierta, pero de repente lo entendió todo.

—Así que eras tú el que has estado espiándome todo este tiempo.

—Pues claro. ¿Quién pensabas que era? ¿Tu padre? —Se desató el botón del puño y se remangó un poco la camisa, luego, con idéntica parsimonia, hizo lo mismo con el otro. Tatiana conocía demasiado bien ese gesto y sintió que se le secaba la garganta—. Desde el principio, he querido asegurarme de que mi querida esposa me guardaba ausencias. Hasta ahora, he estado demasiado ocupado volviendo a crear una fortuna casi desde cero debido a la traición de mi socio. Me divertía saber que tu único entretenimiento era esa panda de muertas de hambre que acoges en ese piso que tienes. Pero cuando mi hombre me informó de que había un tipo rondándote y que, al parecer, iba en serio, decidí que había llegado el momento de un reencuentro. Lo que es mío es mío. No estoy dispuesto compartirte con nadie.

Los dedos de Tatiana se cerraron con rigidez en torno al mando a distancia que había encontrado en el sillón y siguió hablando, en un intento desesperado de ganar tiempo mientras trazaba un plan.

—A pesar de lo que dices, aceptaste el divorcio sin poner pegas.

Marcos chasqueó la lengua con impaciencia, como si ya estuviera cansado de charlar con una niña un poco tonta.

—Fue solo una retirada a tiempo. Después de lo del aborto, tu padre había empezado a sospechar y amenazaba con montar un escándalo. Además, tenía a los de hacienda respirándome en el cuello. Nunca tuve la menor intención de renunciar a ti. Yo te hice mujer, ¿recuerdas?

A lo largo de aquellos ocho años, Tatiana había relegado esos dolorosos recuerdos al fondo de su mente, pero su tono insinuante los arrastró de nuevo a la superficie.

Marcos había insistido en que debía llegar virgen al altar, y ella lo había aceptado como una muestra más del amor y el respeto con los que la había tratado durante los pocos meses que duró su noviazgo.

Cerró los ojos y volvió a oír en su mente el ruido seco de la puerta de la lujosa suite que ocupaba la totalidad de la última planta del hotel de cinco

estrellas al cerrarse —más tarde comprendió que Marcos la había elegido para que no hubiera ninguna posibilidad de que alguien oyera sus gritos—, y ese sonido desencadenó una vez más el Apocalipsis.

Órdenes pronunciadas con frialdad. Perplejidad. El primer golpe. El sonido de la tela al rasgarse. Dolor, mucho dolor. Gritos. Lágrimas. Luego, solo gemidos ahogados. Más golpes. Sangre, mucha sangre. Más dolor. El olor de las freesias que adornaban hasta el último rincón de la suite. Un olor que aún hoy la hacía vomitar. Y, en su cabeza, una única frase que se repetía una y otra vez: «Esto no me puede estar pasando a mí».

—Veo que te acuerdas.

Su voz la hizo volver con brusquedad al presente y abrió los ojos.

—Demasiado bien. —Estaba muy pálida, pero no le tembló la voz—. Aguanté dos años de infierno, pero no lo haré ni un minuto más. Ya no soy la niña indefensa y asustada que conociste.

De repente, él se inclinó hacia ella y la agarró con fuerza de los brazos.

—¿Crees que tu amiguito va a venir corriendo a rescatarte?! —La sacudió con violencia y siguió gritando fuera de sí—: ¿Crees que voy a permitir que vuelva a acercarse a ti?!

Unas gotas de saliva salpicaron su rostro. Tatiana se estremeció y cerró los ojos, pero su ex enseguida cambió de tono y, con una suavidad que daba más miedo que todos los gritos del mundo, añadió:

—Sé que estos días no has venido a dormir aquí. —Tatiana abrió los párpados y lo miró atemorizada—. Solo espero, por tu bien, que no te hayas comportado como una furcia, porque sabes que lo averiguaré. Nunca has sido capaz de ocultarme nada durante mucho tiempo.

En ese momento, Tatiana, que no había soltado el mando de la televisión, apretó el puño en torno a él, subió el brazo y lo golpeó por debajo de la barbilla con todas sus fuerzas. Sorprendido por el inesperado ataque, su exmarido la soltó y ella aprovechó para salir corriendo en dirección a la cocina. La ventana daba a un patio interior y había calculado que si gritaba desde allí había muchas más probabilidades de que alguien la oyera.

Sin embargo, no había contado con el cierre de seguridad. Apenas acababa de abrirlo, cuando una mano le tapó la boca y ahogó su grito. Marcos volvió a cerrar la ventana con brusquedad y, sin soltarla, la hizo avanzar a trompicones

hasta unos ganchos de los que colgaban unos paños de alegres colores. Tatiana se resistió, pero él seguía tapándole la nariz y la boca con la mano, y casi no podía respirar.

—Ahora verás, zorra.

Aterrorizada por esa amenaza, pronunciada en el mismo tono gélido que había oído en infinidad de ocasiones, Tatiana perdió el control del esfínter y se orinó encima.

Marcos se rió con crueldad. Se había mordido el labio al recibir el golpe con el mando, y un hilo de sangre le resbalaba por la barbilla.

—Sabes que eso nunca me detuvo. Ahora estate quietecita o te pesará.

La soltó por fin, no sin antes golpearle la cabeza contra uno de los armarios de la cocina. Tatiana obedeció y se quedó muy quieta. Una vez más, el terror paralizante que sentía en presencia de ese hombre le había quitado las ganas de seguir luchando.

Su exmarido cogió uno de los paños y empezó a enrollarlo alrededor de sus dedos.

—¿Tengo que amordazarte?

Tatiana negó con la cabeza y lo vio esbozar una sonrisa cruel. Sabía de sobra lo que esperaba de ella: quería oírla gritar y suplicar, aunque no lo suficientemente alto para alertar a los vecinos.

Luego la empujó contra la isla central y la obligó a inclinarse sobre ella. Con violentos tirones le bajó los pantalones y las bragas empapados hasta los tobillos. Tatiana, con los brazos extendidos sobre la mesa, lo oyó forcejear con su propio cinturón.

Era como si el tiempo no hubiera pasado. Una vez más, ahí estaba ella, indefensa por completo ante la voluntad de un hombre que, durante dos larguísimos años, se había erigido dueño absoluto de su cuerpo y de su mente. Con las lágrimas resbalando por las mejillas, intentó aislarse en ese rincón de su imaginación que siempre le había servido de refugio. Pero, de repente, la imagen de Rolo se coló, inesperada y perturbadora, en su cabeza y lo puso todo patas arriba.

Recordó su paciencia, su consideración, las risas que habían compartido, la seguridad que sentía cuando estaba a su lado, la delicadeza con la que le había acariciado la mejilla la última vez que lo vio —un recuerdo que, a pesar del poco

tiempo que había pasado, ahora se le antojaba tremendamente lejano— y, al instante, la resignación que se había apoderado de ella la abandonó de golpe.

El puño de su ex aferró el cuello de su blusa y la desgarró hasta la cintura. Luego sintió un doloroso tirón de pelo que la obligó a echar la cabeza hacia atrás. Tatiana notó el calor del miembro masculino apretado contra su nalga y, en ese mismo momento, sus dedos rozaron un objeto que estaba sobre la encimera.

—¿A que lo echabas de menos? —susurró Marcos en su oído con una risita sádica.

—¡Tanto como tú esto!

Tatiana se volvió con la celeridad de una centella y, con una fuerza que llevaba detrás todo el impulso de una rabia infinita, le clavó en el cuello el bolígrafo que había usado para apuntar la última lista de la compra.

Los ojos de su ex la miraron con un profundo asombro. Lo vio llevarse la mano al cuello y arrancarse el bolígrafo, y Tatiana no pudo contener un grito cuando la sangre empezó a salir a borbotones.

Marcos se apretó la garganta con una mano, en un vano intento por contener la hemorragia, mientras trataba de sujetarla con la otra.

—¡Zorra, te voy a matar!

Tatiana lo empujó con todas sus fuerzas, se subió los pantalones y las bragas como pudo y corrió a su dormitorio a coger el móvil. Tenía la blusa y los dedos empapados de sangre, y temblaba tanto que le costó un rato encontrarlo. Con él en la mano volvió a la cocina. Marcos, sentado en el suelo y apoyado contra uno de los armarios, trataba de taponar la herida con uno de los paños de cocina. Sin embargo, la debilidad que se iba apoderando de él poco a poco le impedía hacerlo con la eficacia necesaria para contener el intenso flujo de sangre.

—Llama... emergencias —ordenó con voz débil.

Tatiana desbloqueó el móvil, obediente, pero, justo cuando iba a empezar a marcar, se detuvo con los pulgares en el aire y lo miró.

—Por... favor.

Más que oírla, ella leyó la súplica en sus labios, pero se limitó a negar con la cabeza.

Su exmarido tardó unos quince minutos más en desangrarse por completo y, durante todo ese tiempo, Tatiana permaneció en pie a su lado, sin apartar los ojos

de él. Cuando todo terminó, salió al pasillo, apoyó la espalda contra la pared y se dejó resbalar hasta el suelo. Temblaba tanto, que le llevó un buen rato encontrar en su lista de contactos el número deseado.

—¡Rubia, qué sorpresa!

Después de lo que acababa de ocurrir, la alegre voz de Rolo le pareció completamente fuera de lugar.

—Lo he matado —dijo en voz muy baja.

—¿Qué dices?

—Ayúdame, por favor —rogó segundos antes de perder el conocimiento.

Capítulo 43

La moto de Rolo volaba por las calles bien iluminadas de Madrid. La alarmante llamada de Tatiana y el silencio posterior llevaban implícito un mal presagio y lo impulsaban a acelerar de forma temeraria. Llegó a su casa en poco más de diez minutos y, sin molestarse siquiera en ponerle el candado a la moto, aprovechó la salida de un vecino para colarse en el portal.

Golpeó con impaciencia el botón del ascensor y luego hizo lo mismo con el timbre. Pasaron varios minutos y, cada vez más preocupado, aporreó la puerta con el puño hasta que se abrió por fin.

—¿Tatiana? ¿Qué ha ocurrido?

Entró y cerró la puerta, el recibidor estaba a oscuras y apenas era capaz de distinguir la silueta femenina.

—¿Por qué estás a oscuras? —preguntó al tiempo que encendía la luz con otro de esos golpes impacientes.

La inesperada visión de la blusa rasgada y ensangrentada por la que asomaba un sujetador de encaje también empapado de sangre lo hizo dar un paso atrás. Poco a poco, fue captando nuevos detalles. La melena rubia enredada, la mirada enajenada que asomaba a los ojos irritados y la palidez cadavérica de sus mejillas.

Tatiana se tambaleó. Parecía al borde del desmayo, y eso lo hizo reaccionar por fin. En dos zancadas, se puso a su lado y la apretó contra su pecho. El cuerpo femenino tenía una rigidez poco natural. Rolo le acarició el pelo y suavizó en lo posible el tono de su voz para no asustarla aún más.

—Taty, ¿qué ha pasado?

—Está muerto. Esta vez sí.

Su voz sonaba áspera y extraña, y no paraba de temblar. Rolo apretó la mejilla contra su pelo, sin dejar de acariciarle la espalda con mucha suavidad.

—Shh. Tranquila, yo estoy aquí. Sea lo que sea, ya pasó.

Se quedaron así un buen rato, hasta que Tatiana, con la mejilla apoyada contra su pecho empezó a hablar. En un tono que no expresaba la menor

emoción, le contó la historia desde el momento en que sonó el timbre y abrió la puerta pensando que era él, sin ahorrarle ni el más mínimo detalle.

Sin dejar de acariciarla, Rolo escuchaba horrorizado mientras sentía crecer en su interior una rabia descomunal.

¿Cómo era posible?, tenía ganas de gritar. ¿Cómo era posible que un día que había empezado tan bien acabara de aquella manera espantosa? Taty. Su pobre Taty. Besó los cabellos empapados de sudor mientras escuchaba el final de aquella historia terrible.

Luego se hizo un silencio que él mismo rompió al cabo de unos segundos.

—Taty, voy a llamar a la policía.

El sonido que salió de la garganta femenina, mitad sollozo, mitad gemido, le hizo pensar en un animal herido. Pero él la estrechó con más fuerza y siguió explicándole su plan.

—Quiero que le cuentes a ellos la misma historia que me has contado a mí, salvo por un pequeño detalle.

Tatiana apartó el rostro de su pecho y lo miró desconcertada, pero él le devolvió la mirada con firmeza.

—No quiero que digas que te quedaste mirando cómo se desangraba para asegurarte de que esta vez se moría de verdad.

—Pero eso es lo que pasó —dijo ella con voz débil.

—Ya sabes que yo siempre soy partidario de adornar un poco la realidad.

Rolo volvió a ponerse muy serio. La sujetó por los brazos, pero, al ver su mueca de dolor, aflojó la presión en el acto. Luego clavó los ojos en ella como si quisiera grabarle las siguientes palabras en el cerebro con la sola fuerza de su mirada.

—Quiero que digas que, en cuando viste la sangre, te desmayaste. Que no sabes cuánto tiempo estuviste inconsciente, pero que cuando volviste en ti ya estaba muerto. Luego corriste a buscar el móvil y me llamaste a mí, tu prometido.

—Pero...

Rolo la sacudió con suavidad.

—Es la verdad. Tú te desmayaste. Solo hemos cambiado un poco la

secuencia de los hechos. Prométeme que darás esta versión. Prométemelo.

La mirada castaño-verdosa tenía una intensidad difícil de resistir y no la apartó de su rostro hasta que, finalmente, Tatiana asintió con la cabeza.

—Bien. —Rolo sacó el móvil de un bolsillo—. Voy a echar un vistazo. Espérame aquí.

•

Bibi terminó de hacer la cama con unas sábanas limpias.

—Vamos, Taty, acuéstate.

Con la actitud obediente de una niña pequeña, Tatiana se metió dentro. Bibi la tapó hasta la barbilla y a Rolo no se le escapó la mirada llena de compasión que su amiga dirigió a la mujer demacrada que ahora ocupaba su cama.

La noche había sido infernal. La policía había interrogado a Tatiana a lo largo de varias horas. Después de un intenso ir y venir de agentes, peritos y demás, habían llegado el médico forense para certificar la defunción y el juez a levantar el cadáver mientras la policía judicial tomaba fotografías detalladas de las lesiones que presentaba Tatiana y recogía muestras de tejidos, fibras y sangre. Luego la habían llevado al hospital bajo custodia policial. Allí le hicieron un reconocimiento y embolsaron y etiquetaron cada una de las prendas de ropa que llevaba puestas. Y más tarde, había sido trasladada de nuevo al juzgado donde, después de unas horas, el juez, por fin, la había dejado en libertad provisional.

Rolo, al que la policía había permitido acompañarla en aquel peregrinaje agotador —había sido él quien le había comprado en un chino cercano al hospital una camiseta, un pantalón y unas zapatillas de lona— detuvo un taxi en cuanto salieron del juzgado. Sin pedir su opinión, porque saltaba a la vista que Tatiana no estaba en condiciones de tomar ninguna decisión, optó por darle al taxista la dirección de la casa de Bibi. Ya eran casi las ocho de la mañana cuando llegaron. Su amiga estaba a punto de irse a trabajar, pero sus hermanos, que no tenían que madrugar, seguían durmiendo. Bibi reaccionó como él sabía que lo haría: recibió a Tatiana muy cariñosa, le preparó un vaso de leche caliente con miel que la otra hizo a un lado después de dar un par de sorbos, y le ofreció su dormitorio.

Después de una breve explicación, Rolo acompañó a Tatiana al cuarto de baño y la hizo sentarse en un taburete mientras él llenaba la bañera. En el hospital, una enfermera había ayudado a Tatiana a asearse un poco, pero aún tenía restos de sangre en el cuero cabelludo y dentro de las uñas. Rolo estaba

convencido de que un baño la haría sentirse mucho mejor, así que con mucho cuidado de no hacer ningún movimiento brusco, la desnudó poco a poco, deteniéndose cada vez que ella le lanzaba una mirada de terror, y la metió en el agua caliente. Con la misma delicadeza, eliminó hasta el último rastro de sangre de su pelo y de su piel. Mientras lo hacía se había visto obligado a morderse los labios con fuerza en varias ocasiones para no lanzar un feroz juramento cada vez que descubría la marca violácea de unos dedos crueles en la piel cremosa. En cuanto la secó, le puso un pijama de Bibi, que ella misma le había dejado preparado, y la ayudó a acostarse.

Bibi se despidió y los dejó solos. Rolo se sentó en el borde del colchón y miró a Tatiana que, aferrada a las sábanas, miraba al techo con fijeza. Era increíble, pensó, estaba muy pálida y unas profundas ojeras habían aparecido debajo de sus ojos. Sin embargo, resultaba tan difícil como siempre apartar la vista de su rostro.

—Ahora te dejaré para que descanses. —Los grandes ojos azules lo miraron con expresión asustada. Rolo la tomó de la mano para tranquilizarla—. No tengas miedo, estaré en el salón viendo la tele y dormitando en el sillón. Ya he llamado al gimnasio para avisar de que hoy no iré a trabajar. Aquí estarás segura. Los próximos días los periodistas van a rondar tu casa como buitres, pero nadie, salvo la policía, sabrá dónde estás. Bibi y sus hermanos son de total confianza.

Tatiana abrió la boca, como si fuera a pedirle que no la dejara sola, pero no dijo nada. Rolo le acarició la mejilla con el dorso de los dedos con ese gesto tierno característico.

—Ahora descansa. ¿Lo prometes?

Ella asintió, con esa misma actitud de niña obediente, tan distinta de la Tatiana desafiante que había conocido hasta entonces. Y Rolo, muy preocupado, trató de convencerse de que solo era una consecuencia más del terrible *shock* y de que pronto volvería a ser la de antes.

Muy despacio para que no se sintiera amenazada, bajó la cabeza y rozó los labios inflamados con los suyos.

—Hasta luego —susurró.

Salió de la habitación y dejó la puerta entreabierta para poder oírla si lo llamaba.

Tatiana abrió los ojos y miró a su alrededor desorientada. Trató de incorporarse, pero una aguda punzada de dolor la obligó a seguir tumbada. Bibi, la secretaria de Gonzalo dormía a su lado. ¿Bibi? Frunció el ceño confundida. ¿Ahora se acostaba con mujeres?, se preguntó sin demasiado interés. Tenía el cerebro embotado y le costaba pensar.

En ese momento, Bibi abrió los ojos y sonrió.

—Buenos días, Taty.

Debió notar su mirada de perplejidad, porque enseguida añadió:

—Ayer por la noche tuviste una pesadilla y me suplicaste que no te dejara sola. ¿Qué tal te encuentras?

—¿Bien? —dijo vacilante, y esa simple palabra le raspó la garganta.

En realidad no estaba demasiado segura de encontrarse bien y tenía la impresión de que no le iba a resultar fácil levantarse de la cama.

La secretaria de Gonzalo al parecer no tenía ese problema porque se levantó de un salto y dijo con una animación que le dio un poco de grima:

—Hoy será mejor que te quedes en la cama y descanses. Le diré a Carlos que te prepare el desayuno.

—No es nece...

Pero Bibi ya había desaparecido.

Tatiana cerró los ojos de nuevo. Era la segunda vez que se despertaba en esa cama, recordó. La primera vez, Rolo estaba allí. A pesar de que no tenía nada de hambre, la había obligado a beber un poco de caldo, que estaba exquisito, y a tomarse un analgésico. Enseguida había vuelto a caer en un sueño inquieto por lo que, según sus cálculos, debía de haber dormido casi veinticuatro horas seguidas.

A medida que su cabeza se despejaba, las terribles imágenes de lo ocurrido empezaron a bombardear su cerebro sin orden ni concierto. Notó que se le aceleraba el pulso y la frente se le empapó de sudor. De pronto, le costaba respirar. Estaba a punto de gritar, cuando volvió a escuchar dentro de sí la voz de Rolo, con el mismo tono suave que había empleado aquella noche.

«Shh. Tranquila, yo estoy aquí. Sea lo que sea, ya pasó».

Poco a poco, su respiración y su pulso se fueron normalizando, y recordó que en esa noche fatídica había sido también el pensamiento de Rolo lo que le había hecho salir de la parálisis de terror que la atenazaba y le había dado fuerzas para

defenderse. Revivió la delicadeza de las manos masculinas mientras la bañaba, la ausencia de lujuria de su tacto, su ternura... Rolo era todo lo contrario a su ex.

—¡Tortitas!

Una voz juvenil interrumpió sus pensamientos y la hizo abrir los ojos. El muchacho de pelo verde que la observaba desde la puerta con una bandeja entre las manos debió de percatarse de su temor, porque preguntó con cierta timidez:

—¿Puedo pasar?

Tatiana se fijó en la atractiva sonrisa rematada por un par de hoyuelos y no pudo evitar devolvérsela, aunque, en su caso, le salió un tanto temblorosa.

—Por supuesto, Carlos.

La sonrisa se hizo más amplia.

—Ya sabes que soy el que suele ocuparse de la cocina por aquí.

Con cuidado, colocó la bandeja sobre los muslos de Tatiana.

—Café y tortitas, ¿necesitas alguna otra cosa?

—Creo que con esto es más que suficiente. Muchas gracias.

En realidad, Tatiana no tenía apetito, pero no quería parecer una desagradecida después de las molestias que se había tomado el chico, así que picoteó una de las tortitas y se bebió el café. Cuando Carlos volvió a buscar la bandeja le dio las gracias y, en cuanto salió, cerró los ojos y se quedó dormida de nuevo.

•

Tatiana se quedó más de una semana en casa de los Guzmán. Los primeros días apenas hacía otra cosa que dormir. Pero, en cuanto recuperó las fuerzas, insistió en levantarse de la cama, aunque la idea de salir a la calle seguía llenándola de temor.

Jamás habría imaginado que Bibi y ella se harían tan buenas amigas. A las pocas horas de estar en su piso, ya tenía la sensación de que la conocía de toda la vida. Bibi era una de esas almas caritativas que se desvivían por los que tenía a su alrededor. Y lo hacía de corazón.

Hacía tiempo que Tatiana no se sentía tan mimada. Antes de marcharse al bufete, su anfitriona se preocupaba de que tuviera a su alcance todo lo que pudiese necesitar y, cuando volvía, siempre aparecía con un detalle: un libro, una

revista, un ramo de flores...

Sus hermanos seguían de vacaciones y le hacían compañía la mayor parte del tiempo. Los comentarios de Luisa, que charlaba por los codos, eran una continua fuente de diversión, y Carlos le preparaba los platos más exquisitos, como si el escaso apetito que mostraba Tatiana esos días fuera para él el mayor de los retos. Y lo cierto era que el chico estaba empezando a ganar la partida.

Rolo y Gonzalo se pasaban por el piso de los Guzmán todos los días al salir del trabajo, y las largas partidas de Scrabble, a las que se sumaban las deliciosas cenas en las que la conversación y las carcajadas fluían sin cortapisas, la ayudaron a ir dejando atrás, poco a poco, la oscuridad que se había apoderado de ella.

Sin embargo, la presencia de Rolo, con el que intercambiaba sonrisas cómplices a través de la mesa, fue la mejor terapia. Era él quien la mantenía informada de los avances de la investigación. De las idas y venidas de sus protegidos que, según él, lo habían recibido con los brazos abiertos —Tatiana sospechaba que, en especial, las mujeres— cuando se presentó en el piso de acogida como el representante y chico para todo de Tatiana. Era él quien con su insistencia, sus bromas y su ternura impedía que se hundiera a cada rato en el pozo oscuro de sus terrores.

La sorprendente «resurrección» de un importante hombre de negocios al que se había dado por muerto hacía ocho años había sido noticia de portada en todos los medios. Enseguida se supo que Marcos Casadevall había pasado esos años viviendo a caballo entre Tailandia y Yemen con una falsa identidad y que durante ese tiempo había participado en negocios poco o nada legales, pero muy lucrativos.

—Lo que no entiendo —le comentó Tatiana a Rolo una noche mientras veían el telediario— es cómo no ha salido mi nombre a relucir todavía. Hablan de la mujer que lo mató en defensa propia, pero nada más.

—Agradéceselo a tu padre.

La respuesta de Rolo la dejó muda.

—Sí, a tu padre. Fui a verlo y le conté lo que había pasado.

—¿Fuiste...? ¿Le contaste...?

Una vez más, Tatiana se había quedado sin habla.

—Al menos lo que tú me contaste a mí. Ya iba siendo hora de que supiera,

exactamente, el tipo de hombre con el que se había empeñado en casar a su hija.

—¡A mí nunca me creyó! —exclamó indignada.

—Pienso que más bien no quería creerlo. Además, estoy seguro de que no le diste demasiados detalles.

Tatiana lo consideró un momento y al final asintió. En aquella época era tan insegura y sentía tanta vergüenza, que siempre había pensado que lo que le ocurría, de alguna manera, era culpa suya. Y debía reconocer que, aunque no era más que una niña deslumbrada por las atenciones de un hombre mucho mayor, su padre no había tenido que esforzarse demasiado para convencerla de que se casara con él.

—A nadie, y menos a alguien tan orgulloso como tu padre —siguió Rolo—, le gusta reconocer que ha sido una de sus meteduras de pata la que le ha causado tanto dolor a su propia hija. Así que le dije que, ya que no lo había hecho cuando más lo necesitabas, era su deber protegerte ahora.

—¿De verdad le dijiste eso?

—Eso y unas cuantas cosas más. Me temo que no le gustó nada oírlas. —Rolo movió la cabeza con fingido pesar.

—Eres valiente, vikingo.

Los ojos de Tatiana desbordaban admiración. La gente solía temer a su padre, pero ahí estaba Rolo, tan fresco después de haberle cantado las cuarenta a uno de los hombres más poderosos de España.

—No fue para tanto. —Se encogió de hombros—. En el fondo, tu padre es un tío razonable. Hizo unas cuantas llamadas delante de mí y no le costó demasiado convencer a un par de tipos muy importantes de que tú te habías divorciado de Marcos hacía años y de que no vería con buenos ojos que alguien uniera tu nombre con el suyo. Por cierto...

Rolo miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie, salvo Tatiana, lo oía. Carlos estaba, como de costumbre, en la cocina. En la mesa del comedor, Luisa mordisqueaba con cara de aburrimiento el boli que usaba para hacer los deberes. Gonzalo y Bibi, sentados muy juntos con las manos entrelazadas en el otro sillón, estaban más pendientes de intercambiar cuchicheos y miraditas apasionadas que de lo que en ese momento mostraba la pantalla de la televisión.

—He pasado por tu casa a recoger el correo. —Le tendió un sobre con un membrete de diseño recargado, debajo del cual había unas palabras escritas en

alfabeto árabe.

Tatiana miró el sobre de papel caro que sostenía en la mano con el ceño fruncido. Después de la del otro día, tenía claro que no le gustaban las sorpresas y ese sobre misterioso tenía toda la pinta de ser una de las gordas.

—Venga, rubia, ábrelo.

Con un suspiro, Tatiana rasgó la parte superior, sacó un papel grueso encabezado con el mismo membrete en relieve y leyó el texto escrito en inglés.

—Unos abogados quieren hablar conmigo.

Sin pedir permiso, Rolo le quitó la carta y la leyó. Lo curioso fue que a Tatiana no la sorprendió en absoluto que él fuera capaz de leer en inglés. Ya lo conocía lo suficiente para saber que el hombre que estaba a su lado era mucho más que un conglomerado de músculos decorativos.

—Mañana te acompaño, luego iremos a tu casa.

Ella tragó saliva y lo miró con fijeza, pero no dijo nada.

Capítulo 44

Desde que habían salido del lujoso despacho de abogados que actuaba en nombre del bufete árabe, situado en un emblemático edificio de la Plaza de la Independencia, Tatiana no había vuelto a abrir la boca. Rolo había respetado su silencio y, en vez de ir directamente a su casa, había decidido que sería mejor dar un paseo. Con firmeza, la había tomado de la mano y la había conducido en dirección a la entrada de El Retiro más cercana.

—Qué recuerdos, ¿eh, rubia? —dijo por fin.

Tatiana miró a su alrededor sorprendida. Estaba tan concentrada en sus pensamientos que no se había dado cuenta de a dónde la llevaba Rolo. El Retiro, abarrotado de paseantes que aprovechaban la salida del trabajo y el buen tiempo y con los parterres llenos de flores, era una visión bienvenida después de sus sombrías reflexiones.

—No lo quiero.

Rolo no tuvo necesidad de preguntar a qué se refería.

—No lo quieres —repitió sin más, y esa concisa respuesta la animó a seguir poniendo en palabras sus confusos pensamientos.

—Es dinero manchado.

Siguieron andando unos cuantos metros en silencio. Fue Rolo el primero en romperlo.

—Puede que sea raro que te haya dejado a ti todo ese dinero, pero el abogado dijo que los tribunales no podrían reclamarte ni un solo euro.

—Si te soy sincera, estaba demasiado aturdida por la noticia para prestar atención a lo que nos ha explicado ese hombre.

—Lo que ha venido a decir es que Marcos Casadevall nunca ha sido juzgado por estafa, con lo cual no se puede ir contra él por la vía penal. Quizá podría haber una reclamación por lo civil, pero es bastante más difícil que prospere. Al fin y al cabo, con la confesión de su socio se recuperó la mayor parte del dinero estafado y no se puede demostrar que el dinero que te ha dejado a ti no provenga de los negocios a los que se ha dedicado tu ex en los últimos años. Así que ya

ves, es todo perfectamente legal.

—Nada en lo que ese demonio estuviera metido podría ser nunca perfectamente legal.

Rolo cayó en la cuenta de que Tatiana nunca se dirigía a su difunto exmarido por su nombre, un hecho que tampoco le sorprendió lo más mínimo.

—Además —prosiguió ella—. El juez va a considerar muy sospechoso que herede una fortuna del mismo hombre al que he... al que he...

Apretó los labios incapaz de pronunciar la palabra. Al verlo, Rolo la estrechó contra su costado y la besó en el pelo.

—Lo devolveré —afirmó al cabo de un rato, decidida.

—¿A quién?

—Pues... no sé, al gobierno.

Habían llegado al estanque. Numerosos turistas y varias pandillas de jóvenes madrileños remaban en las barcas bajo el sol primaveral. Se apoyaron en la barandilla de hierro y contemplaron a tres muchachos que salpicaban a las chicas de una barca cercana, que no dejaban de reír y gritar.

—Verás, antes de ir al bufete hablé con tu abogado porque ya me temía por dónde podían ir los tiros. —A ella no le sorprendió oír aquello. Ya sabía de sobra que la mente de Rolo era de una agudeza fuera de lo común—. Me ha dicho que aunque te dejara una fortuna, aún así, no duda de que se te aplicará la eximente de legítima defensa. Según él, es un caso clarísimo. Al fin y al cabo, aquel bolígrafo no era ningún arma y fue más una cuestión de mala suerte, o de buena, según cómo se mire, el que lo mataras con él. No hubo un empleo de fuerza desproporcionada, sobre todo, teniendo en cuenta que él era un tipo mucho más corpulento que tú.

»Yo también estoy seguro de que, por ese lado, no tienes nada que temer. Y, respecto a devolver el dinero, el gobierno lo gastará en Dios sabe qué. Así que tengo una idea mucho mejor.

Tatiana se volvió a mirarlo, y Rolo le colocó detrás de la oreja uno de los suaves mechones rubios que la brisa empujaba contra su rostro. Lo cierto era que no podía evitar aprovechar cualquier oportunidad para tocarla, aunque siempre con cuidado de no asustarla.

—Te quedarás el dinero. Es tuyo y de tus protegidos. El dinero de un

maltratador empleado para ayudar a otras mujeres maltratadas y a sus hijos. Si lo piensas, es un caso claro de justicia poética. Y yo siempre he sido de la opinión de que si quieres un trabajo bien hecho, lo mejor es hacerlo tú mismo. Otra ventaja es que, si lo aceptas, no tendrás que depender de tu padre nunca más.

Tatiana dejó que sus ojos vagaran de nuevo por el estanque.

—Y ya no tendríamos que casarnos —dijo sin mirarlo.

—Y ya no tendríamos que casarnos —repitió él, con un nudo en la garganta.

—De buena te has librado.

Rolo la vio esbozar una sonrisa que tenía un poso de amargura.

—¿Sabes, rubia? —Colocó la mano sobre la de Tatiana que estaba apoyada en la barandilla—. En el fondo, creo que prefiero que cuando te cases conmigo lo hagas por otros motivos.

—Nunca me casaré.

—¿Qué te juegas?

Tatiana, muy interesada en apariencia en la estatua ecuestre de Alfonso XII que coronaba el Monumento a la Patria española, contestó:

—Lo que quieras, y ya sabes que suelo ganar mis apuestas.

Y apartó la mano con suavidad.

—Quería preguntarte... —Rolo se detuvo, incómodo.

Carraspeó un par de veces y, por fin, lo soltó de sopetón:

—¿Tu ex tuvo algo que ver con tu aborto?

La expresión de Tatiana no cambió y siguió contemplando ensimismada el monumento.

—Discutimos —dijo al fin—. Una de tantas discusiones. Creo recordar que empezó porque la persona que tomó el pedido del supermercado envió una marca de tónica equivocada. Había pensado en ir a cambiarlas antes de que volviera del trabajo, pero había pasado el día vomitando y me encontraba fatal y, sin querer, me quedé dormida. Puedes imaginarte la que montó cuando fue a prepararse el gintonic que solía tomar al llegar a casa.

No. Rolo no podía imaginarlo. No podía creer que hubiera hombres, por llamarlos algo, capaces de descargar su ira con semejante violencia contra

mujeres y niños indefensos. Pero, por desgracia, sabía que existían y que el de Tatiana no era un caso aislado.

Ella no se explayó con los detalles.

—Vivíamos en un chalé y el último puñetazo me hizo rodar la escalera. Cuando desperté en el hospital, me explicaron que había perdido el niño y el estado lamentable en el que había quedado mi útero. No lloré. Cuando vino a visitarme con una gigantesca caja de bombones y un no menos gigantesco ramo de flores, le dije que quería el divorcio. Y añadí que si me ponía alguna pega, contaría con pelos y señales hasta el último de los sórdidos detalles de nuestro matrimonio en una sonada exclusiva en el *¡Hola!* Debió de comprender que hablaba muy en serio, porque nunca antes me había enfrentado a él. Jamás regresé al chalé. Mandé a unas amigas a que recogieran mis cosas y ya solo nos comunicamos a través de mi abogada. Poco después del divorcio murió en ese accidente, o al menos eso creíamos todos, y a los pocos días estalló el escándalo.

Rolo inspiró con fuerza. Una cosa era sospechar algo, y otra era enterarse de la espantosa verdad. Al menos, se dijo en un intento de ser optimista, el que Tatiana se lo hubiera contado era positivo. Algo le decía que nunca antes había hablado de aquello con nadie.

—Solo sé una cosa —dijo Rolo después de un largo silencio—. Ese malnacido ya te arruinó la vida lo suficiente. No dejaré que ahora que está bien muerto siga haciendo de las suyas desde la tumba.

—No es problema tuyo.

—¿No? Veremos.

Tatiana lo miró con frialdad.

—Reconozco que te estoy muy agradecida por muchas cosas, pero déjame decirte que, últimamente, te encuentro un tanto irritante.

—¿Tú crees, rubia? —Sin inmutarse, Rolo le rodeó la cintura con un brazo, y la empujó con delicadeza en dirección a una terraza que había unos metros más allá—. Venga, vamos a picar algo para cenar y me lo cuentas.

•

—Estoy aquí —le recordó Rolo, al tiempo que la empujaba con suavidad, obligándola a traspasar el umbral.

Tatiana no sabía qué había esperado encontrar en su piso, pero, desde luego,

después del paso de los de la científica no esperaba que estuviese tan ordenado. Sin apartar la mano de su cintura, Rolo la condujo al salón. No había nada fuera de su sitio; incluso el mando de la televisión ocupaba el lugar de costumbre, debajo de la mesa de centro.

Al notar su perplejidad, Rolo comentó con una sonrisa:

—En cuanto la poli quitó los precintos y me dio permiso, contraté a una cuadrilla para que limpiara. No te preocupes. Estuve supervisándolo todo; no encontrarás ni rastro de su presencia en tu casa.

Tatiana esbozó una sonrisa trémula. Luego lo agarró de la mano y, muy despacio, se dirigió a la cocina. Se detuvo en la puerta incapaz de continuar.

—Ni rastro —susurró Rolo en su oído, antes de tirar de ella con suavidad para obligarla a avanzar.

En efecto, la cocina olía a un agradable perfume de limón. La encimera, los muebles, el suelo... todo destellaba con el brillo cegador que solo logra una limpieza en profundidad. Incluso se habían tomado la molestia de blanquear las juntas de las baldosas del suelo.

Se quedó mirando los flamantes paños de cocina que colgaban de los ganchos y, sin poder evitarlo, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Rolo le apretó la mano más fuerte.

—Si estos no te gustan, te acompañaré a comprar otros más bonitos. Ya sé que mi gusto deja a veces un poco que desear.

Pero Tatiana negó con la cabeza, incapaz de hablar.

El ramo de flores de primavera que alguien había colocado encima de la isla, en uno de los exquisitos jarrones de cristal heredados de su abuela, le dio la bienvenida. Nada en esa cocina, alegre y acogedora, recordaba la sordidez de lo ocurrido la última vez que Tatiana estuvo en ella.

Tatiana se volvió hacia él.

—Gracias, Rolo. —Se le quebró la voz.

—Eh, rubia, ¿no irás a llorar? —preguntó horrorizado.

Ella negó con la cabeza, y cuando consiguió deshacerse del nudo que tenía en la garganta, logró decir con algo de su antigua altivez:

—Por supuesto que no. Yo no soy de las que lloran. Ya deberías saberlo.

La boca masculina se ensanchó en una tierna sonrisa.

—Claro que lo sé. Te recuerdo que llevamos más de tres semanas de noviazgo. Eres como un libro abierto para mí.

—Rolo...

Él recuperó la seriedad en el acto.

—¿Qué pasa, Taty?

Tatiana notó que se ponía roja, algo que no recordaba que le hubiera ocurrido jamás.

—¿Podrías...? —Se detuvo, insegura, pero, casi al instante lo intentó de nuevo—. ¿Te quedarías a dormir?

Una vez más, Rolo le dirigió una de aquellas sonrisas cargadas de ternura que tenían la virtud de hacer que sus rodillas se volvieran de gelatina.

—Figúrate que estaba tan seguro de que me lo pedirías, que he metido una bolsa con todo lo necesario en el maletero del coche. Si cuando yo digo que soy irresistible...

La dejó un momento para ir a buscar esa bolsa y el resto del equipaje. Tatiana lo esperó recorriendo el pasillo arriba y abajo con inquietud, y sintió un profundo alivio cuando escuchó el timbre de la puerta. Bibi debía de haberle contado que en los últimos días no soportaba quedarse a solas, porque a él no pareció sorprenderle la evidente ansiedad con la que lo recibió.

Rolo dejó su bolsa en el recibidor y llevó la pequeña maleta con las cosas que ella había usado en casa de los Guzmán al dormitorio.

—Ponte el pijama, rubia. Tienes cara de sueño.

Tatiana trató de comportarse con normalidad, aunque, para ella, la situación era completamente anormal. Rolo era el primer hombre que se quedaba a dormir desde que se había mudado a esa casa, hacía más de ocho años.

—Lo mismo digo. Ya sabes dónde está el cuarto de baño.

Cuando Rolo salió de la ducha, Tatiana lo esperaba en pijama, con una almohada y unas sábanas en la mano.

—Si quieres puedes dormir en el sofá del salón. —A pesar de sus esfuerzos, Tatiana era consciente de que se le notaba que estaba muy nerviosa—. Espero que no estarás demasiado incómodo.

—Claro que no. He dormido en sitios mucho peores. Buenas noches, rubia.

Rolo se inclinó y la besó en la frente. Tatiana tuvo que hacer un esfuerzo para no dar un paso atrás, y consiguió responder en el mismo tono desenfadado que él había utilizado:

—Buenas noches, vikingo.

•

Rolo golpeó la almohada por enésima vez. No era que el sofá fuera demasiado incómodo, pero no encontraba la postura. En realidad, lo que pasaba era que no podía olvidar que, solo unos metros más allá, Tatiana dormía plácidamente en su cama.

Trató de calcular cuantas ovejitas regordetas eran capaces de saltar una valla de madera de altura media antes de que él se quedara dormido, pero el inesperado roce de una mano cálida en su mejilla lo hizo quedarse rígido y perdió la cuenta.

—Rolo... —la oyó susurrar.

—¿Qué ocurre, Taty?

—No puedo dormir.

—¿No? —No sabía por qué, los dos hablaban en susurros.

—¿Te he despertado?

—Lo cierto es que aún no había conseguido dormirme.

Hubo un silencio.

—El sofá es demasiado incómodo, ¿verdad?

—Un poco.

—¿Quieres...? —Tatiana bajó la voz todavía más—. ¿Quieres dormir en mi cama? Es lo suficiente ancha para los dos.

El corazón de Rolo dio un súbito acelerón.

—¿Estás segura?

—Sí. No. Bueno... —Tatiana se detuvo y volvió a empezar—. No, no estoy segura para nada, solo sé que... En realidad, no sé lo que sé. Bueno, ¿vienes o no?

Su tono adquirió ese conocido matiz indiferente del principio de su relación, pero a Rolo no lo engañó ni por un momento. Saltaba a la vista que estaba muy nerviosa.

—Sí. Voy. Tienes razón. Este sofá es increíblemente incómodo.

Tatiana no había cerrado las persianas y en la penumbra que reinaba en la casa podía distinguir con claridad el contorno de su figura y el del resto de los muebles. Vestido tan solo con unos bóxers de algodón, Rolo la siguió sin tropezar hasta el dormitorio.

—Tú ahí —ordenó ella, señalando uno de los lados de la cama.

Rolo se tumbó boca arriba y esperó. Poco después, notó el peso ligero de Tatiana que apenas hundió su lado del colchón.

—Buenas noches —susurró.

—Buenas noches —respondió él en el mismo tono.

Un cuarto de hora después, seguían los dos en la misma posición, tumbados boca arriba y con los ojos clavados en el techo.

—Taty...

—¿Qué?

—¿Estás dormida?

—¿Tú qué crees?

—Que no.

—Chico listo.

Rolo sonrió al percibir el tono impaciente de su voz.

—Taty...

—¡¿Qué?!

—Nada, no te enfades. Solo me preguntaba si...

La oyó soltar un resoplido irritado y su sonrisa se hizo más ancha.

—Solo quería saber si te importaría darme un beso de buenas noches. Si no lo haces, creo que no podré pegar el ojo.

—¿Utilizas ese truco muy a menudo? —Bajo el tono desdeñoso, se adivinaba su diversión—. Porque se notan tus perversas intenciones a la legua.

—Vamos, Taty. Ahora en serio. Solo un beso. Prometo que no te tocaré. Bueno, solo si tú me lo pides.

Solo de pensar en que Taty quisiera tocarlo voluntariamente o que le pidiera a él que la tocara...

Después de unos segundos de silencio, Tatiana habló al fin:

—Te mentiría si te dijera que no quiero tocarte, pero... tengo miedo.

Rolo extendió el brazo y entrelazó los dedos con los suyos. Estaban helados.

—Iremos poco a poco, muy poco a poco. Serás tú la que lleve la voz cantante. Si quieres acariciarme o si quieres besarme, puedes hacerlo. Si quieres que te acaricie o que te bese yo, solo tienes que decirlo. Tú estarás al mando en todo momento. Solo llegaremos hasta donde tú quieras. No haré nada que pueda asustarte, te lo juro.

Rolo no había hablado más en serio en toda su vida y jamás había esperado una respuesta con semejante ansiedad.

—¡Quiero ser normal, Rolo!

Pese a que seguía hablando en susurros, sus palabras resonaron en el dormitorio como un grito. Rolo le apretó la mano.

—Eres normal, Taty. Siempre has sido normal —afirmó con urgencia—. Ha sido otro el que se ha comportado como un auténtico monstruo. No le des la satisfacción de que eso marque el resto de tu vida.

Pensó que no la había convencido, pero, después de un rato, Tatiana se acercó a él y se tendió a su lado, aunque sin rozarlo. Una vez más, el corazón de Rolo alcanzó las diez mil revoluciones por minuto. Tatiana dobló el codo y apoyó la cabeza en una mano y, después de unos segundos, se atrevió a tocarlo. Notó la caricia, casi imperceptible, de los dedos fríos sobre su frente, en el puente de la nariz, en los labios, en la barbilla y un gemido incontrolable escapó de su garganta.

—Me matas, rubia.

Esas palabras debieron armarla de valor, porque sus caricias se hicieron un poco más atrevidas. Deslizó los dedos por su cuello y recorrió las clavículas, primero una y después la otra, antes de deslizarse por su esternón y detenerse justo encima del ombligo.

—Me gusta tu cuerpo —admitió Tatiana mientras dibujaba círculos alrededor

del ombligo con la yema del dedo índice.

—¿Sí? —Rolo casi no podía respirar, jamás había sido víctima de una tortura tan placentera—. Veo que es la hora de las confesiones, así que ahí va la mía: a mí también me gusta el tuyo. Un montón.

—Lo dices solo para que siga tocándote, ¿no es cierto? —afirmó ella en tono burlón.

—Está bien, me has pillado. Es mentira. No me gusta tu cuerpo, es solo que me vuelve loco.

—Hum.

Se limitó a responder ella antes de ponerse de rodillas, inclinarse sobre su pecho y lamer con la lengua primero uno de sus pezones y después el otro.

Fue algo tan inesperado, que Rolo dio un respingo y se agarró a las sábanas con todas sus fuerzas, en un intento desesperado de cumplir su promesa de no tocarla.

—Caramba, carambita —susurró maliciosa al advertir su reacción.

—¿Puedo tocarte ya?

La suplica que vibraba en su voz debería haberle resultado humillante, pero Rolo hacía tiempo que estaba más allá del orgullo.

—Solo la cara.

Obediente, Rolo tomó su rostro entre sus manos con el mismo cuidado que emplearía al coger un frágil objeto de cristal. A la luz tenue de las farolas que entraba por la ventana, le pareció detectar una sombra de temor en las profundidades oscuras de sus ojos.

—Solo la cara —repitió para tranquilizarla.

Notó que tragaba saliva y, como un ciego que tratara de aprenderse los rasgos de su amada de memoria, recorrió muy despacio con las yemas de los dedos la nariz altiva, las cejas delicadas, la barbilla puntiaguda... fascinado con la suavidad de su piel.

—Basta —ordenó Tatiana con voz temblorosa cuando el pulgar masculino se coló en su boca entreabierta y acarició la carne húmeda de su labio inferior.

Rolo se detuvo en el acto y dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo.

La vio dirigir una mirada temerosa a su entropierna. A pesar de la penumbra

del dormitorio, su excitación era evidente y comprendió que eso la asustaba.

—¿Te he dicho ya que me matas, rubia?

Su intento de aligerar la tensión del ambiente dio resultado y la sintió relajarse un poco.

—Yo... —Tatiana se mordió el labio inferior y negó con la cabeza—. Esto no va a salir bien.

—Ven.

Rolo la invitó a acurrucarse en el hueco de su brazo. Ella vaciló un instante antes de aceptar su invitación.

—No hay prisa, Taty. Iremos a tu ritmo. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Tatiana apoyó la mano sobre su pecho.

—Y si no consigo... Y si no vuelvo a...

—Shh, no digas tonterías. —Rolo volvió la cabeza y la besó en la frente—. ¿Tú crees que vas a poder resistirte a un tío con semejante *sex appeal*?

Pese a la pésima pronunciación, ella lo entendió a la primera.

—¿Sabes, vikingo? —Tatiana se acurrucó contra él, y Rolo sintió el roce de sus labios en el costado—. No creo que haya una mujer en el mundo capaz de resistirse a ti.

La apretó un poco más y notó como se iba relajando poco a poco entre sus brazos hasta que se quedó dormida. Su pequeño centinela seguía en estado de alerta máxima y no tenía pinta de que fuera a bajar la guardia en las próximas horas. Lo más probable era que tampoco lo hiciese en los próximos días o las próximas semanas. Tal vez ni siquiera en los próximos meses. Sin embargo, a pesar de ello, Rolo se sentía el hombre más feliz del universo.

Capítulo 45

Aquel día, Gonzalo llegó al trabajo con un increíble sentimiento de impaciencia que había ido creciendo a lo largo de la última semana. En cuanto se enteró de lo que le había ocurrido a Tatiana, le había invadido una rabia impotente, a la que había seguido una inevitable sensación de culpabilidad por no haber sido capaz de detectar el infierno en el que había vivido su amiga durante su matrimonio.

Su único consuelo era que Rolo había tomado cartas en el asunto y, al parecer, sabía bien lo que se traía entre manos. Por la confesión que le había hecho ese día en casa de Bibi y, sobre todo, por lo que había podido observar él personalmente en los últimos tiempos, era evidente que estaba loco por Taty y, aunque ella no era de esas mujeres que llevan sus sentimientos escritos en el rostro, tenía la sensación de que estaba mucho más pillada por ese sorprendente candidato de lo que parecía a simple vista.

A Bibi solo le había hecho falta un día de convivencia con Tatiana para superar la conmoción causada por la noticia de que su mejor amigo iba a casarse con una mujer que hasta ese momento había considerado egoísta y superficial.

Bibi. Al pensar en ella sonrió. Si había una mujer generosa y que se preocupaba sinceramente por los demás esa era ella. A juzgar por las miradas incendiarias que intercambiaban en el despacho, el deseo que su secretaria sentía por él igualaba al suyo propio en intensidad. Sin embargo, se habían visto obligados a guardar las apariencias en el trabajo y, como ella insistía en volver a su casa en cuanto salía del bufete por si Taty necesitaba algo, ni siquiera había tenido el consuelo de salir a cenar juntos una noche y, al menos, besarla como deseaba.

Cierto que se sentía aliviado de que Tatiana hubiera encontrado refugio en casa de los Guzmán. Sabía por experiencia propia que allí la cuidarían y la mimarían como quizá no la habían cuidado y mimado nunca. Le encantaba el ambiente familiar y divertido que reinaba en ese piso, pero con Rolo, Taty y sus hermanos alrededor, a lo más que se habían atrevido Bibi y él había sido a hacer manitas frente al televisor. Lo cierto era que Gonzalo sentía que había llegado al límite de su resistencia. Si las cosas no cambiaban pronto, iba a estallar.

En el despacho apenas podía concentrarse en algo que no fuera la adorable sonrisa llena de hoyuelos de su secretaria. Y, en cuanto llegaba a su casa, empezaba a añorar las tardes de risas, conversaciones y partidas de Scrabble. Echaba de menos no tener a su alrededor a los dos revoltosos adolescentes y, sobre todo, echaba de menos a Bibi. El silencio que reinaba en su piso había empezado a pesarle como una losa.

—Buenos días, señor Sanmartín.

De modo automático, le devolvió el saludo a la empleada que acababa de saludarlo y tuvo que hacer un esfuerzo para no echar a correr en dirección a su despacho.

—Buenos días, Gonzalo.

—Buenos días, Bibi.

Por fin. Allí estaba ella, sonriéndole con esa dulzura que le hacía olvidarse hasta de su propio nombre. No había pasado ni medio día desde la última vez que la había visto, pero la había echado muchísimo de menos.

—Te he dejado los expedientes de hoy sobre la mesa. ¿Necesitas algo más?

Al ver su expresión de extrañeza, Gonzalo comprendió que llevaba más de un minuto parado delante de ella, sonriendo como un estúpido.

—No, no. Voy a echarles un vistazo. Si hay algo te aviso.

Pasó una hora delante de esos mismos expedientes, pero cuando Bibi llegó con la bandeja del café, se dio cuenta de que no había sacado nada en claro.

—Bibi.

Ella terminó de echar un chorrito de leche antes de levantar la vista hacia él.

—Dime —dijo tendiéndole la taza.

Gonzalo cogió la taza con una mano y aprovechó para agarrarla de la muñeca con la otra.

—Bibi —repitió y, como si estuviera en un trance, dejó la taza en la mesa, se levantó del sillón, la atrajo hacia sí y la besó en la boca.

Al principio notó que ella se quedaba rígida por la sorpresa, pero, enseguida, le echó los brazos al cuello y se pegó más a él. Y, como ocurrió la última vez, su respuesta apasionada hizo que toda su sangre confluyera de golpe en una parte muy delicada de su anatomía.

Jadeante, la empujó contra una pared y la inmovilizó con su cuerpo, sin dejar de besar la suave piel de su garganta.

—Bibi, Bibi —gruñó, sofocado.

No sabía ni lo que decía, lo único que tenía claro era que necesitaba estar pegado a ella; necesitaba estar dentro de ella. La embistió con las caderas mientras su mano se deslizaba por debajo de la falda, subía por su muslo y apretaba, posesiva, una de esas nalgas enloquecedoras.

—Gonzalo...

Su nombre brotó de la garganta femenina como un gemido desesperado y, aquel sonido le hizo recobrar la cordura.

—¡Oh, Dios, Bibi!

Con un esfuerzo heroico, apartó la mano que apresaba su trasero y colocó ambas en la pared, una a cada lado de la cabeza de Bibi. Bajó la frente hasta apoyarla en la suya y siguió así unos minutos, mientras intentaba que su agitada respiración recobrara un viso de normalidad.

Sentía las manos de Bibi posadas en sus caderas y veía el pecho femenino subir y bajar a toda velocidad por debajo de la recatada blusa blanca que llevaba.

Levantó la cabeza y la miró. Su secretaria tenía las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecían mucho más oscuros y ofrecían un contraste impactante contra la palidez de su piel, solo aliviada por la sombra de rubor en las mejillas y por aquellos labios regordetes del color de las cerezas. Gonzalo pensó que parecía un postre; un delicioso postre de fresa y nata, con toques de chocolate. Si no hubieran estado en su despacho, la habría devorado. Habría empezado a lamerla por la punta de los pies, paladeando con avidez esa dulzura que toda ella prometía.

—Tenemos que hacer algo, Bibi —dijo con voz ronca.

Bibi asintió con la cabeza.

—Todavía no sé cómo he sido capaz de recuperar el control, pero no podemos arriesgarnos a que entre cualquiera y nos pille así.

Esta vez, ella movió la cabeza en una negativa.

—Me ha dicho Rolo que Taty hoy dormiré en su casa. ¿Tienes algo que hacer esta noche?

Negó de nuevo.

—Entonces iremos a cenar y luego... —Sin poderlo evitar, Gonzalo extendió la mano y acarició uno de los brillantes mechones oscuros que había escapado del severo moño—. Luego iremos a mi casa.

La vio tragar saliva, pero, de nuevo se limitó a asentir en silencio.

—Ya veo que mi pericia en estos lances te ha dejado muda —bromeó, aunque aún tenía serias dificultades para controlar su excitación.

Los apetitosos labios esbozaron una cálida sonrisa, al tiempo que asentía de nuevo.

Incapaz de resistirse a tocarla una vez más, enmarcó su rostro con las manos y la miró a los ojos con una sonrisa tierna.

—¿Crees que para esta noche habrás recobrado el habla?

Sin decir nada, Bibi se alzó de puntillas y le dio uno de los besos más eróticos y, al mismo tiempo, más dulces que había recibido jamás. Entonces, deslizó los labios con lentitud a lo largo de su mandíbula hasta llegar a su oreja y habló por fin pegada a esta, en un susurro sensual que le puso la carne de gallina:

—Espero que para esta noche ya estaré recuperada de la impresión. ¿Tú qué opinas?

Pero ahora era él el que no podía hablar.

•

Gonzalo nunca supo cómo consiguió sacar adelante el trabajo ese día. Gracias a Dios, no tenía que presentarse ante el juez, porque estaba seguro que no habría sido capaz de hilvanar dos frases con una estructura medianamente coherente. Lo mismo ocurría con Bibi. Cualquiera que la hubiera visto moviéndose por el despacho habría pensado que era el colmo de la eficiencia. Sin embargo, cada vez que le traía algún documento, por lo general uno equivocado, las pupilas de ambos se acoplaban y, por unos segundos, ninguno de los dos parecía recordar muy bien dónde estaban.

Por fortuna, aunque parecía que ese momento no llegaría nunca, por fin fue la hora de irse.

—He reservado en... —Gonzalo nombró uno de los restaurantes más conocidos de Madrid—. Te recogeré en tu casa a las diez. ¿Te parece bien?

—Muy bien —se apresuró a contestar ella.

Gonzalo notó que estaba nerviosa. Pero, bueno, se dijo. Al fin y al cabo, no

era algo tan raro. Él mismo no sabía dónde tenía la cabeza.

—Entonces, hasta luego.

—Hasta luego —repitió ella, y a Gonzalo no se le escapó el rubor que invadió sus mejillas.

Capítulo 46

Bibi se pasó por enésima vez las manos por el vestido, como si intentara limar el borde de sus caderas.

—¿Estás segura de que este vestido me queda bien?

Luisa, ya en pijama y sentada a lo indio sobre la cama, asistía a su *toilette* con mucho interés. Era la cuarta vez que su hermana le preguntaba lo mismo, así que asintió también por cuarta vez, orgullosa de su paciencia.

—Créeme, Bibi. Cuando te vea tu jefe se va a caer de espaldas. Tienes que difuminar un poco más la sombra de ese párpado —ordenó, después de mirarla con ojos de experta.

Obediente, Bibi cogió de nuevo el pincel. Estaba en ello, cuando Carlos asomó la cabeza por la puerta de su dormitorio y anunció:

—Gonzalo te espera abajo.

—¿Ya ha llegado? —casi chilló Bibi, al borde de un ataque de pánico.

—Tranqui, Bibi. Estás guapísima.

Carlos la miró de arriba abajo y le dio la razón a su hermana pequeña.

—Por una vez, Luisa tiene razón. Nunca te había visto tan guapa.

La sincera admiración que leyó en los ojos de su hermano le llegó al alma.

—Muchas gracias, chicos. —Conmovida, estiró los brazos los estrechó contra ella—. Sois lo mejor.

—Sobre todo yo —afirmó Luisa muy ufana—. Porque si te llego a dejar ponerte la falda que querías...

Bibi cogió su bolso, pero antes de salir se volvió de nuevo hacia ellos.

—Sed buenos. No volveré muy tarde, pero si necesitáis algo llamadme al móvil y...

—Anda, baja de una vez o se cansará de esperarte —la interrumpió su hermano, empujándola hacia el recibidor—. Ya somos mayorcitos, así que deja de preocuparte y disfruta de tu cita.

Carlos abrió la puerta para que saliera, y Bibi se agarró con fuerza a la barandilla de la escalera. No estaba acostumbrada a llevar semejantes taconazos y no tenía ninguna intención de bajar rodando los cuatro pisos.

—¡Dale un beso de mi parte, Bibi! —gritó su hermana desde el descansillo.

—¡Tranquila, lo haré!

•

Gonzalo esperaba impaciente frente al portal. Pues sí que le había dado fuerte, se dijo cada vez más agitado. Hacía menos de dos horas que habían salido del bufete y ya se moría por volver a verla. El portón de madera se abrió por fin, y casi no reconoció a la mujer que salió por él.

—¡Dios mío, Bibi, estás preciosa! —dijo cuando consiguió recuperar el habla.

Su secretaria siempre le había parecido muy atractiva, pero con aquel vestido primaveral que ponía de relieve su figura, el ligero maquillaje y la brillante melena negra suelta sobre los hombros, le pareció que estaba espectacular.

—Gracias, Gonzalo —esbozó una sonrisa tímida—. Tú también lo estás.

—¿Precioso? —Alzó una ceja, burlón.

—Preciosísimo.

Los hoyuelos asomaron una vez más y Gonzalo no pudo resistirse. La agarró de la cintura y la besó de lleno en los labios.

—Vaya, me temo que aún tenemos que cenar —dijo después de un buen rato, soltándola de mala gana.

—Qué susto —Bibi le lanzó una mirada traviesa—. Por un momento, pensé que me habías confundido con uno de los platos.

Él la agarró de la mano y la condujo hasta su coche.

—No creas que no he estado tentado —confesó al tiempo que abría la puerta del pasajero para que entrase.

Poco después, estaban sentados a una de las mejores mesas del local, frente a unos exquisitos entrantes.

Gonzalo alzó su copa de vino.

—Brindemos. —Y con una inconfundible mirada de deseo, dijo con voz

ronca—: Por nosotros.

—Por nosotros.

Entrechocaron las copas sin desviar los ojos el uno del otro.

•

Gonzalo nunca fue capaz de recordar lo que comieron o de qué hablaron en esa primera cita. La conversación fluía entre ellos y, a menudo, estallaban en carcajadas, pero solo podía pensar en lo guapa que estaba su secretaria. En lo apetecibles que resultaban esos labios rojos que se movían al compás de unas palabras que apenas escuchaba o que se distendían a cada rato en una deliciosa sonrisa.

Ajeno a todo lo que le rodeaba, Gonzalo aprovechaba cada oportunidad para rozar los delicados dedos femeninos, que jugueteaban con los cubiertos o el plato de pan con cierto nerviosismo y, cada vez que se producía el contacto, los ojos de ambos se encontraban en una mirada espesa, en la que intercambiaban más de un centenar de promesas. El aire estaba cargado de electricidad y la tensión sexual crepitaba entre ellos.

—¿Quieres postre? —preguntó con voz ronca.

—¿Postre? —repitió ella con los ojos fijos en su boca, como si no tuviera la menor idea del significado de la palabra.

—O prefieres que nos vayamos ya...

Había un mundo de sugerentes posibilidades encerrado en la mirada con la que su jefe acompañó la frase.

Las mejillas de Bibi se encendieron, pero sin apartar los ojos de los suyos asintió con la cabeza.

—Sí, vámonos ya. Estaba todo riquísimo, pero no me queda sitio para más.

—Bien.

Gonzalo soltó el aire con fuerza y le hizo una seña al camarero que los había atendido.

—La cuenta, por favor.

El restaurante no quedaba lejos de la casa de Gonzalo. Diez minutos después, aparcó en su plaza del garaje y apagó el motor. Luego se volvió hacia ella.

—No te lo he preguntado, pero quieres subir, ¿verdad?

Ni siquiera era capaz de contemplar la posibilidad de que ella le dijera que prefería que la llevara a su casa.

La vio humedecerse los labios con gesto nervioso y la excitación que había estado rondándolo durante toda la cena, se convirtió en una poderosa erección.

—Dios, Bibi.

Incapaz de contenerse colocó la mano en su mejilla y la besó con ternura. Los dedos femeninos se enredaron en su nuca y Bibi le devolvió el beso con un abandono que le hizo perder la cabeza. Casi al instante, la ternura dio paso a una pasión desenfrenada y, con un jadeo, la estrechó contra sí con fuerza.

Ya no podía aguantar más. Necesitaba hacerla suya. Ya. En ese momento.

—Bibi —gimió contra su boca, desesperado.

Ella respondió con otro gemido, sin dejar de besarlo.

Gonzalo introdujo las manos por debajo del vestido y acarició los muslos sedosos. Sus dedos se curvaron con ansia sobre la cinturilla de su ropa interior, dispuestos a eliminar la frágil barrera de encaje, pero, de repente, el sonido de la puerta de un coche al cerrarse y el bip bip de la alarma lo hizo recordar dónde estaban.

—¡Joder!

Gonzalo la soltó con cierta brusquedad y se pasó una mano temblorosa por el pelo.

Nada acostumbrada a escuchar ese tipo de expresiones en la boca de su jefe, que desde que lo conocía había sido todo un ejemplo de comedimiento y buenas maneras, Bibi abrió los ojos sobresaltada.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz pastosa mientras se apresuraba a bajarse el vestido que, no sabía cómo, se le había subido hasta las caderas.

—Estamos en el garaje.

Bibi miró a su alrededor y parpadeó varias veces como si, en efecto, hasta ese momento no se hubiera percatado de ese pequeño detalle.

—Tenemos que llegar a casa.

El pecho de Gonzalo subía y bajaba como si acabara de hacer un *sprint*, y el de Bibi no le iba a la zaga.

—¿En qué piso vives?

La voz femenina sonó completamente falta de aliento.

—En el quinto.

—¡El quinto! —repitió ella en el mismo tono con el que recibiría el anuncio de una catástrofe.

Gonzalo negó con la cabeza en actitud pesimista y, como si la necesidad de tocarla fuera superior a sus fuerzas, la agarró de los brazos y la atrajo hacia sí una vez más para besarla.

—No lo conseguiremos —susurró contra su boca.

Bibi sujetó el rostro masculino entre las palmas de sus manos y le devolvió el beso con avidez antes de afirmar con voz temblorosa:

—Tenemos que ser fuertes.

—Tienes razón.

Gonzalo asintió con decisión y, sacando fuerzas de flaqueza, consiguió salir del coche y abrirle la puerta. En cuanto Bibi salió del vehículo, la rodeó con un brazo y, sin dejar de besarla a cada rato, avanzaron tambaleantes en dirección al ascensor. Mientras esperaban a que bajara, Gonzalo aprovechó para inmovilizarla contra la pared y besarla de nuevo.

En cuanto entraron en el ascensor, el enorme espejo les devolvió la imagen de un hombre muy despeinado, con los faldones de la camisa —que llevaba desabrochada hasta la mitad del pecho— asomando por fuera del pantalón, y la de una mujer con los labios ligeramente hinchados, las mejillas ruborizadas, la melena revuelta y un vestido bastante arrugado.

Horrorizada, Bibi se detuvo en seco al ver su reflejo.

—¡Oh!

Gonzalo apretó el botón del quinto. Luego la abrazó por detrás y le acarició un pecho por encima de la tela del vestido sin dejar de mirarla a través del espejo.

—Tienes razón. Yo tampoco había visto nunca nada tan deseable —murmuró contra su oído con voz ronca, antes de inclinar la cabeza y mordisquear la curva de su cuello.

Bibi soltó otro de aquellos gemidos guturales que tenían la virtud de enloquecerlo, y se giró en sus brazos para abrazarlo y pegarse a sus caderas.

«No, no lo conseguiremos», fue lo único que pensó Gonzalo antes de inmovilizarla contra el espejo y empezar a subirle el vestido una vez más.

—Ejem.

El discreto carraspeo los devolvió de golpe a la realidad. Gonzalo se apresuró a soltar el ruedo del vestido, se volvió con rapidez y colocó a Bibi detrás de él, en un intento de ocultarla a la mirada maliciosa del recién llegado. Habían estado tan concentrados en devorarse el uno al otro que no se habían percatado de que el ascensor había llegado a su destino y de que, minutos después, alguien lo había vuelto a llamar desde el vestíbulo.

—Hola, Jose.

Gonzalo saludó a su inoportuno vecino con toda la calma que fue capaz de reunir, al tiempo que se abrochaba un par de botones de la camisa con dedos trémulos.

—Hola, vecino.

—¿Qué tal te va? —En realidad, no sabía ni lo que decía.

—Al parecer no tan bien como a ti.

El chico, de veintipocos, entró en el ascensor y apretó el botón con una sonrisa burlona.

Subieron hasta el tercero en medio de un silencio incómodo.

—Adiós, Gonzalo —Antes de que se cerrara la puerta, se apresuró a añadir en el mismo tonillo burlón—: Y adiós también a tu chica. Ya me la presentarás.

—Niñato impertinente —masculló Gonzalo, golpeando el botón del quinto con impaciencia.

Luego se volvió hacia Bibi que trataba de esconder el rostro enrojecido detrás de su melena alborotada.

—¿Todo bien?

Ella asintió con la cabeza sin mirarlo, pero Gonzalo la sujetó de la barbilla con suavidad y la obligó a hacerlo.

—¿Seguro?

Bibi asintió y, de pronto, empezó a reír a carcajadas. Su risa era tan contagiosa que, cuando al fin consiguieron entrar en el piso, las lágrimas resbalaban por las mejillas de ambos.

Gonzalo atrapó el precioso rostro entre sus manos y se miraron sonrientes. Sin embargo, apenas un segundo después, los dos estaban tremendamente serios.

—Bibi... —dijo Gonzalo en un susurro ronco.

—Gonzalo... —respondió ella en el mismo tono.

Impulsadas por una fuerza irresistible, sus bocas volvieron a juntarse con frenesí. Lengua contra lengua, pecho contra pecho y pelvis contra pelvis con furia, con desesperación. Como si pensarán que nunca lograrían estar lo suficientemente cerca el uno del otro como necesitaban.

—Vamos a mi cuarto —le susurró al oído.

El recibidor había alcanzado una temperatura similar a la del horno de un herrero. Gonzalo intentó avanzar unos pasos en dirección a su dormitorio, pero, cambió de opinión sobre la marcha. Si no la poseía en ese mismo momento iba a hacer el mayor de los ridículos.

—Mejor nos quedamos aquí —dijo y la empujó contra la pared.

Bibi asintió con entusiasmo mientras luchaba por desabrochar el botón del pantalón y bajarle la cremallera, pero él le apartó la mano de inmediato.

—Si me tocas, estoy perdido —anunció con un jadeo áspero.

Buscó en el bolsillo y sacó un preservativo, al tiempo que daba las gracias al cielo por haber sido lo suficientemente previsor de haberlo puesto ahí antes de salir. Rompió el envoltorio con los dientes, lleno de impaciencia, y batió todos los récords de velocidad al colocárselo.

Sin bajarse siquiera los pantalones, Gonzalo le subió la pierna hasta su cintura, apartó la delicada ropa interior de encaje y entró en ella de un solo empujón.

—Bibi, Bibi —gimió sin dejar de moverse contra ella.

Era tan suave, tan acogedora, tan cálida, tan... Horrorizado, se dio cuenta de que no iba a ser capaz de aguantar el tiempo suficiente para que ella alcanzara la satisfacción. Sin embargo, justo entonces, la sintió estremecerse entre sus brazos una, y otra, y otra vez, en un terremoto que lo atrapó en un sinfín de réplicas. Y Gonzalo ya no pudo pensar en nada más. Lo único que su cerebro fue capaz de procesar a partir de ese momento fue el increíble placer que se apoderó de él.

•

Acurrucada entre los brazos de su jefe, una Bibi bastante amodorrada volvió

a repasar lo que acababa de ocurrir, decidida a no olvidar ni un solo segundo de aquella noche perfecta.

Se dirigió a un público invisible y gritó:

«¡Señoras y señores, acabo de hacer el amor con Gonzalo Sanmartín!».

Y tuvo la impresión de que el dormitorio se venía abajo con los aplausos entusiasmados del respetable.

Gonzalo la apretó un poco más contra su costado y la besó en la frente, y su sensación de bienestar se hizo casi insoportable. ¿Quién lo iba a decir?, se preguntó por enésima vez, maravillada. Su jefe. Su amor platónico durante tantos años estaba allí, en esa cama, desnudo y medio dormido entre sus brazos después de que hubieran hecho el amor dos veces.

—No te lo crees ni tú —afirmó, envidiosa, la cansina de su conciencia, pero Bibi se sentía demasiado feliz para embarcarse en una discusión mental con nadie.

¡Oh, cielos, estaba enamorada! Pero lo curioso era que, sin haberse dado cuenta, en algún momento el amor que sentía por el hombre que ahora roncaba suavemente en su oído había cambiado por completo.

Su amigo Rolo había tenido razón todo el tiempo. Gonzalo no era ese ser casi mítico con el que fantaseaba tumbada en su cama. Ya no estaba enamorada de la idea del amor ni soñaba con un príncipe azul sin tacha, de esos que solo existen en los cuentos de hadas. La perfección estaba sobrevalorada. Desde que había empezado a trabajar con él, el objeto de su amor, a pesar de ser el mismo, había cambiado por completo. Ahora conocía al verdadero Gonzalo Sanmartín. Un hombre de carne y hueso. Tan humano como ella y, como ella también, lleno de virtudes y, por supuesto, con algún que otro defecto.

El verdadero Gonzalo Sanmartín no hablaba en la intimidad de temas elevados y abstrusos. El Gonzalo que ella había conocido en los últimos tiempos podía discutir con la misma pasión de fútbol, de literatura o de los famosos que salían en la tele. Disfrutaba igual con unas croquetas caseras que con un *tataki* de atún, y le encantaban los regalices rojos, que solía gorronear a su hermana Luisa hasta que esta, harta, los guardaba a buen recaudo. Tampoco era un fan del cine de arte y ensayo. Salvo las películas de baile, en las que encadenaba un bostezo detrás de otro, le gustaban las mismas cosas que a ella. Y a la hora de hacer el amor... Bibi se relamió como una gata satisfecha. Desde luego no era de esos tipos engominados a los que les daba miedo despeinarse. Claro que no

usaba gomina, pero...

Como si tuviera hilo directo con sus pensamientos, Bibi sintió los dedos hábiles de su jefe acariciando la cara interna de su muslo.

—¿Estás dormida?

—Sí.

—Vaya, qué pena —susurró mientras sus dedos seguían viaje rumbo a ciertos lugares secretos.

—¿Verdad que sí?

La voz de Bibi sonó como un ronroneo. Subió la mano para acariciarle el hombro y, al ver las manecillas iluminadas de su reloj de pulsera, dio un pequeño grito y saltó de la cama.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gonzalo, perplejo, mientras la veía recoger prendas del suelo y ponérselas a toda prisa.

—Es tardísimo. Tengo que irme.

—Pero ¿no te quedas a dormir?

—Imposible. —Bibi se sentó en una butaca y empezó a abrocharse las sandalias—. No quiero que mis hermanos se despierten y descubran que no estoy en casa. No veo mi vestido.

—Creo que está en el recibidor. O puede que en el pasillo. Te ayudo a buscarlo. Y te llevo a tu casa.

—No hace falta. Cogeré un taxi y...

Gonzalo apartó las sábanas y se puso los calzoncillos, aunque la ligera tela de algodón no podía disimular su erección.

—No pienso dejar que te vayas sola a estas horas de la noche.

—Pero...

—Señorita Guzmán, le ruego que no discuta con su jefe.

Un rápido vistazo la informó de que ese mismo jefe seguía muy excitado.

—Lo siento, de verdad. Es solo que...

—No te preocupes, lo entiendo.

Gonzalo se subió los pantalones y, sin molestarse en buscar los calcetines,

metió los pies en los zapatos. Bibi, que ya se había puesto el vestido que había encontrado tirado detrás de la puerta, se quedó un rato mirando aquellos apetecibles pectorales con cara de pena.

—Señorita Guzmán, no me mire así si no quiere que acabe, aquí y ahora, lo que apenas había empezado.

Bibi recogió la camisa arrugada del suelo del recibidor y lo ayudó a ponérsela.

—Perdone, señor Sanmartín —dijo con expresión sumisa y empezó a abrocharle los botones con los ojos bajos.

Gonzalo contuvo una sonrisa. Luego la miró con el ceño fruncido y anunció con severidad:

—Me temo que esto no puede volver a repetirse. Hay que buscar una solución.

—Estoy segura que un hombre tan inteligente como usted encontrará una enseguida.

Al parecer aquel peloteo funcionó porque su autoritario superior la estrechó con fuerza entre sus brazos y le dio un beso que la dejó con ganas de mucho más.

—Y ahora —se separó de ella sin hacer caso de sus protestas—, te llevaré a tu casa antes de que me hagas olvidarme de mi deber.

Capítulo 47

Un cuarto de hora más tarde, el móvil que había dejado cargando sobre la mesilla de noche, se iluminó indicando que había recibido un Whatsapp de Mi Jefe Monísimo. Bibi, que acababa de ponerse el pijama, dobló la almohada en dos y se recostó sobre ella. Luego apoyó las plantas de los pies enfundados en unos calcetines amarillos con corazones lila sobre el edredón y leyó sonriente:

Estimada señorita Guzmán: como le prometí, he estado pensando en nuestro pequeño problema

Señor Sanmartín, creo que no son horas de molestar a una humilde empleada. Los tiempos de la esclavitud ya pasaron

Señorita Guzmán, he notado que, de un tiempo a esta parte, se ha vuelto usted muy impertinente

Sonriendo como una tonta, Bibi se apresuró a contestar:

Oh, señor Sanmartín, siento mucho que piense usted eso de mí. Por favor, no me despida!!!

Me lo pone usted muy difícil, señorita Guzmán, pero dé gracias al cielo de tener un jefe tan benevolente

Gracias, Dios mío!!! Y volviendo al tema que nos ocupa. En qué solución ha pensado?

Recuerda usted la apuesta que hicimos ese día en la playa?

Bibi frunció el ceño desconcertada, pero entonces recordó que ella lo había desafiado a bañarse en el mar helado y que él había aceptado la apuesta. Así que tecleó a toda velocidad:

Vagamente...

Vamos, vamos, señorita Guzmán, no sea tramposa. Yo le pregunté: «¿Qué te apuestas?»

De verdad lo hizo? Y qué contesté yo?

Su respuesta, me acuerdo muy bien, fue: «¡Lo que quieras!»

Los hoyuelos de Bibi se marcaron en sus mejillas mientras tecleaba su respuesta:

Vamos, vamos, señor Sanmartín. Nadie en su sano juicio haría una apuesta tan temeraria

Pues la hizo. Entonces, yo le dije: «Si ganas, podrás pedirme cualquier cosa, pero si pierdes...»

Oh, señor Guzmán, cómo puede ser tan cruel? Esos puntos suspensivos me dan pavor!!!

«Pero si pierdes...»

Puede oír el castañeteo de mis dientes, señor Guzmán?

«Si pierdes, seré yo quien podrá pedirte cualquier cosa». MUAHAHAHAHA

Tiemblo solo de pensar en preguntarle qué es lo que me va a pedir

Haces bien en temblar, pequeña

Ahora nos tuteamos?

Creo que, después de las dos veces que hemos jugado a los médicos esta noche (la tercera fue *interruptus*, te lo recuerdo), podemos permitirnos esa pequeña muestra de confianza

Las mejillas de Bibi se encendieron al leer aquello y, casi al instante, recibió un nuevo mensaje:

Te has puesto roja? Dime que te has puesto roja

Solo un grado de 12 sobre 10 en la escala de Bibi

Me encanta cuando te ruborizas. Solo de pensarlo...
Lástima que no haya emoticonos sexuales para expresar

mi estado en este momento

Socorro, mi jefe me escribe cochinadas
por Whatsapp!!!!

En fin, como te iba diciendo, puedo pedirte cualquier
cosa, así que: estás preparada?

Aún estoy algo temblorosa

No importa. Allá va:

Bibi, quieres casarte conmigo?

Jajajajajajajaja

Esta vez, pasó un poco más de tiempo antes de que Bibi recibiera un nuevo
mensaje.

Te hago la proposición más importante que he hecho
en mi vida y esa es tu respuesta? Jajajajajajajaja?

En realidad, no me ha hecho gracia, pero
cuando no sé qué contestar siempre digo
jajajajajajajaja

Bibi, levanta ahora mismo esos calcetines de colores
imposibles de la cama y ve a buscar tu bolso

Desconcertada, Bibi frunció el ceño y volvió a leer lo que obviamente era
una orden, antes de escribir a toda prisa:

Gonzalo, te recuerdo que, en algún
momento, tengo que dormir. Mañana trabajo
y mi jefe es un tipo autoritario que no me
pasa una

No te preocupes. Yo mismo hablaré con él si es
necesario. Así que levántate, coge tu bolso y no lo abras
hasta nueva orden

Con un enorme bostezo, Bibi se encogió de hombros e hizo lo que él le
pedía.

De vuelta en la cama stop bolso en mano
stop no pienso volver a levantarme stop

Ya puedes abrirlo.

Cacao, cartera, gafas de sol, llaves... lo de siempre.

Abre la cremallera del bolsillo interior.

Bibi se quedó desconcertada al leer aquello. ¿Cómo sabía su jefe que en su bolso había un bolsillo interior? Debía haber hurgado en él cuando fue un momento al cuarto de baño en el restaurante.

—¡Será cotilla el tío! —dijo entre dientes, al tiempo que abría la cremallera.

Cada vez más sorprendida, sacó del interior una limosnera de terciopelo que, desde luego, no estaba antes. De pronto, se le secó la garganta y su corazón empezó a latir a mil por hora. Con dedos trémulos, deshizo el lazo del cordón y miró dentro. Estaba vacía. Desencantada, la sacudió con impaciencia y, justo entonces, cayó algo brillante que rebotó sobre el edredón.

Sin creer del todo lo que veía, se tapó la boca con la mano incapaz de apartar los ojos de aquel círculo de oro blanco rematado por un solitario del tamaño de un guisante.

Bibi

Bibi!!!

Eooo

Bibi, estás ahí???

La cuarta vez que sonó el pitido que indicaba que había recibido un mensaje, Bibi consiguió reaccionar por fin.

Sí... No... No estoy segura

Lo has visto?

Bibi

Bibi!!!!

XD, contesta!

Sin hacer caso del continuo repiqueteo de los Whatsapp entrantes, Bibi cogió el anillo con reverencia y se lo probó en el dedo anular de la mano izquierda. Le quedaba perfecto. Después de pasar un buen rato admirando los destellos que emitía el increíble pedrusco cada vez que movía la mano, cogió el móvil que

había arrojado sobre el edredón y contestó por fin:

No entiendo nada. Seguro que no es una broma?

Me doy cuenta de que esto no ha sido una buena idea.
Te llamo por FaceTime.

Bibi descolgó al primer timbrado y la enorme sonrisa de Gonzalo se evaporó en cuanto la vio llorar con semejante desconsuelo.

—¿No te gusta? Podemos cambiarlo. —Pero ella negó con la cabeza entre violentos hipidos, incapaz de decir una sola palabra—. Ya veo. No quieres casarte. Al menos conmigo. —Su jefe frunció los labios en una mueca amarga.

—No... No es...

Aquellos balbuceos parecieron devolverle la esperanza.

—Quizá ha sido un poco precipitado. Tenía que haber esperado un par de días más o, tal vez —admitió de mala gana—, un par de semanas.

Bibi volvió a negar violentamente con la cabeza.

—Es solo... Es solo... Esto... Es solo... —Su tartamudeo se volvía cada vez más penoso.

—Es solo ¡¿qué?!

Al notar la desesperación encerrada en la voz de su jefe, Bibi recuperó por fin la capacidad de hablar.

—Es solo que... ¡soy tan feliz!

Y empezó a berrear más fuerte todavía.

Lo vio sonreír de nuevo, con una expresión de alivio infinito.

—Dios mío, Bibi. No quiero ni pensar qué pasará el día que seas desgraciada.

Ella soltó una carcajada que era mitad sollozo y volvió a negar con la cabeza.

—Entonces —dijo Gonzalo—, ¿eso es un sí?

Bibi esbozó una sonrisa llorosa y, en esta ocasión, asintió antes de decir muy conmovida.

—Claro que es un sí.

El rostro masculino reflejó una profunda emoción, y lo vio pasarse la mano por el pelo con gesto nervioso.

—Ahora subo. Ábreme la puerta.

—¿Cómo que ahora subes? ¿Dónde estás?

Desconcertada, Bibi examinó la imagen con atención, en un intento de descubrir algún detalle que le diera una pista.

—Abajo, esperando en el coche. Bueno, ahora acabo de colarme en el portal detrás de uno de tus vecinos. Por su aspecto, debe de llevar de juerga toda la noche.

—Pero...

—Voy por el segundo piso. —Lo escuchó jadear. En la pantalla del móvil ya no veía su cara, sino una imagen mareante de lo que parecía ser de la escalera del edificio—. Cuatro tramos más y estoy allí.

Aquel anuncio la hizo reaccionar por fin. Bibi se tiró de la cama y corrió por el pasillo, hizo un derrape patinando con los calcetines y abrió la puerta de entrada. Y, en efecto, allí estaba él, doblado sobre sí mismo sin aliento y completamente despeinado, pero más guapo que nunca con esa increíble sonrisa solo para ella.

Sin dejar de llorar, Bibi saltó a sus brazos, se aferró a él con brazos y piernas, y hundió el rostro empapado en el cálido hueco de la garganta masculina mientras su jefe la estrechaba contra sí con todas sus fuerzas.

Epílogo

Tatiana ajustó el tul sobre el cochecito en el que su hija Ingrid echaba la siesta, ajena por completo al jaleo que había a su alrededor. Todavía se despertaba varias veces por la noche y tenía que tocar la mano de la pequeña, que dormía en la cuna al lado de su cama, para asegurarse de que no había sido un sueño.

Ingrid —nombre elegido por Rolo, empeñado en seguir la tradición vikinga de la familia— era un milagro rubio de ojos azules que nadie había esperado.

Llevaban más de seis años casados cuando ella, sin creérselo aún del todo, le dio la noticia que acababa de confirmarle su ginecólogo. Aún le parecía ver el intenso brillo de felicidad en los ojos de su marido, antes de que este la atrapara entre sus brazos y la espachurrara contra sí.

Por supuesto, como había confirmado el médico, era un embarazo de alto riesgo, así que, en cuanto llegó de la consulta, se metió en la cama y ya no salió hasta que Rolo, que se había ocupado de ella mejor que una madre a lo largo de todo ese tiempo, la llevó en brazos al hospital en cuanto empezaron los primeros signos de parto.

Habían sido unos meses angustiosos, en los que, convencida de que el embarazo no saldría adelante, había tratado por todos los medios de que Rolo tampoco se hiciera ilusiones. Se sentía incapaz de soportar su terrible decepción cuando sufriera un aborto. Pero, había sido en vano. Su marido era el hombre más optimista del mundo y no solo estaba segurísimo de que todo saldría a la perfección, sino que había logrado convencerla a ella también de que en verdad existían los milagros, como se demostró unos meses más tarde.

Rolo. Lo contempló mientras jugaba al fútbol con los dos niños de Bibi y Gonzalo, ambos con los ojos grises de su madre e idénticos hoyuelos en las mejillas. Lo vio chutar con suavidad, para que el más pequeño de los chicos, que acababa de aprender a caminar, pudiera atrapar la pelota. Seguía tan atractivo como siempre, con aquella mata despeinada de pelo castaño, los chispeantes ojos pardo-verdosos y ese cuerpo espectacular que seguía machacando cada día en alguno de sus, cada vez más numerosos, gimnasios.

Recordó una conversación que habían sostenido Bibi y ella hacía poco. Su

amiga había confesado que hacía mucho tiempo que ya no tenía a Gonzalo en un pedestal, pero que, curiosamente, desde que su exjefe se pegó el batacazo, lo quería más y mejor que nunca.

Tatiana contempló la aparatosa celebración de Rolo después de que el hijo mayor de Bibi le marcara un gol —gritos y saltos con lanzamiento de niño al aire incluido— y sonrió dichosa. Desde luego, su vikingo no era ningún príncipe azul. Para nada. No era perfecto. Sin embargo, poseía una cualidad mil veces más valiosa que cualquier tipo de perfección: Rolo era tremendamente humano.

Jamás habría imaginado que un hombre pudiera ser tan generoso, tan cariñoso, tan tierno, tan... Lo cierto es que no había sido nada fácil conseguir que ella hiciera sus miedos a un lado, pero Rolo, a base de paciencia, amor y mucho, mucho sentido del humor lo había logrado. Solo esperaba que pensara que había merecido la pena, aunque, a juzgar por el modo en que la miraba al cabo de tantos años, parecía que sí.

Como él solía decir: «Bendito el día en que te presentaste en casa de Bibi, pija como tú sola, dispuesta a rescatar a Gonzalo de sus garras».

Amén.

Aunque, desde luego, en ese momento no había sido consciente de ello. Vaya pintas tenía ese vikingo con aquel pantalón de chándal costroso y la espeluznante camiseta llena de manchas, recordó soñadora.

Como si percibiera la fuerza de su mirada, Rolo alzó la cabeza justo entonces y le lanzó una de sus seductoras sonrisas. Y como le ocurría siempre, a pesar del tiempo transcurrido, se la devolvió con el estómago alborotado.

—Toma, Bibi, cómete otra.

—Gonzalo, deja de intentar cebarme como a una cerdita en vísperas de San Martín. No quiero engordar doce kilos como la última vez.

—Gonzalo, hijo, no la agobies —intervino su madre, que siempre se apuntaba a los aperitivos primaverales en El Retiro.

—Yo me la como —dijo Carlos.

Y, antes de que Gonzalo pudiera impedirselo, el chico, que ya no llevaba el pelo verde y que levantaba pasiones entre las jóvenes de su edad —sobre todo cuando les traía algún bocado exquisito del restaurante de moda en el que lo habían contratado como *sous cheff*—, se comió la croqueta de un bocado.

Bibi estaba en el cuarto mes de su tercer embarazo y a Tatiana le divertía comprobar que la actitud sobreprotectora de Gonzalo —que si ya era evidente de por sí, se elevaba a la enésima potencia en los embarazos de su mujer— no decaía a pesar de la frecuencia de estos. Por fortuna, la paciencia con la que Bibi sobrellevaba ese exceso de cuidados no deseados era admirable. En realidad, a Tatiana le encantaba ver la expresión de adoración en los ojos de su amigo cada vez que se posaban en el rostro resplandeciente de su mujer.

—Me gustaba más cuando eras mi empleada y podía darte órdenes. — Gonzalo miró a Bibi con el ceño fruncido.

—Sí —respondió ella muy seria, aunque, como de costumbre, no pudo evitar que sus hoyuelos la traicionaran—. Desde que soy socia echo de menos llamarte señor Sanmartín. El papel de secretaria sumisa tiene mucho morbo.

Después de la boda, Bibi se había concentrado en terminar la carrera y desde hacía tres años era socia del bufete por méritos propios.

—Te voy a dar a ti morbo.

Gonzalo se inclinó sobre ella y, sin importarle que estuviera su madre delante, la besó con pasión. Cuando por fin la dejó ir, las mejillas de Bibi habían adquirido su característico tono rojo y, al verlas, su marido frunció los labios, evidentemente complacido.

En ese momento Luisa, que había estado charlando con una pandilla de chicos y chicas de su edad junto a la barandilla del estanque, se acercó a la mesa y se sentó en una silla con cara de mártir.

—¿Podéis dejar de besaros en público? Resulta de lo más embarazoso.

—Estoy de acuerdo con Luisa —afirmó Irene con gesto de desaprobación, aunque Taty sabía de sobra que le encantaba comprobar que su hijo y su nuera seguían tan enamorados como el primer día.

—Me temo que no podemos, ¿verdad Gonzalo? —Bibi le lanzó una mirada pícaro a su marido—. Creo que es una enfermedad.

—Una terrible enfermedad —afirmó él, imperturbable, al tiempo la cogía de la mano y la besaba en la palma.

Luisa soltó un bufido impaciente y dio un trago a la coca-cola aguada que Rolo había dejado a medias, sin dejar de seguir con la mirada a un chico rubio que en ese momento charlaba muy animado con una de sus amigas.

Tatiana siguió la dirección de su mirada.

—Está tratando de darte celos. Está loco por ti.

—¿Tú crees? —preguntó con una sonrisa esperanzada.

Luisa tenía una fe inquebrantable en la sabiduría de Tatiana respecto a dos cosas: los hombres y la ropa.

—Estoy segura.

Rolo llegó entonces, con un niño riendo a carcajadas debajo de cada brazo, se los soltó a su orgulloso padre —aunque el pequeño corrió a subirse en el regazo de su abuela— y se dejó caer en la única silla que quedaba libre al lado de su mujer.

—Estoy agotado.

—Pues prepárate, porque tu vikinga apunta maneras.

Rolo se asomó al interior del carrito, donde Ingrid seguía durmiendo plácidamente.

—¿Sabes? Sigo sin creérmelo del todo.

—A mí me pasa lo mismo.

—No sé, rubia, creo que te tocó la lotería el día que me conociste.

—¿No sería más bien al contrario? —Tatiana alzó una ceja con altivez.

—No. —Rolo negó con la cabeza muy convencido—. Te tocó a ti, estoy seguro. Hasta tu padre ha empezado a apreciarme.

Lo cierto era que el padre de Tatiana parecía haberse suavizado con la edad y, a pesar de que sus comentarios no habían sido demasiado amables cuando se enteró de que su hija y Rolo se casaban, al final no le había quedado más remedio que aceptar la situación. Desde que había nacido su nieta, él y su madre se dejaban caer a menudo por su casa y se notaba que estaba chocho con la niña. Puede que la relación con su única hija no fuera a ir nunca más allá de la mera corrección, pero, al menos, ya no se sentían incómodos cuando estaban juntos.

Rolo se inclinó sobre el oído de su mujer y dijo en un susurro que todos pudieron oír también:

—Sobre todo, después de ver a Gonzalo y su casa de locos, como dice él. Creo que ya no lo tiene en palmitas. Como a Bibi, a tu padre se le han abierto los ojos y ha comprendido que es un ídolo con los pies de barro, como el resto de los

mortales.

Todos rieron al oír aquello. Lo cierto era que Gonzalo, Bibi y sus hermanos —a los que se habían sumado los dos hijos de la pareja— habían tenido que mudarse a un piso mucho más grande y el trasiego continuo de los amigos de Carlos y Luisa, que no dejaban de entrar y salir a todas horas, hacía que Gonzalo se quejara a veces de que echaba de menos el silencio sepulcral de su antigua casa. Algo con lo que su madre, que disfrutaba inmensamente de la compañía de los jóvenes y que adoraba a sus nietos, no estaba en absoluto de acuerdo.

—Creo que tienes razón. Estoy segura de que ahora aprecia las ventajas de que me haya casado con un vikingo.

—Ah, ¿sí? —Rolo sacó pecho—. Y ¿qué ventajas son esas si puede saberse?

—La primera: que siempre podré contar con un tipo fuerte que me eche una mano con las maletas.

Su marido se desinfló visiblemente, y las risas que se echaron el resto de los presentes a su costa no contribuyeron a levantarle la moral.

—La segunda...

Esta vez fue Tatiana la que se inclinó sobre Rolo y, durante un buen rato, estuvo susurrando en su oído unas palabras que solo pudo escuchar el interesado.

Cuando se apartó de él, Rolo se puso en pie bruscamente y tiró un billete de cincuenta euros sobre la mesa.

—Nos vamos —anunció.

—¿Por qué? —preguntó Luisa sorprendida—. ¿Qué te ha dicho Taty?

—No es de tu incumbencia, mocosa.

Rolo interrumpió las despedidas de su mujer sin la menor delicadeza, la agarró de la cintura con una mano y empezó a empujar el cochecito de su hija en dirección a una de las puertas del parque con la otra.

—Pero ¿qué ha pasado?

Desconcertada, Luisa miró a Bibi que reía con expresión maliciosa.

—Yo diría que ha surgido una emergencia.

—Sin duda. Una emergencia de lo más emergente —asintió Gonzalo en tono grave, a pesar de que tenía el rostro congestionado.

Los ojos de Luisa se posaron en Irene y notó que ella también hacía serios esfuerzos para no soltar una carcajada. Fastidiada, se volvió hacia su hermano, que también estaba muerto de risa, sin entender nada.

—¿Nadie me lo va a decir?

—Pues qué va a ser —dijo Carlos por fin—. Que le ha entrado un apretón.

Luisa frunció el ceño.

—¿Tiene que ir al baño?

Bibi y Gonzalo se habían tapado la boca con la mano y hacían unos ruidos extraños.

—No, so tonta, otro tipo de apretón.

Luisa frunció el ceño un poco más y, de pronto, se puso como un tomate. Entonces, las carcajadas de los demás, que reían ya sin el menor disimulo—incluidos los dos enanos que no tenían ni idea de qué era lo que resultaba tan gracioso—, la hicieron ponerse más roja todavía.

¡Gracias!

¡Gracias por leer *Los príncipes solo viven en los cuentos*, espero que hayas disfrutado! ¿Quieres saber cuándo saldrá mi próximo libro? Puedes suscribirte a mi Newsletter en www.isabelkeats.com (solo te enviaré información sobre futuros lanzamientos), seguirme en twitter [@IsabelKeats](https://twitter.com/IsabelKeats) o dar «Me gusta» en mi página de [Facebook](https://www.facebook.com/IsabelKeats).

Las opiniones son muy útiles para ayudar a otros lectores a encontrar mis libros. Agradezco todo tipo de opiniones tanto positivas como negativas.

Mis otras novelas son:

[El protector](#)

[Algo más que vecinos](#)

[Empezar de nuevo](#)

[Abraza mi oscuridad](#)

[Vacaciones al amor](#)

[Nada más verte](#)

[Cuéntaselo a otra](#)

[Te quiero, baby](#)

[Te odio, pero bésame](#)

[Un bonsái en la Toscana](#)

[Mi tramposa favorita](#)

[Escrito en mis sueños](#)

[Escrito en las estrellas](#)

[Me vuelves loco](#)

Mis relatos:

[Patas de alambre](#)

[Nunca es tarde](#)

¡Espero que los disfrutes también!

Fragmentos de algunas de mis novelas

Abraza mi oscuridad

El timbre del teléfono lo interrumpió una vez más.

—¡Macnamara! —contestó de malos modos.

—Inspector, hay otra mujer que pregunta por ti, pero antes de pasarte la llamada quería asegurarme que no forma parte de las descartadas. No quiero meter la pata. —Estaba claro que la recepcionista se lo estaba pasando en grande con todo el asunto.

—¿Quién demonios es?

—Es una tal Ana Alcázar. No la tengo en la lista, pero nunca se sabe...

—Pásamela, rápido —la interrumpió, cortante.

—¿Inspector Macnamara? —La voz, cálida y dulce, en su oreja le provocó un estremecimiento.

—Soy yo. Buenos días, señorita Alcázar.

—Buenos días. Verá, esta noche...—titubeó y Nuño no pudo evitar preguntarle, socarrón: —¿Más visiones, eh? Sus noches deben ser como un cine de sesión continua.

Al otro lado del hilo, Ana tuvo que hacer un esfuerzo para no colgar de golpe. ¡Ese estúpido la ponía de los nervios! Sin embargo, tomó aire y contestó con calma: —No, esta vez no ha sido una visión. Esta noche había alguien en mi cuarto, alguien de carne y hueso...

(Comprar [aquí](#) *Abraza mi oscuridad*)

Te quiero, baby

India se vio obligada a corregir los modales de su pupilo unas cuantas veces —desde enseñarle a coger bien los cubiertos, a impedir que, en un par de ocasiones, se llevara el cuchillo a la boca y lo lamiera—, pero aquel hombretón, cándido y apacible, aceptó sus constructivas reprimendas con deportividad y sin ofenderse lo más mínimo. Lo que más le estaba costando, sin embargo, era quitarle esa irritante manía que tenía de llamarla baby a todas horas, así que lo intentó una vez más.

—Raff, no soy tu baby, ni tu cari, ni tu churri, ni tu chatina. Cuando te dirijas a mí llámame por mi nombre de pila, por favor. A las mujeres nos agrada saber que el hombre que tenemos al lado es capaz de diferenciar en compañía de quién está. Estoy convencida de que conoces un montón de babies y, te lo aseguro, a nadie le gusta sentirse parte de una masa impersonal.

—Entiendo lo que me dices, India, baby —respondió con mansedumbre.

(Comprar [aquí](#) *Te quiero, baby*)

Te odio, pero bésame

—Seguro que te alegras de que la Mantis haya recibido por fin su merecido, ¿verdad? Apuesto a que te estás partiendo de risa solo de pensar que ahora mis posibilidades de tener una familia se alejan más y más.

—Uno: no me estoy riendo. Y dos: no veo por qué.

Pero Candela no estaba en disposición de iniciar un debate racional.

—Puedo sentir... sentirlo per... perfectamente —incapaz de controlarlas, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas, una detrás de otra—. Está cla... claro que te... te sientes muy fe... feliz.

Sin decir una palabra, Lucas alargó los brazos y la estrechó con fuerza contra su pecho, pero ella estaba tan inmersa en su tragedia particular que ni siquiera protestó. Con la mejilla apoyada sobre el anorak oscuro siguió balbuceando frases sin sentido: —Nu... nunca tendré hijos pro... propios. Solo se... seré la tía solterona de los... los de India y... de... de los tuyos, por... porque cla... claro está que aunque te... te odie, a ellos ta... también les haré rega... regalos en sus cum... cumpleaños. Los po... pobres no ti... tienen la culpa de... tener un padre como... como tú.

Con la mejilla apoyada sobre su llamativo gorro de lana, Lucas reprimió una sonrisa y siguió acariciando con suavidad los cortos cabellos que escapaban por debajo, hasta que, por fin, Candela apoyó las palmas de las manos contra su pecho y se apartó de él.

(Comprar [aquí](#) *Te odio, pero bésame*)

Mi tramposa favorita

—Y ahora, ¿qué ocurre?

—Se me acaba de ocurrir una idea espantosa.

—Venga, anda, dímela —rogó él.

Pero ella estaba muy seria y sus ojos tenían una mirada de reproche cuando preguntó a quemarropa: —¿Te has enamorado de mí?

De nuevo, los dientes blancos relampaguearon en una sonrisa burlona y Bruno contestó sin inmutarse: —Qué entretenida resultas, Daniela.

Al ver su actitud despreocupada, Dani exhaló el aire que había estado conteniendo hasta entonces, sintiendo un profundo alivio.

—¡Uf, menudo susto! Bueno, tenía que preguntarlo, no me negarás que tu ofrecimiento resulta un tanto sospechoso.

—¿Eso es un «sí» al préstamo?

—En realidad es un «no». Te lo agradezco mucho pero, por ahora, no necesito pedirte dinero prestado a pesar de las magníficas condiciones que me ofreces.

—No seas cabezota, Daniela. —Notó que había logrado irritarlo y eso la alegró.

—¿Podríamos hablar de otra cosa que no fuera mi economía, por favor? A este paso, estos magníficos *tagliatelle* me van a producir indigestión.

(Comprar [aquí](#) *Mi tramposa favorita*)

Escrito en mis sueños —Vamos, teniente, ¿no oíste el otro día a mi prima? Según ella, lo único que busco es meterme en la bragueta del primero que pasa. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro insinuante —. ¿Acaso necesitas una demostración?

—Puede.

Ella se acercó un poco más. Iluminados por un rayo de luna, sus ojos se veían claros y enormes.

—Así que el teniente Farrell está celoso porque a él no le he dado un besito de buenas noches. —Hizo un mohín mimoso.

El militar se limitó a seguir frente a ella, con las piernas bien plantadas en el suelo y los brazos a la espalda. Su rostro quedaba a contraluz y Sol no pudo descifrar su expresión, así que respiró hondo, apoyó las palmas de las manos con suavidad sobre aquel pecho que tenía la dureza de una roca, se alzó de puntillas y pegó sus labios sobre la boca severa.

(Comprar [aquí](#) *Escrito en mis sueños*)

Me vuelves loco

—Vete extendiendo la manta mientras yo enciendo el fuego.

Lo malo era que aquello era mucho más fácil de decir que de hacer. Sin dejar de jurar entre dientes, froté la quinta cerilla contra la lija, pero la puñetera brisa marina la apagó también.

—¡Jo... demonios! En las pelis que tu dices resulta mucho más sencillo encender un fuego.

—Déjame a mí.

—Ni hablar, esto es cosa de hombres.

Ali puso los ojos en blanco, un gesto irritante al que era muy aficionada, pero el maravilloso espectáculo de la luna llena y la profusión de estrellas que moteaban el cielo bastaron para que recuperase la calma, al menos en apariencia.

—¡Cojones, me he quemado! —Me soplé la punta del pulgar, frenético.

—A este paso va a amanecer antes de que hayas encendido una llama raquíica. Claro que si pudieras prender una fogata a base de decir palabrotas seguro que ganabas un concurso. ¿Me dejas a mí?

Me molestó un montón aquel tonillo de paciencia infinita.

—¡Vale, listilla, inténtalo tú! —Le lancé la caja de cerillas en el regazo y me crucé de brazos con una sonrisa de superioridad en los labios, dispuesto a disfrutar con su fracaso.

Ali raspó una cerilla y, protegiendo la llama con la otra mano, la acercó con mucho cuidado a una astilla que prendió casi al instante; poco después, un pequeño fuego crepitaba con alegría delante de la manta.

—¡Sí, sí, sí! —Ejecutó una danza enloquecida entorno a la hoguera—. ¡Mujeres al poder! ¡Viva la Pachamama!

(Comprar [aquí](#) Me vuelves loco)

Sobre la autora

Isabel Keats es una mujer normal y corriente a la que un día le dio por escribir. Madre de familia numerosa (con perro incluido), tiene la suerte de contar con algo más valioso que el oro: tiempo libre, aunque no tanto como quisiera. Le gusta la novela romántica, le encantan los finales felices, así que, en resumen, escribe novela romántica porque en este momento de su vida es lo que más le apetece leer.

Isabel Keats —ganadora del Premio HQÑ digital con *Empezar de nuevo*, finalista del I Premio de Relato Corto Harlequín con su novela *El protector* y finalista también del III Certamen de novela romántica Vergara-RNR con *Abraza mi oscuridad*—, es el seudónimo tras el que se oculta una licenciada en Publicidad madrileña, casada y madre de tres niñas. A día de hoy ha publicado más de una docena de obras entre novelas y relatos, algunas de las cuales han sido traducidas al inglés, alemán, italiano y portugués.

Encontrarás más información sobre la autora en: www.isabelkeats.com